

*Con los atentos saludos del*

*Lic. José Agustín Ortiz Pinchetti*

# **LA VOZ DEL JAGUAR**



**CARLOS SIERRA OLIVARES**  
**NOVIEMBRE DE 2004**

## INDICE

I. Trató de dormir sin conseguirlo...	3
II. El que sí quería pensar...	10
III. Al día siguiente...	18
IV. Cada día más desesperado...	25
V. Para un militar de carrera...	33
VI. A pesar de que pasaban las once de la mañana...	38
VII. Cuando, al quedarse solo...	45
VIII. Acompañando al dinero...	54
IX. El mar del caribe...	62
X. El mal tiempo duró toda la noche...	69
XI. Llegaron al muelle del pequeño puerto...	74
XII. Asombrado de estar vivo...	87
XIII. Con timidez...	91
XIV. Una larga semana...	100
XV. El gobernador...	106
XVI. Cuando entró al despacho...	112
XVII. Acurrucada en el rincón...	120
XVIII. En la madrugada...	125
XIX. La sola presencia...	133
XX. No es fácil ser soldado raso...	139
XXI. Aquello era una putrefacción...	148
XXII. El puerto fluvial...	154
XXIII. Tulijá es una laguna del color del cielo...	165
XXIV. Cuando llegaron a su casa...	170
XXV. Desde que llegó a la convención...	178
XXVI. Tener al asesino de su padre...	190
XXVII. En el corredor de su vieja casona...	196
XXVIII. Se llevó a cabo el plan...	206
XXIX. Totalmente agotados...	217
XXX. Sin poder esperar el amanecer...	222
XXXI. Epílogo.	234

I. Trató de dormir sin conseguirlo...

buscaba acomodarse en su lecho, convertido, por el insomnio, en piedra rasposa. No pudo; lo perseguía la vorágine de acontecimientos, de rumores, de ademanes, de discretas negaciones que a veces percibía de la gente. Padecía noches interminables en que su único refugio eran los libros; en la madrugada, el cansancio lo vencía y lo obligaba a tratar de dormir aunque fuera unas cuantas horas. El esfuerzo por borrarlo todo, por blanquear su mente, lo llevaba a un abismo, que por vacío, no lo dejaba encontrar el sueño. No quería aferrarse al pasado, porque no le gustaba y no podía vislumbrar el futuro porque le daba miedo. Cuando buscaba un punto de apoyo para construir algo, sonaba una voz interna que le repetía: "Esto ya no es como antes". "Va de mal en peor". "Quién sabe que va a pasar, porque don Severiano ya perdió la conciencia". Había pensado muchas veces en renunciar e irse de ahí, porque cada vez se sentía más ajeno al gobierno y al gobernador al que servía. ¿Irse de ahí? Sí, quizá sí, pero ¿A dónde? ¿Con qué? ¿Por qué? se preguntaba. Esto ya no lo podía responder, se le ponía la mente en blanco cuando se cuestionaba de esa manera. Parecía no saber qué pensar y se reprochaba por no conocer las respuestas. ¿No era él, don Bernardino Madariaga, el eterno y respetado tesorero del estado? ¿No se supone que después de más de quince años de trabajar ahí, tendría que conocer mejor que nadie lo que sucede en el gobierno?

<<¡No! –se dijo con crueldad- no soy respetado, ni en realidad sé nada, soy simplemente un instrumento del gobernador Castillejos, un achichinle de cuarta, que en su vida se ha atrevido a cuestionarlo. Sin embargo –se justificaba- mi trabajo es impecable, nunca ha faltado un centavo en la tesorería, nunca he concedido prebendas a nadie, siempre he entregado cuentas exactas y es asunto del gobernador cómo se emplea el dinero. ¡Esa no es mi responsabilidad!>>

Así se contestaba una y otra vez, pero el sueño no llegaba. A veces, recordaba a su esposa, que había muerto hacía menos de un año, consumida por una virulenta malaria que la acabó en tres meses; extrañaba su compañía, añoraba los veintiséis años que duró su matrimonio y no podía dejar de preguntarse: ¿Qué pensaría Delfina de mí en sus últimos días? ¿Con qué imagen mía se fue de esta vida? Él, que siempre había sido, o presumido ser, sólido, consciente, la personificación de la rectitud y la honradez, dudaba de la respuesta. Sabía que Delfina lo había querido

toda la vida, que le reconocía su trabajo y lo admiraba, pero también recordaba que nunca le había gustado la personalidad del gobernador a quién consideraba un abusivo.

Lo sorprendió, una vez más, la luz del día que rescataba de la oscuridad su mente y los enseres de su cuarto y les devolvía, lentamente, su razón y su forma.

Se levantó cansado, más que al acostarse, no sólo cansado, sin ánimo y nada satisfecho de sí mismo. Se fue temprano a la oficina para entregarse con pasión al trabajo y tuvo, afortunadamente según él, un día muy ocupado; ya era muy tarde cuando por fin logró conciliar su corte de caja. La jornada había sido especialmente pesada, la oficina de la tesorería se había visto muy concurrida y la recaudación de impuestos, por primera vez en los últimos meses, había mejorado.

<<Todo se debe -pensó- a la derrota de los revoltosos en la última batalla de Río Seco. Por fin la gente está entendiendo que el gobierno no va a permitir esos desórdenes y no habrá la anarquía que quisieran para evitar el pago. No hay conciencia en este país, ni mucho menos solidaridad con el pobre gobierno, al que se le exige todo y se le escatima todo>>

Tocaron a la puerta de su oficina con la determinación con que lo hacía el ayudante militar del gobernador.

-Buenas tardes -saludó don Bernardino.

-Ni tan buenas -contestó el oficial-. El señor gobernador necesita verlo de inmediato.

El tono de su voz era como siempre, urgente, firme, militar, pero esta vez se traslucía algo más. Don Bernardino presintió problemas y sólo atinó a sacar rápidamente el reporte de ingresos del día; pensó que, cualquier asunto que hubiera, al señor gobernador le iba a complacer que el saldo en efectivo hubiera aumentado considerablemente.

Al entrar en el palacio de gobierno, notó que estaba siendo fortificado; se habían colocado dos ametralladoras en la puerta y se veía tropa apostada en la azotea. Encontraron mucho personal militar y casi ningún civil, así que pasaron con rapidez hasta la puerta del enorme despacho.

Don Severiano Castillejos había gobernado la provincia los últimos quince años y se había reelegido por cuarta vez para otros cinco, apenas el mes pasado. En cada período prometía cambios y democracia, con la seguridad que no iba a cumplir ni lo uno ni lo otro. Sin embargo, con el afán de presentar al pueblo una apariencia de cambio, renovaba su gabinete cada período; cambiaba a todos los secretarios de

despacho acusándolos de cualquier problema habido y por haber, por gente joven e inexperta. Pensaba: <<"Si ellos no saben qué hacer, yo sí">>.

Además, precisamente por inexpertos, eran más dóciles. Cambiaba a todos, menos a uno, a don Bernardino.

<<Ese viejo es una garantía de honradez y eficiencia. Mientras sólo maneje los impuestos, me es útil, al fin que los egresos los manejo yo">>.

Don Bernardino además de trabajador y honrado, era ingenuo y disciplinado, ni mandado hacer para los propósitos de un gobernador de las características de don Severiano.

Abrió la puerta. Tenía quince años de trabajar para ese hombre, y nunca había tenido con él una comunicación que no fuera el trabajo, siempre cortante, apurada, maquinal, sin ningún rasgo humano, por eso no podía reprimir el nerviosismo, la inseguridad y el sudor frío que le corría por la espalda cada vez que traspasaba el umbral. El despacho era muy grande y la puerta estaba al otro extremo del escritorio, desde donde la pequeña y vivaz figura de don Severiano lo revisaba de arriba abajo sin emitir palabra. Esos quince pasos eran eternos; él sabía que no le iba a contestar el saludo hasta que llegara a la orilla del escritorio, pero tendría que saludarlo por lo menos dos veces para intentar romper el vacío que a cada paso se hacía más patente.

Ese día se rompió aquel protocolo, que malévolamente manejaba tan bien el gobernador. Desde que lo vio entrar, contra su costumbre, se levantó de su enorme sillón y lo invitó amablemente.

–Pase, don Bernardino, tome asiento por favor.

–Señor gobernador, buenas tardes -alcanzó a decir.

–Lo he mandado llamar porque tenemos graves problemas, los revoltosos flanquearon nuestras tropas después de la batalla de Río Seco, que creímos haber ganado, pero fue un engaño que nos metió en una ratonera y en la cañada por poco nos acaban. Yo no entiendo a nuestros militaritos de carrera que por lo visto sólo saben desfilar; ahora los revoltosos tienen la iniciativa y pueden atacar la ciudad en poco tiempo. Ese Próspero Aranda, con su ejército de indios desarrapados, ó es un genio militar o tiene mucha suerte, o más bien se enfrentó a puros pendejos. El problema es que el gobierno federal también tiene dificultades; el Ejército Revolucionario del Norte está avanzando sin remedio sobre la capital del país y el señor presidente me ha encargado la compra urgente de armamento para nuestras tropas. Tengo que salir en este momento con todo el efectivo que tengamos en la

tesorería para negociar la compra y necesito que cambie usted los billetes por oro o por dólares, que será la única moneda que nos acepten ahora. Acabo de hablar con el presidente, no nos puede mandar ni tropas ni armamento, pero nos ordena defender la plaza.

–Aquí está el saldo con que contamos ahorita, señor gobernador -contestó don Bernardino- pero a esta hora los bancos están cerrados y no puedo hacer el cambio que usted me ordena. Además, tenemos pagos urgentes que realizar y si las noticias corren, la proyección de ingresos no podrá realizarse.

–¡Cómo es usted bruto! -le contestó el gobernador- ¿No le estoy explicando la gravedad de la situación? Si los bancos están cerrados, ¡ábralos! Para eso tiene la tropa y este dinero no me alcanza, así que emita bonos del gobierno para requisar todo el que haya disponible.

–Señor gobernador, eso es imposible, mañana habría un caos ¿Con qué van las empresas a cumplir sus compromisos? ¿a cubrir sus nóminas? Imagine a los trabajadores sin dinero.

–Carajo con usted, déjeles algo, pero necesito el doble de lo que aquí me presenta y lo necesito de inmediato.

Al analizar lo que exigía el gobernador, la sorpresa y el desconcierto se transformaron en indignación. En ese momento dejó de temblar, no sólo no sintió miedo, sino una gran serenidad que lo hizo ver con toda claridad, el verdadero tamaño de aquel hombrecito. Tuvo la certeza que el dinero que exigía no iba a ser usado honradamente. Envalentonado y sorprendido de sí mismo, contestó:

-Con todo respeto, señor gobernador, no puede usted dar esas órdenes sin la aprobación del congreso y, en todo caso, serán órdenes que cumpla otro tesorero y no yo, porque a partir de ahora le presento mi renuncia.

–¡Qué renuncia ni que ocho cuartos! Ésta es una situación de excepción, en este momento queda usted arrestado y va a acompañar al jefe de la guardia a cumplir las órdenes que estoy dando, pero no en calidad de tesorero, sino en calidad de detenido.

-Como usted diga, pero le advierto que no voy a firmar nada.

-Va usted a firmar lo que a mí se me dé la gana, imbécil ¡Fuera de aquí!

Lo condujeron a un calabozo, ahí mismo en palacio.

<<-Nadie hubiera imaginado que aquí había una cárcel -pensó-. Cómo es posible que haya yo servido a este hombre toda una vida sin darme cuenta de los alcances que tiene, ni de su absoluto cinismo. Por lo visto, el régimen está cayendo,

y van a saquear al país antes de irse. En lo que sí tiene razón es en que he sido un imbécil>>.

En la soledad de su encierro, acurrucado en la piedra viva de aquel lóbrego lugar, tuvo miedo.

<<Esto se parece más a una tumba que a una celda>>, se dijo para forzarse a encarar su situación. Le invadió un escalofrío que lo hizo estremecerse y que le nacía de la boca del estómago.

Pasó un tiempo, imposible de calcular para él, hasta que lo sobresaltó un golpe metálico y el chirrido de la puerta; invadían lo que ya había asumido como el último de sus territorios, su celda o quizá su tumba, según la sentía en ese momento. Haciendo sonar los tacones con patanería, entró el coronel Tomás Olivares, jefe de la guardia, acompañado por un sargento de gran corpulencia y por Roberto Centeno, Robertito, su ayudante en la tesorería durante muchos años, con la misma sonrisita idiota que lo caracterizaba y que don Bernardino nunca le pudo corregir. Por un momento pensó que también a él lo habían detenido; pero no, Robertito traía un legajo de papeles para su firma, eran los bonos del gobierno y la requisa del dinero.

—Señor tesorero -le dijo- traigo todo esto para su autorización. Ya lo he revisado cuidadosamente, así que no necesita usted más que firmar.

Ver a su subtesorero, a quien suponía confiable y leal, traicionándole y traicionándose descaradamente, lo irritó al grado de olvidar el miedo.

—Yo ya no soy tesorero, renuncié hace unas cuantas horas, así que no tengo por qué firmar nada.

—¡Son órdenes del señor gobernador! -dijo el jefe de la guardia casi gritando.

—Pues dígame al gobernador que los firme él o que nombre tesorero a Robertito, ya que tan bien está cumpliendo sus órdenes.

El militar le cruzó la cara con un fuste que traía en la mano, con tal fuerza que le reventó la piel. Fue un golpe brutal e inesperado que derribó a don Bernardino. Robertito se agachó y le acercó los papeles diciendo:

—Firme usted, es lo mejor.

Don Bernardino aturdido todavía, tomó la pluma fuente, al inclinarse una gota de sangre cayó sobre los papeles. Esto lo hizo reaccionar.

—Ésa es mi firma -dijo señalando la sangre y arrojó la pluma contra el piso.

El sargento le cayó a patadas hasta dejarlo inconsciente.

Al despertar, supuso que era de noche; al calabozo donde estaba no llegaba por ningún lado la luz del día, sólo lo iluminaba un foco macilento.

Hacia un año que había muerto su esposa y, por primera vez, se alegraba por ello.

<<Menudo lío he armado, pasarme toda la vida sirviendo a un régimen para mandarlo al diablo al final. Delfina me diría que todo se podía esperar de Castillejos. Pero al menos ella ya no tiene que pasar por esto. Precisamente por los años que he servido honradamente no voy al final a manchar mi nombre con las porquerías que quiere hacer el gobernador, seguro que él se va y el idiota que firmó se queda a dar la cara. Ni modo que diga: "me lo ordenaron", nadie puede ordenar robar y atropellar la ley. No sé por qué me extraña lo que está sucediendo; siempre sospeché que eran capaces de todo, pero nunca estuve seguro, aunque debí suponer que quien es capaz de robar los votos, es capaz de robarse cualquier cosa>>.

Con un esfuerzo se tocó el cuerpo, lo tenía muy adolorido.

<<Merecido me lo tengo, por hacerme tonto solo y no querer ver lo que era obvio. Pero ahora lo hecho, hecho está. No creo que les importe, pero no voy a firmar nada, al menos mi nombre no será enlodado>>.

Robertito temblaba ante la figura de don Severiano y balbuceando le explicó la posición de don Bernardino. El gobernador lo ignoró y fijó la mirada en el coronel. Robertito entonces se apresuró a decir:

-Yo ya lo iba a convencer, pero el sargento lo golpeó hasta que perdió el conocimiento.

-¡Cállese! -dijo el coronel-. Señor gobernador, si usted quiere lo hacemos firmar, aunque el viejo parece muy decidido.

-Don Bernardino no ha decidido nada en su vida, pero ahora está engallado; eso le pasa a muchos hombres cuando enviudan, en el fondo está buscando morirse y eso no nos conviene.

-Mire jovencito -dijo dirigiéndose a Robertito-, ésta es una situación en que la patria lo necesita y yo quisiera ver si está usted a la altura de las circunstancias. Lo nombro tesorero del estado, ya después lo ratificará el congreso. ¿Protesta usted cumplir con lealtad y patriotismo?

-Sí, sí señor gobernador- respondió Robertito con voz entrecortada.

-¡Sí protesto! -le gritó el militar.

-Sí protesto -repitió Robertito.

–Bien, ya puede usted firmar esos famosos papeles y vaya con el coronel, porque necesito de inmediato ese dinero.

Cuando Robertito se quedó solo en la oficina de la tesorería del estado, lo único que le preocupaba era encontrar un buen pintor que le hiciera un favorecedor retrato al óleo, ahora que ya le correspondía el derecho de figurar en la galería de la sala de tesoreros. Se veía con emoción junto a aquellos personajes, para él de leyenda, que lo habían precedido.

<<Sólo llevo trabajando aquí diez años y ya llegué a tesorero>>, se dijo lleno de satisfacción. No quería pensar en don Bernardino, el hombre que lo había enseñado a trabajar y le había dado las mejores oportunidades de su vida, ni en el gobernador, ni en las circunstancias de su nombramiento, sólo quería imaginarse cómo se vería su retrato colgado en la pared de esa magnífica sala.

## II. El que sí quería pensar...

y analizar escrupulosamente la situación, era don Severiano, hombre acostumbrado a aprovechar las oportunidades y a sacar ventaja de las circunstancias. Como le sucedía en las ocasiones de gran tensión, pasó por su mente toda su vida. Recordaba cómo llegó a diputado apoyado por el grupo centralista y cómo, ya en la cámara, cambió hacia el federalismo para apoyar al presidente cuando notó hacia dónde iba el gobierno. Había logrado, gracias al apoyo del presidente de la república, que la Unión Liberal lo postulara candidato a gobernador, y había ganado gracias al dinero de los gremios de la unión, pero más que nada al hecho de ser considerado por el presidente hombre de toda su confianza. Después, las mieles del poder. Quince años de mano dura, "de orden y progreso", en que se había reelegido cuatro veces con resultados apabullantes, usando, por supuesto, la fuerza del gobierno y el aval presidencial. Para él, el presidente y el país eran la misma cosa, no concebía el uno sin el otro y, por tanto, lo que era bueno para el presidente y sus gobernadores de confianza, era bueno para el país.

El problema ahora era el gobierno federal ¿Cómo era posible que hubiera llegado a esta situación? Él se lo había dicho al presidente: "las plagas se matan naciendo". Pero no, los consejeros le habían llenado la cabeza de estrategias negociadoras y ahí estaban los resultados. Para colmo, el tal Próspero Aranda con su ejército de indios levantiscos, al que habían consecuentado en otros estados, había llegado a la batalla de Río Seco ya muy fortalecido y ahora controlan todo el sur del estado.

<<¿De dónde? -se preguntaba- ¿de dónde sacaron las armas? ¿Cómo es que han dado pelea como un ejército organizado si no son más que una horda de analfabetos?>>.

Llegó a la conclusión de que estaba en una situación muy difícil, era probable, pero no seguro, que el régimen cayera. Esto lo ponía necesariamente en riesgo. Porque, si compraba las armas, defendía la plaza a sangre y fuego y el Gobierno Federal caía, él acabaría cayendo también y lo más seguro es que terminaría en prisión o fusilado. Si huía con el dinero y el régimen se mantenía, sería traidor a la patria, y eso tarde o temprano también le costaría la vida.

Buscó una decisión que le diera una salida en ambas posibilidades.

<<Compraré armamento, -se dijo- pero sólo con la mitad del dinero de que dispongo, y guardaré la otra mitad depositándola fuera del país. Así, una otra parte del dinero servirá para defender la plaza, y si la situación se complica, la otra me

dará la posibilidad de escapar. Si por el contrario, el gobierno federal se mantiene, seguramente me podrán mandar refuerzos; con ellos sin duda podré ganar a los revoltosos y quedar como héroe y con una muy buena cantidad depositada en el extranjero>>.

Los quince años de gobernador le habían dejado mucho dinero, pero también lo habían malacostumbrado, gastaba a manos llenas y ninguna cantidad le parecía suficiente.

Su plan lo complació, le parecía que cubría todas las posibilidades y se sintió, como siempre, invencible.

<<Puede ser –pensaba ilusionado- que después de esto, si ganamos, el próximo presidente sea yo. Estoy seguro de que no sería tan pusilánime; conmigo en el poder, nunca habiéramos llegado a esta situación. Nuestro presidente no era débil, pero se está haciendo viejo. Si perdemos, aunque tenga que huir, este dinero me permitirá organizar un retorno triunfal. Este país siempre ha necesitado un presidente con huevos, que sepa poner orden a tiempo. Ese tal Robertito no es tan bruto como parece y la ambición le sale por los poros; eso lo hace útil, pero no confiable. Lo voy a mandar con el coronel Olivares a comprar las armas y a hacer los depósitos, se cuidarán el uno al otro. Aunque tendré que ofrecerles una buena tajada que les ayude a serme fieles>>.

Mandó llamar a los dos y les dijo:

-Señores, la patria vive momentos difíciles, en que sólo hombres capaces, templados y patriotas pueden salvarla. Necesito que vayan al extranjero a comprar las armas que necesitamos, para evitar que caiga en manos de facinerosos. También que hagan tres depósitos de dinero; gastarán en armamento la mitad del dinero que tenemos y la otra parte la colocarán en mi cuenta escrita en este sobre, salvo un diez por ciento, que depositarán, por partes iguales, en cuentas a nombre de ustedes; no quiero dejarlos desamparados si acaso me pasara algo. Tengo la seguridad que el dinero que depositaremos en las tres cuentas estará siempre al servicio de las mejores causas nacionales ¿Aceptan ustedes la misión?

-Sí Señor Gobernador -respondieron ambos sin titubear.

-Tenemos mucho que trabajar para que sea una operación perfecta. Siéntense, señores. ¡Secretario! -dijo pegando un grito- no quiero interrupciones, no estoy para nadie.

Trabajaron muchas horas, hasta que el plan quedó puntualmente detallado. El coronel argumentaba que iba a alcanzar para muy poco armamento, pero nada

convenció a don Severiano de modificar las cifras. Robertito daba ideas, que nunca iban contra de lo que decía o imaginaba que iba a decir el gobernador. Cuando terminaron, todavía con el tono más solemne que pudo, les ordenó:

-Señores, la patria está en sus manos, vayan y cumplan su misión.

Se quedó solo un largo rato. Ahora tenía tiempo de pensar en su propia familia. Sus dos hijos afortunadamente estudiaban en el extranjero, así que por ellos no había que preocuparse.

<<Que bien hice –pensó– en mandarlos para allá, aún en contra de la opinión de su madre. Es que Olga... >> Ahí se detuvo, la imagen de ella le dolió, le dolió y lo excitó, su mujer, su amante, su esposa. Aquella que estaba destinada para él aún antes de saberlo, lo esperaba en casa y no era ninguna buena noticia la que tenía que decirle. Olga, con sus enormes ojos negros, como de venada, que resaltaban en un óvalo perfecto sobre la nariz ligeramente aguileña. Alta, delgada, firme de carnes, siempre peinada impecablemente hacia atrás con un gran chongo de cabello negro. Se le vino su imagen cuando se tendía en la cama al tiempo que se soltaba el pelo, que le caía debajo de los hombros y enmarcaba una sonrisa pícaro que lo alentaba a acariciarla. Olga, que había crecido como una mazorca entre sus manos y que ahora se replantaba por sí misma. Se acordó como la conoció; se vio asomado al balcón de su despacho, en el segundo piso del palacio de gobierno. Ella era maestra en la pequeña escuela de la contra esquina. Ahí la veía todos los días con sus pequeños alumnos; tan alta, tan guapa, siempre agachada, subiéndose un poco la falda para hacerlo cómodamente; solícita con ellos, luciendo despreocupadamente su bellísima figura.

Recordó qué interrumpía sus reuniones de la mañana, por la media hora del recreo de los niños, sólo para verla salir al patio y que las vacaciones escolares le llegaron a parecer eternas. Hasta que llamó a su secretario de educación y lo instruyó para que organizara un acto político en esa pequeña escuela, donde él demostraría su gran interés por la educación elemental. La mandó llamar; ella le pidió que pintaran la escuela y arreglaran los baños. Él mandó reconstruirla totalmente, pero eso sí, sin cambiar de lugar el patio de recreo.

A pesar de su posición, no le fue fácil conquistarla. Se enamoró como un adolescente, se encaprichó como un loco; la llenó de halagos y de regalos y, al fin, logró casarse con ella. Desde entonces, a sus muchos éxitos, sumaba el tener por esposa a la mujer más hermosa del estado.

Ella disfrutaba el poder que le compartía, la admiración que le brindaba, pero no el amor; lo había intentado, pero no había logrado amarlo. Eso le daba un aire distante que a él lo enamoraba más. Quizá porque veía en ello un reto y el reto era algo que no podía resistir.

Se fue a su casa pensando la mejor manera de ponerla al corriente de la situación, sin darle detalles por supuesto. Tendría que convencerla que saliera del país con cualquier pretexto. Comieron juntos en privado y al final en el tono más tranquilo que pudo, le susurró:

-La situación se está complicando. Ese bandido de Próspero Aranda y sus levantados se están volviendo muy peligrosos, ya controlan casi la mitad del estado y pueden llegar a atacar la ciudad. Para colmo, el Ejército Revolucionario del Norte está amagando la capital de la república, así que no podemos esperar refuerzos en un corto plazo. Yo estaría mucho más tranquilo si sales del país. Vete a visitar a tus hijos; es un magnífico pretexto. Todo se va a arreglar aquí, ya verás que acabamos con esos bandidos en muy poco tiempo y entonces regresas con tranquilidad.

Ella lo conocía suficiente para saber que la situación era mucho más grave de lo que decía, de manera que sólo contestó:

-¿Y tú que harás si las cosas se ponen peor?

-No se van a poner peor; pero para que estés tranquila, te prometo que en ese caso salgo a tiempo de aquí y te alcanzo.

Ella sintió a la mentira, invitada constante de sus diálogos, sentándose a la mesa, así que contestó agobiada:

-Tenemos dos hijos a los que no hemos dado un verdadero hogar. Ojalá ésta sea la ocasión para lograrlo ¡porque lo necesitan! Conocen más a su padre por los periódicos que yo les mando y los dimes y diretes de la gente, que por el trato directo y por el cariño que se supone que todo padre debe dar. En cuanto a mí, como soy una más de las condecoraciones que luces en el pecho al menor pretexto, tampoco he podido darles el amor que les tengo. Todavía no entiendo, ni puedo aceptar, que los mandaras a estudiar al extranjero, siendo como son, tan jóvenes, casi niños -dijo con la voz quebrada- Mejor vámonos de aquí, no sé cuánto dinero tienes, pero estoy segura que es suficiente para vivir tranquilos. No necesitamos lujos, necesitamos cariño y compañía.

-¡Estás loca, mujer! -contestó dando una palmada en la mesa.

-No, no Severiano, no estoy loca. Estoy buscando lo mejor para nosotros y para nuestra tierra.

-Lo mejor para el estado, según tú, es abandonarlo ¿En manos de quién? ¿De esos bandidos?

-Esos bandidos, como tú los llamas, son indígenas y tienen el respaldo de mucha gente. Para ellos son revolucionarios, no bandidos, y quieren cambiar las cosas. El pueblo está harto de la pobreza, de los abusos, de las mentiras y de la de la injusticia. Tú sabes muy bien que tu partido y tu presidente se roban todas las elecciones y nunca dejan el poder.

Olga era la única persona que se atrevía a hablarle así, pero con todo el amor que le tenía, aquello fue demasiado para don Severiano Castillejos con soberbia la descalificó diciendo:

-Tú eras la mejor directora de las escuelitas preescolares; de eso sí sabes, en eso aconséjame, pero no te metas en asuntos de otra envergadura que nunca podrás entender.

-No Severiano, no soy tan estúpida y no necesito ser diputada, ni uno de tus secretaritos peleles para entender lo que dice el pueblo. Acuérdate que soy de origen humilde, mis padres también fueron maestros, y con los sueldos que ganan los maestros no hay muchas alternativas. No sé si ya no te acuerdas, cuando manejaste el gremio a tu antojo, todo lograste menos que mejoraran sus agremiados en ningún sentido.

-Olga, qué mal momento escogiste para sacar tus rencores. La situación, como dices, está muy difícil. Te pido que te calles por favor. Hablaremos de todo lo que quieras, pero no ahorita.

-Ahorita es que se están tomando las decisiones. Ahorita tenemos que hablar. No te reprocho nada. "Culpa es de los tiempos...", siempre me lo digo para justificarme a mí misma, porque al haber disfrutado de tu posición yo he sido tu cómplice, no creas que me hago tonta. Por eso te digo que es momento de encarar las responsabilidades que todos tenemos. No hablo nomás por mí y por mis hijos, hablo también por ti y sobre todo por la gente. No puedes, Severiano, no puedes, por amor de Dios, bañar de sangre esta ciudad.

-Yo no la voy a bañar de sangre, si alguien lo va a hacer, es ese Próspero Aranda y su gavilla de bandidos. Yo simplemente voy a cumplir con mi deber: garantizar la paz social, defender a las instituciones y preservar la justicia.

-Severiano, por favor -dijo ella indignada tratando de suavizar la voz-. A mí no me vengas con eso, no son bandidos, es la gente harta de abusos, que por fin se rebeló. Tú sabes muy bien que más de la mitad de la población se encuentra en

miseria; que las cárceles están llenas de pobres, que si cometieron un delito fue por hambre; que para que haya justicia en este país, primero tiene que haber dinero.

Se levantó de la mesa como un loco, sentía una rabia incontenible. Lanzó contra la pared la taza de porcelana en la que tomaba el café. La aventó contra la pared para no arrojársela en la cara ¿Cómo era posible que su propia mujer no lo entendiera? ¿Cómo era posible que le hablara así? Él, que le había dado todo, que la había convertido en una reina, que la había sacado de la nada. Desagradecida, le tenía más lealtad a su origen proletario que a él. Al fin alcanzó a balbucear congestionado por la rabia:

-¡Cállate! ¡Cállate! No entiendes nada. Ni yo, ni nadie por lo visto es capaz de explicarte lo que pasa y hacerte entrar en razón. Mañana te vas tú sola a reunirte con tus hijos, tal como te dije. Mientras tanto, no voy a seguir discutiendo necesidades.

-Sí, mañana me voy, Severiano, pero no quiero saber más de ti.

Se hizo un silencio profundo, había calculado todo en su plan, todo menos la reacción de su mujer, su orgullo, su diosa que ahora sin misericordia, le clavaba sus razones como espadas. ¿Cómo era posible que no supiera su modo de pensar? Después de catorce años juntos, la estaba conociendo hasta ahora. Había admirado su belleza, había disfrutado su compañía, había presumido su elegancia, pero no había realmente logrado comunicarse con ella. Quizá ni lo había intentado. Por tanto no sabía quién era hasta ese momento, el peor momento, el más inoportuno. Además, no le gustaba lo que estaba descubriendo; ésa no era su mujer, era una extraña; lo envolvió una horrible sensación ya conocida, recorrió pensamientos desgastados. Olga no era suya, no del todo; como en la cama, sus besos, sus caricias, ya no prendían, como al principio, la flor cálida de su vientre. Hacía tiempo que después del amor, igual que ahora, le quedaba la sensación de abrir la ventana de una casa vacía. Se sobrepuso, trató de pensar, como siempre de acomodar la verdad a su conveniencia; seguramente la tensión y el coraje la habían llevado a hablar así, pero esa no era ella, la Olga de siempre, el amor de su vida.

La ira lo había cegado, pero su sentido práctico empezó a imponerse. No podía seguir discutiendo con ella, porque era claro que no iban a llegar a un acuerdo; mucho menos le podía participar de sus planes y no la quería perder. Lo mejor era cambiar de estrategia. Ya después la podría convencer, pero de momento lo único importante era ganar tiempo.

-Mira -le dijo con la mayor tranquilidad que pudo- yo veo mi deber de esta manera y no me puedes pedir que cambie mis convicciones de la noche a la mañana. Voy a tener en cuenta lo que me dices, voy a evitar hasta lo posible el derramamiento de sangre, voy a tratar de negociar con el jefe de estos bandidos, pero no me pidas que traicione los principios de toda mi vida.

Olga, aunque comprendió que era inútil insistir, pensando en sus hijos y en los buenos momentos que habían compartido, no pudo dejar de decirle:

-Severiano vente conmigo, todavía estás a tiempo. Aprovechemos el barco que sale mañana.

-No puedo, entiéndelo, es el compromiso de toda mi carrera política. No me pidas eso, es imposible, vete tú. Esto se va a arreglar y si no, yo te alcanzo.

-Está bien -dijo ella con nostalgia y desencanto-. No sé si nos volvamos a ver, no sé si volverás a mí o si yo te estaré esperando.

-Claro que regresaré, Olga, y claro que tú me esperarás, no nos dejemos arrastrar por la tensión del momento.

Ella ya no contestó. También estaba sintiendo, con más claridad que nunca, la enorme distancia que había entre ambos. Distancia que no se notaba en la vorágine de la vida cotidiana, pero que en estos momentos de crisis se imponía irremediabilmente.

<<¿Qué estoy haciendo? -- pensó - ¿Qué quiero realmente?>>.

Ella no podía decirse sorprendida. Sabía y siempre supo lo que significaba ser la primera dama del estado: tener poder, posición, dinero. Había sido precioso formar su familia y verla crecer cuando nacieron sus hijos. Pero ahora se daba cuenta que no sólo la ambición y la comodidad la unían a él, sino también el miedo. Sabía que era capaz de todo. Se acordó que cuando la conoció, cuando se enamoró perdidamente de ella, había ordenado a la guardia sacar a doña Loreto, su primera esposa, no sólo de la residencia oficial, sino del estado. Desde entonces se veían a diario, aunque no vivían juntos, hasta que por fin doña Loreto tuvo a bien morir. Cuando el doctor la había desahuciado y estaba agonizando, él le envió una nota en la que le avisaba la muerte de doña Loreto y le proponía que vivieran juntos y se casaran. Al recibir la nota, fue a buscarlo y se enteró que doña Loreto todavía no había muerto. Era tan joven en ese tiempo, que aunque alcanzó a sentir pena por la señora, no se percató plenamente de la falta de sensibilidad y respeto de su futuro marido por la que todavía era su agonizante esposa.

Ahora veía todo claro y sabía con qué clase de hombre estaba compartiendo su vida. De modo que, sin pensarlo más, decidió seguir sus instrucciones, alejarse de él, e ir a reunirse con sus hijos.

### III. Al día siguiente...

Severiano Castillejos respiró aliviado, por fin Oiga se había embarcado, aparentemente ya sin reproches. Se sintió solo; ella le daba la única razón para regresar a su casa cada día. Ahora a excepción de sus oficinas en el palacio de gobierno, no tenía otro lugar a donde ir. Era como estar acuartelado y así lo asumió. Se impuso jornadas de trabajo extenuantes, al grado que mandó poner una cama en un pequeño privado junto a su oficina, para dormir unas cuantas horas ahí mismo y empezar al otro día muy temprano otra jornada interminable. Su actividad era febril. Quería preverlo todo, pero le faltaba información y no tenía noticias de Robertito y ni del coronel Olivares.

Pasaron varias semanas, sin que atacaran los revolucionarios, afortunadamente porque no tenía suficientes armas para la defensa de la ciudad, ni había noticias claras del gobierno federal.

Una noche en que ya se encontraba casi solo en su despacho, llegó un comunicado de la presidencia de la república; estaba cifrado, por lo cual tuvo que llamar al oficial de comunicaciones para que lo descifrara. El gobierno federal, amagado por el ejército revolucionario, se disponía a abandonar la capital del país para asentarse en el puerto, lo que le permitiría recibir armas, municiones y todo tipo de abastos para emprender una campaña de contraataque que reconquistara la capital de la república y acabara de una vez por todas con la revuelta. Se le ordenaba defender la capital del estado, recuperar el territorio controlado por los revolucionarios y no sólo eso, sino en la medida de lo posible, hacer llegar refuerzos al puerto y apoyar de esa forma al gobierno federal y al presidente de la república.

Apenas se pudo contener delante del oficial que le leyó el mensaje.

<<De modo –pensó- que me piden hacer algo que ni el presidente, ni sus secretarios, ni su estado mayor están dispuestos a hacer. Será que me creen tan pendejo. Apenas se sepa la noticia, seguro nos cae encima Próspero Aranda; es obvio que está esperando tener la seguridad de que no vamos a recibir refuerzos para atacar>>.

Había hecho un plan perfecto, según él, pero ni el gobierno había caído ni estaba en posición de ayudarlo.

<<Aunque no tengo duda -se dijo- que el régimen se está tambaleando, quieren el puerto asegurado, porque el que se va, y del país, es el presidente con sus allegados. Lo de defender la plaza es para ganar tiempo con la esperanza de

lograr que los gobernadores resistan. Están buscando solamente tiempo, tiempo para salir corriendo. Yo no voy a ser de los pendejos que se mueren defendiendo una causa perdida>>.

El problema era que seguía sin noticias de Robertito y del coronel.

<<Robertito es un canalla, pero el coronel Olivares es un hombre de lealtad a toda prueba ¿Cómo es posible que siga sin noticias de ellos?>> se preguntaba.

No podía seguir esperando, había mandado cientos de mensajes y simplemente no había respuesta. Por fin decidió correr el riesgo de perder la confidencialidad y envió un mensaje directo a sus contactos en el vecino país, preguntando a su banco si ya habían depositado el dinero. La respuesta llegó en la mañana: ni Roberto Centeno ni el coronel Tomás Olivares se habían presentado, ni se había hecho ningún depósito en su cuenta.

<<Esto es lo que me faltaba, o ya los mataron, o ya se mataron uno al otro, o ya me traicionaron>>.

En eso entró intempestivamente el capitán Gregorio Canul, que comandaba la guarnición en ausencia del coronel Olivares. Siempre le molestó que entraran en su oficina sin anunciarse y en este caso más, porque el capitán era un personaje al que no toleraba. Había algo en él que le desagradaba profundamente; era un hombre menudo, delgado, con mirada directa y un aire de dignidad que él calificaba de soberbia, pero por la confianza ilimitada que le tenía a Olivares, había tenido la debilidad de permitirle que lo dejara como comandante de la plaza en su ausencia.

—Señor gobernador, tenemos noticias que las fuerzas de Próspero Aranda empezaron a hacer un movimiento envolvente para atacarnos.

—¡Confírmelo! —le gritó— ¡confírmelo! y déme más información. Lo espero en una hora.

El capitán salió desconcertado. Severiano quería ganar tiempo para pensar y más que para pensar, pues ya había decidido huir lo más pronto posible, realmente quería tiempo para preparar su partida: juntar documentos, dinero y lo más difícil, gente leal que lo escoltara para tomar un barco. Los acontecimientos se habían precipitado. Todo indicaba que Robertito y el coronel le habían robado miserablemente. Ni modo de pedir más dinero a la población, que estaba en el paroxismo de la indignación por el saqueo a los bancos. Se tendría que ir así, con lo poco de que disponía, si bien con sus depósitos en el extranjero no tendría problemas para vivir. ¿Con qué iba a organizar su regreso? ¿Y sus sueños de

gloria?. Abrió la esperanza de que el depósito se hiciera tarde o temprano y que la lealtad del coronel Olivares fuera como él la había percibido.

Preparó todo lo más rápido posible. Aunque hacía semanas que estaba previendo su huida, nunca pensó que fuera en esas condiciones. Se dio cuenta de cuánto dependía del coronel Olivares, de quien nunca había previsto una deslealtad.

Ese "capitancito" Canul, con su aire de noble indígena, no le inspiraba confianza, así que prefirió poner al frente de una escolta escogida por él mismo, a su jefe de ayudantes, el teniente Adán Ruiz, hombre de gran discreción, y no comunicar a nadie la hora exacta de su salida. Cuando regresó el capitán Canul, casi ni escuchó su informe, realmente ya sabía que tenían muy poco armamento y municiones y que sostener las líneas en el territorio controlado todavía por el gobierno, era muy difícil porque la gente de Próspero Aranda cada día era más numerosa. Sin embargo, le aseguró:

-Si nosotros tenemos mal armamento, ellos tienen peor, de manera que debemos resistir hasta el último hombre. El coronel Olivares está por llegar con armamento y refuerzos, lo que permitirá tomar al enemigo entre dos fuegos. Yo tengo que salir para unirme al gobierno federal en apoyo al señor presidente y con su ayuda regresaré para hacerme cargo de la situación. Entregue personalmente este sobre al diputado Adolfo Rivas, sólo él lo debe abrir. ¿Está claro?

-Sí señor -contestó el capitán con acento militar.

-En él hay una carta dirigida al congreso del estado en la que explico la situación y la razón de mi ausencia. Prepare la defensa, deje la ciudad en sus manos hasta que llegue el coronel. Hay que resistir, son órdenes del Presidente de la República y por supuesto más también. Confío en usted. Llame a su secretario para que todo quede asentado en actas.

En ese momento sólo le preocupaban dos cosas: su dinero, mermado por la traición de Robertito y del coronel, y su posición de gobernador que se le iba de las manos. Al menos estas actas no lo presentarían como un traidor ante el gobierno federal y en cuanto a los revolucionarios, no importaba, pues estaba seguro que ya lo habían juzgado y condenado. De caer en sus manos harían la farsa de un juicio sumario, que lo condenaría sin remedio a ser pasado por las armas.

En eso le pareció oír la voz de Olga: "No puedes, Severiano, no puedes por amor de Dios, bañar de sangre esta ciudad".

Se le cortó la respiración y empezó a sudar copiosamente. Se metió en el baño dando traspies. Ahí se mojó la cara. Cuando se incorporó y miró al espejo, sintió repugnancia por la imagen del viejo aterrorizado que se reflejó.

<<No puedo perder el control -se reprochó con una mezcla de angustia y coraje-. No puedo dar esta imagen de inseguridad y menos de miedo>>.

Metió la cabeza en el chorro de agua fría y respiró profundamente. Por fin sintió que le regresaba la respiración y recuperaba paulatinamente el control. Volvió a verse en el espejo. Su mirada ya no era de miedo. Era de un hombre que no tenía ni quería tener conciencia.

<<Qué saben las mujeres de asuntos de estado y menos de estado de guerra>> le dijo al espejo.

Pudo volver a mirarse. Salió con ademanes más firmes que nunca y le preguntó al capitán Canul:

-¿Alguna duda?

-Señor gobernador, no sé si tenga usted idea del tiempo en que podrán llegar los refuerzos y, sobre todo, las armas y municiones.

-No la tengo con exactitud, pero es cuestión de días; como le dije, el coronel Olivares ya está en camino. Así que hay que resistir hasta que llegue ¿Está claro?

-Sí señor gobernador- dijo el capitán, sabiendo que con los efectivos que tenía era un suicidio resistir.

-Confíe en mi palabra y en la palabra del señor presidente. Hay que defender la ciudad. Ya verá usted que pronto volveremos a tener el país en nuestras manos. Esto último hasta a él le sonó falso, pero ya estaba dicho. Despidió al capitán y se dispuso a continuar preparando su huída.

Tenía un barco camaronero, del cual se había apropiado cuando hizo un préstamo prendario a su primo Librado, quien no pudo pagarle. Entonces se lo embargó y lo dejó de capitán, pero ya no de patrón; él lo consideró un acto generoso, pues finalmente Librado, su querido primo, siguió con su barco, trabajando en lo que sabía y le gustaba. Librado no estaba tan conforme, venía de una familia de pescadores por generaciones y todos habían sido patrones de sus embarcaciones. Él era el primero en ser un empleado y consideraba una injusticia de la vida la situación en que había caído, debido a la mala combinación de una temporada baja en la pesca del camarón y un préstamo prendario con intereses usureros.

Sin embargo, no había tenido más alternativa que aceptar y, todavía, mostrarse agradecido con Severiano, su primo, su compañero de juegos, su patrón y su gobernador.

Cuando Severiano le pidió que lo llevara en el barco camaronero al principal puerto de la república, no pudo dejar de sorprenderse.

–Querido primo -le había dicho con voz inusualmente amable-, la situación está terrible, tengo que reunirme con el presidente, que va a refugiarse en el puerto. Ya te explicaré, pero necesito que te prevengas para ese viaje, o hasta para uno más largo, y que esto sea absolutamente confidencial.

Salió en la madrugada custodiado por su escolta. El muelle del río estaba a diez minutos y no esperaba ninguna sorpresa. El capitán Gregorio Canul, que se quedaba al mando, se había tragado totalmente el cuento que podrían resistir el ataque de los revolucionarios, porque el coronel Olivares estaba por llegar con armas y refuerzos.

<<Ese capitán tan orgulloso, no tiene la malicia ni el talento para desconfiar, así que en eso puedo estar tranquilo>> pensó.

Por supuesto, tenía previsto que si las cosas no estaban bien en el puerto seguiría hasta el puerto extranjero más cercano, para pedir asilo político. Daba por hecho conseguirlo, y ya se visualizaba tomando el tren para reunirse con Olga y con sus hijos.

Le volvieron a retumbar las palabras de ella:

“Severiano, todavía estás a tiempo, vente conmigo”. “Severiano, por lo que más quieras, evita el baño de sangre”.

<<¡No Olga, no! -dijo en voz alta como si ella lo escuchara-. No se pueden hacer las cosas como tú dices. Ésta es la única forma>>.

Llegaron al gran río, en el muelle estaba “La Flecha”, su barco. Lo vio más destartalado que nunca y sintió miedo de la larga travesía que le aguardaba. Librado lo esperaba en cubierta.

<<Es un hombre de mar que sabe su oficio, es mi primo, mi compañero desde niños. Puedo confiar en él>> se dijo para darse confianza, al tiempo que lo saludaba.

–Buenos días, capitán.

–Buenos días, señor gobernador -dijo Librado entre extrañado y divertido de recibir el trato de capitán por parte de Severiano.

–Ya no me trates de “señor gobernador”, somos primos y amigos, y esto se está yendo al demonio. Ya te contaré con detalle.

Subieron al barco sus cosas y la escolta de diez hombres que lo acompañaba.

–No irás a querer que viajen con nosotros –le dijo Librado-.Este no es un barco tan grande y nos van a estorbar para maniobrar.

–¿Por qué te van a estorbar si no vamos de pesca? Vamos de viaje.

–Sí, pero tampoco llevamos tanto avituallamiento. Éste es un barco camaronero, no de pasaje.

Severiano analizó la situación. No pensaba llevarlos, porque consideraba que sería más fácil pasar desapercibido yendo sólo con su jefe de ayudantes que con toda su escolta. Pero ¿por qué Librado se quería deshacer de ellos? Efectivamente era un barco chico y tanta gente estorbaba. Concluyó que no había lugar para suspicacias, pero aún así quiso cerciorarse.

–No sé cómo le vas a hacer, pero ellos vienen con nosotros. De aquí al puerto no es un viaje tan largo y ellos pueden dormir en cubierta.

–Como tú indiques. Severiano, yo lo decía para que viajaras más cómodo y porque sugeriste que podría ser un viaje más largo.

Esa respuesta lo tranquilizó.

–Está bien –dijo- sólo vendrá mi jefe de ayudantes. Los demás son soldados; se deben quedar a defender la ciudad, que es una misión mucho más importante que proteger a su gobernador.

<<Ni en estos momentos se le quita lo farsante>> pensó Librado y por toda respuesta dio la orden de zarpar a sus cuatro tripulantes.

Bajaron los soldados, soltaron las amarras y el barco se empezó a separar lentamente del muelle.

Librado, desde el puente de mando, tenía un mal presentimiento, lo inquietaba el destino incierto de aquel viaje.

Cuando una embarcación suelta las amarras, -pensó casi con angustia- se da un momento de solemnidad, de osadía. Se diría que equivale a cortar el cordón umbilical que la une a la madre tierra.

“La Flecha” empezó a deslizarse casi sensualmente por la superficie tersa del río. Todavía era de madrugada, y no tardarían las primeras luces del alba en comenzar a dibujar el horizonte.

Librado, sin despegar la vista del rayo de luz que el reflector de proa encendía en el agua, recordaba las palabras de su padre, cuando lo acompañaba por ese mismo río en los amaneceres de su niñez. Palabras de un hombre que admiraba y había calado hondo en la cultura maya, que acostumbraba leer y releer, pensar y repensar

en sus largas noches de altamar y que ahora, muchos años después, revivían en Librado:

Hay en esa región –le decía- una lucha dramática que protagonizan, todos los días, las fuerzas de la oscuridad, contra el sol. Antes del amanecer se siente un instante de angustia. Una duda que proviene, no del cerebro, sino de las entrañas: ¿Podrá Itzamná romper una vez más el infinito de oscuridad? ¿Se habrá roto el equilibrio que exigen los dioses? ¿Tendrá razón el Chilam Balam cuando dice?:

“No había alto conocimiento.

No había sagrado lenguaje.

No había divina enseñanza

en los sustitutos de los dioses que llegaron aquí.

¡Castrar al sol!

Eso vinieron a hacer aquí, los extranjeros”.

Sabemos que no puede haber dos soles y que no hemos podido integrar la sabiduría de los que ya estaban, con la de los que llegaron. Por eso no hemos podido crear la nuestra. Por eso la angustia, por eso la duda.

¿Le habrá Ixchel, la luna, su esposa infiel, hecho otra traición?

¿Se habrá aliado con la tierra para reinar sobre ella y no dejarse opacar por Itzamná?

Ensimismado con esa lucha colosal recordaba a su padre, cuando un rayo de luz blanca partió en dos el horizonte, anunciando que, en esta ocasión, había ganado el sol.

Los ocupantes de “La Flecha” se sintieron aliviados. El amanecer empezó a mostrar ante ellos el esplendor del río reflejando los tonos intensos del rojo naranja del sol; y la selva, en las dos riberas, haciendo una danza de todos los verdes, se fue prendiendo según la intensidad de la luz de sus rayos.

Llegaron por fin a la unión de los dos grandes ríos y a su imponente desembocadura en el golfo. Severiano se sintió aliviado. Dejó de temer por su vida y empezó a temer por su futuro.

#### IV. Cada día más desesperado...

el coronel Olivares entornaba los ojos para tratar de controlar el disgusto que le producía la insufrible compañía de Robertito.

Desde que habían emprendido el viaje al país vecino, con objeto de comprar armas y depositar dinero en la cuenta de Severiano Castillejos y en las propias, el humor del coronel se había ido agriando hasta llegar a una intolerancia casi inmanejable, provocada por la plática estúpida y descaradamente cínica de Robertito.

Varias veces le había propuesto, de todas las formas imaginables, se quedaran con el dinero por partes iguales, que no compraran las armas, ni mucho menos depositaran la parte que correspondía a la cuenta de Castillejos.

-El presidente de la república ya se fue y hay un presidente interino que seguramente no durará ni tres meses. ¿Qué objeto tiene comprar armas para defender un gobierno estatal, si el movimiento revolucionario está por tomar el poder en todo el país? –argumentaba-. No tiene ningún caso, además, “ladrón que roba ladrón tiene cien años de perdón” –decía, tratando de ser gracioso.

-¡Ya cálese! -lo reprendía Olivares con exasperación-. Usted no sabe lo que es lealtad, ni mucho menos le importan su patria y su provincia. Vamos a cumplir las órdenes del gobernador como nos comprometimos.

Aquella noche en el tren, el coronel estaba especialmente intranquilo, ni pensar en dormir siquiera un instante. Todo combatía su descanso: la incomodidad del pullman, el ruido de cada estación, pero sobre todo el peligro inminente de ser descubiertos.

Estaban llegando al desierto del norte, territorio controlado por los revolucionarios, que sin duda tarde o temprano, buscando armas y dinero, abordarían el tren para revisarlo y verificar la identidad de todos los pasajeros.

<<Con el dinero y los documentos que traemos no podemos quedarnos en el tren y correr estos riesgos>> -se decía.

Habían guardado el baúl en el carro de carga y el coronel se levantó por cuarta vez en esa noche a verificar que estuviera a buen recaudo. Cuando regresaba a su compartimiento, el tren se detuvo en una estación. Preguntó el nombre. Estaban entrando en desierto y en veinte horas más llegarían a la frontera. El tren estaría parado por media hora, abasteciéndose de agua y carbón.

Decidió bajar. Era un caserío pequeño formado alrededor de la estación; había una pequeña fonda donde entró a tomar café. En la parte de atrás estaba una carreta jalada por dos mulas descargando todo tipo de mercancías para ser embarcadas en

el tren. Ahí concibió un nuevo plan. Alquiló la carreta de mulas, le pidió al carretero que esperara y se fue a despertar a Robertito que, él sí, dormía plácidamente.

-Aquí nos bajamos -le dijo con brusquedad.

-¿Dónde estamos? -preguntó somnoliento.

-Estamos en la orilla del desierto. Toda esta zona está controlada por revolucionarios que, si revisaran el tren, de seguro encontrarán el dinero y el oro que llevamos, así que hay que bajarnos aquí.

Robertito se desconcertó, no le gustaba bajarse en un caserío tan pequeño y abandonar la comodidad del tren.

-Es más peligroso bajarnos y andar a pie. ¿Cómo vamos a transportar el baúl? -balbuceó.

-Ya alquilé una carreta -contestó el coronel con desesperación-. En ella nos transportaremos.

Lo tomó del brazo y casi lo levantó por la fuerza.

-Hay que apurarse, el tren se irá en pocos minutos.

Subieron el baúl a la carreta y sentados en la fonda tomando café vieron, para angustia de Robertito, cómo se alejaba el tren.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? -preguntó con voz temblorosa.

-Vamos a ir a la frontera, pero no en el tren, sino en la carreta por caminos vecinales para tratar de evadir a los revolucionarios.

-Eso no va a hacer posible, no conocemos la región.

-Nosotros no, pero el carretero sí. No sólo le alquilé su carreta, sino también sus servicios. Le prometí una buena cantidad si llegamos a la frontera sanos y salvos. Cubriremos el baúl con mazorcas de maíz y fingiremos ser comerciantes que recorren los pueblos vendiendo grano.

-¿Y cómo sabemos que es un hombre de confianza?

-No lo sabemos, pero también le dije que si nos pasa algo, el primero que se muere es él -contestó el coronel acariciando su pistola.

Robertito estaba asustado, la perspectiva de hacer un viaje en carreta le parecía aterradora. Sentía que el coronel, al bajarlo casi a fuerza del tren lo había atropellado con alguna mala intención, o por lo menos que estaban cometiendo un grave error, porque era más fácil caer en manos de los revolucionarios viajando por tierra en esa carreta, que en el mismo tren. Eso lo hacía argumentar todo tipo de objeciones.

-Ni usted ni yo tenemos facha de campesinos que venden su maíz. Así que vamos a despertar sospechas donde quiera que andemos.

-Nos vamos a cambiar de ropa, también en eso pensé. El carretero nos va a traer ropa de campesinos. Espero no le moleste quitarse lo endomingado -le contestó con sorna.

No hubo argumento que Robertito esgrimiera, al que el coronel no tuviera respuesta. No valieron sus objeciones y pretextos. No le quedó más que cambiarse de ropa, ayudar a esconder el baúl entre las mazorcas y subirse agobiado a la carreta.

Los campesinos de la región vestían calzón de manta, faja ancha alrededor de la cintura que llamaban "patío", en la que se ceñían el machete o la pistola, media bota, camisola suelta y sombrero de palma de tejido grueso muy apretado, con banda negra.

Ni el coronel Tomás Olivares, ni Roberto Centeno se sentían a gusto con ese atuendo, ni su acento sureño los ayudaba a pasar por campesinos del norte; sin embargo, el coronel veía mucho mayores posibilidades de alcanzar la frontera en la carreta que en el tren.

Esperaron unas horas. Con las primeras luces del amanecer, emprendieron el camino. Habían cargado junto al baúl y las mazorcas algunas provisiones y una buena porción de agua. El paso de los animales era monótono y mucho más lento de lo que hubieran querido. Si no tenían que hacer grandes rodeos, llegarían en veinte días. Era demasiado, pero sólo podían viajar en las primeras y últimas horas del día, para tener claridad sin el calor insoportable del sol del desierto.

El amanecer fue espectacular: el brillo de la aurora inundó el horizonte en segundos y la brillantez de aquellas tierras desnudas pronto logró una claridad total; no había una sola nube en el cielo increíblemente azul.

A los cinco días de viaje, tanto Robertito como el coronel habían sudado tanto en el polvo del desierto y habían recibido con tal furia el resplandor del sol sobre su piel, que su apariencia ya era la de cualquier campesino de la región, no nada más por el polvo y el sudor que ensuciaban su ropa, sino por las huellas del cansancio que la lucha por avanzar en un lugar tan hostil para la vida, les imponía. Los dos pensaban en su tierra verde y húmeda, llena de árboles con sombra protectora y de riachuelos cantándole a la vida, en donde el sol era una bendición y no un tormento.

Si al coronel se le había agriado el carácter con aquel viaje, el trayecto en carreta y las eternas quejas de Robertito lo estaban llevando al límite.

El quinto día de camino por fin estaba terminando. El carretero les había dicho que podrían dormir en una hostería que se encontraba junto a uno de los pocos pozos que tenía agua todo el año. Habían dormido a la intemperie los días anteriores, así que anhelaban pernoctar en una cama bajo techo, sin importar lo incómoda que pudiera estar.

Al acercarse notaron muchos caballos fuera del hostel, demasiados. Era un campamento militar, lo que hacía imposible pensar en acercarse.

-No tendremos más remedio que desviarnos -dijo el carretero.

-Sí, y alejarnos lo más posible de aquí -añadió Olivares.

Para Robertito, aquel viaje se hacía cada día más insoportable, así que replicó:

-Pero si no sabemos quiénes son.

-Precisamente. No queremos toparnos con ellos para averiguarlo -repuso el coronel entre enojado y burlón.

-Yo podría acercarme y tratar de indagarlo. Además, no sabemos qué ha pasado en la capital; pudiera ser que tengan noticias y logremos saber algo.

-¿Y cómo va usted a explicar su presencia aquí, en medio de la nada?

-Puedo decir que asaltaron el tren y me secuestraron, que logré escapar y que, por lo pronto, sólo quiero que me permitan descansar y esperar una carreta que me pueda llevar a la estación para seguir mi camino. Con eso haré conversación y nos enteraremos de las noticias, pero sobre todo, es importantísimo saber quiénes son.

El plan no era malo, pero la desconfianza que sentía Olivares por Robertito no lo dejaba acceder. Trató de calcular los riesgos. No sería lógico, por ningún motivo, que les hablara del baúl y su preciosa carga, porque sería el mejor incentivo para que los asesinaran a ambos. Tampoco podía ir con él y dejar al carretero solo, sin correr el riesgo de que simplemente se internara en el desierto, que conocía mejor que nadie, le pareció que no había opciones, y también tenía curiosidad por saber acerca del desarrollo de los acontecimientos y sobre todo, era de vital importancia averiguar el movimiento de tropas que pudiera haber alrededor, para evitar toparse con ellas.

-Vaya usted -le dijo-. Nosotros acamparemos a un par de kilómetros de aquí y mañana al amanecer lo recogeremos en este lugar. Trate de investigar todo lo que pueda y, sobre todo, qué movimientos de tropas hay en la región.

Robertito tuvo que caminar un buen trecho, lo que resultó muy conveniente para darle sustento a su historia porque llegó bañado en sudor y más cansado y sucio que nunca.

No le faltaba imaginación ni capacidad histriónica. Contó una historia muy convincente sobre un asalto al tren y el secuestro de que había sido víctima, pidió agua y se fingió más cansado de lo que estaba.

El hostelero no estaba contento, para él había llegado alguien que no podía pagar sus servicios, y eso lo hacía hostil y avaro hasta con el agua que pedía con desesperación Robertito.

Efectivamente, la hostería estaba llena de gente del general Cedillo, uno de los jefes del movimiento revolucionario en el norte.

Era gente sencilla que había librado ya muchas batallas que la habían endurecido; sin embargo le dio la impresión que lo recibían con amabilidad.

El jefe del batallón, que había escuchado toda la historia de Robertito desde una mesa del fondo, le gritó al hostelero:

-¡Dale el agua que te pide, carajo! y sívele algo de comer que viene muy jodido.

Robertito se dio inmediatamente cuenta de quien mandaba ahí y exageró el agradecimiento.

-Gracias, comandante, me salva usted la vida -dijo en tono patético.

-No es nada -contestó el comandante con indiferencia y le gritó al hostelero -dale un trago de aguardiente aquí al señor, pa' que le regrese el alma al cuerpo.

Eso dio pie a Robertito para acercarse a la mesa del comandante, chocar su vaso y decir gracias otra vez.

-¿Me permite que me siente en su mesa comandante? -dijo con fingida timidez.

-Claro amigo, se lo iba a pedir. A ver, cuénteme otra vez eso del asalto al tren. ¿Cuándo dice usted que sucedió?

Robertito se empezó a sentir inseguro. Repitió la historia lo mejor que pudo. El comandante insistía en preguntar la fecha del asalto y Robertito trastabillaba cada vez más.

-Mire amiguito, el tren que usted dice, llegó a la siguiente estación y no hubo ningún asalto. Así que nos va a decir la verdad. ¿Qué anda haciendo por aquí?

El tono no dejaba lugar a réplica, por lo que Robertito decidió jugarse el todo por el todo.

-¿Puedo hablar con usted en privado?

-Regístrenlo -ordenó el comandante.

Antes de que lo hicieran, Robertito sacó la pistola que tenía fajada en el patío y, tomándola del cañón, se la entregó al comandante diciendo:

-Es todo lo que traigo.

De todas formas lo registraron y les pareció sospechoso que no llevara consigo ningún documento que lo identificara. Robertito insistía en hablar a solas con el comandante. Éste accedió.

-Hable de una vez y no diga una mentira más porque aquí se muere.

Robertito, balbuceando de miedo, contó la historia del gobernador Severiano Castillejos. Detalló cómo les había encargado a él y al coronel Tomás Olivares, que estaba a escasos dos kilómetros de ahí acampado en una carreta, ir a la frontera para comprar armas, pero argumentó que él era un verdadero revolucionario y que se había separado del coronel con el pretexto de averiguar noticias de la capital, precisamente para unirse a la revolución, para que las armas que iban a comprar con el dinero que Castillejos había robado al pueblo, sirvieran a la causa revolucionaria y no a la oligarquía explotadora. Dijo que sólo el coronel sabía el nombre de la persona que era contacto en la frontera para comprar las armas y que trasportaban un baúl lleno de oro y dinero en la carreta. Propuso que los siguieran de lejos hasta la frontera, donde localizarían esa la persona.

El comandante con el que hablaba Robertito era el teniente coronel Zertuche, hombre de toda confianza del general Cedillo. Ambicioso y desconfiado, no podía creer toda esa historia. Se le quedó viendo un largo rato sin decir palabra. Llamó a un sargento para que lo mantuvieran estrechamente vigilado hasta nueva orden. Robertito, ante el silencio del comandante se sintió perdido, sin embargo agregó:

-Comandante, usted puede comprobar lo que digo. La carreta está aquí cerca y mañana me va a recoger detrás de esa loma.

El teniente coronel Zertuche, que era hombre de pocas palabras, ni siquiera se molestó en contestarle. Ensimismado como estaba, pensando no sólo qué hacer con aquel hombre tan poco hombre, sino en cómo hacerse del dinero que se suponía llevaban en la carreta y, lo que más le interesaba, de un contacto para comprar armas. Aunque los revolucionarios tenían sus propias relaciones, siempre existía la posibilidad de conseguir armamento en mejores condiciones y, sobre todo, sin necesidad del visto bueno del gobierno del país vecino, lo cual, sabían bien, acababa teniendo un costo altísimo.

Después de un rato le dijo:

-Está bien, va usted a regresar a su carreta y lo vamos a seguir desde lejos, pero mucho cuidado con traicionarme.

Al día siguiente, Robertito se fue caminando hasta la loma donde había quedado de encontrar al coronel Olivares. No sabía si lo seguían o no. El sargento que lo custodiaba lo había despertado en la madrugada y sólo le había dicho:

-Se puede ir, aquí está su pistola.

Trató de averiguar por orden de quién, diciéndole que se quería despedir del comandante, pero el sargento simplemente se retiró sin contestarle.

Caminó con paso inseguro sin poder resistir la tentación de mirar hacia atrás continuamente.

<<Aunque ya estoy lejos, todavía me puede alcanzar un buen tiro de rifle>>

-se decía y apuraba el paso.

Por fin llegó a la loma que lo ocultaba del campamento militar, en el lugar convenido.

Al no ver a nadie se le fue el alma, porque pensó que Olivares no había cumplido con la cita y eso lo condenaba sin lugar a dudas a la hostilidad del teniente coronel Zertuche.

<<No me va a creer, va a pensar que lo engañé. ¿Ahora qué hago en medio del desierto?>>

En eso oyó un silbido, era Olivares escondido en una hondanada que lo llamaba.

Corrió con desesperación gritando entre ahogos:

<<No se vaya coronel, no me deje aquí>>

Corrió un largo trecho hasta que se topó con la carreta, en la que el coronel Olivares y el carretero lo miraban, sentados en el pescante. Llegó hasta ellos y trató de subirse casi de un brinco diciendo:

-¡Vámonos, vámonos rápido!.

El coronel quería oír las noticias, de manera que lo impidió al mismo tiempo que se bajaba él mismo.

-Espere, antes dígame cómo le fue.

-Es mejor que nos vayamos coronel, en el camino le cuento.

-No, mejor de una vez, aquí sin que nadie nos oiga -dijo señalando al carretero.

-En realidad, casi no pude saber nada, sólo que el presidente interino se está tambaleando, que las fuerzas revolucionarias están a punto de tomar la capital del país y que el batallón que está en la posada es parte de todo un cuerpo de ejército

que viene hacia acá. Por eso es mejor que nos vayamos cuanto antes, a mí no me creyeron y hasta me mantuvieron detenido toda la noche, pero en la mañana me dejaron ir.

Subieron a la carreta. Ninguno de los dos quería decir palabra. Robertito porque le pesaba la mentira y no sabía si el teniente coronel Zertuche iba a aceptar su propuesta, y Olivares porque sentía que la desconfianza que le tenía a Robertito se acentuaba por segundos.

-¿Cómo fue que pudo regresar sin despertar sospechas, si como dice, lo tenían detenido? –preguntó.

-Simplemente en la madrugada me escabullí sin hacer ruido.

-¿Y nadie lo vio?

-No, nadie.

-¿No tenían guardias?

-Sí, pero esperé a que se distrajeran. Como no suponían que hubiera sorpresas, estaban adormilados.

El coronel ya no contestó, sólo se lamentó de haber permitido que Robertito durmiera en la hostería.

Era obvio que algo andaba mal, que en alguna parte anidaban la mentira y la traición; pero el mal, como fuera, ya estaba hecho y lo único que quedaba era alejarse de ahí lo más pronto posible. Se propuso en adelante estar alerta y por ningún motivo volver a confiar en Robertito.

V. Para un militar de carrera...

como el capitán Gregorio Canul resultaban muy desagradables los excesos del sempiterno gobernador Castillejos, pero precisamente por su profesionalismo estaba acostumbrado a seguir órdenes sin preguntar y a defender las instituciones a cualquier costo y en cualquier circunstancia. Así que sin pensarlo dos veces y sabiendo lo precario de la situación militar, empezó a preparar la defensa de la ciudad y el decreto de suspensión de garantías para la firma del gobernador y la ratificación del congreso. Trató sin resultados de confirmar las órdenes que había recibido del gobernador, con el alto mando militar en la capital, pero ya no había telégrafo, sin duda cortado por la gente de Próspero Aranda. Aun sabiendo que la respuesta podría tardar algunos días, se arriesgó a enviar un correo en una pequeña embarcación con órdenes de llegar a la población más próxima y de ahí usar el telégrafo. Decidió que el gobernador debía firmar el estado de excepción para que diera tiempo a que lo ratificara el congreso. Con gran malestar en el alma y con el decreto en la mano, entró en palacio sólo para enterarse de que la noche anterior el gobernador don Severiano Castillejos se había embarcado con rumbo desconocido. El jefe de ayudantes era militar y debió informarlo, pero también se había embarcado con el gobernador y los soldados de la escolta simplemente habían regresado a palacio.

<<Don Severiano me dijo que tendría que irse para apoyar al gobierno federal, pero no que lo haría de inmediato. Ahora estamos en una situación muy irregular hasta que el congreso nombre un interino. Ese viejo lo único que hizo fue correr como gallina y yo sin poder comunicarme con el alto mando, sin armas y, ahora, sin gobernador>> -pensaba con angustia mientras se dirigía al congreso del estado a informar de la situación.

<<Este gobernador, además de arbitrario y ratero, es un cobarde y lo peor es que el presidente del congreso, el famoso licenciado Adolfo Rivas, el gordito, como le dicen en la cámara, es igual o peor que él. De todos los lameculos del gobernador, no hay uno que valga la pena. El único decente es don Bernardino, el tesorero, pero ese viejo no tiene carácter. Y ahí voy yo -se decía con coraje- a pedirle al congreso que nombre un gobernador interino, que seguramente será una mala copia de Severiano Castillejos>>.

Con estas reflexiones, el capitán Gregorio Canul luchaba como Jacob con el ángel, sudaba copiosamente y sentía que otra vez su profesionalismo iba a ser usado, o más bien pisoteado, por el oportunismo y la corrupción política. En el mensaje que

había enviado al alto mando, no informaba que el gobernador ya había abandonado el estado, lo cual consideraba un error de inteligencia militar.

<<Aunque ya lo deben saber -se dijo- si es que don Severiano, en realidad se fue a reunir con el presidente>>.

En ese momento, como un rayo, le cruzó por la mente que Severiano Castillejos mentía por sistema y que era muy posible que lo hubiera engañado, para poder salir corriendo por miedo al ataque inminente de los revolucionarios. Por lo menos, se consoló, su jefe el coronel Olivares sí era un hombre de honor y sin duda llegaría de un momento a otro con las armas. Con esas reflexiones, pero no con una decisión, llegó a la puerta del congreso. Ahí se quedó petrificado. Entrar significaba tomar parte en la faramalla que seguramente harían para nombrar un pelele. Intervenir en el nombramiento era traicionar su honor de militar. Esta última idea lo arrojó hacia adentro. El congreso estaba en sesión, pero el gordo Rivas ni siquiera había llegado; era tal el control del régimen del gobernador Severiano Castillejos sobre los diputados del estado, que Rivas se daba el lujo de dejarles tarea para poder asistir a la hora que se le diera la gana.

El capitán Canul lo sabía y molesto, al constatar una vez más estas circunstancias, decidió ir a sacarlo de su casa.

Ya había puesto un comandante de su confianza en el palacio de gobierno y, como le quedaba de paso, decidió entrar para conocer si había novedades. Ahí le informaron que no había nada relevante, salvo que en los calabozos del fondo estaba encerrado don Bernardino Madariaga.

-¡Cómo! -gritó-. ¿El único hombre respetable del régimen en el calabozo? ¿Quién dio la orden?

-El gobernador y el coronel Olivares.

-¡No puede ser!- exclamó. Pero ante tales órdenes, reprimió el impulso de ordenar liberarlo en seguida. Así que lo más calmadamente posible preguntó:

-¿Cuáles son los cargos?

-No hay mi capitán, sólo lo encerraron y ya lleva tres días. No le habían dado ni de comer, pero eso sí ya lo hicimos. El pobre viejo se ve muy jodido.

Canul se dirigió al calabozo, deseaba hablar directamente con don Bernardino para saber qué había pasado y temía encontrar a un hombre deshecho. Siempre había querido y respetado a don Bernardino, gran conocedor y admirador de la cultura indígena, de la que Canul estaba muy orgulloso. Nunca olvidó que cuando era estudiante de secundaria y sus compañeros se burlaban de su apellido de origen

indígena, don Bernardino, en su discurso de celebración de la Independencia, había exaltado las culturas Olmeca y Maya hasta el paroxismo y, cuando le entregó la medalla de primer lugar de los alumnos de segundo año, le dijo:

-“Tú, Canul, sin duda provienes de la nobleza india que gobernó con gran sabiduría el norte de esta región. Te felicito, porque tu gente no puede esperar menos de ti”.

Cuando entró en el calabozo vio un viejo sucio, golpeado, hambriento, pero con la mirada fuerte y una expresión de gran serenidad en su rostro.

-¡Ah, Canul! -dijo al verlo-. Al menos lo mandaron a usted. No se moleste en decirme nada, sólo quiero saber de qué se me acusa porque, de lo que sea, dígame al gobernador que no voy a firmar sus porquerías.

Cuando Canul escuchó esa frase, comprendió perfectamente lo que había sucedido. Aquellos dos hombres se respetaban y sabían que podían confiar uno en el otro, así que al enterarse de las circunstancias por las que don Bernardino había sido encarcelado, el capitán Canul, en su carácter de comandante de la plaza, lo liberó de inmediato.

Subieron a la oficina del gobernador, Canul le contó en detalle la situación en que se encontraba el estado y la disyuntiva en que se hallaba él.

Don Bernardino empezó a revivir al tomar el caldo de gallina que le acababan de servir.

-Un caldo como éste logró que mi abuela moribunda viviera otros diez años -comentaba con buen humor-. Ya hasta le habían comprado el ataúd, que cubierto con un mantón le sirvió de mesa muchos años más, hasta que lo usaron para otro difunto que sí era serio y cumplió su palabra de morirse cuando debía. Desde entonces, mi abuela decía: “Es que yo, eso de morirme, lo dejo para el final”.

Estaba muy débil, pero emanaba una fortaleza de ánimo totalmente ajena a él.

Canul tenía prisa. Para él la situación era apremiante en todos sentidos y, aunque quería y respetaba al viejo, no estaba dispuesto a acompañarlo hasta que se repusiera, por lo que se despidió dando órdenes de que lo llevaran a su casa.

Cuando salía, oyó la voz de don Bernardino que le preguntó:

-¿Así que ahora va usted a entregarle el poder al gordo Rivas?

-Al congreso del estado, como lo ordena la ley -contestó secamente.

-Es lo mismo -dijo don Bernardino-, es lo mismo.

En ese momento, Canul recordó la carta que le había dado don Severiano, precisamente para Rivas. Estaba en una vorágine de emociones y ya no quiso

seguir discutiendo ni consigo mismo. Sin pensarlo más, abrió el sobre y leyó en voz alta:

*Honorable Cámara de Diputados*

*Me dirijo a ustedes cuando la patria se encuentra amenazada por fuerzas que atentan contra la ley y el orden establecido, que tanto esfuerzo y sacrificio nos han costado.*

*El Gobierno Federal, amenazado por los autonombrados ejércitos revolucionarios, me ha pedido apoyar al puerto principal para que esté en condiciones de recibir armas y refuerzos, que le permitan fortalecerse y emprender una contraofensiva que recupere la capital y el control de todo el país.*

*Es por ello que dispusimos de los recursos de la tesorería estatal y emitimos bonos que solventaron los bancos y que serán reconocidos y pagados por el gobierno en cuanto se regularice la situación.*

*Con la mitad de esos recursos, mandé al coronel Tomás Olivares a comprar armamento para defender nuestra ciudad y con la otra mitad me voy a apoyar al señor Presidente de la República para esta campaña a que nos obliga nuestro deber y nuestro amor a la patria.*

*Por eso, solicito respetuosamente a esa soberanía, acepte concederme licencia indefinida para poder cumplir un deber al que me obligan mi lealtad y patriotismo.*

*Asimismo y con la desinteresada intención de que el gobierno del estado no quede sin dirección y liderazgo, sugiero, con el mayor respeto y con el único propósito de buscar el bien de nuestro estado, que se designe al licenciado Adolfo Rivas, presidente de ese honorable congreso y hombre de confianza de todos nosotros, como gobernador interino. Estoy seguro que, por su patriotismo y amor a las instituciones, sabrá dirigir los destinos de nuestra amada patria chica con acierto y, si fuera necesario, cumplirá con su deber hasta el sacrificio.*

*Juntos venceremos.*

*Severiano Castillejos*

-¿Lo ve? ahí está lo que le dije -advirtió don Bernardino.

-Sí, por lo visto es obvio, pero eso sí que no se puede permitir.

-¿Y qué va usted a hacer?

-No sé, pero para lo que haga cuento con usted.

–Yo soy el que menos le puede servir en estas circunstancias, pero en lo que pueda, cuente conmigo.

Canul ya no quiso escuchar nada y se fue a casa del licenciado Rivas, decidido a no dejarse llevar por las circunstancias y tratando de fraguar un plan para salvarse y salvar a todos de las órdenes de Severiano Castillejos, que a la distancia les seguían haciendo daño.

VI. A pesar de que pasaban de las once de la mañana...

el gordo Rivas salió a recibirlo con una bata de seda verde claro, pantuflas del mismo color y una redecilla en el pelo.

<<Si hubiera una imagen de la decadencia, sería la de este gordo infeliz>>  
-pensó Canul.

-Capitán Canul, ¿qué lo trae por aquí?. Estaba terminando mi almuerzo. ¿No quiere un bizcochito?. Están deliciosos, siéntese por favor.

--Licenciado Rivas, me permito informar a usted -dijo en posición de firmes- que el gobernador Severiano Castillejos abandonó el estado, que el coronel Tomás Olivares no está y yo soy el comandante en su ausencia, que Próspero Aranda está cada vez más fortalecido en el territorio que controla y tiene la posibilidad de atacar la ciudad, que nosotros no tenemos suficientes armas ni municiones para defender. Es urgente que el congreso nombre un gobernador interino.

A Rivas se le atragantó el bizcocho que se estaba llevando a la boca.

-¡Cómo! ¿Se fue don Severiano? Eso no es posible -repetía como enajenado- ¿Se fue don Severiano?

Canul hizo un esfuerzo y le explicó la situación una y otra vez. También le aclaró que el gobierno federal estaba amenazado y no podía enviarles refuerzos.

-Ni siquiera he podido comunicarme con el alto mando, porque cortaron el telégrafo -concluyó.

Rivas no lo podía creer. Su vida había dependido en todos sentidos, pero sobre todo emocionalmente, de don Severiano. Él era tan fuerte, inteligente y decidido como su gobernador y sólo sabía cumplir sus instrucciones, así que ahora reaccionaba como un niño que se entera de su orfandad.

-No puedo creerlo -decía -.¿Y ahora qué vamos a hacer?

Cuando el capitán Canul lo notó un poco más tranquilo, agregó con solemnidad:

-El congreso tiene que nombrar un gobernador interino según lo manda la Constitución.

-Pero para qué -replicó Rivas- si todo está perdido.

-Mire, licenciado, el coronel Olivares no tarda en llegar con armas y municiones y sin duda con algunos refuerzos que reclutará en las otras ciudades del estado. Con eso agarraremos a la gente de Próspero Aranda entre dos fuegos.

Rivas pensaba que si él fuera Olivares, ni loco vendría a meterse a esta ratonera, ya habían demostrado los sublevados en la batalla de Río Seco que sabían pelear. Sin embargo, se cuidó de confesárselo a Canul y balbuocé:

-Déme usted unos minutos para cambiarme.

Cuando se disponía a salir, el capitán le preguntó:

-¿A quién va a nombrar gobernador interino?

-No sé, no sé por quién se inclinará el congreso.

-Licenciado, no hay tiempo de hacernos tontos, usted y yo sabemos que el congreso va a nombrar a quien usted proponga.

-Sí, pero sólo que les diga que son órdenes de don Severiano y que él pronto regresará.

-Está bien, dígales lo que quiera, pero la pregunta sigue en pie: ¿A quién va usted a proponer?

-Tengo que pensarlo, capitán, déme usted tiempo. Tendrá que ser una persona de toda la confianza de don Severiano. Puedo ser yo mismo, aunque le confieso que en esta situación no me gustaría nada, o uno de los diputados, o uno de los miembros del gabinete.

-Quiero nombres, licenciado -decía el capitán.

Cuando Rivas empezó a mencionar posibles candidatos, Canul analizaba la terrible situación. Todos le parecían tan corruptos como don Severiano y, además, absolutamente ineptos. Así que empezó a vetar nombres.

-No, ése no, éste tampoco.

Al hacerlo se dio cuenta de que se estaba extralimitando, no correspondía al ejército ni proponer ni vetar a nadie; sin embargo, le resonaba la última frase de don Bernardino:

"Así que ahora va usted a entregar el poder al gordo Rivas".

Volvió a luchar con el ángel: ¿Cuál era su deber? ¿Debía permitir el nombramiento de uno de los peleles de don Severiano, que además de ladrón y convenenciero fuera una completa nulidad? Así, contra toda su formación y disciplina militar, extrañado de sí mismo, se oyó decir:

-¿Por qué no propone usted a don Bernardino Madariaga?

-Porque ese viejo no es de la camarilla íntima de don Severiano.

-No será de la pandilla de ustedes para la borrachera y las puterías, pero es el secretario con más juicio y experiencia.

Rivas se engalló.

-No le corresponde a usted sugerir a nadie, capitán, eso es cosa del congreso.

En ese momento, Canul comprendió que estaba ya en un camino sin regreso y, decidido, contestó:

-Mire licenciado, yo no voy a obedecer a un idiota como los que usted propone. Aquí hace mucho que las instituciones están podridas, pero podemos salvarlas con alguien honorable y capaz a quien también el ejército respete y pueda respaldar, cualidades que no tiene ninguno de los mencionados por usted. De manera que si quiere salir de ésta, hágame caso por su propio bien y el del estado.

-¿Me está usted amenazando?

-Sí, no tenga la menor duda. Si no entiende de otra forma, sí, lo estoy amenazando.

Rivas sudaba, le temblaba la voz y balbuceó como disculpa:

-No van a aceptar a don Bernardino, ese viejo no tiene amigos.

-No tendrá cómplices, dirá usted, y sí lo van a aceptar si les asegura que son órdenes de don Severiano.

-Pero no lo son.

-Lo son desde este momento -repuso Canul alzando la voz-. Vístase, licenciado, no podemos perder más tiempo.

Salieron rumbo al congreso, que estaba en la plaza a un lado del palacio de gobierno, de modo que tenían que pasar necesariamente por una de sus puertas. Al llegar, Canul, tomando del brazo a Rivas, lo arrastró al interior diciendo:

-Venga, acompáñeme a ver si tenemos alguna noticia de don Severiano o del coronel Olivares.

Rivas se dejó conducir. No había noticias de nadie, pero Canul aprovechó para hablar con sus lugartenientes y darles instrucciones para que rodearan el palacio de gobierno, la plaza y el congreso, con la mayor discreción posible. Lo hizo delante de Rivas para que no cayera en la tentación de cambiar de opinión en el congreso.

Cuando terminó de dictar sus órdenes, con un tono lleno de intención, le indicó:

-Ahora sí, vamos al congreso.

-¿Y cómo sabe que don Bernardino va a aceptar? Es un viejo muy pusilánime y en esta situación ser gobernador no es ningún premio.

-Precisamente -replicó Canul-. Por eso va a aceptar. Aunque tiene usted razón, aquí espéreme, voy a consultarlo.

-¿Y si se niega?

–No se negará, yo sé que lo puedo convencer.

–Vamos juntos.

–No, si va usted, entonces sí se va a negar. Espéreme aquí.

–¡Sargento! -dijo en voz alta-. Atienda al licenciado Rivas. Ofrézcale lo que guste, pero aquí me esperan los dos.

–Capitán Canul -dijo el gordo sofocándose-, ¿qué no sabe usted que un diputado tiene fuero y no se le puede detener?

–Usted no está detenido, licenciado, sólo me está esperando y el sargento lo está atendiendo. ¿Verdad sargento?

–Sí, mi capitán.

Don Bernardino no salía de su asombro.

–¿Dice usted que el licenciado Rivas me va a proponer como gobernador interino? No lo puedo entender. Si con alguno de la camarilla de don Severiano no me puedo ver es con Rivas.

–Mire, don Bernardino -dijo Canul tratando de ordenar sus ideas- en el momento en que se enteren de la huída del gobernador y de nuestra precaria situación militar, en lo único que van a pensar es en salir corriendo. Nadie, absolutamente nadie va a querer encabezar el gobierno.

–¿Pero no dice usted que Rivas ya sabe que se fue don Severiano?

–Sí, pero es el único y, por supuesto, no conoce ni conocerá la carta que le dejó.

–Capitán, lo que sabe ese gordito, lo sabe todo el mundo.

–No señor, porque lo tengo detenido en palacio.

–¡Cómo! ¿Lo arrestó usted?

–No señor, sólo me está esperando acompañado de una escolta. No tenía alternativa.

–Ay, Canul, a dónde hemos llegado. Tiene usted detenido al presidente del congreso.

–Está en la oficina y sólo me está esperando, pero lo menos importante es el gordo Rivas; lo importante es que acepte usted el cargo de gobernador interino.

–Esto parece un golpe militar, capitán.

–No sé que sea, pero es un movimiento que estamos haciendo juntos. ¿No me dijo usted en palacio que le iba a entregar el poder al gordo Rivas? ¿Y no piensa igual que yo, que eso sería un desastre?

–Ni Rivas me va a proponer, ni el congreso me va a aceptar, ni yo entiendo cuál es el objeto si la plaza está perdida.

–Mire, don Bernardino, de que Rivas lo proponga y el congreso lo apruebe, yo me encargo y sin ningún tipo de violencia, se lo garantizo. Lo importante es que necesitamos un gobernador capaz y honrado, con autoridad moral ante todos, ya sea para defender la ciudad si es que nos llegan las armas o, si no es así, para entregarla en condiciones honrosas que salvaguarden las vidas y el patrimonio de la población. Próspero Aranda no va a negociar con ninguno de esa pandilla.

–¿Y qué lo hace pensar que negociará conmigo?

–Tengo esa esperanza. Con su capacidad y buen juicio, usted lo puede lograr.

–Pero ¿cree usted, de veras que vendrá el coronel Olivares a reforzarnos con armas y municiones?

–La verdad, eso espero y si viene tendrá que aceptar los hechos consumados y tratar con usted como gobernador. Aunque para ser sincero, cada vez veo menos probable que logre llegar a tiempo; los revolucionarios ya controlan un vasto territorio. Para Olivares, el mejor medio para llegar es el río, que aunque es ancho, no lo es tanto como para poder entrar por ahí y si nos llegan a cercar, con los efectivos que tenemos, imposible que podamos defenderlo y menos hasta la costa. Por otro lado, al coronel le va a ser imposible reclutar gente porque, aún en la zona controlada por nosotros, mucha gente apoya a Aranda, ésa es la verdad.

–Entonces, ¿cuál es mi papel?

–Ya se lo dije, tratar de evitar el baño de sangre, proteger a la población civil, negociar una rendición digna. No les podemos ganar, pero les podemos hacer mucho daño y lo saben. Además, sé de buena fuente que Próspero Aranda no es un carnicero. Por eso necesitamos un gobernador con autoridad moral para tratar con él, un gobernador que piense más en la población que en los intereses mezquinos de don Severiano y su camarilla.

–Nunca he querido ser gobernador, pero mucho menos para entregar la ciudad.

–Yo tampoco quiero ser el comandante que lo haga, no estamos en esto porque queramos, estamos porque no hay otra, y así como yo no quisiera este triste

papel para mí, tampoco lo quiero para usted, pero si no pensamos en la gente y volvemos esto una carnicería, seremos responsables de miles de muertos.

-¿Y cuáles serían los términos de la rendición?

-Que respeten las vidas y los bienes de la población. Nada más.

-¿A cambio de qué?

-Ya se lo dije, de que no les hagamos un gran daño si les damos batalla.

-¿Canul, no piensa usted que nuestro deber es resistir hasta el final?

-¿Para defender qué? ¿Este régimen injusto y ladrón? ¿Estas instituciones que no tienen base legal, ni popular, porque están sustentadas en elecciones robadas? ¿Qué es lo que vamos a defender? Ya ni el Gobierno Federal existe y si acaso, está arrinconado a punto de caer. Esto ya se acabó, don Bernardino. Ahora bien, si Próspero Aranda tiene, como dicen mis informantes, una real preocupación por el pueblo, y no es un sanguinario, necesitará apoyo ya no sólo de la gente humilde, sino de todos. Ni usted ni yo empezamos esta revuelta, pero los dos la deseamos muchas veces.

-Yo no -lo interrumpió don Bernardino- yo no puedo pensar que separarse de la vía legal y democrática pueda ser bueno y saludable para el país.

-Tiene usted razón, no es ni bueno ni saludable, nomás que esa separación no es de ahorita, sucedió hace muchos años, décadas diría yo.

-Sí Canul, pero la violencia no es el camino.

-Es la violencia y la sangre lo que yo quiero evitar.

-Qué extraños caminos tiene la vida. No puedo decir que no tenga usted razón.

-Ayúdeme, don Bernardino, no a mí, a la ciudad y al estado.

-Vamos a acabar fusilados, Canul.

-Puede ser, señor, claro que puede ser. Pero al menos tratemos de hacer lo más correcto.

-O lo menos incorrecto.

-Como usted lo quiera ver, pero tratemos.

Ahora el ángel con el que luchaba Canul era don Bernardino, aunque aquellos hombres más que luchar entre sí, luchaban con su conciencia. Se hizo un largo silencio, hasta que don Bernardino volvió a argumentar:

-Independientemente que tuviera usted razón, yo no soy el indicado porque he servido al gobierno de Severiano Castillejos por más de quince años. Hay que escoger a otro.

-¿A cuál otro? -dijo Canul desesperado-. Si es del equipo del gobierno actual, va a resultar un cretino y si lo es de fuera, no va a saber ni qué hacer. Además, en ambos grupos van a tratar de salir corriendo como corrió don Severiano. No hay tiempo, don Bernardino, los acontecimientos se están precipitando.

-Está bien Canul, no sé qué va a pasar y si realmente yo pueda servir de algo, pero no podría con mi conciencia si no acepto. No lo voy a dejar solo en esto. Sin embargo, quiero que quede muy claro que defenderemos la ley, las instituciones y la democracia tanto y tan pronto como sea posible y que el gobierno civil, o lo que queda de él, será apoyado por el ejército.

-Por eso quiero una gente como usted de gobernador, si no ninguna de las dos cosas sería posible.

Se dieron la mano ya sin decir palabra; sólo las miradas hablaron.

## VII. Cuando al quedarse solo...

don Bernardino pensó en lo que estaba haciendo, se desconoció totalmente. Qué lejos estaba aquel tesorero del estado, disciplinado y apolítico que había sido toda su vida. Tuvo que volver a admitir que no había tenido el valor de abrir los ojos y reconocer la podredumbre del régimen por sí solo, sino que los acontecimientos lo empujaron a ver la realidad que se había negado a descubrir por tanto tiempo, aun teniéndola enfrente. En su fuero interno, siempre había deseado que cambiaran las cosas, pero no con un rompimiento, no con una revolución, sino con una reforma que transformara lo que estaba mal, pero que no destruyera todo. Ahora no sabía qué iba a pasar, ni qué papel iba a jugar, pero no le gustaban nada las circunstancias en que se estaban dando los cambios, que fácilmente podían derivar en una situación mucho peor que la actual.

Ya no quiso pensar. Ya había dado su palabra. Así que de lo único que se ocupó fue de arreglarse lo más posible, para disimular las huellas de los días en el calabozo y de preparar el mensaje que daría al congreso en su toma de protesta.

<<Tiene que ser un mensaje dirigido más a los revolucionarios y a la gente común, que a los diputados>> -pensó.

Canul le dijo a Rivas, que en su afligida espera parecía hasta haber adelgazado:

-Aceptó. No fue fácil, pero aceptó.

Lo dijo como un gran logro, sin darse cuenta que para Rivas no era ninguna buena noticia.

-Qué bueno -alcanzó a contestar. A ver cuánto dura antes de que lo fusile Próspero Aranda.

Fue un golpe bajo para Canul, que sólo replicó:

-Vamos al congreso, licenciado. Ya sabe que el mejor argumento para la elección de don Bernardino, es que les diga usted que es la voluntad manifestada por don Severiano antes de irse.

-A ver si lo aceptan, capitán.

-Lo van a aceptar. Primero porque usted lo va a proponer con la convicción y brillantez que lo caracterizan y segundo, porque lo único que han sabido hacer hasta ahora es obedecer a don Severiano.

-Puede que tenga razón -admitió Rivas cínicamente-. Puedo agregar una tercera razón y es que sólo un pendejo quiere ser gobernador en estas circunstancias.

–Agréguela, pero convenza a los diputados. Yo sé que usted puede hacerlo, –dijo Canul en un tono que Rivas captó como una amenaza.

–¿Y quién les va a informar de la precaria situación militar del estado, en la que hasta nuestra ciudad, está prácticamente a merced de Próspero Aranda?

–Eso lo voy a informar yo, si el nuevo gobernador está de acuerdo, pero después de la toma de protesta. Usted nada más indíqueles a quién designó don Severiano y ellos lo elegirán. Trasmítalo como una orden, éste es el único lenguaje que entienden.

–Muchos ya han de saber sobre la amenaza de los revoltosos y van a querer preguntarnos cuál es nuestra situación.

–Insístales en que habrá un parte militar cuando el gobierno tenga titular del poder ejecutivo.

Entraron en el recinto parlamentario. Canul permaneció en la entrada lo más discretamente que pudo; no podía tomarse el riesgo de dejar solo a Rivas y menos ahí en su territorio. Rivas se sentó en su curul y empezó a dar instrucciones. Un diputado discutía en la tribuna sobre la conveniencia de reducir la zona de tolerancia y los otros veinte no parecían hacerle mucho caso. Había varios que leían el periódico y otros más en animada plática. Como solía pasar, sólo los tres diputados de oposición parecían estar atentos; los demás, como conocían de antemano las resoluciones de cualquier asunto, no tenían el menor interés en la argumentación, porque su voto era simplemente el que marcaba la línea y ésta no era otra cosa que la decisión de don Severiano, transmitida por el gordo Rivas.

Cuando Rivas subió a la tribuna sí hubo expectación. Primero porque no lo hacía con frecuencia y segundo porque no estaba en el orden del día.

–Señores diputados- comenzó aferrándose al podium para darse seguridad. La voz le temblaba, cosa absolutamente inusual en él que era calificado como un Crisóstomo en la tribuna. Sin embargo, anunciar la ausencia de su jefe, de la fuente misma de su fortaleza, de su guía, de su gobernador, lo llenaba de miedo.

–Señores diputados –repitió-. voy a permitirme leer en esta carta que tengo aquí en mis manos, el mensaje que el Señor Gobernador envía al congreso, dirigida por tanto, a cada uno de ustedes.

Canul se inquietó. Él traía en el bolsillo de la guerrera la única carta que había dejado don Severiano, en la que designaba a Rivas gobernador interino. Con un movimiento brusco la sacó y constató que seguía en su poder. Estaba seguro que

Rivas no conocía su contenido, que ni siquiera sabía de su existencia. ¿Qué carta entonces iba a leer? ¿Habría una copia?

Se inquietó sobremanera y mandó llamar al teniente responsable de la tropa que rodeaba el lugar. El gordo Rivas era un hombre al que nunca se le acababan de acomodar las carnes, pero ese día parecía que se iba a caer de la tribuna, se aferraba al podium y, aunque trataba de engrosar la voz, le salía apenas un chillido, con el que leía una supuesta carta en la que, don Severiano lacónicamente, se refería a la situación nacional, argumentaba que su deber era apoyar al presidente de la república y al gobierno federal en este difícil episodio político y pedía a los diputados que nombraran a don Bernardino Madariaga como gobernador interino.

Canul respiró aliviado, eran tan parecidas la carta original y ésta que había inventado Rivas, que por un momento pensó que había una copia de la auténtica y que de alguna forma el gordo la tenía en su poder. Pero no, la coincidencia se debía a que Rivas era una calca de la forma de pensar de don Severiano y por tanto se expresaban igual. Había sido buena idea del gordito inventar una carta; de esa forma los diputados recibían la instrucción directamente de quien toda su vida les había dado órdenes.

La oposición pidió la palabra y denunció como siempre el autoritarismo del gobernador y lo irregular de la situación. Varios diputados se apuntaban para contestar, pero Rivas les dio instrucciones de abstenerse y ordenó de inmediato la votación. Como era de esperarse, los diputados del partido oficial votaron siguiendo la línea y don Bernardino fue elegido gobernador interino. Se nombró una comisión para que fuera a notificarlo e invitarlo al congreso a la protesta formal.

La espera, si bien no fue larga, resultó angustiante y llena de incertidumbre. Como habían previsto, reinaba entre los diputados una gran inquietud, que empezó a convertirse en angustia al saber que don Severiano Castillejos se había ido y que el gobierno estaba en tan grandes problemas.

Se oía un murmullo creciente y frases aisladas de los diputados:

–Esto ya se lo llevó la chingada-, era la expresión más frecuente.

–¿Por qué don Severiano habrá dejado en su lugar al viejo pusilánime de don Bernardino?

–Pues por eso, para manejarlo a distancia.

–Pero ahí estaba el licenciado Rivas.

–Sí, pero ese gordo es muy mañoso y no le tuvo confianza estando lejos.

Unos periodistas habían corrido a su redacción para empezar a imprimir un boletín

de emergencia; otros esperaban saber qué decía el nuevo gobernador en su mensaje de toma de protesta.

Aquello era un pandemónium cuando se presentó don Bernardino.

El capitán Canul se le cuadró en la entrada, como correspondía a su nueva investidura y los diputados empezaron un tímido aplauso, que fue subiendo de tono conforme iba avanzando hacia el podium.

El recinto parlamentario no era muy grande, albergaba veinte curules y en sus tribunas, a menos de doscientas personas. Era, eso sí, muy solemne con sus caobas y cortinajes enmarcando el frente y la tribuna como un verdadero altar a la patria, los escudos de la república y del estado en oro y la bandera nacional bordada en las sedas más finas. El gran candil no conseguía evitar una cierta penumbra que lo volvía todavía más solemne y el olor a viejo le daba una especie de vocación conservadora. Todo parecía decir "aquí no puede pasar nada". Pero ese día sí estaban pasando cosas, aunque el salón y sus ocupantes parecían no poder asimilarlo. Ahí avanzaba el cambio en los pies del más viejo y conservador de los colaboradores del gobierno anterior.

El presidente de la cámara comunicó formalmente a don Bernardino su elección como gobernador interino y le pidió que rindiera la protesta de ley.

La voz del viejo sonó firme y decidida.

—"Sí, protesto. Servir a mi patria, servir a mi estado, servir a mi pueblo".

De ahí hiló su discurso. Había llegado a servir, no a servirse y sabía que la situación era sumamente inestable. Pidió unión y ayuda para organizar la defensa de la ciudad.

Antes de bajar de la tribuna, recibió una tarjeta en la que Canul sugería la conveniencia de explicar de una vez la precaria situación militar y solicitar la autorización del congreso para declarar un estado de excepción, que permitiera proteger la ciudad de la mejor forma posible. Ahí mismo, el nuevo gobernador firmó el decreto y pidió autorización al congreso.

Los diputados aprobaron apresuradamente. La exposición de don Bernardino los había inquietado sobremanera y en lo único que pensaban era en huir. Ahora sabían que podían caer en manos de los revolucionarios, a los que consideraban peor que al diablo.

Empezaron a exigir al nuevo ejecutivo la garantía de que la ciudad sería defendida con éxito. Don Bernardino simplemente les dijo:

–Les garantizo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para bien de la población. Por mi parte, como gobernador, y por parte de nuestras precarias fuerzas armadas, no escatimaremos ningún esfuerzo. Mantengámonos unidos y en calma.

Se fue junto con Canul al palacio de gobierno. Ahí emitió un decreto en que destituía a los secretarios de despacho del gobierno anterior y simultáneamente nombraba a los segundos de ellos, hombres maduros que en sus respectivas secretarías habían visto pasar, uno tras otro, jefes cuyo único mérito y capacidad consistía en decir a todo que sí a don Severiano. Los mandó llamar, les explicó la difícil situación y les pidió el mismo sacrificio que Canul le había pedido a él.

–No sé cuánto tiempo durará este gobierno, pero el tiempo que sea, lo haremos con toda la voluntad, con eficacia y honradez. Vamos a tratar de organizar la defensa, sin perder el orden y el respeto a la población y a las instituciones. Quiero toda su entrega, toda su imaginación. Háblenme claro, quiero ideas y propuestas, acuérdense que sólo lo que resiste apoya. Ya se acabó el caudillismo. A mí díganme siempre la verdad, pero sobre todo, díganse a ustedes mismos. En el estado y en el gobierno carecemos de muchas cosas, pero lo que más nos hace falta es la verdad. Construir en la mentira es como construir en un pantano; por eso todo se está derrumbando. Empecemos a construir lo que se pueda, sobre la realidad. Creo que, por lo pronto, es lo más valioso que podemos rescatar, quizá la verdad nos abra el camino a la dignidad. Yo mismo tengo que aprender a caminar por ese rumbo; igual que todos, estaba sumido en el pantano de la simulación, sin embargo, las circunstancias en las que estamos ahora, exigen de nosotros desempolvar nuestros mejores valores y ponerlos al servicio de la gente. Tienen dos horas para tomar posesión de sus nuevas responsabilidades y aquí nos vemos para junta de gobierno, con el capitán Gregorio Canul, comandante de la plaza, para organizar la defensa de la ciudad.

Igual que don Severiano, don Bernardino se impuso jornadas de trabajo agotadoras y acabó durmiendo en el pequeño despacho adjunto. Con su nuevo gabinete y el capitán Canul, organizó hasta donde fue posible el abasto, la sanidad y la defensa militar de la ciudad.

Cuando se supo la noticia de la huida del gobernador Castillejos y la amenaza de los revolucionarios, la gente acomodada emprendió un éxodo por el río hacia el mar, para tratar de embarcarse en lo que fuera. Algunos se retiraron a sus fincas, que eran verdaderos feudos en donde tenían gente armada, en la que confiaban más

que en el propio ejército federal. La gente del pueblo no parecía tener ni miedo, ni a dónde ir. Así que siguió con sus actividades cotidianas.

–Creo que lo que pasa es que todos conocen a los revolucionarios, por eso no tienen miedo, los conocen o son ellos mismos o sus familiares -comentaba don Bernardino al capitán Canul.

–Sí, señor gobernador y ésa es la mejor razón para revisar a fondo nuestra posición. Si como dijimos, estamos aquí para servir al pueblo y el pueblo y los revolucionarios son la misma gente, creo que la conclusión es obvia.

–Sí, Canul, pero no vamos a dismantelar las instituciones.

–No, señor, pero es hora de buscar un contacto, vamos a dialogar para ver qué quieren. Muchos de mis soldados son gente originaria de aquí y son gente humilde, gente del pueblo. Le pido autorización para buscar un acercamiento que nos permita dialogar.

–La tiene, capitán, pero sólo sobre las bases que hemos convenido.

–Por supuesto, señor gobernador.

–Y manténgame informado del más mínimo detalle.

–Sí, señor, cuente con ello.

Los informantes a los que el capitán se refería en ocasiones eran sus propios soldados, aquellos con los que había desarrollado confianza y hasta una relación de amistad. De manera que el mejor camino para establecer contacto con las fuerzas revolucionarias, eran aquellos que tenían sangre y nombre indígena como él y a los que la cercanía con sus comunidades les permitía estar mejor enterados y ser más solidarios con la población civil.

Ya en su cuartel, el capitán Canul llamó a Lorenzo Tzuc, su sargento de más confianza. Era igual que él, indio de cepa, hombre de pocas palabras, pero con quien a lo largo del servicio había desarrollado una buena amistad. Conocía su casa y a su familia y había intervenido en dos ocasiones para que no lo trasladaran a otra plaza, ya que sabía que, todo indígena, tiene una relación muy profunda con su comunidad.

–Sargento Tzuc, necesito encomendarle una misión, que además de militar es de amistad.

–Estoy a su servicio, capitán, usted nomás ordena.

Canul cambió el español por el maya, lo que por sí mismo permitía un grado más alto de confianza.

–Como tú sabes, Tzuc, estamos a punto de ser atacados por la gente de Próspero Aranda. El gobernador Severiano Castillejos ya abandonó el cargo y en su lugar está un hombre de bien que tiene palabra. Por eso necesito hablar con los revolucionarios, con el propio Aranda, para conocer sus demandas y sus intenciones, a ver si puede haber un acuerdo antes de la batalla.

Aranda tiene mucha gente de tu comunidad que seguramente conoces. Creo que puedes hablar con ellos y transmitirles éste mensaje: “No queremos pelear entre hermanos, no queremos matanzas ni abusos, queremos hablar”.

Tzuc, bajando la voz, casi como un susurro, contestó:

–Dos de mis hermanos están en esa bola y por lo que dicen, tienen mucha gente y tienen razón. Ya están cansados de tanta pobreza y de tanto abuso. Cuenta conmigo capitán, yo puedo llevar el mensaje.

–Hazlo, Tzuc. Diles que yo soy el nuevo comandante de la plaza y que tú me conoces bien; también diles que el nuevo gobernador se llama Bernardino Madariaga y que es un hombre bueno. Diles que Severiano Castillejos ya se fue.

–Eso no les va a gustar capitán, porque a ése sí querían colgarlo.

–No, Tzuc, por ahí no va. Eso, por nuestro honor militar, ni tú ni yo lo hubiéramos permitido.

–Pero es que ese viejo sí era un “jijo” de su perra madre.

–Pues será, pero no vamos a permitir que se cuelgue a nadie y menos sin un juicio justo.

–Ya ves capitán, ya estamos discutiendo y eso que tú y yo estamos del mismo lado, imagínate con los revolucionarios.

–Y desde cuándo nosotros le tenemos miedo a las palabras, desde cuándo le escatimamos tiempo a los que nos quieren mostrar su razón. Yo sé que tenemos que sentarnos a hablar mucho tiempo. Mi propuesta es ésta: conozcamos nuestra palabra y nuestra verdad, a ver si podemos entendernos.

–Está bien capitán, me voy con el corazón esperanzado. Ojalá que me hagan caso y crean que llevo la verdad.

–Eso espero, Tzuc, vete convencido que llevas mi palabra y la del nuevo gobernador. Haz que te crean. ¿Quieres que te dé una carta?

–No capitán, si no me creen la palabra, tampoco me creerían la firma.

–Llévate un caballo.

–No, prefiero ir a pie, como cuando salgo de licencia, sin caballo, ni uniforme, ni nada. Primero voy a ir a mi pueblo a hablar con mi padre y mi abuelo, si los

convenzo, ellos me ayudarán a hablar con mis hermanos de sangre y con mis hermanos de comunidad.

El capitán Canul se quedó perplejo. Aunque conocía la raíz popular de sus soldados, no se imaginaba lo identificados que estaban con la gente de Próspero Aranda.

<<Espero que no llegemos a entrar en batalla, porque ahora ya no sé con quién contaría –pensó-. Yo mismo me siento más cerca de esa gente, que de la sarta de rateros que nos han gobernado, así que no sé de qué me sorprende>>, de todos modos estaba animado. <<Es probable que podamos negociar dignamente. No creo que no nos entendamos si el tal Aranda es como dicen. Tengo que informar de esto al señor gobernador>>.

Ya era muy tarde y había sido un día muy largo. Canul tenía todo más o menos bajo control, así que decidió ir a su casa. Al día siguiente hablaría temprano con don Bernardino. En esa vorágine de acontecimientos, en esa lucha con su conciencia, Canul se había olvidado de Zazil. Cuando pensó en ir a su casa, la imagen de su mujer lo envolvió como un relámpago, lo seguía deslumbrando, a pesar de los dos años que tenían de casados. La visualizó en su pequeña casa de adobe, con techo de palma y paredes enjarradas, de la que ella no había querido salir para instalarse en las casas que habían construido para los oficiales del ejército. Recordó cuando fueron a conocer la vivienda que les tocaba y la recorrieron juntos. El sólo había alcanzado a comentar:

-Está más grande que nuestra casa.

-Tendrá más cuartos -contestó ella- pero yo la siento mucho más chica. Aquí todo es cemento, aquí nos vamos a asfixiar.

No había querido cambiarse, a pesar de que él insistió con el argumento de que los otros oficiales iban a decir que a él, "no había manera de quitarle lo indio".

-Qué bueno que te digan eso, porque si te quitas lo indio, como ellos dicen, yo ya no te podría querer. Ni tú ni yo estamos impuestos a vivir encerrados en paredes de cemento, nuestra casa está en el campo, entre los árboles, tenemos nuestros animales y tenemos agua del río ¿Cómo vamos a vivir sin todo eso? El cemento es la negación de la tierra y la tierra es nuestra madre.

Eran muy felices en su pequeña casa. Él había sido muy tonto en insistir dejarla y Zazil muy sabia en negarse.

Cuando lo sintió llegar, le brillaron sus grandes ojos negros y corrió a abrazarlo.

-Cuéntame -le decía- corren muchos rumores. Estaba muy preocupada por todo lo que pasa, estaba muy preocupada por ti.

Se sentaron. Él inició el relato de la cascada de cosas que habían sucedido; ella lo escuchaba acariciándole el cuello, hasta que lo interrumpió para proponerle:

–Vamos al temazcal; estás muy tieso, necesitas sacar toda esa preocupación. Lo preparó en un momento. Habían construido al lado de su casa un cuartito con techo abovedado, muy estrecho, casi una cueva, en la que sólo podían estar sentados o en cuclillas. Dentro, con carbones encendidos que humeaban por un pequeño orificio, se calentaban grandes piedras de río que debían mojarse constantemente; eso hacía que el vapor inundara el ambiente hasta lograr un baño relajante.

Cuando Zazil juzgó que estaba a la temperatura adecuada, escogió con cuidado hierbas aromáticas y pequeñas ramas de las plantas que cultivaba en su huertita. Con ellas se frotarían el uno al otro.

–Todo está listo -le dijo- quitándose de un jalón el huipil blanco y holgado que siempre usaba en la casa. Desnuda, lo tomó de la mano. Tenía un cuerpo joven, firme, perfecto.

Canul sintió que lo invadía un calor interno que le brotaba del bajo vientre, con una sonrisa se desnudó con mucha prisa y mucha torpeza. Se hubiera pensado que las botas militares se oponían al placer de las caricias. Entraron gateando, apenas cabían en el interior, así que juntaron sus cuerpos delgados y sudorosos que brillaban con la luz roja del carbón. Qué bella y tranquila puede ser la vida cuando la preside el amor, cuando el aliento y la piel morena de los dos se fundieron en uno. Qué lejos estaba el mundo lleno de mentira, de injusticia y de ambición.

### VIII. Acompañando al dinero...

y acompañados por la desconfianza y el temor que se tenían entre sí, seguían su camino rumbo a la frontera; el coronel Olivares para cumplir la misión que les había encomendado Severiano Castillejos y Robertito para buscar una oportunidad de deshacerse de Olivares, escapar de los revolucionarios y quedarse con el dinero. Avanzaron lo más que pudieron hasta que el calor hizo hervir la tierra del desierto y fue imprescindible refugiarse a la sombra de unos huizaches que con sus ramas espinosas y sus hojitas mustias, temerosas del sol, les daban una protección muy precaria. La mirada de Robertito denunciaba miedo y ambición. Pasaban por su mente muchas ideas y en todas concluía que se tenía que deshacer del coronel, que sin duda le iba a estorbar en cualquier circunstancia.

<<No me sirve ni para salvarme ni para quedarme con lo que pueda de este dinero>> pensaba. Pero no pronunció palabra hasta que Olivares rompió el silencio.

-Venimos corriendo un gran riesgo -comentó malhumorado-. Este lugar está lleno de revolucionarios. No tiene ningún caso acarrear este baúl con el oro. Yo creo que lo debemos esconder en alguna cueva de las que, según el carretero, hay aquí adelante y deshacernos de la carreta. Podemos montar en las mulas y llevar sólo el dinero y los documentos que traemos; eso nos daría mucho más movilidad que esta lenta carreta. Después, cuando sea posible, regresaremos por el oro.

-No, coronel, nos vamos a quedar sin agua y nos vamos a perder en el desierto. Sigamos como hasta ahora, no vamos mal. Si nos apuramos, llegaremos en menos de diez días y ya en la frontera pensaremos qué hacer. Lo importante es no quedarnos en la mitad del desierto.

A Olivares le llamó la atención el cambio de actitud de Robertito, ya no sólo no se quejaba, sino que quería seguir adelante con optimismo.

-¿De manera que ahora sí está usted de acuerdo en que compremos las armas y depositemos el dinero, tal como nos lo pidió don Severiano?

-Sí, coronel, le doy la razón. Lo que pasa es que el calor y el cansancio del viaje me hicieron desvariar.

-Mire Centeno -dijo colérico- aquí hay algo que me está ocultando. No puedo creer que simplemente haya salido del campamento militar sin que la guardia lo detectara y tampoco le creo que haya cambiado de opinión tan fácilmente. No estoy dispuesto a seguir así. De manera que vamos a esconder el oro y a viajar a lomo de mula como le ordené.

-No se enoje, coronel -dijo obsequioso- lo único que yo quiero es que las cosas salgan bien. Haremos lo que usted diga.

Cuando el coronel Olivares se volteó para dar instrucciones al carretero, Robertito con la mayor sangre fría sacó la pistola y le disparó por la espalda. El carretero, que había visto la escena de lejos, trató de acercarse, pero Robertito le gritó:

-¡No te muevas!

Olivares yacía en un charco de sangre. Robertito se lanzó hacia él y sin la menor consideración lo empezó a sacudir con brutalidad, preguntándole el nombre del contacto para comprar armas. La situación era como todas en las que participaba Roberto Centeno, grotesca y cruel. Al fin se dio cuenta de que Olivares hacía esfuerzos por hablar. Lo dejó de sacudir y acercó la oreja a sus labios para escuchar:

-Púdrete, maldito asesino.

Olivares ya no podía hablar, ni tenía la menor intención de hacerlo. Sólo pensaba en qué forma tan estúpida había sacrificado su vida por una causa bastarda, a la que se había entregado por lealtad mal entendida y que ahora le costaba la muerte en manos de un cobarde a quien despreciaba tanto, que había tenido un descuido imperdonable, porque no le concedía ni la capacidad de traicionarlo.

Robertito se incorporó aturdido. Se dirigió a la carreta, sacó una pala que le aventó al carretero ordenándole que cavara una fosa para enterrar al coronel, todo ello apuntándole con la pistola. El carretero lo obedeció sin abrir la boca. En tanto Robertito, se dedicó a registrar el cuerpo inerte del coronel. En una bolsa cosida a la camiseta, encontró más dinero y unos papeles donde estaban el nombre y los datos del contacto que tanto buscaba.

-Ya fregué -dijo, haciendo un ademán obsceno.

Le quitó todo lo que llevaba encima, incluyendo la pistola y lo arrastró junto a la fosa. El carretero seguía cavando, al cabo de un largo rato, cuando consideró que estaba suficientemente profunda, salió de un brinco, sólo para encontrarse con el cañón de la pistola empuñada por Robertito apuntándole a la cabeza. Quiso decir algo, pero no le dio tiempo, el disparo se alojó en medio de los ojos y cayó como fulminado por un rayo. Robertito estaba enloquecido, sus reacciones eran frías y crueles, perfectamente calculadas, se sentía embriagado por una mezcla de miedo y poder que aunque lo hacía temblar como una hoja, terminaba por agradarle.

Empujó al coronel dentro de la fosa, seguía temblando, pero estaba como alucinado. Haciendo un enorme esfuerzo, se puso la pistola en el hombro izquierdo de manera

que sólo le rozara la piel y disparó dando un grito, más de susto que de dolor. Se pegó la camisa a la herida de la bala para que se manchara y la sangre fuera claramente visible. Exagerando el dolor, se dejó caer en el suelo; empapado en sudor y respirando con dificultad, se dijo satisfecho:

<<Ahora todo lo que tengo que hacer es esperar>>.

El teniente coronel Zertuche había dado órdenes a una patrulla para que siguiera, sin darse a notar, la carreta en que viajaba Robertito. Es por eso que los soldados que tenían buen cuidado de mantenerse a prudente distancia para no ser vistos, esperaban el paso de la carreta por un estrecho en que podían atisbar desde lo alto. Cuando pasó suficiente tiempo, se inquietaron y se lanzaron a galope a desandar el camino, pensando que se les habían escabullido por algún lado. La encontraron en el mismo lugar que la habían dejado, con las mulas todavía desenganchadas. El sargento que los comandaba decidió no volver a perderlos de vista, montó guardia a lo lejos y mandó avisar al teniente coronel.

Así pasó la tarde. Al anochecer llegó Zertuche hasta donde estaba Robertito, quien tenía muy bien preparada su versión de los hechos. Contó que el coronel Olivares había desconfiado, que tenía la intención de enterrar el baúl con el dinero y deshacerse de él. Para ello se había puesto de acuerdo con el carretero, quien en un descuido le quitaría la pistola y así desarmado poderlo asesinar impunemente, pero que él había logrado controlar la situación al darse cuenta de la traición que le preparaban, de modo que no tuvo más remedio que matar al carretero y batirse a balazos con el coronel, quien había logrado herirlo en el hombro, pero había llevado la peor parte, pues yacía muerto en el mismo agujero donde iba a esconder el dinero que se quería robar y que él había defendido porque lo consideraba imprescindible para armar a los soldados de la revolución.

A Zertuche lo único que le importaba era el dinero y el contacto para comprar armas, por lo que no se molestó en analizar si la versión de Robertito era creíble o no. La aceptó totalmente y preguntó:

-¿Y ahora cómo vamos a saber del contacto para comprar las armas?

Robertito contestó con voz iluminada:

-Aquí lo tengo, mi teniente coronel- y le mostró el papel que le había quitado a Olivares.

Zertuche se lo arrebató para leerlo y sin más se lo guardó en la guerrera.

-¿Dónde está el tan mentado baúl con el oro que usted dice?

-En la carreta, debajo de las mazorcas -contestó Robertito con disgusto, porque ahora todas las cartas las tenía Zertuche y eso, por instinto, no le gustaba.

<<Menos mal que me guardé una buena cantidad de dinero>> pensó para consolarse.

Sacaron el baúl y con todo cuidado, el teniente coronel y un mayor revisaron su contenido. Efectivamente, había oro y suficiente dinero para armar un batallón. Eso puso a Zertuche de excelente humor para alivio de Robertito. Mandó enganchar las mulas y volver a cargar el baúl en la carreta.

-¡Vámonos! -gritó-. Súbase a la carreta -le dijo a Robertito, señalando hacia la dirección en la que el mayor ya la venía acercando hacia ellos.

-¿A dónde vamos, mi teniente coronel? -preguntó Robertito con tono de subordinación.

-Vamos hacia la vía a interceptar el tren. Ésa es la forma más rápida de llegar a la frontera. Pero hoy podemos pasar la noche en la hostería, creo que nos merecemos un buen trago -dijo satisfecho.

Cuando llegaron a la hostería, el teniente coronel mandó bajar el baúl para estar personalmente pendiente de su valiosa carga, ordenó que lo metieran en su habitación y que atendieran a los animales de carga.

José María Sánchez trabajaba en la hostería. Era un muchacho ensimismado, en plena adolescencia, que se encargaba de atender las bestias en que viajaban los pocos huéspedes que pasaban por ese lugar.

Cuando le ordenaron desenganchar la carreta y atender las mulas, reconoció los animales y el carro de su papá. Pensando que estaría ahí, lo buscó infructuosamente, hasta que uno de los soldados de la patrulla que acababa de regresar le contó la triste historia de su padre.

-Creo que se dieron de balazos allá en el huizachal que está antes de las cañadas. No sé por qué, pero parece que tu papá y un coronel federal trataron de asaltar a un amigo del teniente coronel Zertuche, pero éste los mató a los dos.

-Mi padre era un hombre bueno, no un asaltante ¡Eso no puede ser verdad!

-Pues yo no sé qué pasó, pero los dejamos en un agujero. Vete a darle cristiana sepultura si no quieres que se lo coman los animales del desierto.

José María ya no quiso saber más. Conocía a la perfección aquella región, así que en la misma carreta salió hacia el huizachal donde le dijo el soldado que yacía el cuerpo de su padre.

No estaba demasiado lejos de la hostería, castigando a las mulas y forzando el paso llegó en pocas horas.

Era de noche, pero había un cuerno de luna suficiente para darle alguna claridad al desierto. Al llegar al punto en que supuso que podría estar su padre, se bajó de la carreta dando voces. Corría desesperado, tratando de iluminarse con una lámpara de petróleo, hasta que oyó un leve quejido.

-¡Papá, papá, soy Chema! -gritaba.

Se volvió al oír otro lamento muy tenue. Corrió en esa dirección hasta que vio ropa tirada, algunos cacharros y una pala enterrada en un montículo. De un salto se metió en el agujero donde estaban dos cuerpos exánimes. Reconoció a su papá, lo sacudió gritando, hasta que vio el agujero de bala que tenía en la frente.

-¡Está muerto! -decía llorando con dolor inmenso.

Un quejido lo hizo voltear hacia el otro cuerpo que yacía junto a su padre. Ahí estaba un hombre moribundo. Le levantó la cabeza y escuchó que pedía agua. Dejó a su padre. La esperanza de salvar una vida lo dominó. Si lograba hacer hablar a ese hombre, sabría cómo había muerto su padre. Corrió por agua a la carreta y le dio de beber, al mismo tiempo que le preguntaba:

-¿Qué pasó? ¡Cuénteme qué pasó!

El coronel Olivares trató de hablar pero no pudo; sin embargo, Chema leyó en sus ojos algo que reflejaba una profunda indignación y un gran dolor. Sintió lástima por aquel moribundo y se propuso salvarlo. Lo envolvió en unas mantas y, como pudo, con su propia camisa le vendó la herida para tratar de detener la sangre. Eran cuerpos demasiado pesados para él, por lo que cavó y cavó hasta que logró formar una rampa desde el fondo del hoyo hasta el borde de la carreta. Así pudo jalar el cuerpo del coronel y el cadáver de su padre, los acomodó con cuidado y llorando emprendió el regreso.

Vivía en una casucha junto al establo de la posada. Había pasado toda la noche entre el viaje y el tiempo que le llevó subir los cuerpos a la carreta. Cuando llegó ya amanecía y la tropa se estaba retirando del lugar. Esperó a que se fueran y por fin logró llegar a la casa donde vivía con su madre, que también trabajaba en la posada lavando ropa, y tres hermanos menores que ayudaban en lo que podían. Después de oír lo ocurrido, le ayudaron a bajar a Olivares a quien acomodaron en un

camastro y prepararon el velorio de su padre. La tristeza que sentían era muy grande, como grande era la necesidad de ayudar a ese hombre moribundo que les podía contar lo ocurrido.

Tendieron el cadáver del carretero en medio de la casuchita y con dos velas de cebo y una flor del desierto formaron su capilla mortuoria. Dura es la muerte, pero más cuando resulta inexplicable ¿Por qué, por qué había muerto de ese modo, asesinado con un balazo en la frente? Ellos sabían que nunca habría tratado de hacerle daño a nadie y mucho menos asaltando, como le había dicho el soldado.

Fue una mañana larga y triste. No invitaron a nadie al velorio porque sentían vergüenza de que pensarán que su padre era un bandido y tampoco querían que se supiera de la presencia del moribundo al que se habían propuesto salvar. Por eso, acompañados sólo por dos amigos, compañeros de Chema, y una comadre curandera que se dedicó a atender al coronel, velaron al difunto. En la tarde lo enterraron a un lado de la casa porque ahí no había camposanto, ni cura que le rezara. Al depositarlo en la fosa, Chema dijo, tratando de contener las lágrimas:

-Papá, tú eras bueno y no un asaltante como ahora andan diciendo. Dios lo sabe porque ya estás con él y ya se lo pudiste contar. Cuídanos desde el cielo, igual que nos cuidabas aquí y ayúdanos a saber la verdad.

La verdad la sabía Olivares, pero la comadre, aunque ya lo había enyerbado, no le daba muchas esperanzas.

-Lo único bueno es que la bala le salió por el otro lado. Eso lo puede salvar. – decía, mientras le aplicaba una cataplasma de cactus del desierto.

Aquella noche en la hostería, el teniente coronel Zertuche y Roberto Centeno habían vaciado varias botellas de tequila. Zertuche, por la euforia que le producía el hallazgo de un dinero que le daría al ejército revolucionario un armamento que le hacía mucha falta y a él un ascenso, que si bien no le hacía falta, no le caía nada mal, y Centeno por la necesidad de digerir los acontecimientos del día, que aunque le habían permitido salvar la vida, lo habían llevado a balacear sin misericordia a dos hombres y, a pesar de ello, perder la oportunidad de quedarse con todo el dinero que tanto tiempo había venido codiciando. No le pesaba la conciencia, no la tenía, pero sí el dinero. En el aturdimiento del alcohol, lo único que le repetía a Zertuche una y otra vez, era que se acordara que él le había dado el dinero para comprar armas, aun jugándose la vida.

-Yo ya soy un héroe -le decía en la media lengua de los borrachos- porque me jugué el pellejo por las armas de la revolución. No lo olvides, mi teniente coronel.

-¡Centeno, Roberto Centeno ya es uno de los nuestros! -gritaba Zertuche a todo el que quisiera oírlo .

La historia que había inventado Robertito le había hecho cambiar de opinión y ahora la primera impresión de rechazo por aquel hombrecito se había convertido en simpatía, ya lo consideraba un valiente y un hombre que realmente luchaba por los ideales revolucionarios.

A partir de entonces, todo le marchó sobre ruedas. Tanto en el tren como en el puerto fronterizo, Zertuche lo trataba con mucha deferencia. Robertito empezó a sentir que no todo se había perdido. Le contó sus habilidades contables y una larga historia de trabajo y sacrificio.

-Usted nos va a ser muy útil, Centeno, aquí necesitamos llevar bien las cuentas. Lo voy a presentar con mi general Cedillo, pero antes tenemos que comprar las armas. He estado enviando mensajes y ya recibí órdenes de meter ese armamento hasta la estación de Espuela, porque estamos preparando una campaña hacia el sur.

Hicieron el contacto con el que vendía las armas. No hubo el menor problema, aceptó encantado el oro y los dólares que llevaban y les vendió armamento a precios razonables.

<<No cabe duda -pensó Robertito- que don Severiano sabía hacer bien las cosas. Tenía desde el sur mejores contactos que estos pendejos que viven en la frontera. Ahora, gracias a su dinero y a su habilidad, yo ya soy hombre de confianza de los revolucionarios, que son sin duda los nuevos dueños del país>>.

El transporte de las armas hasta la estación de Espuela no tuvo problemas. Roberto Centeno estaba transformado. Se había comprado ropa nueva en la frontera y se sentía a sus anchas otra vez. A los dos días llegó el general Cedillo, felicitó al teniente coronel y agradeció a Centeno su valiosa colaboración a la causa.

-General -le dijo Robertito- permítame unirme a las fuerzas de la revolución y ponerme a su servicio, porque estoy convencido que es la mejor forma de servir a mi patria.

El teniente coronel le había platicado al general no sólo del accidente por el cual se habían hecho del dinero para comprar las armas, sino también de la entrega y cualidades de Robertito, lo cual le valió también la confianza de Cedillo y el nombramiento de mayor. Lo encargaron de la contabilidad y los dineros del

regimiento y al coronel Zertuche, en reconocimiento, se le concedió un ascenso, según palabras del general Cedillo, "muy merecido".

Esta vez Robertito y Zertuche celebraron, pero ya como colegas, sus recientes nombramientos y otra vez entre la penumbra del alcohol se dijeron sus más íntimas verdades.

-Ahora sí, mi coronel, el mundo es nuestro.

-Sí, mi mayor Centeno, ahora sí ni quien nos pare.

## IX El mar del caribe...

tiene fama de bello y reputación de traicionero. Capaz de cambiar de humor en cualquier momento, pasa de la tranquilidad a la tormenta y puede, enfurecido, convertir la tormenta en ciclón. Tiene la potestad de presentarse como una laguna de tranquilidad o levantar olas como catedrales, pasando de la calma chicha a los vientos huracanados.

Librado lo conocía mejor que nadie, incontables veces se había internado en sus aguas color turquesa, transparentes, alucinantes, no sólo buscando la pesca, sino hipnotizado, dejándose llevar por su magia, por sus olas, por sus tonos, por su olor. Todo es diferente en el mar, los amaneceres, los ocasos, las noches estrelladas, las fuerzas del viento, el poder del sol. Todo se magnifica en la inmensidad de las aguas, para que el hombre empequeñezca.

Librado lo amaba y tenía con él una relación licenciosa, que juntaba la admiración con el amor y el respeto con el miedo. Lo llamaba la mar y se refería a él, como una amante noble, hermosa, pero caprichosa y temible.

“La mar es como el amor –decía- bella pero peligrosa”.

Don Severiano Castillejos inclinado en la cubierta de “La Flecha” veía cómo salían de la desembocadura del río y se empezaban a alejar de la costa, luchaba por quitarse la idea de que, al igual que la costa, se alejaba de él su vida política.

<<Voy a regresar -se consolaba-, ésta es una salida estratégica, por poco tiempo>>.

Buscaba justificar su huida, quería convencerse de que no había cometido un error fatal.

<<Fatal hubiera sido quedarme –pensaba- la ciudad está perdida sin remedio y no tengo la menor duda de que una vez en manos de los revoltosos, el primer fusilado hubiera sido yo>>.

Librado, que lo había estado observando desde el puente de mando, encargó el timón por un momento y bajó a cubierta para acompañarlo.

-Cuéntame qué ha pasado, por qué dices que todo se lo está llevando el demonio ¿Por qué esta salida tan repentina?

-Estoy exhausto, Librado, mañana te cuento con calma todos los detalles. Ahora voy a mi camarote a tratar de descansar.

-Pero ni siquiera sé exactamente a dónde vamos.

-Claro que lo sabes, al puerto principal.

-Como dijiste que podría ser un viaje más largo, ya no sabía a dónde enfile.

–Enfila rumbo al puerto principal, mañana platicamos.

Se fue a dormir dejando a Librado lleno de dudas, ensimismado en la mar, deleitándose con el espectáculo celeste para no pensar.

Al día siguiente, muy temprano se levantó, vio a Librado que ya estaba en el puente de mando, se había despertado con un terrible malestar que iba en aumento; no sabía si era mareo o si abandonar la ciudad y aventurarse en ese viaje lo estaba afectando. Casi no había podido dormir y estaba de un pésimo humor.

–Buenos días -lo saludó Librado-. Espero que hayas descansado.

–No pude dormir y me siento fatal. Dame algo para el mareo.

–Aquí nadie se mareo, no tengo nada más que un café, pero eso te hará sentir mejor. Vamos a la cocina, necesitas contarme todo lo que ha pasado.

Hablaron largo tiempo. Severiano lo puso al tanto de los acontecimientos, haciendo énfasis en la traición del coronel Olivares y Robertito.

–Los mandé a comprar armas para defender la ciudad, pero nunca llegaron a su destino. No sé qué pasó, porque Olivares es un hombre de lealtad a toda prueba. Por eso me vi obligado a salir. La ciudad, con las armas de que disponemos, no tiene defensa.

Librado se alarmó pensando en su familia.

–Entonces, ¿qué va a pasar Severiano? ¿Dejaste la ciudad sin defensas para que la saquearan y vejaran a su antojo?

–No, el capitán Canul tiene órdenes de defenderla hasta el último hombre.

–Pero, dices que no tienen suficientes armas ni municiones.

–Tengo la esperanza de que regrese Olivares.

–No, no la tienes, porque si lo pensaras realmente no te hubieras ido. Huiste dejando a la población a su suerte.

–¿Pero qué podía hacer?

–Al menos quedarte y afrontar la situación.

–No hubiera servido de nada y de seguro que me hubieran asesinado si me agarran vivo.

–Entonces decidiste salvar tu pellejo en primer lugar y abandonarlo todo .

–Pero no podía hacer otra cosa, Librado, comprende.

–No sé tú qué hubieras podido hacer, pero yo sí puedo hacer algo, ahorita me regreso por mi familia. No puedo abandonarlos. ¡Eres un desgraciado! Me hubieras dicho que los trajera.

–No les va a pasar nada, no tiene por qué pasarles nada.

–¿Pero no diste la orden de resistir hasta el último hombre? Eso implica una batalla sangrienta y ahí nadie estará a salvo.

Se fue al puente de mando y dio la orden de regresar al muelle. Habían navegado una noche nada más y la costa no estaba lejos.

Cuando Severiano se dio cuenta que el barco estaba virando, fue a su camarote, sacó su escuadra 45 y cortó cartucho. Con la pistola preparada buscó a su jefe de ayudantes.

–¡Acompáñeme! -le dijo-. No podemos permitir que regrese el barco.

Se fueron pistola en mano al puente de mando, abrió la puerta de una patada y entraron apuntándole a Librado.

–Este barco va a donde yo diga. ¡Aquí mando yo! No vamos a regresar, gira el barco.

–Severiano, tengo que sacar a mi familia de la ciudad que está a punto de convertirse en un campo de batalla. No necesito mucho tiempo ¡Entiéndeme!

–No, no te entiendo, ni estoy dispuesto a regresar por ningún motivo.

–Teniente -dijo a su jefe de ayudantes- llame al marinero que estaba llevando el timón ayer en la noche.

Cuando entraron el marinero y el teniente, les ordenó:

–Den vuelta al timón, retomen la dirección que teníamos, mar adentro ¡Aquí mando yo y el que no esté de acuerdo se muere! Teniente, vigile que mantengamos el rumbo y usted, marinerito, cuidado con una trastada-. Camina -dijo a Librado amenazándolo con la pistola- vamos a la bodega.

Al llegar a la puerta, Librado suplicó:

–Nadie de la tripulación puede conducir este barco por sí solo, te estás volviendo loco. Déjame salvar a mi mujer y a mis hijas, que son tus sobrinas y luego te llevo a donde tú quieras.

–Entra, imbécil -le dijo dándole un golpe con el cañón de la pistola-. A mí no me asustas. Seguro que esos marineritos saben más que tú, ni que navegar esta cáscara fuera tan difícil.

Diciendo esto, cerró la puerta que se aseguraba por fuera, dejándolo encerrado.

Llamó a los otros tres tripulantes, encerró a dos en un camarote y al que manejaba el timón y otro más, los vigilaba en el puente de mando.

–No quiero jueguitos. Ya me conocieron, así que cuiden su vida ¿Entendido?

–Sí, señor gobernador –contestaron atemorizados.

–Vigílelos, teniente, yo voy a descansar, porque tenemos que hacer guardias usted y yo. Lo relevo en cuatro horas, así nos tendremos que turnar todo el viaje para no llevarnos ninguna sorpresa.

–Sí señor -contestó el teniente levantando un poco más la pistola con aire amenazador.

Se fue a su camarote. Casi se le habían quitado el malestar y el cansancio. A Severiano Castillejos no había mal que no le curara el poder y haber tomado con lujo de fuerza el control del barco, lo hacía sentirse bien.

<<Ya se dieron cuenta de quién manda aquí>> se dijo satisfecho y se recostó para pensar, preparado para cumplir su guardia cuando le tocara relevar al teniente. Se turnaron las guardias como habían planeado. Hicieron que el más joven de los marineros les preparara de comer y que bajo su vigilancia directa, pistola en mano, le llevara agua y algo de comer a Librado. En unos días llegarían al puerto principal. Pensaba atracar a prudente distancia para enterarse de los acontecimientos antes de tomar la decisión de desembarcar o seguir adelante para pedir asilo en el país vecino.

En el puente de mando, Severiano, ensimismado en sus preocupaciones, tardó en escuchar el sonido del viento. Alzó la vista, la luna se había ocultado tras una gruesa capa de nubes y no se veía una sola estrella. Se inquietó, no tardaría en amanecer. Esperó un par de horas, el viento parecía más fuerte. A las primeras luces del alba, salió a cubierta. A lo lejos se veía un macizo de nubes negras que se expandía rápidamente. Regresó al puente de mando.

–¿Qué es eso que se ve a lo lejos? -preguntó al marinero que tenía el timón.

–Es una tormenta -contestó secamente.

–¿Y qué tan fuerte será?

–De acuerdo con el barómetro, es bastante fuerte.

–¿Cómo sabes eso?

–Porque el barómetro marca el cambio de presión en la atmósfera y mire cómo ha bajado. El capitán Librado se lo puede decir mejor. Yo sólo sé lo que él me ha explicado algunas veces.

–Tu capitán Librado se queda donde está y más vale que tú puedas sortear el mal tiempo.

–Es que él lo haría mejor que yo.

–Es que él, haz de cuenta que no está en el barco.

El marinero ya no dijo nada, era obvio que Severiano estaba fuera de sí y no entendía razones.

El mar empezó a tender olas cada vez más grandes. De apacible valle se convirtió de pronto en serranía, con montes y lomas que ejecutaban una danza imponente, en una cordillera ondulante y estremecedora. Cambió su color azul por un gris acero que se confundía en el horizonte con las nubes de la tormenta.

–Tenemos que cambiar el rumbo -dijo el marinero- tenemos que recibir el oleaje en la proa; si no, se va a voltear el barco y nos vamos a hundir.

–¡Mantén el rumbo como está! -gritó Severiano-. Las olas no están tan grandes, hay que alejarnos del temporal.

Así lo hicieron por unas horas, pero el temporal se acercaba, avanzando más rápido que el barco. Las olas eran cada vez más grandes y la fuerza del viento crecía por momentos. La tensión de los hombres y del casco estaban en su máximo. De pronto, una enorme ola los levantó con tal fuerza, que el barco se inclinó peligrosamente. Severiano cayó hacia atrás y se le disparó la pistola, hiriendo en el brazo a uno de los marineros. Cuando estaba todavía en el suelo, el teniente se la quitó, lo ayudó a incorporarse y le dijo:

–Gobernador, esto es absurdo, nos vamos a ahogar en esta tormenta. Voy por el capitán del barco.

Severiano estaba aturdido por el golpe y no alcanzó a reaccionar. Pero cuando Librado y el teniente entraron empapados por una ráfaga de viento les gritó:

–¡Tienen que mantener el rumbo!

Librado no contestó, estaba rojo de ira y empezaba a estudiar la dirección y la fuerza de la tormenta. El teniente sacó del camarote a los otros dos marineros. Cuando Severiano vio que empezaban a variar el rumbo, se abalanzó contra Librado para hacerlo desistir, pero éste se lo quitó de un empujón, que con el bamboleo del barco lo hizo rodar por el piso.

–De veras que el poder te ha vuelto loco. No me vuelvas a tocar, porque te mato. ¿No ves que debemos cambiar de dirección para capear el temporal. Ayúdame con el timón -le dijo al marinero que tenía el brazo herido.

En eso entró el teniente con los otros marineros, uno se lanzó al timón para ayudar a Librado y otro se dispuso a vendar el brazo lesionado de su compañero. El teniente había enfundado su pistola y traía la de Severiano fajada en el cinturón. Severiano se incorporó.

–Teniente, déme mi pistola.

–No, gobernador. Con todo respeto, usted nos va a matar a todos. Hay que dejar que el capitán del barco decida lo que hay que hacer. Mire usted la fuerza de la tormenta.

Cuando lograron cambiar de dirección en ese mar que los movía como una cáscara de nuez, el barco empezó a capear la tormenta yendo contra las olas a media máquina. Se estabilizaron un poco, pero era impresionante clavar la proa en aquellas montañas de agua que avanzaban hacia ellos. Las olas crecían cada vez más y el barco avanzaba sobre ellas con dificultad.

–Esto ya no es una tormenta ¡Es un ciclón! -gritó Librado.

Nadie contestó, ni Severiano, al que parecía afectarle más la negativa del teniente a obedecerlo, que la fuerza del ciclón.

Subían y bajaban en aquellas enormes montañas andantes. Las olas eran cada vez más altas, parecía que el barco las subía verticalmente, con el peligro que aun yendo perpendiculares a su encuentro, alguna demasiado grande los volteara.

Librado cambió de estrategia y lanzó el barco a toda máquina.

–¡No me vas a ganar! -gritaba como enajenado- ¡Todavía no hay tormenta que me hunda!

Cuando, con la máxima potencia de la máquina llegaban a la cresta de cada ola, a la que se enfrentaban, lanzaba una carcajada y vociferaba:

–¿Esto es todo lo que puedes hacer? ¡Porque a mí todavía me sobran fuerzas! Nadie sabía con quién hablaba, pero él estaba peleando con su amante.

Pasaron así el día y la noche, horas eternas que se fueron en un segundo. Casi al amanecer pareció aminorar un poco la fuerza del temporal. Seguía lloviendo a cántaros y el cielo estaba totalmente cerrado. Les parecía que las nubes seguían aliadas con el mar para envolverlos en una cascada que no les permitía ver nada y apenas los dejaba moverse.

Librado, exhausto, le pidió a un marinero que tomara el timón y se dejó caer en el único sillón que, atornillado al piso, había en el puente de mando.

–¿Ya pasó el peligro? -preguntó Severiano.

–No, todavía no y menos contigo aquí.

Esa respuesta hizo que Severiano recobrara su habitual forma de ser, se acercó al teniente y le sacó su pistola que traía fajada.

–Ahora ya puedes volver a la bodega -le dijo apuntándole.

Librado no se movió. Lo vio incrédulo y agotado.

–Muévete, o aquí te mueres.

–Severiano, no ha pasado la tormenta, ni pienso volver a obedecerte en nada. La ira lo cegó, jaló el gatillo, pero la pistola no disparó. En ese momento el teniente se la arrebató de un tirón.

–¿Qué hace teniente? ¡Déme esa pistola!

–¿Usted cree que yo iba a dejar esta pistola cargada? -preguntó el teniente con toda calma-. Ni estando demente.

Librado se levantó de su asiento y lo encaró.

–Me hubieras matado, eres una bestia estúpida y peligrosa. ¡Jalaste el gatillo! Me hubieras asesinado a sangre fría, desgraciado.

Lo tomó de la camisa y lo abofeteó con todas sus fuerzas “¡Desgraciado! ¡Asesino!” le gritaba. Lo arrojó al suelo y ordenó a sus marineros:

–Quiten esta escoria de mi vista, métenlo en la bodega donde él me encerró.

Tomaron a Severiano por los brazos y lo condujeron hacia fuera. Antes de salir – alcanzó a gritar:

–Teniente, haga algo, es su deber.

El teniente no se inmutó. Cuando ya no se oían los gritos desesperados se dirigió a Librado:

–Capitán, lo felicito, usted salvó el barco y la vida de todos, aun la de ese loco del gobernador. Si lo puedo ayudar en algo, hágamelo saber.

–Usted también salvó mi vida descargando esa pistola. Estamos pagados -repuso Librado con un suspiro-. Severiano ya no es gobernador, abandonó la ciudad a su suerte, lo único que le importaba era salvar su pellejo.

Por la cara de desconcierto del teniente, era obvio que sabía sólo parte de lo sucedido, así que Librado le contó todo lo que había hablado con Severiano.

–De manera que si tiene usted algún escrúpulo de su deber militar con el gobernador, quíteselo, porque ese cretino ya no lo es -concluyó.

X. El mal tiempo duró toda la noche...

hombres y máquina estaban agotados. Flotaba en el ambiente cierta euforia a pesar de todo. La euforia de saberse vivos, de haber ganado una pelea contra la muerte. Habían salido de dos tormentas, la humana, que había creado el despotismo del gobernador, y la gigantesca, que había creado el mar caribe, la amante temible y seductora de Librado.

A la mañana siguiente pudieron enfilar el barco de regreso, el tiempo era malo, pero ya había pasado el peligro. Librado examinó el brazo del marinero lesionado, la bala lo había atravesado a la altura del hombro, sin duda rozando el hueso. La herida no se veía bien. El teniente se acercó.

–Hay que lavarla con jabón y luego la cauterizamos, porque no ha cesado la hemorragia.

Le habían aplicado un torniquete la noche anterior y se lo aflojaban intermitentemente para evitar la gangrena, con la esperanza de parar la hemorragia, pero no era así.

Tanto el capitán del barco en el mar como el teniente de infantería en tierra tenían experiencia en curar heridas como ésta. Como un equipo de sanidad, se entendieron a la perfección. Lavaron la llaga con agua y jabón y con un cuchillo al rojo vivo y tras darle de beber una buena cantidad de ron, cauterizaron la herida e inmovilizaron el brazo. La única diferencia, fue que Librado quería verter agua de mar antes del vendaje y el teniente, poner una gasa con alcohol. No discutieron, hicieron las dos cosas y quedaron satisfechos. El único que no se veía tan complacido era el marinero herido, porque, aunque agradecido, el dolor había sido insoportable y juzgaba, probablemente con razón, que no le habían dado suficiente licor.

–Qué no sabe teniente, -comentaba Librado- que el agua de mar es desinfectante.

–No, capitán, no lo sabía. Usted comprenderá que en tierra no contamos con ella y de agua de mar en esta travesía, ya he tenido bastante.

Era obvio que entre aquellos dos hombres se había desarrollado una mutua confianza, que empezaba a cimentar una amistad.

–En dos días estaremos de regreso, si el tiempo sigue así -comentó Librado-. Hay que pensar qué vamos a hacer.

–Sobre todo, qué vamos a hacer con el gobernador -dijo el teniente.

–Lo dejaremos ahí en la bodega, mientras yo voy por mi familia y la saco de la ciudad. Si usted quiere, hago lo mismo con la suya. Nos podemos ir en el barco a algún lado mientras pasa la batalla.

–Se olvida usted que yo soy militar y mi deber está con mi compañía. Si van a defender la ciudad, aunque sea con poco armamento, yo estaré ahí. Lo que sí le agradecería es que sacara a mi familia. Tengo mujer y un hijo de un año.

–Este barco está a sus órdenes, teniente, cuente con ello, pero creo que estamos adelantándonos demasiado, primero hay que saber qué ha pasado y cómo están las cosas.

–Me preocupan sus marineros. Si vamos a dejar a Castillejos en la bodega, lo cual me parece buena idea, debemos que estar seguros de su discreción.

–Son muchachos que llevan bastante tiempo conmigo, me estiman y confían en mí. Además, los cuatro son solteros, no tienen la preocupación familiar que sentimos usted y yo. Hablaré con ellos y verá usted que no nos darán ningún problema.

Navegaron ya sin dificultades, prescindiendo de los improperios y amenazas que gritaba Severiano cada vez que le llevaban de comer. Para cuando avistaron la costa, ya había escampado y casi brillaba el sol. Divisaron una pequeña embarcación de remo y Librado se dirigió hacia ella.

–Aquí conozco a muchos de los pescadores ribereños. Si éstos son amigos, nos darán la información que necesitamos y luego podremos decidir qué hacer.

El teniente estuvo de acuerdo. Afortunadamente cuando se aproximaron, Librado reconoció a los tripulantes de la pequeña embarcación. Antes de acercarse, le dijo al teniente:

–Quítese el uniforme, no conviene que vean un militar a bordo. Póngase ropa de los marineros o escóndase.

El teniente se cambió, pensando que era lo más prudente. Cuando estuvieron suficientemente cerca, Librado los invitó a subir al barco.

–Tengo un buen ron con que brindar -les gritó.

Amarraron su bote al barco y subieron.

Les platicaron los acontecimientos, quién era ahora el gobernador interino y quién el comandante de la plaza. Los accesos a la ciudad por el río, acababan de ser tomados por las fuerzas de Próspero Aranda, pero parecía haber una tregua porque no se había dado ninguna batalla, ni siquiera un intercambio de disparos. Nadie podía entrar en la ciudad por ahí, sin ser revisado; los revolucionarios dejaban pasar

alimentos, previo impuesto, decían ellos, de una parte de lo que llevaran. Eso había hecho que los pescadores tuvieran que subir el precio de sus mercancías. También se podría salir de la ciudad, pero el riesgo de tropezarse con los revolucionarios hacía que muchos no se animaran y otros lo habían logrado pagando un alto precio, pues temían que se iniciaran las hostilidades en cualquier momento.

Librado les agradeció la información, les regaló otra botella de ron y los despidió; se desearon suerte. Cuando se quedaron solos, el teniente dijo:

–Aparentemente, podremos entrar y salir sin problemas, aunque no creo que a nosotros nos sea tan fácil como a los pescadores.

–Claro que no. Van a querer revisar el barco, y con la carga que tenemos en la bodega, en menudo lío nos vamos a meter.

–De irnos, ni hablar. Venimos a rescatar a la familia.

–Podríamos bajar a Castillejos en algún sitio y regresar, aunque hay que recordar que la gente de Próspero Aranda ya anda por todo el estado.

Librado se acordó de su compadre que vivía en la bocana del río, como a diez kilómetros de donde estaban.

–¡Claro! -dijo-. Mi compadre Juan de Dios tiene una casa en la ribera del río con una bodega; ahí nos podemos esconder. Se puede llegar con el barco y mi compadre es una gran persona, sobre todo podemos confiar totalmente en él.

Continuaron dialogando un buen rato. Por fin llegaron a la conclusión de dirigirse a la casa del compadre Juan de Dios, donde se quedaría el teniente vigilando a Severiano con dos de los marineros. Librado, con los otros dos, se volvería a embarcar para adentrarse en el río y llegar al muelle de los pescadores, que era el único lugar en que no despertaría sospechas. Para justificar el no traer pesca, podrían pretextar la tormenta.

Se dirigieron, por tanto, a la bocana. Al llegar, un marinero se echó al agua y nadando alcanzó la orilla. Juan de Dios ya había reconocido el barco de Librado y con gusto accedió a ir a recibirlo en su pequeña embarcación. Se saludaron con gran cariño. Librado le presentó al teniente como un amigo y se sentaron a conversar.

–Compadre –dijo Librado- necesito que me ayude, estamos en una situación muy comprometida.

Le explicaron el plan. Juan de Dios estuvo de acuerdo, pero el paquete de tener encerrado al gobernador en su bodega no le gustaba, así que preguntó:

–Si todo sale bien y logras regresar con tu familia y la del teniente ¿qué piensas hacer con don Severiano?

–No sé -contestó Librado-. Es un desgraciado, nadie lo quiere y si cae en manos de los revolucionarios, seguro lo truenan, nada más que yo no soy un asesino como él. Puedo llevarlo en mi barco lejos de aquí. ¡y mira que el viejo infeliz trató de matarme!.

–Eso me parece bien, porque ninguno de nosotros es de esa calaña y no nos vamos a manchar las manos con un crimen.

Desembarcaron primero los dos marineros que se iban a quedar en tierra con Juan de Dios, para después hacerlo Librado y el teniente, custodiando a Castillejos.

Cuando fueron por él a la bodega, contra lo que esperaban, lo encontraron calmado. Severiano, aunque era autoritario y déspota, era inteligente y con un gran sentido práctico, así que entendió claramente que estaba totalmente en sus manos.

-¿Qué van a hacer conmigo? -preguntó.

–Nada, vas a esperar aquí en la casa de mi compadre Juan de Dios a que traigamos a nuestras familias y después nos embarcaremos para alejarnos de la guerra.

Severiano estaba incrédulo, sin embargo le convenía creer lo que le estaban diciendo, salió dócilmente y antes de bajar a la lancha le dijo a Librado:

–Traigo más que suficiente dinero que puede sernos muy útil, hay que bajarlo por si revisan el barco cuando vayas al muelle.

–Tienes razón, pero no vamos a bajar sólo el dinero, sino todo tu equipaje. Más vale que no descubran dónde andas, Severiano, porque si lo hacen, hasta aquí llegaste. Qué bueno que traigas dinero, porque nos va a servir para comprar más avituallamiento y combustible; además, hay que darles algo para que nos dejen entrar y salir de la ciudad. Por fin hiciste algo bueno en tu vida. ¿No te da gusto? -añadió con sorna.

Revisaron con cuidado el barco para no dejar nada que los comprometiera y se instalaron en la bodega de Juan de Dios. No era grande, pero bastaba para el teniente, los dos marineros y Severiano con todas sus cosas, que no eran pocas. Librado le dijo al teniente:

–Hay que revisar todo el equipaje de Severiano, no sea que traiga otra arma. Ya lo conocí, teniente, es muy traicionero. No dejen de vigilarlo ni un momento y si les da lata, amárrenlo. Recuerde, ya no es gobernador, así que no se deje llevar por sus escrúpulos de militar.

-No se preocupe, capitán, efectivamente ya lo conocí. Nomás le encargo a mi familia. Escribí esta carta para mi mujer; en ella sólo le digo que usted es de toda confianza y que me salvó la vida, no le explico más para no comprometerlo. De todas formas, escóndala bien.

-Pierda cuidado, teniente, yo se los traigo sanos y salvos, como si fueran mi propia familia. Gracias compadre -se dirigió a Juan de Dios dándole un abrazo- le debo una.

-No me debe nada, compadre, para eso son los amigos. Nomás cuídese y regrese pronto con mi comadre y las muchachas.

Librado tenía dos hijas adolescentes, que en esta situación lo preocupaban aun más que su mujer.

-Voy a regresar con ellas y con la familia del teniente, que aunque sea militar, es un buen hombre, y nos vamos todos de aquí. Hasta usted nos acompaña.

-No, compadre, yo de aquí no me muevo, ya estoy muy viejo y además yo soy solo, no tengo familia que cuidar. Pero no discutamos, váyanse ya porque su barco anclado aquí despierta sospechas.

XI. Llegaron al muelle del pequeño puerto...

todo parecía normal en su rutina diaria, salvo por algunos hombres armados que recorrían el malecón. Amarraron el barco, Librado y uno de los marineros bajaron al muelle.

No habían caminado mucho cuando los llamó el capitán del puerto, que estaba acompañado de dos indios armados, que eran sin duda hombres de Próspero Aranda. Librado lo saludó como si nada.

-¿Qué se le ofrece, don Andrés, en qué le puedo servir?

-Aquí los señores quieren revisar tu barco.

-¿Por qué van a revisar mi barco? ¿quiénes son estos señores?

-Mira, Librado, las cosas están que arden. Son revolucionarios y tienen el control del muelle y de los accesos a la ciudad, es el ejército de Próspero Aranda. Todo ha cambiado, ya no está el gobernador Castillejos.

Librado fingió sorprenderse.

-Bueno, si así están las cosas, que revisen lo que quieran. Señores, permítanme acompañarlos.

Los revolucionarios no dijeron nada, sólo se adelantaron hacia el barco. Don Andrés le advirtió en voz baja:

-No saben que eres primo de Castillejos, ni que el barco es de él. Más te vale que no se enteren porque estarías en problemas.

-Gracias don Andrés, muchas gracias.

Revisaron el barco de arriba abajo. Librado aprovechó para, tal como lo tenía planeado, relatarles la lucha con el ciclón que los había sorprendido en alta mar. Se exaltó tanto contando la historia, que don Andrés, como capitán de puerto, y los dos revolucionarios que habían sentido la cola del huracán sobre la costa, se emocionaron y le preguntaban una y otra vez cómo habían podido sobrevivir y le pedían más y más detalles. Librado contaba con entusiasmo, pero sólo la tormenta que había armado la naturaleza, pues tuvo buen cuidado de no contar la borrasca de pasiones humanas que se habían desarrollado al mismo tiempo por culpa de Severiano. Así, fue obvio el por qué no traía pesca y lo dejaron ir sin problemas. Se despidieron amigablemente, al tiempo que Librado y el marinero apuraban el paso rumbo a la ciudad. Cuando estuvieron cerca, notaron la fortificación que había hecho el ejército para su defensa. Se habían cavado trincheras en todo ese frente y había un control estricto para entrar. Habló con el sargento de guardia, se identificó como capitán de un barco camaronero y como vecino de la ciudad. El sargento llamó

a un teniente que lo reconoció, no tuvo más remedio, que mentirle diciendo que no sabía dónde estaba Castillejos y que necesitaba sacar a su familia de la ciudad.

–Es a su propio riesgo -aclaró el teniente y lo dejó pasar.

Fue a su casa. Su esposa y sus hijas estaban angustiadas por su ausencia y por el ciclón que pensaban, y con razón, lo había alcanzado en alta mar.

–A mí todavía no hay ciclón que me hunda -bromeó con falsa arrogancia-. Lo que sí es que no pesqué nada.

Cuando se fue, les había dicho que salía a pescar, sin mencionar al gobernador Castillejos. Ahora tampoco lo mencionó, sólo les pudo decir que debían salir de la ciudad porque estaba al borde de ser atacada por los revolucionarios.

–Preparense, lleven lo menos posible, un bulto pequeño cada una. Yo voy por la familia de un amigo a la que me comprometí a llevar también.

Regresó en poco tiempo. Lo acompañaba la esposa del teniente con su pequeño hijo. Ella había confiado en él, gracias a la carta que le enseñó de su marido.

Caminaron juntos hacia la trinchera. Sentían una gran tensión, pero la esperanza de irse en el barco de Librado, era la esperanza de la seguridad. Sentían que él, en su barco, era invencible, el problema estaba en llegar a bordo.

Librado habló con el mismo teniente que lo había dejado entrar, quién se sintió complacido de que no le hubiera mentido, pero reiteró:

–Salen a su propio riesgo, ya vio usted que la gente de Aranda está por todas partes. Sin duda se los van a topar antes de llegar al muelle.

–Sí -dijo Librado- espero que todo salga bien.

–Suerte, -respondió el teniente, deseando que al menos esas jóvenes y ese niño, se pudieran salvar.

Caminaron con paso firme, pero tranquilo, no querían llamar la atención.

–Si nos preguntan, todos somos una sola familia -los instruyó-. Van a ver que lo vamos a lograr.

Cuando llegaron al muelle, se toparon con don Andrés.

–Ya estoy aquí con mi familia -le dijo como saludo.

Don Andrés no contestó, sólo le hizo una seña moviendo los ojos hacia donde estaba un revolucionario que parecía tener un rango mayor que aquellos que lo habían acompañado la primera vez. Librado entendió que algo andaba mal y los apresuró:

–Apúrense, súbense al barco. Tú acompáñalos -ordenó al marinero.

Lo tomó del brazo y en voz baja agregó:

–Si te hago una seña, te vas sin mí a casa de Juan de Dios ¿Entendido?

El marinero asintió con la cabeza y se fue con ellos. Si algo pasaba, era un adelanto que todos estuvieran en el barco, así él podría manejar las cosas mejor.

Se le acercó el que parecía que comandaba ese lugar y con tono amenazador le preguntó:

–¿Quiénes son esas personas?

–Es mi familia –contestó-. Voy de pesca, pero antes los quiero poner a salvo de la batalla que se avecina.

–Ya estuvimos revisando los registros y ese barco es propiedad de Severiano Castillejos. Está requisado por la revolución.

Librado sintió que se hundía el piso bajo sus pies.

–¿Podemos hablar en un lugar privado? –preguntó.

–En la capitanía de puerto –contestó el comandante.

Allá se dirigieron. Librado se dio cuenta que había revolucionarios a bordo de su barco y, por tanto, era imposible dar la seña de que partieran.

Cuando llegaron al privado de don Andrés, el comandante le ordenó:

–Usted espérenos afuera.

Entraron sólo él y Librado. Al cerrar la puerta dijo:

–Nosotros al que queremos es a Severiano Castillejos, no tenemos nada contra usted.

–Pues entonces agárrenlo a él y déjenme ir con mi familia. Yo sólo soy el capitán del barco.

–Sí, capitán, pero el barco es de Castillejos y usted comprenderá que no lo puedo dejar ir.

–Mire, comandante, déjeme llevar a mi familia a un lugar seguro y yo me comprometo a regresar el barco para lo que quieran. Yo puedo colaborar con una buena cantidad para la causa revolucionaria.

–Ah, de manera que tiene usted dinero. Claro que va a colaborar, pero yo no lo puedo dejar ir.

–Deje ir al menos a mi familia, ellos no tienen nada que ver.

–El barco no se mueve de aquí y usted está detenido. Sobre su familia, voy a pedir instrucciones –concluyó y se dispuso a salir.

–¡Espere! -casi gritó Librado-. Tengo un trato que proponerle: yo le puedo entregar a Severiano Castillejos a cambio de la seguridad de mi familia, de mi libertad y de mi barco.

–Explíquese -dijo el comandante.

–No hay nada que explicar, sólo dígame si acepta.

–Suponga que digo que sí. A mí usted y su barco no me importan y, en cuanto a su familia, le repito, no tenemos nada contra ellos.

–Si es así, acepte el trato, o consulte si usted no puede decidir.

–Claro que yo puedo decidir, pero dígame como sería el arreglo.

–Primero déme su palabra de honor, dígame si acepta o no. El trato es entregar al gobernador Severiano Castillejos a cambio de nuestra libertad y el barco. El comandante lo pensó un momento. Sabía que tenía a Librado en sus manos, aunque se daba cuenta que era un hombre decidido y no iba a ser fácil forzarlo a nada. Podía amenazar a su familia, sin embargo, las órdenes de Próspero Aranda eran no afectar a los civiles por ningún motivo. Él mismo no era un sanguinario. Por otro lado, la posibilidad de echarle mano a Castillejos lo tentaba enormemente, a ese sí era importante detenerlo y no a una familia indefensa.

–Acepto -dijo tendiéndole la mano.

–Trato hecho -dijo Librado y agregó- Severiano Castillejos trató de huir en mi barco, cuando nos agarró el ciclón y tuvimos que regresar no porque él lo deseara, sino porque yo quise venir a sacar a mi familia de la ciudad. El hecho es que está escondido no lejos de aquí. Acompáñeme y vamos por él en mi barco, yo lo llevo a donde está para que lo detenga.

–Sí, vamos, pero voy a llevar tropa conmigo y su familia se queda aquí como garantía de que esto va a salir bien. Cuando regresemos con Castillejos, lo dejo ir con ellos a donde quiera. Si tiene usted a Castillejos seguramente trae buen dinero, ese dinero es del pueblo y por tanto lo vamos a requisar.

–Estoy de acuerdo con lo del dinero -dijo Librado- pero no hay necesidad de dejar aquí a mi familia, caben todos en el barco; la tropa puede ir en cubierta.

–Ya le dije que es mi garantía y más vale que regresemos sanos y salvos con Castillejos en nuestras manos.

No había otra salida, Librado tuvo que acceder.

Subieron al barco, el comandante y diez revolucionarios armados con fusiles. A la familia de Librado la encerraron en un cuartucho del puerto, con órdenes de no permitirles salir hasta su regreso. Librado habló con ellos, sólo tenía unos minutos.

Por más que les prometió que todo iba a salir bien, había una enorme angustia en su rostro. No pudo ni explicarles el trato que había hecho, simplemente les pidió que confiaran en él y se despidió.

Severiano Castillejos se había mantenido tranquilo, confiando en la palabra de Librado; esperaba que en cuanto trajera a su familia y la del teniente se embarcarían lejos de la provincia. Donde fuera que lo dejaran, podría en el anonimato tomar un tren o un barco para salir del país. No había disputado en nada con Juan de Dios y el teniente; lo único que había hecho era sentarse en la orilla del río a contemplar el estuario, embelesado por la eterna lucha del torrente de agua dulce, abriéndose paso en las olas de agua salada.

<<Es la eterna lucha de contrarios –pensaba-, como en la política, como todo en la vida>>

Tenía una especie de necesidad de tomar partido por la corriente que en su momento fuera la más fuerte; no importaba cuál de las dos, sólo lo atraía la que se estuviera imponiendo sobre la otra. La idea de la contienda y el cambio que se estaban dando en su destino, representadas por esa lucha interminable de las dos aguas, lo había hipnotizado. Era fascinante la confrontación entre el mar y el río, sumidos en ese lance sin final que daba lugar a una fusión cristalina de formas y colores.

<<Voy a regresar, -se repetía- no sé cómo, pero voy a regresar>>

Fue el primero que vio el barco que se acercaba; no hizo ni un movimiento, siguió simplemente observando. Se dio cuenta de que Juan de Dios y los marineros salían en una canoa para ir a su encuentro. Sin embargo cuando la canoa regresaba, distinguió que venía gente armada que no tenía nada que ver con Librado y su familia. Se imaginó lo peor y el instinto lo impulsó a correr con todas sus fuerzas. Al verlo, Librado lo señaló y les gritó, aun sabiendo que difícilmente podrían oírle:

–¡No dejen que se vaya, es nuestra única salvación!

El teniente comprendió y con un movimiento felino, salió en su persecución, gritándole al marinero que lo siguiera. La carrera fue corta, Severiano no era precisamente un atleta y no pudo sostener el paso. Cuando sintió que lo habían alcanzado, súbitamente se detuvo.

–¡No me toquen! -les gritó- y volvió sobre sus pasos.

Regresaron. La respiración de Severiano era sofocada por el esfuerzo físico y por la angustia. Lo entendió todo en un instante. Librado lo había vendido a los revolucionarios y sabía bien lo que eso significaba.

Librado le dijo al comandante:

-Éste es Severiano Castillejos.

El comandante se le quedó viendo, comparándolo con las muchas fotografías que había visto de él; sin duda era el mismo, pero lo había imaginado mucho más alto y robusto; ese terrible enemigo, señor de vidas y haciendas, que había despojado de sus tierras a tanta gente, hombre que no toleraba a nadie que se le opusiera y quienes lo hacían amanecían muertos o en la cárcel. Ahora le parecía un viejo decrepito, asfixiándose de miedo.

-Dése usted preso en nombre de la revolución -le dijo con solemnidad. Severiano no argumentó nada, no tenía caso, y sólo preguntó:

-¿Quién es usted?

-Soy uno de los comandantes revolucionarios, a las órdenes del general Próspero Aranda, jefe del ejército que está liberando esta parte del país.

-Sé quién es Próspero Aranda -dijo casi para sus adentros- ¿Qué van a hacer conmigo?

-Nos va a acompañar y ya veremos lo que ordena mi general Aranda.

Lo subieron al barco. El comandante dio órdenes de subir también su equipaje; había cajas con documentos que seguramente eran importantes.

Librado aprovechó para hablar en privado con Juan de Dios y el teniente Ruiz.

-Si se enteran -advirtió al teniente- que es usted militar, seguro que lo detienen también. Vamos a pretender que es pescador y trabaja aquí con mi compadre. Espero que Severiano no diga nada. Usted trate de desaparecer hasta que nos vayamos. Su familia y la mía están en el muelle. Este cabrón -explicó señalando al comandante- me obligó a dejarlos ahí y sólo los va a soltar a cambio de Castillejos. Estoy seguro de que cuando regresemos va a cumplir su palabra: es duro, pero derecho. Si no fuera así, de cualquier forma estamos en sus manos, por ahora no tenemos alternativa y su condición de militar complica más todo.

El teniente Ruiz tenía el impulso de regresar en el barco, lo llamaban su familia y su deber militar, sin embargo, sin dificultad entendió las razones de Librado y se limitó a preguntar:

-¿Cuándo cree usted que podrá regresar con ellos?

-Debe ser hoy mismo, aunque sea tarde, pero pongamos que sea hasta mañana.

-Está bien, yo esperaré tres días. Si no llega, me voy como sea, a ver qué puedo hacer.

Librado subió al barco. Afortunadamente habían encerrado a Severiano en la bodega y no podría delatar al teniente. En el trayecto al muelle, el comandante iba satisfecho, había conseguido la captura del pez más gordo y eso sí que era un logro de la revolución y de él.

Navegaron río arriba sin cruzar palabra, Librado aferrado al timón y el comandante viendo el horizonte. Cuando llegaron, Librado exclamó dando por hecho:

-Comandante, yo ya cumplí. Espero que usted haga lo mismo y pueda irme con mi familia de inmediato.

El comandante se le quedó viendo y contestó con un lacónico:

-Sí, ése es el trato.

Desembarcaron la mitad de los revolucionarios. Cuando bajaron a Severiano, se topó con Librado, a quien todavía tuvo los arrestos de amenazar.

-Eres un hijo de la chingada y un traidor. ¡Te juro que si salgo de ésta, me la pagas!.

-Ya lo sé. Si por ti fuera, ya me hubieras asesinado. Así que, por mí, puedes irte al diablo.

Se llevaron a Severiano por delante y el comandante lo siguió con Librado. En la capitanía del puerto estaba don Andrés con tres revolucionarios a los que se les cuadró el comandante.

-Ustedes dos, espérenme afuera -les ordenó.

Librado sentía una gran ansiedad.

-Comandante, tenemos un trato.

-Sí, pero ahora salga usted y déjenos solos.

Su angustia aumentaba por momentos. Librado y don Andrés se quedaron afuera vigilados por hombres armados.

-Yo cumplí -le comentó Librado-. Espero que el comandante honre su palabra.

-Yo también y creo que es derecho, aunque la posibilidad de capturar a Castillejos hizo que llegara más tropa con esos tres, que se ve que son de alto rango. Creo que estamos con el más alto mando del ejército de Aranda, lo único que faltó es que viniera él mismo. Me temo que las cosas no están ya en manos del comandante con el que hiciste el trato.

–Él dijo que podía decidir.

–Y decidió y logró su propósito, aprehendió a Castillejos, pero ya no está solo y no creo que le permitan devolverte tu barco. Para empezar, ya saben que no es tuyo sino de él y lo consideran muy útil para su causa.

–Entonces ¿usted cree, don Andrés, que no me van a cumplir el trato?

–Los escuché hablar un poco. Para empezar, no creían que regresarían, pero dijeron que en caso de que se pudiera apresar a Castillejos, lo iban a llevar con Próspero Aranda. También comentaron lo útil que puede ser el barco para transporte militar.

A Librado se le bajó el ánimo hasta el suelo y preguntó a don Andrés:

–¿Escuchó usted algo de mi familia?

–Nada, de eso no dijeron nada.

Pasaron varias horas hasta que sacaron a Severiano custodiado por cuatro guardias. Minutos después, apareció el comandante que había ido con Librado a capturar a Severiano. Le informó que aunque Severiano enmudeció durante el interrogatorio, para lo único que habló, fue acusarlo de haberlo secuestrado, con la intención de robarle su barco y su dinero. Librado, según lo convenido, le había entregado al comandante el dinero de Severiano, pero Severiano había dicho que traía una cantidad mayor, y que faltaba una buena parte.

–No es que creamos en todo lo que nos dijo el viejo -comentó el comandante- pero tiene usted que entregar el dinero completo. Además, hay instrucciones de requisar el barco, ya que es propiedad de Castillejos.

Librado sintió que la venganza de Severiano se empezaba a cumplir y replicó:

–Con respecto al dinero, lo que le di, es todo lo que traía Castillejos y hasta una pequeña parte que era mía. Por desgracia, es mi palabra contra la de él, aunque pueden interrogar a los marineros; ellos me ayudaron a revisar el equipaje y saben la cantidad exacta. Efectivamente el barco es de él, porque no le pude pagar un préstamo usurero que me hizo. Pero usted hizo un trato conmigo y yo espero que cumpla su palabra, no entiendo por qué mi familia sigue detenida.

–A su familia se le ha tratado bien y se pueden ir cuando quieran, el problema es el dinero y el barco.

–No hay más dinero y el barco es parte de nuestro trato. Yo confié en su palabra comandante, no me diga que eso no vale.

–Yo no me mando solo, capitán ¿No lo comprende?

–Por eso le pregunté si usted podía decidir y usted me dijo que sí. Yo le creí; por lo visto, ése fue mi error.

El comandante ya no contestó, se veía muy mortificado, porque le parecía que no iba a lograr convencer a sus compañeros de honrar su palabra. Sin decir nada, se retiró.

<<Tenía razón don Andrés -pensó Librado- no voy a poder convencerlos que me devuelvan el barco; además, ya casi no tiene combustible y yo no tengo dinero, ni creo que en estas circunstancias pudiera conseguirlo, y sin dinero, ni aunque me lo devuelvan me sirve. Tengo que pensar en algo, o de ésta no salimos>>.

Lo llamaron al cuarto donde deliberaban los tres comandantes. Logró convencerlos, no sin dificultad, que no había más dinero y les propuso un segundo trato:

-Señores -les dijo- yo no tengo ninguna lealtad ni simpatía por el gobierno, ni por Severiano Castillejos que, como ven, es mi enemigo jurado. Tengo mucha más afinidad por la causa revolucionaria. Ustedes necesitan un barco con tripulación y yo me ofrezco como capitán a ponerme a sus órdenes. Lo único que pido es que me permitan llevar a mi familia a la casa de mi compadre, que está en el estuario donde detuvimos a Castillejos, y regreso para lo que ustedes ordenen.

Volvieron a deliberar. Les pareció una propuesta aceptable. Por supuesto que no le tenían confianza, aunque eso tenía solución: pondrían el barco al mando de un oficial con una cuadrilla de soldados de la revolución, para que siempre lo vigilara y le diera instrucciones. El tener a Librado a sus órdenes, les garantizaba un capitán que sabía maniobrar el barco a la perfección y que conocía el río y esos mares mejor que la palma de su mano.

Aceptaron.

–Si es un trato, necesito ver a mi familia y mañana a primera hora trasladarlos a la casa de mi compadre.

-Puede usted hacerlo, pero que le quede claro que nunca va usted a andar sin escolta y que es a partir de ahora, un marinero al servicio de la revolución. No vaya a caer en la tentación de desaparecer, porque sin duda lo encontraríamos y lo fusilaríamos por desertor.

–Todavía no me conocen, pero ya se dieron cuenta de que soy hombre de palabra y de convicciones. Yo cumplí el trato que hice con ustedes -agregó en tono de reproche- cumplí antes y cumpliré ahora.

Se fue a ver a su familia, que incluía a la esposa y al pequeño hijo del teniente Ruiz, les explicó el trato que había hecho. Los habían tratado bien, aunque estaban exhaustos; el encierro y la incertidumbre los había mantenido muy angustiados. Pasaron esa noche hablando:

-¿Cómo es posible que te vayas a unir a esos bandidos, papá? -le preguntaban sus hijas con incredulidad y angustia.

-Lo hace para salvarnos, -les dijo su madre con lágrimas en los ojos, al tiempo que se prendía de su cuello.

-No, no lo hago por eso, o no sólo por eso. Lo hago también por convicción, porque ya estoy harto, igual que ellos, de cómo están las cosas. No son bandidos, si hay un bandido aquí es Severiano Castillejos, ya les dije que abandonó la ciudad a su suerte y que llegó al extremo de tratar de matarme, cuando yo me empeñé en regresar por ustedes. Él y su gobierno abusivo y ladrón son los verdaderos bandidos. Esta gente puede ser primitiva, pero su lucha es justa, los han robado y despojado de todo arbitrariamente y ya se cansaron. Siempre he sabido, como decía mi padre, que las cosas no podían aguantar así para siempre, que tenía que haber un cambio y ya llegó.

A la familia de Librado la animaba el consuelo de estar juntos, pero no podían pensar en el futuro; sentían que eso era un lujo que ya no podían darse.

Antes de que amaneciera fue a su barco; estaba custodiado por cinco revolucionarios bajo el mando del teniente Pech. Con él se presentó.

-Tengo autorización para llevar a mi familia al estuario que está hacia el norte.

-Sí, capitán, desde ayer lo estamos esperando, podemos salir cuando quiera.

Preguntó por sus dos marineros. Ambos habían dormido en el barco y parecía que habían hecho migas con Pech; les había contado que él, antes de enrolarse en la revolución, también era pescador como ellos y que conocía bien la costa hasta el cabo de los Pelícanos. Librado, se entendió de inmediato con Pech y al dar la orden de zarpar, sintió con alivio, que volvía a tener el mando de su barco y el control de la situación.

Los hombres de mar son duros, a veces explosivos, en un conflicto cualquiera son capaces hasta de matarse; pero también se saben respetar y suelen entenderse bien entre ellos. En la soledad del mar, los une la misma pasión y los mismos peligros, los acerca un mismo lenguaje y los confabula el mismo afán y la misma dependencia.

Llegaron todavía temprano al estuario. Juan de Dios y el teniente Ruiz los recibieron con una alegría que no les cabía en el cuerpo. El lugar era paradisíaco, y en ese momento, lo parecía mucho más.

Librado se lo repetía a sus hijas y a su mujer a cada instante, y Juan de Dios declaraba que la pesca era abundantísima, que nada se comparaba a las acamayás de río, ni a los peces de agua dulce, ni mucho menos a las patas de cangrejo moro simplemente cocidas o al esmedregal a las brasas.

-Aquí lo único que necesito es quien me ayude, para hacer de esto un verdadero paraíso, -les decía-. Yo estoy muy solo y necesito compartir este lugar, les prometo que la pasaremos muy bien, daremos paseos maravillosos, pescaremos todos los días y comerán mejor que en cualquier otro lado. Aquí la naturaleza lo toma a uno en sus brazos y se vuelca en cada salida y puesta del sol.

El teniente Ruiz entendió que no podía, ni quería regresar con Librado, deseaba quedarse en el estuario con su familia, pero se sentía desertor.

-Quédese, teniente -le decía Juan de Dios- ayúdeme a instalar bien a su familia y a la de Librado, no tiene a qué irse y mucho menos en ese barco que ya pertenece a la revolución. Por otro lado, si usted iba de escolta del gobernador Castillejos y éste acabó en manos de los revolucionarios, no sé qué explicación puede dar.

-No me puedo quedar aquí mucho tiempo, soy un desertor, tendré que irme pronto con mi familia.

-Ya veremos teniente, en estas circunstancias no se sabe qué va a pasar.

-Por lo pronto, se acabó lo de teniente, mi nombre es Adán y es mejor que me llamen así.

-Esta bien, Adán, bienvenido con tu familia. Aquí la vamos a pasar bien, tenemos mucho que hacer.

Con ese argumento lo convenció y acabó siendo verdad lo que estaban pretendiendo, que él era un pescador más del estuario.

Librado se despidió de su mujer y sus hijas, que con lágrimas en los ojos le pidieron que regresara por ellas lo más pronto posible.

-Lo haré, -les dijo- este es un paso obligado del río al mar y seguramente pasaré por aquí muy seguido, les prometo regresar cada vez que me sea posible y traer noticias de cómo evolucionan las cosas. Le dolía separarse de su familia, pero consideraba que las dejaba en el lugar más seguro posible, dadas las circunstancias.

Entendía muy bien el malestar de Adán Ruiz, colocado en una posición que iba en contra de las convicciones de toda su carrera. El destino le presentaba una alternativa que era incapaz de resolver en ese momento y la indecisión lo podría llevar a perder las riendas y el rumbo de su vida.

–Únase a la revolución -le propuso. Yo lo puedo proponer nomás que me conozcan un poco mejor y me agarren confianza. Ya ve, ya soy uno de ellos, parte por necesidad y parte por convicción. ¿A poco no le da vergüenza la clase de gobernantes que eran Severiano Castillejos y toda su camarilla?

–No, si en eso estoy de acuerdo, sin embargo tendría que darme de baja antes en el ejército.

–Ay, Adán, eso sí que es absurdo. No respetar a quiénes encabezan el gobierno, pero sí a su burocracia. Qué importa darte o no de baja en el ejército, si te pasas de lado de los revolucionarios.

–Es que al ejército sí lo respeto, es mi carrera, es mi vida.

–¿Y era respetarlo andar casi de criado de Castillejos?

–Era una misión oficial, era mi deber cuidarlo.

–Pues si lo has cuidado bien, el viejo infeliz nos mata a todos.

Adán Ruiz estaba verdaderamente desconcertado, él era antes que nada un soldado y así estaba acostumbrado a comportarse. Por lo mismo, le resultaba muy difícil manejar esta situación. Le tenía aprecio a Librado y un especial agradecimiento por haberle traído a su familia, así que, controlando su mal humor le dijo:

–Yo te agradeceré que me informes lo más pronto posible de la situación en la ciudad. Aquí me voy a quedar a pensar las cosas y mientras esté aquí, cuidaré a mi familia y a la tuya como mía. Soy hombre del pueblo y te doy la razón, ha habido abusos por muchos años y ya es hora de que cambien las cosas, pero necesito ordenar mis ideas. Estoy en una situación comprometidísima porque, como dice Juan de Dios ¿Qué explicación podría dar de todo lo que ha pasado? y es verdad, yo, como tú, quisiera un cambio y estoy más de lado de esta gente que de un gobierno que ha abusado de todo, hasta del ejército. Pero ahora no tengo sosiego para tomar una decisión, no podría unirme a los revolucionarios aunque me lo propusiera, necesito tiempo.

–Como tú quieras Adán, -aceptó Librado.

Se despidió de su familia y de su compadre. Dejó con ellos a uno de los marineros que quiso quedarse y se fue a la revolución, que en la pequeña embarcación camaronera tenía a su armada y su almirante.

Librado iba entusiasmado, había logrado salvar a su familia y le nació la esperanza de que podrían cambiar las cosas y que él en algo podía ayudar. Sin duda, los mejores medios de transporte de toda esta zona del país, eran el río y el mar. “La Flecha” podía transportar provisiones, armas y hasta personas y ser muy útil a la causa, pero había que buscar como artillarla, pensaba que con un cañón, aunque fuera pequeño, y un par de ametralladoras, se podría defender de cualquier ataque.

## XII. Asombrado de estar vivo,...

ceñido por la oscuridad, Severiano Castillejos llevaba más de ocho horas con los ojos vendados y las manos atadas a cabeza de silla. Era el tercer día de cabalgata interminable en la selva, de mal comer y mal dormir, siempre amarrado y vigilado por los revolucionarios.

Había intentado todo. En el barco, trató de sobornar al comandante que lo aprehendió y posteriormente a los otros tres durante su interrogatorio. Les había asegurado que tenía mucho dinero y que, sin que nadie lo supiera, podía escriturarles una casa y un rancho a cada uno. Había ofrecido hasta el absurdo, sin ningún resultado. Los revolucionarios se sentían ya dueños del país y lo primero que iban a repartir era la tierra, por lo que hablar de escriturar un rancho era totalmente inútil. Con eso, lo único que había logrado era confirmar la idea que ya tenían sobre su riqueza mal habida, sus atropellos, abusos y despojos de tierras a los campesinos. Sabían que todo el dinero que llevaba era el que Librado les había entregado, así que por ese camino tampoco logró nada. Por otro lado, el lenguaje con que les hablaba, resultaba totalmente ajeno. Ellos tenían sus convicciones y sus ideales revolucionarios por los que estaban jugándose la vida. Nada de eso iba a cambiar, sin importar lo que dijera u ofreciera un viejo ladrón y asesino, como lo tenían catalogado. También tenían sus prejuicios; las revoluciones se alimentan de ideales por arriba y resentimientos por abajo y ni unos ni otros lo ayudaban en nada. Cuando lo sacaron de su celda y lo subieron a un caballo para internarse en la selva, sintió un enorme desaliento. Tenía la esperanza que llegara Olivares y entre él y Canul pudieran atacar a los revolucionarios, tomarlos a dos fuegos y liberarlo. Imaginaba que el gordo Rivas ya sería gobernador interino y que de alguna manera se enteraría de que había caído en manos de la gente de Aranda.

Desde que lo encerraron en la bodega del barco y luego en una celda inmunda, se sintió perdido. No estaba en su carácter darse por vencido y perder la esperanza. Sin embargo, siempre había sabido que, de caer en manos de los revolucionarios, no tendría salvación. Le era perfectamente claro que el internarse en la selva lo alejaba de toda posibilidad de ser rescatado.

El único sentimiento diferente a la angustia que tenía, era una rabia infinita contra Librado. Él era el culpable de todo. Era el que lo había entregado de la manera más inicua, vendiéndolo para salvarse.

Aquella cabalgata se prolongaba interminable y no saber ni su destino ni su final era en sí un tormento.

Al principio les gritaba: "¿Dónde me llevan? ¡Miserables! ¡Desátanme! ¡Quítenme la venda de los ojos! ¡Cobardes!"

Pero como no le contestaban y escuchaba risas de burla, optó por callarse.

Se concentró en las cuerdas que le ataban las manos y logró aflojarlas, movió la venda de los ojos para atisbar y en un descuido de quien llevaba su rienda, logró tomarla y espoleó al caballo con todas sus fuerzas, trató de huir internándose en la selva. Fue un intento inútil, casi ridículo. Ni él era ya un buen jinete, ni el caballo en que lo habían subido era rápido, ni conocía la selva para saber a dónde dirigirlo, o al menos dónde esconderse.

Lo alcanzaron fácilmente, de un jalón lo tiraron del caballo y lo golpearon en el suelo. Le amarraron las manos otra vez y lo hicieron terminar la jornada a pie, tirándolo de una cuerda.

Aquella noche no podía moverse, al menor esfuerzo le temblaban las piernas. Se acordó de cuando era joven. Era fuerte, buen jinete y se movía en la selva como en su casa.

<<Tanto luchar en la vida para tener cosas, para rodearse de comodidades que sólo sirven para volverse inútil>> se reprochaba con coraje.

Al día siguiente, por lástima lo volvieron a subir al caballo. Seguían internándose en la selva. Supuso que lo conducían al encuentro de Próspero Aranda.

<<Por fin voy a conocer a ese bandido. Se va a dar el gusto de fusilarme, como lo hubiera hecho yo de haber sido las cosas al revés. Pero no se va a dar el gusto de verme rogar. Aquí ya acabé, éste es mi fin, ya estoy muerto. Más vale que me convenza que estoy muerto. Los muertos no sienten, ni ruegan, ni lloran. Los muertos no sufren. Los muertos no tienen miedo. Yo, ya estoy muerto. Yo ya estoy muerto>> se repetía.

Se acordaba de Librado y maldecía. Se acordaba del teniente Ruiz, del coronel Olivares, de Robertito y la rabia lo hacía doblarse de dolor y apretar los puños de impotencia.

Se acordaba de Olga y lloraba en silencio.

<<Ojalá te vaya bien -le decía- ya no pude regresar a ti. Cuídate sola, cuida a mis hijos. Yo ya estoy muerto>>.

Qué hubiera dado por verla una vez más, sólo un momento, sólo un instante.

<<No es posible, yo ya estoy muerto y los muertos no tienen nada, no necesitan nada, no desean nada. No sienten dolor, ni angustia, ni tristeza. No recuerdan, no añoran, no aman. Yo ya estoy muerto>>.

De pronto, se detuvieron. Lo bajaron del caballo y le quitaron la venda de los ojos. Parecía que habían llegado a su destino. Era un paraje perdido en la selva. Unas cuantas chozas en medio de una eclosión imponente de vida. Árboles como arcos gigantescos que se abrían apenas para convivir con la gente. Murallas vegetales pintadas en todos los tonos del verde al negro. Chispazos de colores de pájaros extravagantes, de orquídeas trepadoras. Chillidos de animales en celo. Insectos encimados, calor, humedad, sudor y dolor.

Los revolucionarios estaban en su elemento, no parecían sentir ni calor ni cansancio. Estaban felices de haber llegado con su valioso encargo.

Lo encerraron en una choza con la puerta desvencijada, junto con dos guardias que no lo perdían de vista. Ahí pasó la noche, alumbrado con lámparas de petróleo. Le dieron de comer un poco mejor, fruta y carne blanca, seguramente de mono o de iguana; ninguno de los dos le eran extraños y se dio cuenta de que tenía hambre. El cansancio de tres días lo hizo dormir, a pesar de sí mismo y de la humedad de la tierra donde se tendió. Cayó en un sopor extraño. Tenía sueños angustiantes, caídas en hoyos profundos, en los que no sólo se hundía él, sino el país entero, sus amigos y enemigos, su familia. Despertaba de un brinco sudando de angustia, sólo para entrar de inmediato en otro sueño igual. Quería despertarse bien para interrumpir la cadena de sueños aterradores, pero no podía. Finalmente logró un sueño profundo en que durmió más de quince horas. Lo despertó una voz dura que decía:

-Así que éste es el famoso gobernador Severiano Castillejos.

Abrió los ojos. Junto a él había unas botas militares llenas de lodo. Alzó la vista y fue descubriendo un hombre recio, de tez morena oscura, enfundado en un pantalón verde militar, cinturón con escuadra y cargadores sobre un grueso suéter negro, que se hubiera confundido con su piel, de no tener un paliacate anudado al cuello. La nariz aguileña, el pelo grueso negro y lacio, los pómulos salientes, ningún rasgo de su cara dejaba duda de su ascendencia indígena. Tenía una leve sonrisa que a Severiano le pareció irónica y una actitud que emanaba seguridad y que no concordaban con el carácter discreto y delicado de su raza.

Se incorporó de inmediato, pero no se puso de pie, sólo se sentó recargado en la pared de la choza. Estaba decidido a no hacer ninguna concesión, a no demostrar el menor indicio de miedo o debilidad y el cansancio de esos días, lo hacía dudar que sus piernas lo obedecieran

-¿Quién es usted? -preguntó.

-Yo soy Próspero Aranda. Me imagino que me conoce, tanto como yo a usted.

-Pues si sabe quién soy, debería saber también la manera degradante e injusta en que me han tratado.

-Sí, ya me dieron el reporte. No le reprocho que quiera escapar, yo haría lo mismo, pero sí que haya tratado de sobornar a los oficiales que lo interrogaron. Ése será otro cargo que se agregará en el juicio a que será usted sometido.

-¿Juicio? ¿Con qué autoridad pretenden ustedes hacer un juicio?

-Ésta es una zona controlada por nosotros. Aquí la revolución es soberana y tiene sus tribunales perfectamente legales.

-Ustedes la única legalidad que tienen es la que les dan las armas que empuñan y las acciones arbitrarias que cometen contra el gobierno legítimamente constituido.

Próspero Aranda lo miró con desprecio y, sin decir más, salió de la choza. Consideraba fuera de lugar la polémica que se había iniciado y que obviamente no iba a sostener, con alguien al que despreciaba y le producía un profundo rechazo.

### XIII. Con timidez...

el sargento Lorenzo Tzuc se acercó a la enramada donde su abuelo había reunido a todos los hombres de la familia. La incertidumbre que lo invadía se reflejaba en su rostro, a pesar del gusto y la confianza que sentía por volver a ver a sus hermanos después de varios meses. Sabía que no iba a ser fácil el diálogo que le esperaba.

Lo primero que hizo cuando salió del cuartel a cumplir la misión que el capitán Canul le había encomendado, fue buscar a su padre para plantearle su propósito, confiado en que sería quien mejor lo podría entender, pero no fue así; por más que explicó e insistió una y otra vez, no lo pudo persuadir. Por ningún motivo accedería a hablar con sus otros hijos, para intentar convencerlos de algo con lo que él mismo no estaba de acuerdo. Ni siquiera quería analizar la posibilidad de plantear a los mandos revolucionarios un diálogo con el ejército o con el gobierno del estado. Lo consideraba absurdo y hasta traicionero porque se podía tratar de una trampa o, por lo menos, de una maniobra para ganar tiempo.

Eso obligó a Lorenzo Tzuc a recurrir al abuelo, la mayor autoridad de la familia. Con él las cosas fueron diferentes.

-¿Por qué no dialogar? -preguntó-. No es sólo decisión nuestra y por eso mismo no la podemos eludir. Además, si fuera nuestra, yo estaría de acuerdo, no se pierde nada hablando. Hay que tomar en cuenta que lo plantea Lorenzo y él conoce al capitán Canul, el nuevo comandante. Yo también lo traté cuando era un niño y conocí a su padre, que era un hombre de bien.

El abuelo hizo una breve introducción:

-En la guerra todos perdemos, es mejor hablar y tratar de entenderse. Por eso esta aquí Lorenzo, él trae un mensaje que debemos escuchar.

Tzuc les explicó la propuesta de diálogo que hacían el nuevo gobierno y el ejército a través de su nuevo comandante, el capitán Gregorio Canul, del cual era mensajero. Su padre expuso sus temores y la desconfianza que sentía hacia todos los ladinos y si bien Canul era indígena, el nuevo gobernador no.

Después habló el abuelo, sus únicos argumentos eran la confianza que le despertaba Canul por haber conocido y apreciado a su padre, por ser indígena y por el cariño y confianza que le tenía Tzuc.

-Además -dijo en tono grave- hay una razón fundamental: los indios nunca nos negamos a hablar, no está en nosotros negarle la palabra a nadie, a nadie que quiera mostrar su verdad y su razón.

Estuvieron pasando y repasando ambas posiciones durante todo el largo día, hasta que al fin se impusieron el poder de convencimiento y la autoridad del abuelo. Hombre muy respetado en su comunidad y, por supuesto, en su propia familia.

Dos de los cinco hermanos de Tzuc se habían unido abiertamente al ejército revolucionario y el resto de la familia se consideraba fuerza de apoyo, lo cual implicaba ayuda con lo que estuviera a su alcance y, en su momento, el compromiso de unirse a la lucha si fuera necesario. Se podría decir que más de la mitad de la comunidad de doscientas personas estaban metidas en la revuelta.

A los ojos de los indígenas, el ejército era el instrumento de los ladinos para mantener sus prebendas y seguirlos explotando. Eso hacía que vieran con cierta desconfianza a Lorenzo; lo apreciaban y comprendían que se hubiera enrolado hacía ya muchos años, mucho antes de que empezara el movimiento armado, además sabían que si se llegara a dar el caso, nunca pelearía contra su comunidad ni contra sus hermanos de raza. Confiaban en él y entendían que siguiera en el ejército porque era su vida y porque los acontecimientos se habían precipitado con gran velocidad.

Para evitar este tipo de conflictos, el ejército solía enviar a los soldados lejos de sus comunidades, inclusive lejos de su estado. Pero en el caso de Lorenzo Tzuc y de otros indígenas reclutas, el capitán Canul había podido evitarlos argumentando su lealtad a toda prueba. Todo eso estaba en la conciencia de Tzuc y por eso le parecía, igual que a Canul, imposible una batalla entre hermanos de raza.

Esa situación, que podía considerarse tan difícil y hasta irregular, se tornaba ahora en la oportunidad de convertirse en un puente entre ambos ejércitos, para evitar una guerra sangrienta.

Lorenzo aseguraba que el capitán Canul era de absoluta confianza y que sin duda, igual que él, estaba de acuerdo con la mayoría de los postulados del movimiento revolucionario. Se basaba en las muchas veces que habían platicado. Confiaba en él porque sabía cómo pensaba y, sobre todo, confiaba en su palabra, que para los indios es sagrada. Como decía el abuelo: "Quien no tiene palabra no es persona".

-Nunca ha faltado a su palabra en los cinco años que tengo a sus órdenes  
-aseguraba Lorenzo.

Una vez que la familia Tzuc estuvo de acuerdo, plantearon el asunto a otros diez hombres de la comunidad y repitieron una y otra vez los mismos argumentos. Finalmente se aceptó que acompañaran a Lorenzo Tzuc todos aquéllos que eran

miembros del ejército revolucionario, para exponer al alto mando el mensaje de Canul y del nuevo gobierno.

Habían discutido dos días y Lorenzo Tzuc sentía la pérdida de un tiempo valiosísimo, pues ninguno de los doce que lo acompañaban sabía cuándo iba el general Próspero Aranda a dar la orden de cerrar el cerco a la ciudad y empezar la batalla, pero estaban concientes de que podía ser en cualquier momento.

El camino era largo y muy difícil; además, el comando de Aranda cambiaba con frecuencia de ubicación. Por fortuna, uno de los hermanos de Lorenzo tenía rango de teniente y eso les permitió pasar con bastante facilidad las patrullas que se encontraban en el camino y llegar hasta el cuartel general.

Habían decidido ir desarmados para no despertar ninguna suspicacia; sin embargo, en el cuartel no los trataron bien. Les ordenaron que no se movieran de una choza que les asignaron hasta que pudiera ir un miembro del estado mayor del general Aranda y dejaron gente armada custodiándolos.

Después de una larga espera, se entrevistaron por fin con un comandante enviado por el general Aranda. Lorenzo Tzuc se presentó con toda verdad como lo que era, sargento del ejército regular y enviado de su comandante, el capitán Gregorio Canul, con el mensaje para el general Aranda de iniciar pláticas antes de la batalla. Repitió la frase que había dicho Canul: "No queremos pelear entre hermanos, no queremos matanzas ni abusos, queremos hablar. Exponer y escuchar nuestra palabra y su palabra, nuestra verdad y su verdad".

El aval de su familia y de su comunidad le daban la confianza necesaria para ser escuchado sin recelo. Pero confiar en él no implicaba confiar en el gobierno ni en su ejército, pues cabía la posibilidad que lo hubieran engañado para utilizarlo.

El comandante aceptó el mensaje. Aseguró que lo transmitiría de inmediato al general Aranda y responsabilizó al teniente Tzuc, hermano de Lorenzo, de que nadie abandonara la choza que les habían asignado hasta nueva orden. Ahí dormirían y les llevarían de comer.

En la espera, notaron gran conmoción en el campamento. Preguntaron a sus guardias, pero no sabían o no les quisieron decir qué pasaba. Si hubieran estado en el otro extremo, habrían visto que estaba prisionero de los soldados de la revolución el ex gobernador Severiano Castillejos y la conmoción era porque estaban llegando testigos de cargo para el juicio al que se le iba a someter.

A la mañana siguiente, notaron mucho ajeteo, pensaron que era porque el campamento iba a cambiar de ubicación, como lo hacía con frecuencia. La movilidad

de los revolucionarios era una parte importante de su fuerza. Ahora estaban logrando que se les uniera mucha gente, pero al principio no era así y su mayor defensa era su movilidad. Sin embargo, aun ahora mantenían esas prácticas por razones de seguridad y de comunicación con las comunidades indígenas.

Durante la mañana, se presentó el comandante con quien habían hablado el día anterior. Los recibiría el general Aranda con su estado mayor.

Los llevaron a una típica choza maya con techo de palma, paredes en forma oval de bambú enjarrado con lodo mezclado con boñiga, una puerta en cada lado y piso de tierra apisonada. Era igual que las otras pero un poco más grande. Ahí estaba el general. Los saludó con amabilidad y les informó su interés de hablar con ellos y conocer su mensaje, les preguntó por su comunidad, por su familia y sobre todo, si le daban su confianza a Lorenzo Tzuc.

Parecía no tener prisa, escuchaba detalles con calma. Se interesó en las opiniones divididas del padre y del abuelo, de los hermanos y de cada uno de los que quisieron hablar, supo de las largas discusiones en la comunidad y de las suspicacias que la propuesta del capitán Gregorio Canul despertaban. Cuando terminaron, cuestionó a Lorenzo Tzuc. Le dijo que él estaba ahí porque había venido con el apoyo y la confianza de sus hermanos de sangre, de raza y de comunidad; finalmente le pidió el mensaje del capitán Canul. Tzuc lo repitió textual:

-“No queremos pelear entre hermanos. No queremos matanzas ni abusos. Queremos dialogar para conciliar nuestra verdad”.

Próspero Aranda se quedó pensativo mirando los ojos de Tzuc y de todos los presentes. Preguntó a los miembros de su estado mayor si querían decir algo. Nadie tomó la palabra. El silencio estaba hablando.

Regresaron a su choza. Tendrían su respuesta después de que el general Aranda discutiera la situación con su estado mayor.

Esa misma tarde los llamaron para comunicarles su decisión. El propio general Aranda se la manifestó a Tzuc:

-Dígale al capitán Canul que estamos de acuerdo en hablar como él pide. Ya veremos dónde y cuándo, pero así será. Le garantizamos que no nos lanzaremos a la batalla para tomar la ciudad antes de hablar.

Después agregó:

-Quiero que estén presentes en el juicio que le vamos a hacer al ex gobernador Castillejos, a quien tenemos prisionero. Será un juicio justo y puede llevar varios días. No quiero que se vayan hasta que termine, para que el sargento

Tzuc dé testimonio de que Castillejos fue juzgado con imparcialidad. Quiero su palabra que no se irán antes de que termine el juicio.

La dio Lorenzo Tzuc y la dieron todos.

La noticia de que Castillejos había caído en manos de los revolucionarios los llenó de contento; para ellos Castillejos era la personificación de todos sus males. El único que no se complació fue Tzuc. En lo personal, también odiaba al viejo, sin embargo, se acordaba de las palabras de Canul: "Por nuestro honor militar, no podemos permitir que cuelguen a nadie y menos sin un juicio justo".

Analizó la situación. Él no podía hacer nada y para ser sincero, se confesó, ni podía ni quería hacer nada, para evitarlo.

Severiano Castillejos había tenido oportunidad de descansar, comer y lavarse. Se sentía físicamente repuesto. Conforme tomaba fuerza, volvía a hacer conciencia de lo desesperado de su situación. No veía esperanza por ningún lado, ni siquiera en la remota posibilidad de que el coronel Olivares hubiera regresado con armas y refuerzos, porque en esa selva y con la capacidad de movilización de las fuerzas de Aranda sería absolutamente imposible que lo encontraran.

Lo habían tratado de someter a interrogatorio, pero él se había concretado a contestar su nombre. Las palabras del general Aranda, ostentándose como comandante de un ejército civilizado, le habían sugerido tomar esa actitud.

-Si son un ejército, yo soy un prisionero de guerra y toda mi obligación es darles mi nombre -les repetía-. Soy Severiano Castillejos, gobernador del estado y me encuentro ilegalmente aquí. Exijo mi inmediata liberación.

A todas las preguntas contestó lo mismo, así que pronto lo dejaron en paz.

Al día siguiente lo condujeron al sitio donde iba a ser juzgado. Se había armado todo un escenario con tres jueces, un acusador y alrededor de cien indígenas que presenciarían el enjuiciamiento. Improvisaron un juzgado, ahí, a la mitad de la selva, con toda la parafernalia pertinente, en la que había fiscal, testigos de cargo y donde él sería su propio defensor.

-Esto no es un juicio justo ni reconozco en ustedes ninguna autoridad -protestó-. Quiero dejar claro que ni me están dando la oportunidad de defenderme, ni lo voy a hacer ante este tribunal ilegítimo.

Decidió callar, no tenía caso abrir la boca, no podía darles el gusto de participar en aquella farsa.

Empezaron a leer los cargos: Despojo de tierras. Robo de ganado. Robo de maderas preciosas. Robo de dinero del gobierno. Saqueo de los bancos. Abuso de la fuerza pública. Finalmente, secuestro, violación y asesinato.

Le exhibieron decretos expropiatorios de ejidos y tierras comunales que habían terminado como ranchos de su propiedad o de algunos de sus secretarios de agricultura y fomento.

<<El robo de ganado y maderas preciosas –pensó- lo hacían en mi nombre los miembros de la policía rural>>. Se acordó de muchas denuncias a las que no había querido hacer caso. “Qué más da una vaca o un árbol más o menos” se había dicho en más de una ocasión cuando le denunciaban esos abusos.

Ahí entendió que, para una comunidad indígena, una vaca más o menos es un tesoro inestimable y la diferencia de poder o no alimentar un poco mejor a sus hijos. Ahí lamentó la gravedad de los despojos, no nada más por los argumentos y las acusaciones, sino por las imágenes que veía. Mujeres enjutas con el pecho seco rodeadas de niños desnutridos. Hombres de baja estatura, flacos, correosos de trabajar y ariscos de indignación.

Se percató también de lo precario de la selva a pesar de su exuberancia. De cómo los ganaderos vendían las maderas preciosas, acababan con la selva y sembraban pastos, que no se daban bien, para meter ganado que cuidaban guardias armados. Se le acusó de complicidad con ellos. Para los indios no había diferencia entre la policía rural del estado y los guardias privados de los ganaderos, eran los mismos autores de los asesinatos, de las violaciones, de la humillación constante a los indígenas.

Testificaron varias jovencitas, todavía adolescentes, casi niñas. Con coraje relataron, llenas de vergüenza, cómo habían sido violadas por esa calaña. Muchas de ellas llevaban criaturas en los brazos, producto del abuso incalificable de sus esbirros.

Conforme el juicio avanzaba, la actitud de Severiano fue cambiando. Se dio cuenta que habían cometido muchos más abusos y despojos de los que él pensaba, por eso, su peor pecado era de omisión, de indiferencia, de haber considerado a esa gente como inferiores, de no haber dado peso a sus problemas, ni dignidad y crédito a sus palabras.

<<Dejé que se cagaran en ellos. Dejé que hicieran lo que quisieran, y lo peor es que usando mi nombre, llegaron a extremos incalificables>> -pensaba lleno de rabia-. Me dejé engañar y nunca creí que las cosas llegaran a este grado, de haberlo

sabido, con fusilar a uno ó dos de los más cabrones, los habría parado en seco. Hubieran aprendido a no pasarse de la raya>>

Había acusaciones de asesinato. Tanto los rurales como los guardias privados, cuando los indígenas les reclamaban sus derechos, en cualquier circunstancia eran capaces de matarlos. Habían llegado al extremo de llevar a cabo matanzas colectivas cuando se habían opuesto a los despojos de tierras.

Se seguía la práctica de reclutar a los indios para que trabajaran en las plantaciones, dándoles un adelanto y firmando un contrato por seis meses, pero una vez allá nunca podían pagar su deuda, debido a una combinación perversa de bajísimos salarios y tiendas de raya, donde todo se les vendía a precio de oro, en especial el alcohol, que ya en esa situación era su única fuga. El resultado era un régimen nada distinto a la esclavitud, con barracas donde eran encerrados por la noche, con guardias armados que asesinaban a los que pretendían huir, con cepos y columna de flagelación para los castigos. Llegaban al extremo, cuando faltaban peones, de secuestrar a los indios en su propia tierra, emborracharlos, hacerles poner su huella digital en un papel y trasportarlos amarrados a las fincas.

<<Mire, –le dijo un hombre viejo mostrándole el muñón de su brazo derecho- esta mano me la cortaron en la finca “Los Faisanes”, que porque me robé una gallina ¡sí me la robé! Porque nos mataban de hambre y no nos podíamos ir de ahí. Sí me la robé y nos la comimos casi cruda, porque el trabajo era duro, los golpes muchos y la comida escasa. Me la cortó el capataz de un machetazo y luego me dejó ir.

Los testimonios de estos hechos eran innumerables y se acusó a Severiano no sólo de tolerar y hasta fomentar este sistema, sino de aplicarlo en alguno de sus ranchos. Desfilaron viudas y niños huérfanos. Desfilaron comunidades agraviadas y despojadas de sus hombres y de sus tierras.

Aquello no terminaba nunca. Después de cada testimonio, le preguntaban si quería decir algo. Primero no decía nada, callaba por orgullo, por dignidad, por soberbia. Conforme avanzó el juicio, calló por vergüenza.

Cuando terminaron los cargos con su interminable fila de testigos, volvieron a preguntar si tenía algo que decir en su defensa.

Había decidido no hablar, pero en ese momento cambió de opinión.

<<“El que calla, otorga”>> se dijo y tomó la palabra:

-En ningún juicio justo se puede solamente tomar el testimonio de la parte acusadora que dispuso de tiempo suficiente para prepararse y preparar a sus testigos, cosa que yo no tuve y, por tanto, mi defensa es imposible. Necesitaría la

oportunidad de presentar testigos que rindieran declaración, de presentar también a los supuestos autores o cómplices de los delitos. Por eso, aceptando sin conceder, que parte de lo que aquí se ha dicho sea verdad, quiero hacer notar que son acciones llevadas a cabo a mis espaldas, sin mi conocimiento. Que son delitos que no sólo no ordené, sino que, de haberlos sabido, los habría evitado de ser posible o habría juzgado con todo el peso de la ley a los responsables. Debe quedarles claro que es imposible para un solo hombre vigilar todo el estado, por muy gobernador que sea.

Severiano en ese momento, ya se había convencido a sí mismo de su inocencia, ya no sentía vergüenza ni culpa, sino indignación por la injusticia que, consideraba, estaba sufriendo.

El fiscal insistió en los cargos. Enumeró los ranchos de su propiedad provenientes de expropiación por utilidad pública, firmados por él en lo personal.

Enumeró las múltiples denuncias privadas y públicas que le habían hecho llegar por todos los medios, en ocasiones exponiéndose a ser reprimidos brutalmente, como sucedió muchas veces.

-Usted no puede negar su responsabilidad en estos hechos -lo acusó directamente- y no lo puede negar porque se benefició personalmente, junto con su camarilla, de los robos y los despojos aquí mencionados y estuvo enterado de la represión criminal contra cualquier denuncia o manifestación en contra. Estuvo enterado porque en ocasiones sucedió delante de usted y en otras alcanzó a salir en la prensa, prensa a la que, por cierto, también estuvo amordazando. En cuanto a los asesinatos, los secuestros y las violaciones, tampoco hizo ningún caso de las múltiples denuncias. Para usted, la palabra de los indios no vale nada, no es digna de escucharse, mucho menos de tomarse en cuenta. No son personas, no hay por qué estar pendientes de su boca, ni oír su verdad, atender sus denuncias, ni hacerles ningún caso. De eso también lo acuso -dijo alzando la voz- de discriminación y genocidio, de considerar a nuestra raza como una raza de animales, como ganado al que hay que dejar vivir para explotarlo, sin dignidad, sin respeto, sin palabra, sin derechos.

Terminó por fin el juicio. Sabía que no tenía ninguna posibilidad, así que no le sorprendió oír, como a lo lejos, como si se tratara de otro, que lo condenaban a muerte. A ser fusilado por las armas del ejército revolucionario que luchaba contra toda esta injusticia que él había encabezado.

## XIV. Una larga semana...

llevaba el coronel Tomás Olivares peleando con la muerte. Si bien los dos balazos que le disparó Robertito no habían tocado órganos vitales, uno al atravesar el tórax lesionó el pulmón derecho. Eso le producía asfixia y la necesidad de incorporarse convulsivamente para expectorar flemas sanguinolentas, todo en un estado de semiconciencia que sus improvisados enfermeros velaban noche y día. La yerbera le había tomado cariño porque veía la fuerza con que luchaba por vivir y nadie que se dedique a curar deja de agradecer la lucha de un enfermo que se aferra a la vida. Estaba decidida a sanarlo, ya había tratado todo lo que su vasta experiencia le permitía, pero el enfermo no mejoraba. Preocupada, le pidió a Chema que la llevara al pueblo donde vivía su anciana tía, que era quien le había enseñado todas sus artes de curación.

-Ya le puse cactus verde, molí la pulpa y dejé la cáscara encima, ya le apliqué boñiga de vaca en crianza, ya le di a beber pócima de cascabel de víbora macho, ya hasta le lavé las heridas dos veces, pero no se mejora, no le hacen las limpias ni las jaculatorias. Ayúdeme por favor tía, porque, ahora sí, ya no se qué hacer.

Como desde una profunda caverna, sonó la voz casi imperceptible de la anciana:

-Toma este plátano que ya está casi podrido, déjalo en el calor, bajo sombra con la menos luz que puedas. Se pondrá verde y cuando esté así, se lo das de comer, machacas la cáscara y se la embarras en la herida cada cinco horas. Si con eso no se cura, es que tu enfermo ya es difunto -le dijo la anciana, consciente que le revelaba uno de sus más caros secretos, pero no se lo iba a ocultar a su querida sobrina, que era además su mejor discípula.

Regresaron. Chema también le había cogido cariño a aquel hombre que había sido baleado junto con su padre. Presentía que tenían que ser víctimas de la misma injusticia y que si se salvaba, no sólo le contaría lo sucedido, sino que lo ayudaría a vengarse.

Tal como lo había dicho la curandera, el plátano se puso verde en dos días; así que se lo dio a comer al enfermo y le embarró la cáscara en las heridas. Siguieron rezando, haciéndole limpias, dándole agua y caldo de cabeza de chivo.

Tomás Olivares era un hombre todavía joven y fuerte. Se diría que tenía un cuerpo atlético bajo el rostro de facciones angulosas, atractivo a pesar de la barba crecida y lo demacrado de su semblante, producto de las fiebres que parecían no ceder nunca.

Libraba con la muerte una lucha sin cuartel. El proceso se repetía cíclicamente, empezaba por tiritar con tal fuerza que hacía rechinar el camastro donde lo tenían acostado, entonces Chema le ponía todas las cobijas que encontraba hasta que la fiebre lo hacía sudar y lo envolvía el delirio, aventaba las cobijas al suelo y era presa de sus miedos, de sus frustraciones, de sus orgullos y sus vergüenzas, de sus amores y sobre todo de sus odios.

-Suélteme, suélteme Centeno. La selva se hunde en el desierto. Hay que parar esta tormenta de arena. Nos estamos hundiendo. Tengo que salir, tengo que conseguir con qué parar esto. Canalla, granuja, ladrón, asesino miserable ¡No! ¡No! ¡Cobarde! ¿Por qué? ¿Por qué? –gritaba y se sumía en otra pesadilla peor que la anterior. Con absoluta impotencia miraba a Robertito con la pistola en la mano a punto de dispararle por la espalda y se veía a sí mismo incapaz de voltear, de correr o de detenerlo en alguna forma.

La fiebre precipitaba su mente como quien cae a un abismo sin fondo. Escuchaba a don Severiano advirtiéndole que no se confiara de nadie y menos de Roberto Centeno. Contemplaba su querida ciudad arrasada por los revolucionarios, incapaz de defenderse porque él no había llevado las armas que necesitaba.

Había pasado en esas crisis varios días, hasta que le dieron a comer aquel plátano plagado de hongos verdosos que además le aplicaban en las heridas varias veces al día. El remedio pareció servir, al grado que la yerbera puso otros plátanos a podrir porque pensó y, con razón, que los podría necesitar. Todavía le dio otros cinco en los siguientes días y las fiebres parecieron ceder un poco.

Por fin, a los diez días de aquella lucha sin tregua abrió los ojos. No reconoció donde estaba, no reconoció a nadie de los que lo rodeaban, ni siquiera se reconoció a sí mismo.

-Agua -pidió.

Chema, que estaba a su lado, le acercó un pocillo a los labios, que él apuró con avidez.

Llamaron a la yerbera, quien después de una limpia más larga y profunda que nunca, decretó que se había salvado. La realidad es que seguía muy mal, pero aquellas fiebres tan altas habían empezado a ceder.

Chema le preguntó

-¿Qué pasó? ¿Quién los balaceó?

El coronel trató de hablar, pero no pudo. Todavía tuvieron que pasar varios días para que saliera de un sueño profundo que pareció abrazarlo cuando bajaron las fiebres.

Las preguntas de Chema se le quedaron dando vueltas en el cerebro: "¿Qué pasó? ¿Quién los balaceó? ¿A quiénes?", se preguntaba, pues recordaba que sólo él había recibido los impactos de la pistola de Robertito.

Una noche por fin pudo hablar. Preguntó a Chema:

-¿Quién eres tú? ¿Quién me trajo aquí?.

Chema le contó lo que sabía. Trató de sacar sus conclusiones. Aquel canalla no se había conformado con balacearlo a él, sino que había matado al carretero, sin duda para no dejar testigos. Chema le contó que el tal Roberto Centeno se había hecho amigo del teniente coronel Zertuche y que se habían ido juntos. La situación se le fue aclarando poco a poco. El delirio de sus fiebres se hacía realidad. Él ya no podía evitar que Centeno se aprovechara de todo y menos podría cumplir el encargo de llevar armas al ejército de su querido estado, que tanto las necesitaba. Él, que se consideraba un hombre de honor, leal y confiable, había fallado en todo.

<<Ese traidor me sacó el honor a balazos>> se dijo con profunda tristeza.

Mientras se acababa de recuperar, Chema y él se la pasaban rumiando su venganza.

-Necesito curarme, tenemos que llegar cuanto antes a la frontera, a ver si puedo hacer algo -le decía Olivares.

-Sí -contestaba Chema- ese desgraciado no se nos puede ir vivo.

Para el coronel era claro que sería casi imposible recuperar el dinero, pero abrigaba la esperanza de que Robertito hubiera escamoteado a los revolucionarios una parte y esa parte al menos pudiera recuperarse. Por otro lado, alimentaba, igual que Chema, el deseo de venganza.

Estando todavía débil y adolorido, decidió no perder más tiempo y salir con Chema a bordo de la carreta, con rumbo a la frontera. Cuando abrazó a toda la familia, incluyendo a la yerbera que había logrado curarlo casi milagrosamente, les explicó que no tenía un centavo, pero que les pagaría más adelante. Aquella gente buena y generosa, sólo le contestó:

-Ayude a Chema, don Tomás, ya ve que no quiere dejar este crimen impune. Y sobre todo -agregó la madre- cuídalo. Yo no lo puedo detener, porque sé que se ha impuesto esta peligrosa misión ¡Ojalá que no le cueste la vida! Con el dolor de verlo muerto, yo no podría vivir. Mejor que se olvidara de querer lavar con sangre la muerte de su padre. Vengarlo no lo va a revivir y yo no quiero perder a mi hijo.

-Les prometo que lo voy a cuidar lo más que pueda -contestó-. Ustedes me devolvieron la vida y eso nunca lo olvidaré.

-No se trata sólo del peligro, lo peor es que como soldado de la revolución, tendré que pelear contra el ejército al cual pertenezco.

-Nada más estaremos mientras encontramos al tal Roberto Centeno, le quitamos el dinero que le robó y lo dejamos frío. Ya luego usted compra las armas que necesita y Chema y yo regresamos a nuestra casa.

-Y van a confiar en nosotros así nomás, tan fácil.

-Así nomás confían en todos los que quieran unirse, ahorita necesitan mucha gente. Además, yo tengo un compadre que siempre me anda invitando a juntarme con ellos. Es sargento y es de los que todavía están aquí. Si lo encontramos, yo me arreglo con él. Usted nomás trate de hablar lo menos posible.

Buscaron efectivamente al sargento, compadre del tío Juan, quien casi sin pensarlo contestó:

-Salimos dentro de un rato en el tren. Apúntenme aquí sus nombres y únanse a mi pelotón, yo hablo con el comandante. No les puedo dar un arma ahorita, pero ya nos avisaron que llegando a Espuela habrá para todos.

No había alternativa. El coronel Tomás Olivares decidió olvidarse de su nombre y de su rango, pero no de su misión.

## XV. El gobernador...

Bernardino Madariaga terminó su reunión de gabinete con la sensación de estar guiando un barco averiado y sin rumbo. La conducción del gobierno era poco menos que imposible. El erario público saqueado por el gobernador anterior, casi no percibía ingresos y la amenaza, que fácilmente podía desencadenar el pánico, del avance de los revolucionarios tan cerca de la ciudad, propiciaban una situación inmanejable.

Había decidido hacer su mejor esfuerzo para afrontar la situación, mientras se conseguía establecer el diálogo con Próspero Aranda. Lograr un acuerdo en los mejores términos posibles no sería cosa sencilla. Don Bernardino consideraba que entre más fuerte fuera el gobierno, mejores condiciones tendría para negociar y sabía bien que esa fuerza, dada la situación, no era otra cosa que la autoridad moral que pudiera alcanzar su gobierno en el breve tiempo que estuviera en el poder. Mientras tanto, se proponía empezar a desenraizar la corrupción heredada del gobierno arbitrario e injusto que había encabezado Severiano Castillejos, régimen que había rayado en el terror y que la población había sentido como una amenaza constante, capaz de caer sobre cualquiera, en cualquier momento. Era, para los pobres, como vivir en un desfiladero, esperando un derrumbe que podía desatarse por cualquier causa o por ninguna. Entonces se habla en voz baja, se mueve uno despacio, se está siempre volteando a los lados, buscando por dónde puede caer la piedra o la avalancha que lo hunda para siempre.

Había que salir de eso, tranquilizar a la población restableciendo el estado de derecho y procurar que la vida cotidiana se desarrollara lo más normal posible.

-Un gobierno que no puede siquiera garantizar la seguridad y los bienes de los ciudadanos no sirve para nada -repetía, para hacer notar qué lejos estaban de cumplir con lo más elemental.

Por eso se había propuesto sanear primero que nada los cuerpos policíacos tanto urbanos como rurales. Todo mundo sabía que los policías eran asesinos comprados por los finqueros y que los intereses que se manejaban en ese sentido eran tan enormes como ilegítimos. Era tal la corrupción de la policía, que hasta el más modesto de los gendarmes se sentía con derecho de despojar a quien fuera, acusándolo de cualquier delito real o imaginario.

El cambio de los secretarios de su gabinete por gente confiable y enterada, a la que supervisaba muy de cerca, le había permitido ir identificando paulatinamente las ligas entre la administración pública y los intereses bastardos de la oligarquía dueña

de las plantaciones. Su plan era obtener la mayor información posible para empezar el largo proceso de dismantelar esa increíble red de podredumbre y represión que cada día lo sorprendía e indignaba más.

Ya tenía más de un mes de gobernador interino. Parecía que el tiempo se hubiera detenido y se había establecido una especie de convivencia pacífica con los revolucionarios, quienes no sólo no atacaban la ciudad, sino que dejaban que las actividades comerciales y agrícolas continuaran. Las pequeñas comunidades rurales, poco a poco se iban uniendo al movimiento, a veces sin disparar un solo tiro, simplemente se declaraban zona revolucionaria y expulsaban a sus autoridades. Los finqueros, atrincherados en sus propiedades mantenían un equilibrio precario que podía derrumbarse en cualquier momento. Había un acuerdo implícito de las dos partes que parecía decir: “dejemos que la gente siga con su vida, mientras empezamos la guerra”. Era como si ambos bandos, sabiendo lo mucho que quisieran o no, los afectarían después, hubieran decidido dejarlos en paz el mayor tiempo posible.

El capitán Canul seguía reforzando hasta el máximo de sus escasas posibilidades la defensa de la ciudad. Había cavado trincheras en todos los lugares estratégicos y se había pertrechado con su poca artillería en las dos lomas que permitían dominar el campo.

Ese día revisó por enésima vez sus fortificaciones. La ciudad no sería fácil de tomar y cumpliría lo que le había prometido a don Bernardino: “les podemos hacer mucho daño y lo saben”. Se sentía satisfecho del esfuerzo de sus hombres. Habían trabajado hasta el límite de sus fuerzas animados por su comandante, quien se mantenía cerca de ellos infundiéndoles ánimo; luchaba por no transmitirles el sentimiento de impotencia que le pesaba, al saber que todo ese esfuerzo no serviría de mucho con las pocas municiones que contaban. Se acordó de sus clases de historia militar, del episodio heroico en la guerra de Estados Unidos contra México, cuando el general Anaya tuvo que entregar el Convento de Churubusco, donde se habían fortificado las fuerzas mexicanas y al rendir su espada, el comandante yanqui le preguntó: “¿Dónde está el parque?” A lo que contestó gallardamente: “Si hubiera parque, no estaría usted aquí”.

<<Por fortuna, ésta es una situación diferente –se dijo-. No nos amenaza un ejército extranjero, nos amenaza un ejército de nuestra propia gente, qué está peleando por sus derechos y contra la injusticia. Aquí el problema es otro: no podemos pasar de la dictadura de Castillejos a la anarquía revolucionaria, que

seguramente acabaría en dictadura con otro color, pero dictadura al fin. Como dice don Bernardino, "hay que hacer un gobierno de leyes y respetar las garantías individuales", pero también tienen razón los revolucionarios, hay que acabar con la injusticia y repartir la riqueza. No sé si podremos hacer las dos cosas>> pensó con escepticismo, acordándose del último diálogo con don Bernardino, cuando lo convenció que aceptara el cargo de gobernador:

"Vamos a acabar fusilados, Canul".

"Puede ser que sí, pero intentémoslo". -Habían concluido.

Ahora le pesaba más que nunca la tarea que se habían impuesto. Se sentía lleno de dudas, que cada día se hacían más profundas, y la falta de noticias del sargento Tzuc las acentuaba.

<<Tendré que buscar otro contacto -pensó-. El que Tzuc no regrese, es una mala señal>>.

Decidió ir a hablar con don Bernardino al día siguiente para proponerle que intentaran establecer otro contacto.

La pequeña comunidad de La Campana dormía al lado del cerro al que debía su nombre, iluminada por una luna generosa, que había decidido platear la noche.

Domingo no podía conciliar el sueño. No podía olvidar la discusión que había tenido con los madereros y el comandante de la policía.

Querían talar la selva, llevarse las maderas preciosas y pagarles a ellos una miseria por hacer el trabajo. Luego los dejarían como a todas las comunidades, sin ese recurso y más jodidos que nunca. Cuando mucho, les darían trabajo a unos cuantos para cuidar su ganado, porque el hecho de pagar el desmonte no sólo les daba ganancias enormes con la madera, sino la propiedad de la tierra, argumentaban con todo descaro: "Si aquí quitamos la selva y sembramos pastos, esta tierra es nuestra".

La comunidad se había negado, pero Domingo no podía olvidar las miradas de ambición del maderero; de rabia de don Emilio, el finquero que colindaba con sus tierras comunales; y de lujuria, desnudando a su hija, del comandante de la policía rural.

Con esa gente no se podía hablar, su intención era el abuso y su palabra la mentira. Sus miradas que los denunciaban formaban en la mente de Domingo un sonido estridente que no lo dejaba dormir.

Después de pensarlo mucho, pareció llegar a una conclusión y, decidido a hacer algo. Se levantó, sin hacer ruido, tomó su escopeta y se fue a despertar a los otros dos mayordomos. La luna los iluminó generosamente mientras caminaban hasta la placita del pueblo, hacia la Ceiba, junto a la pequeña iglesia, que era su lugar cotidiano de reunión. Todas las decisiones importantes de aquella comunidad, se tomaban con ese enorme árbol como testigo. Nadie, cobijado por su sombra, pensaría en tomar a la ligera lo que ahí se pudiera acordar.

El pueblo dormía, los perros salieron a presenciar la reunión, dando pequeños ladridos para marcar su presencia.

Domingo empezó a hablar:

-No me gustó nada la cara de don Emilio y del comandante de la policía ahora que les negamos la madera que quieren. Dicen que hay un nuevo gobernador y yo creo que debíamos ir a verlo mañana para pedirle protección. Además, debemos organizar guardias para que no nos vayan a agarrar descuidados, ya ven que cuando se juntan los guardias de don Emilio, con la protección de los rurales, son muy desgraciados.

Casi no terminó la frase, un disparo en la cabeza lo aventó hacia atrás con un chorro de sangre y la mirada vacía.

No tuvieron tiempo de reaccionar, una comunidad de veinte familias se veía atacada por un número igual de gatilleros, con paliacates en la cara, perfectamente armados. Junto a Domingo murieron los otros dos mayordomos, casi simultáneamente.

-¡Indios pendejos, ya saben quién manda aquí! -gritaban los atacantes.

-¡Hijos de la chingada, a ver si ahora se ponen tan machitos!

Nadie sabía de dónde venían los disparos hasta que aventaron una antorcha al techo de palma de la choza de Domingo, cuando salía toda su familia. Un rural a caballo se robó a Esperanza, su hija de catorce años. Sus gritos de angustia y de miedo se perdieron en la selva junto con los demás atacantes. La luna se escondió para dejar que el resplandor del fuego de la ignominia iluminara el pueblo.

Todo acabó en minutos. Sólo quedó la rabia, la impotencia, la desolación, los tres cadáveres tendidos bajo la Ceiba, la enorme antorcha en que se convirtió la vivienda de Domingo y el vacío de la muchacha arrebatada. Todo cobijado por la oscuridad de la noche, la impunidad, la arbitrariedad, la prepotencia y la cobardía.

Lloraban las viudas, lloraba la madre despojada de su hija, lloraba el pueblo entero. Se habían quedado sin líderes. Les habían robado su derecho, su tranquilidad, su fe en la vida, su alegría. Les habían borrado el horizonte y les habían dejado la

convicción del servilismo, de la esclavitud, de la minusvalía. Sentían que, una vez más, no tenían derecho de aspirar a nada que no fuera la humillación.

Sólo Rufina, la mamá de la muchacha secuestrada, se puso en pie de guerra.

-Esto nos pasa por cobardes -les decía llorando sobre el cadáver de Domingo. Yo se lo dije: hay que agarrar las armas, aquí no somos nada, nadie nos toma en cuenta. Pero él no quería, ni ustedes tampoco y ya ven lo que pasó. Ahora quién me va a devolver a mi hija.

Su llanto no la dejó seguir. La imagen de Esperanza, toda alegría e inocencia en manos de esas bestias fue demasiado.

-No importa ya qué pueda pasar. Vamos a quejarnos con ese nuevo gobernador del que tanto hablaba Domingo -le contestaron.

-Sí, háganlo ustedes, pero yo, a partir de mañana, con los que quieran, me uno a la revolución. Será a machetazos, pero vamos a pelear. Mejor morir de una vez, con el machete en la mano, que vivir con el miedo en el cogote.

Días después, en el campamento de Próspero Aranda, estaba terminando el juicio de Severiano Castillejos cuando llegó una pequeña delegación de indios encabezados por una mujer, Rufina, menudita con voz dulce y potente que discutía al mismo tiempo que forcejeaba jaloneando su vieja carabina, que por ningún motivo quería soltar.

-Si no dejas el arma no puedes pasar -le decía el centinela en la puerta de la cabaña del general Aranda, quien regresaba del juicio de Castillejos, todavía con el mal sabor de boca de los abusos que habían relatado los testigos. Ya le habían informado de la llegada de esa gente; eran de la pequeña comunidad de las faldas del cerro de la Campana y querían unirse al movimiento revolucionario. Al acercarse, les dijo:

-Si quieren unirse a la revolución, lo primero es saber obedecer órdenes.

-Si queremos hacer la revolución, es porque estamos cansados de obedecer

-le contestó enojada Rufina: -¿Usted quién es?

-Yo soy Próspero Aranda ¿En qué te puedo servir?

Rufina soltó la carabina y con un llanto rabioso le dijo:

-¡En que nos ayudes y te ayudemos a hacer justicia!

-Eso es la revolución, eso queremos todos. Pasen. Cuéntame, mujer, qué te pasa ¿Por qué nunca quisieron unirse a nosotros y ahora han venido hasta acá?

Rufina casi no podía hablar. La tristeza y la rabia le ahogaban la garganta. Por fin, con un café en la mano y la mirada paciente de Aranda, que parecía querer cobijarla, logró calmarse y empezó a hablar:

-Hace unos días –dijo entre sollozos- la pequeña comunidad de La Campana fue destruida, humillada y violada por los que siempre nos han jodido la vida. Contó un relato dramático, tanto como cualquier otro de los muchos que se habían oído en el juicio de Castillejos.

Próspero Aranda confirmó, una vez más, la necesidad de avanzar con el movimiento revolucionario y, confirmó también, que nada había cambiado con el nuevo gobernador.

XVI. Cuando entró al despacho...

de don Bernardino, Canul lo encontró en un estado de ánimo que no le conocía; el viejo estaba francamente enojado. Le hablaba en voz alta, con un atropellamiento en las palabras totalmente ajeno a él:

-Pase Canul, iba a mandar por usted. Ya es hora de actuar y de parar tanto atropello. Aquí tengo pruebas de tres asesinatos cometidos para despojar de su tierra a la comunidad de La Campana. Fueron perpetrados por el jefe de la policía y el finquero colindante, que es un ladrón y, por lo visto, ahora también un asesino. Esto lo hicieron hace una semana, ya en mi gobierno, y eso no lo puedo tolerar. No sólo asesinaron a tres campesinos que eran respetados y lideraban la defensa de las tierras comunales de esa pacífica comunidad, sino que quemaron medio pueblo y todavía tienen secuestrada a una muchacha, hija de uno de los mayordomos asesinados. Usted sabe que yo no quiero meter al ejército a hacer labor de gendarme, pero la podredumbre de los cuerpos policíacos es tal, que ya no me queda otra alternativa. Aquí están los nombres y expedientes de los asesinos. Le será fácil detenerlos porque la impunidad que ha reinado tanto tiempo, les da la confianza de andarse paseando en su rutina diaria como si nada. Ahorita mismo el procurador de justicia del estado está instrumentando la denuncia ante el tribunal. Los quiero en la cárcel de inmediato. Yo mismo iré a esa comunidad a resarcir a esa gente de sus tierras y a asegurarme que se haga justicia. Es necesario rescatar cuanto antes a esa muchacha.

Canul el indígena se indignó y se llenó de rabia ante el atropello sufrido por una comunidad de indios de su raza. Canul el militar se preocupó por las consecuencias que esta acción pudiera tener. En la lista que le dio don Bernardino estaba Nicanor Urrutia, jefe de la policía, y el famoso don Emilio, el finquero cuyas tierras colindaban con las de la comunidad de La Campana, cada uno acompañado por cinco nombres de su gente de más confianza. La situación militar en que estaban era difícil, pero empeoraría si el ejército se tenía que enfrentar a la policía y a las guardias blancas de los finqueros.

Se quedó pensando un momento, los ojos se le inyectaron de ira y el cerebro se le confundió de impotencia.

-Señor gobernador, déjeme decirle, primero que nada, que tiene usted razón y que sus órdenes serán cumplidas. Pero necesitamos un plan que nos permita arrestar a Nicanor Urrutia sin enfrentarnos a toda la policía, porque nuestros efectivos militares no son suficientes ni para defender la ciudad en las condiciones

actuales. Por otro lado, al detener a don Emilio, se unirán todos los finqueros y levantarán un ejército de guardias blancas que en algunos casos tienen mejor armamento que nosotros. Debemos pensar en hacer justicia sin correr estos riesgos. Desgraciadamente, el sargento Tzuc no ha regresado y temo que no lo hará. Si no entramos en pláticas con Aranda y desatamos una lucha con los policías y las guardias blancas, estamos perdidos.

-Canul, usted me metió en esto y quedamos de defender la justicia a cualquier precio. Este crimen, no lo vamos a dejar impune.

-Claro que no señor, pero tenemos que hacerlo con cuidado, no podemos debilitarnos más de lo que ya estamos.

-Sí, pero eso no cuenta para hacer justicia. Aunque, nuestra posición es muy débil, tengamos la satisfacción de hacer las cosas bien mientras duremos.

-Sí señor gobernador, hagamos las cosas como deben ser, pero sin autodestruirnos.

-¿Qué sugiere? –le preguntó con impaciencia.

-Primero, dividamos el problema. Dígame usted a quién arresto primero, al finquero o al jefe de la policía. Tratemos de impedir que se unan en la misma revuelta.

-Aunque arrestemos primero al jefe de la policía, los finqueros se van a sentir agredidos porque para ellos es un empleado más al que tienen comprado.

-Sí, pero creo que eso los hará reaccionar más lentamente que si arrestamos a los dos al mismo tiempo, y más a don Emilio, que es casi su líder. Necesitamos ganar tiempo.

-Nada más que entonces no hacemos justicia o, si usted quiere, la hacemos a la mitad y el mensaje a la población no será claro. Otra vez vamos a decirles que los finqueros son intocables.

-Es tan delicado arrestar a don Emilio, que prefiero arrestar de una vez a todos que a él solo. Si nos vamos a enfrentar a ellos, hay que descabezarlos.

-¿Y de qué los vamos a acusar?

-De los mismos crímenes de toda la vida.

-No Canul, así no funciona el derecho. Debemos tener una causa perfectamente fundamentada.

-Hay muchos testigos de los abusos y crímenes de esa gentuza.

-Sí, pero no se ha instruido la causa y arrestar a todos así, es un acto arbitrario.

-Arrestar a uno es un acto suicida. No dejamos que el gordo Rivas fuera gobernador interino porque hubiera continuado con los intereses y la forma de gobernar de Castillejos. Pues si hacemos las cosas con precipitación, no duramos ni una semana más y entonces sí tomarán el poder los Castillejos y los Rivas.

-Nosotros aquí no contamos ni somos indispensables, ni encarnamos el derecho. Nuestra única justificación para estar aquí es servir a la justicia. Y yo prefiero servirla un día, que mediatizarla por años.

Otra vez aquellos hombres luchaban con el ángel de Jacob, otra vez luchaban, más que entre ellos, con su conciencia. Otra vez había diferencias, pero llenas de respeto y de buena intención. Otra vez, después de una larga discusión, callaron para que hablara el silencio.

Por fin, Canul se atrevió a expresar, midiendo las palabras:

-Señor gobernador, lo primero que quiero decirle es que me da orgullo trabajar para usted; lo segundo es que las cosas se harán como usted ordene. Pero déjeme idear un plan de operación para que todo salga lo mejor posible.

-Gracias Canul. Yo siento lo mismo y usted tiene razón, no hay que confundir urgencia con precipitación. Analicemos bien las cosas, veamos cuál es la mejor manera de hacer justicia, pero ni usted ni yo vamos a claudicar y eso es claro para los dos.

-Por supuesto que no vamos a claudicar, señor. Yo sólo quiero darle los elementos a mi alcance para que sus decisiones sean lo más acertadas posible. Déme usted hasta hoy en la tarde para tratar de traerle una idea detallada del operativo que podríamos realizar y de sus posibles consecuencias. Necesito recabar algunos datos y pensar bien el asunto.

-Yo también necesito pensar con más calma. Le agradezco y aprecio su actitud. Démonos unas horas. Nos vemos a las cuatro aquí en mi oficina.

El capitán Canul salió con una amalgama de emociones en la cabeza: la ira por el asesinato y la vejación de los indígenas en La Campana y la preocupación por la situación militar, que lejos de fortalecerse se podía debilitar, hasta volverse insostenible; junto con el orgullo y la satisfacción de colaborar con un gobernador de la talla que estaba tomando don Bernardino.

-Y decían que era un viejo inútil. Ya verán de lo que ese viejo inútil es capaz. No me equivoqué al imponerlo al gordo Rivas. Ya me imagino lo que serían las decisiones de un gobernador así. Sería capaz de ordenarme, más que arrestar a los

culpables, acabar de una vez con las víctimas para consumir el despojo y callar de una vez y para siempre a los testigos.

Con estas reflexiones bajaba la escalera de palacio, cuando oyó una voz en lengua maya que le decía:

-Buenos días, mi capitán.

Perdió el paso por la sorpresa y bajó los últimos escalones tropezándose al borde de rodar la escalera. Ahí estaba Tzuc, con su uniforme de sargento, con la sonrisa de siempre, pero con una mirada que parecía hablar antes que él. Canul se acercó, le dio un abrazo y le preguntó:

-¿Aceptaron el diálogo?

-Sí, sí mi capitán. Sí lo aceptaron.

A Canul le regresó el alma al cuerpo. Esto cambiaba totalmente la situación o, al menos, así lo sintió de momento. Se fueron al cuartel hablando en voz baja. Tzuc le contó el largo camino que había tenido que recorrer, la entrevista con Próspero Aranda y el juicio que había presenciado de Severiano Castillejos.

-Lo condenaron a ser pasado por las armas, pero pospusieron la sentencia, no sé por qué.

-Yo sí lo sé -contestó Canul-. Creen que les puede servir para negociar con nosotros, pero la verdad es que la suerte de ese viejo nos tiene sin cuidado. Aquí lo único malo es el atropello a la ley, que por lo visto están tomando por su propia mano.

-No capitán, fue un juicio justo, yo lo presencié. Severiano Castillejos es un asesino y un ladrón; ahí quedó comprobado.

-Lo importante es que están dispuestos a negociar, eso es lo fundamental. Hoy en la tarde veo al gobernador para informárselo.

-Si quieres -dijo Tzuc- salgo de inmediato con mi hermano, que es teniente del ejército revolucionario a informar a Próspero Aranda la decisión de empezar las pláticas.

-Espera a mañana, antes tengo que hablar con el gobernador. En la noche nos vemos en mi casa y ahí te digo su decisión. Sólo necesito saber -le dijo viéndolo a los ojos- si tienes su palabra, si son, como yo creo, hombres de fiar, si lograste comunicarte con ellos lo suficiente para poder tenerles confianza, si sabes que te hablaron con la verdad.

-Sí, capitán. Si no, no hubiera regresado a decírtelo. Próspero Aranda y su gente son duros, pero son de nuestra raza, saben hablar con la verdad como

nosotros. Tenían desconfianza del nuevo gobernador pero no de ti. Yo les dije que tú lo conocías de tiempo atrás y que asegurabas que era un hombre bueno y de palabra, con el que se podía tratar, que nosotros poníamos nuestra confianza en ti, porque te conocíamos bien.

-Claro que el nuevo gobernador es un buen hombre. Precisamente vengo de hablar con él y está decidido a hacer justicia contra el jefe de la policía y uno de los finqueros más importantes. Ya te contaré detalles, te aseguro que nunca se había visto algo así en estas tierras.

Canul ya no pudo esperar. Había quedado de ver a don Bernardino en la tarde, pero la aparición de Tzuc con la noticia de que Próspero Aranda aceptaba negociar cambiaba tanto la situación, que decidió ir a comunicárselo de inmediato. Al llegar a su casa, lo encontró sentándose a la mesa.

-Señor gobernador, siento importunarlo, pero no pude esperar para avisarle que acaba de regresar Tzuc. Próspero Aranda acepta dialogar.

Don Bernardino era un hombre muy frugal, su comida no podía ser más austera, sobre todo comparada con los platillos succulentos de la región. Tenía la costumbre de comer solo, para separarse un poco de la vorágine de su jornada diaria y aprovechar ese lapso para reflexionar. Cuando oyó la noticia, no pudo reprimir una exclamación de entusiasmo:

-¡Ahora las cosas cambian! Siéntese Canul, comparte conmigo esta sencilla comida y abramos una botella de este vino de "La Rioja" que reservaba para una buena ocasión y que nos ayudará a disfrutar la noticia. Como decía mi mujer, que era muy rezandera, "Dios aprieta pero no ahoga". Ahora sí, ya no estamos tan débiles, al menos, no estamos al borde de una batalla. Así que podemos hacer justicia.

Abrió el vino, ponderó sus cualidades, hizo gala de buen humor y hospitalidad. Canul estaba contento, pero no compartía tanto optimismo.

-Señor gobernador -dijo con cuidado- aunque lográramos empezar a conferenciar de inmediato, cosa que dudo, no podemos dejar de considerar la posibilidad de no llegar a un acuerdo y tener que romper las pláticas, en cuyo caso, habría que dar batalla. Todavía es necesario que evitemos debilitarnos internamente para poder negociar con fuerza.

-Mire, Canul, cuando uno está débil con las armas, es cuando más debe buscar fortalecerse con la razón. Partamos del supuesto que sus informes son correctos y que Aranda es un hombre de bien, que quiere la justicia y el beneficio de

la gente. Si es así, qué mejor argumento para entendernos que los hechos y los hechos en este caso serán empezar a hacer justicia sobre el atropello de La Campana. Si no es así, de todos modos estamos perdidos, porque no se puede negociar con alguien si no hay un mínimo de confianza y convergencia. Juguemos esa carta; además de que es nuestra convicción, es la única que tenemos. Ni usted ni yo queremos dar una batalla perdida con la que lo único que lograríamos, sería bañar de sangre la ciudad.

Canul no supo qué contestar, iba contra el militar aceptar esos argumentos, aunque eran los mismos que él había esgrimido cuando convenció a don Bernardino de que aceptara el cargo de gobernador. Sin embargo no podía resignarse a entrar en negociaciones con una posición todavía más débil de la que ya tenían, puesto que arrestar al jefe de la policía y al finquero más prominente del estado, implicaba distraer efectivos del ejército para enfrentarlos a las guardias blancas y a los mismos policías, que todo el mundo sabía estaban comprados por los finqueros.

-Todavía no le he dicho que tienen preso a Severiano Castillejos. No sé cómo cayó en sus manos. Ya lo juzgaron y está condenado a muerte, sólo que aplazaron la sentencia, seguro que con la idea de usarlo como elemento de negociación con nosotros.

Don Bernardino había trabajado quince años para ese hombre y no pudo reprimir un sentimiento de desagrado; habría preferido, ingenuamente, que mejor hubiera desaparecido cuando salió huyendo de ahí. Canul notó su expresión de disgusto y comentó:

-Me dice el sargento Tzuc que él presenció el juicio y que fue un juicio imparcial, donde quedó demostrado, sin lugar a dudas, que es un viejo asesino y ladrón. Creo que es fácil creerlo; cuántos casos como el de La Campana seguramente ordenó o al menos solapó Castillejos.

Don Bernardino se quedó callado, ensimismado, quería preguntarle al más elevado concepto de sí mismo, cuál era su deber, qué haría el modelo ideal de gobernador que se había propuesto ser mientras durara en el puesto.

-Castillejos es un asesino y un ladrón, no lo dudo, pero ese juicio es ilegal. No por él, por nosotros no lo debemos permitir.

-No estamos en posición de evitarlo, señor gobernador, y además no lo han matado todavía, porque lo quieren para negociar. Por lo que a mí respecta, no lo cambio ni por un fusil. Ya estamos en este camino, esta revolución se nos está viniendo encima, o nos subimos o nos atropella sin remedio.

-Sí, Canul, nos podemos subir porque estamos de acuerdo en que es un movimiento justo, pero no a costa de dejarnos arrollar y no defender las instituciones y la ley.

-Señor gobernador, no sabemos qué va a pasar. Yo le prometí que cumpliría sus órdenes y lo haré hasta el último instante, pero déjeme decirle que no es momento de dejarnos llevar por los escrúpulos. Veamos más el fondo que la forma.

-¿Se acuerda que cuando me propuso el puesto, le dije que podíamos acabar fusilados? Pues yo lo prefiero, antes que ceder a la anarquía y al pillaje. No podemos perder de vista la ley.

-Luchemos por ella si usted quiere, pero no podemos tampoco perder de vista la realidad. Con la ley en la mano han despojado y asesinado a mucha gente.

-Con la ley, sí, pero no cumpliéndola, sino todo lo contrario, violentándola y mal usándola. Por ello con esa misma ley es que quiero juzgar a Nicanor Urrutia y al finquero don Emilio.

Siguieron hablando, discutiendo, rebotando las ideas para tratar de decantarlas. Otra vez aquellos dos hombres tan distintos en su formación, en su raza y en su circunstancia, se unían en la intención. Dejaron a la mitad la botella de vino de La Rioja, dejaron a la mitad la comida. Tuvieron que tomarse el vino amargo de la realidad; ése sí, hasta el fondo. Les anocheció discutiendo, analizando alternativas, buscando ya no lo deseable sino lo posible, ya no lo mejor sino lo menos malo, nada parecía bueno, nada parecía factible. Hasta que, por fin, don Bernardino tomó una decisión y concluyó:

-Hoy mismo voy a nombrar otro jefe de la policía, será al mismo tiempo que usted detiene a Nicanor Urrutia y a su camarilla de más confianza. El nuevo jefe será Valente Garduño, viejo retirado que fue oficial de policía más de diez años y mi compañero y amigo en la adolescencia. Es hijo del que fue caballerango en la casa de mi padre. Hasta donde sé, no progresó mucho porque no se corrompió tanto como para identificarse con la sarta de bandidos que han comandado la policía hasta la fecha. No detengamos por lo pronto a don Emilio, porque no podríamos controlar a las guardias blancas levantadas por todo el estado. Ya lo haremos más adelante. Mande usted al sargento Tzuc con nuestra aceptación para empezar el diálogo con Próspero Aranda, sólo con una condición: diálogo directo entre él y yo. No deseo intermediarios. Si quiere que lo acompañe su estado mayor o quienes proponga pero no más de cinco, y yo haré lo propio. En este diálogo lo necesito a mi lado, Canul.

Analizaron largamente los diferentes sitios que se podrían proponer para llevar a cabo las pláticas. No era fácil encontrar un lugar que diera garantía de neutralidad a las dos partes. Finalmente, decidieron proponer una pequeña población cercana a la capital del estado o el puerto fluvial de los pescadores. En ambos casos, Canul garantizaba que podía controlar el regreso a la ciudad en caso de que se rompieran las pláticas y, también en ambos casos, Próspero Aranda y la comisión negociadora de los revolucionarios podrían retirarse a su territorio.

Prepararon el plan con todo cuidado. Trataron de prever hasta el más mínimo detalle y se desearon suerte. Algo pasaba cuando aquellos dos hombres se reunían, algo hacía que los dos tuvieran la capacidad de hacer aflorar lo mejor del otro. Amalgamaban la experiencia y la juventud, la milicia y la ley, el arrojo y la reflexión, hacían una sinergia en que, después de comunicarse y luchar entre sí, sentían, sin confesarlo ni a sí mismos, una confianza ilimitada en que el avatar de las cosas, por difíciles que estuvieran, los llevaría a salir bien.

Decidieron que la aprehensión de Urrutia y su camarilla no se hiciera dentro del cuartel de la policía, sino en la calle para no arriesgarse a un enfrentamiento. Así, una vez que se hubieran realizado todos los arrestos y el rodeado cuartel por el ejército, se podría dar posesión al nuevo comandante sin problemas.

-Hoy en la noche deben quedar todos detenidos para que mañana hagamos el cambio de mandos. Ya hablé con Valente y tiene gente de su confianza que ascenderemos de inmediato para que tome el control.

-No importa la hora que sea, usted en persona me avisa cuando tenga a todos detenidos y Tzuc haya partido -ordenó don Bernardino.

## XVII. Acurrucada en el rincón...

de un cuartucho helado y lúgubre, Esperanza, la hija de Rufina, yacía golpeada y semidesnuda. Ya no gritaba, ya no tenía lágrimas para llorar. Ya no tenía fuerza para expresar lo que sentía por su padre asesinado, por su propia desgracia, su miedo, su rabia. La habían encerrado en un sótano del cuartel de la policía; en el jaloneo le habían rasgado la ropa, pero no la habían violado. La orden del jefe, que la quería virgen para él, era terminante. Sin embargo, llevaba días ahí encerrada, soportando las palabras soeces, el manoseo, las burlas, las miradas. Todas las situaciones que enfrentaba eran mucho peores que lo peor. La humillación y el miedo eran, de por sí, una violación. Por eso ya no lloraba, por eso ya no se atrevía a abrir los ojos, por eso quería que ya nada le importara, por eso quería morir en ese momento. Sólo en eso trataba de pensar, cómo morir, cómo morir pronto.

No quería abrir los ojos porque apretándolos con todas sus fuerzas y apretándose a sí misma contra su pecho, lograba crearse un refugio que la ponía a salvo al menos por unos momentos. Así, podía ver a su padre como si estuviera vivo, podía acordarse de su pueblo y tratar de olvidar las llamas que lo envolvieron, los gritos, la desesperación. El llamado de angustia de su madre pidiendo auxilio cuando, corriendo a auxiliar a los heridos, vio cómo la arrebataban en un caballo a todo galope.

Se apretó más contra sí misma y logró ver a su familia como siempre, en las tardes, sentados junto al fogón preparando sus tortillas y platicando del día. Se acordó cuando veía a sus padres cerca uno del otro y se imaginaba que algún día ella crecería y tendría un hombre así, que la quisiera, un esposo a quien querer y darle hijos. Había imaginado muchas veces cómo se haría el compromiso de la boda, debajo de la Ceiba y cómo todos en su pueblo la mirarían feliz.

Sonó el cerrojo de la puerta y oyó la voz ebria de un hombre que parecía decirle algo que ni entendió ni quiso entender. Apretó más los ojos, se abrazó las piernas contra su pecho con todas sus fuerzas y deseó que se hundiera la tierra. Logró así una tregua, un instante de respiro, hasta que se sintió arrebatada de su rincón por la misma bestia que odiaba y que sin duda era el asesino de su padre.

-Quítate esos trapos -le dijo arrancándoselos- al cabo que yo te voy a comprar nuevos y deja ya de chillar, que conmigo vas a salir de la miseria en que viven todos ustedes.

Se vio de pie desnuda, frente a aquel hombre que la miraba de la misma manera que lo había hecho en su pueblo delante de su padre y que poco a poco se desabotonaba la camisa. No dijo nada, no lloró ni trató de escapar, se quedó mirando cómo, con la mente medio perdida y la baba escurriendo, el asesino se iba desnudando mientras le hablaba una jeringonza incomprensible. Al desabrocharse el cinturón, resbaló el revólver que traía fajado. Con una risita idiota lo trató de recoger pero se fue de bruces, entonces Esperanza lo levantó en menos de un instante lo empuñó con las dos manos, caminando hacia atrás. Urrutia se levantó como pudo y avanzó hacia ella. Esperanza temblaba, no le faltaba coraje, pero sí fuerza para disparar; cuando lo tenía a menos de un metro, sonó el estallido. Aunque la bala le perforó el hombro izquierdo, Urrutia casi ni se inmutó, le arrebató la pistola y con un rugido animal la golpeó en la cabeza.

La catcha de la pistola se estrelló en su sien. Cayó con el cráneo destrozado cubriendo de rojo su desnudez.

<<"Morir, morir aquí, morir pronto">>. Esperanza, siendo todavía niña, logró refugiarse en la eternidad.

Urrutia la movía con el pie.

-Si no te pegué tan fuerte -le decía entre la penumbra del alcohol que acentuaba la estupidez de su insensibilidad.

Salió de ahí como pudo.

-¡Desháganse de ese fiambre! -les gritó y se dirigió a la enfermería del cuartel. Cuando fue recobrando el juicio, ya no pensaba en la muchacha que acababa de matar, sino en la suerte que había tenido porque la bala sólo le pegó en el hombro.

<<Después de lo que pasó con esta putita, habrá que darles otra batida a esos indios levantiscos de La Campana, para sosegarlos de una vez>> se dijo mientras salía rumbo a su casa, acompañado de dos de sus lugartenientes de más confianza.

A cien metros del cuartel, la tropa le cerró el paso. Había entre la policía y el ejército una cierta rivalidad, que aquel hombre en su primitiva prepotencia había llevado a extremos patológicos.

-¡Háganse a un lado, sardos imbéciles! ¿Qué no saben quién soy yo? -les gritó casi con burla.

-Nicanor Urrutia, está usted detenido -le contestó Canul, adelantándose pistola en mano. Había decidido ser él quien detuviera personalmente a esa bestia, porque sabía el riesgo de un incidente que pretendía evitar a toda costa.

-¿Por orden de quién? -preguntó tratando de desenfundar.

Canul ya no contestó, le puso la pistola en la frente y le dijo:

-Mejor no me obligue.

A una señal lo desarmaron, en ese instante uno de sus acompañantes echó a correr, Canulladeó la pistola y le disparó en una pierna, con la mayor sangre fría volvió a apuntar a la cabeza de Urrutia; el policía cayó dando un grito. Dos soldados rodearon a cada uno para, a punta de bayoneta, hacerlos caminar.

-No grites, cabroncito, porque no respondo -le dijo el sargento a Urrutia.

Canul agregó:

-Son órdenes del señor gobernador, ya sabrá usted los cargos.

-¿Del gobernador? ¿Cuál gobernador? Si Castillejos ya se fue y el viejo pendejo que está ahora no sirve para nada. Yo le garantizo -amenazó a Canul- que esto no se va a quedar así, esto le va a costar caro ¡Le va a costar la vida!

Canul entonces miró al sargento:

-Tú me respondes que este cretino no vuelva a abrir la boca y ustedes, ayuden a caminar a éste otro ¿no ven que está herido?.

-Sí, mi capitán -dijo el sargento con la bayoneta en la espalda de Urrutia. Tomaron al herido de cada brazo para llevarlo casi en vilo. Fue ahí donde ese hombre desalmado, que presumía no tener miedo a nada, se sintió perdido. Pensó que le iban a aplicar la ley fuga, y lo pensó porque él así lo había hecho muchas veces.

Empezó a sentir que se ahogaba, que no tenía aire, la cabeza le dio vueltas y cayó de rodillas asfixiándose, temblando de pánico.

-No capitán, no me mate. No sé qué ofensa le hice o le hicieron mis muchachos, pero yo lo compenso. Tengo mucho dinero, dígame cuánto quiere. No me mate -decía llorando-. Por favor, por mi familia, por la suya, no me mate.

Canul sintió asco.

-Todos estos son iguales: cobardes y corrompidos hasta el final -comentó a sus soldados-. Tráiganlo aunque sea a jalones y acabemos con esto.

Al oír eso, Urrutia se tiró al suelo gimoteando.

-Amárrenlo -ordenó Canul- y tráiganlo de una vez.

El otro policía veía todo con repugnancia.

-Sí, mátennos aquí de una vez, pero terminemos con esto -les gritó.

A él sí le contestó el sargento:

-Están detenidos, irán a juicio y ya cállense ¡Qué vergüenza tener un jefe como este maricón!.

Para las once de la noche ya estaban todos detenidos y Canul pudo informar al gobernador que habían completado el operativo sin mayores problemas.

-Mañana damos posesión al nuevo comandante. Quiero a la tropa cerca por cualquier incidente y usted me acompaña.

-Señor gobernador, mejor no vaya usted, no se exponga. Recuerde que muchos de los policías son muy desgraciados y todos están armados.

-Si no me quisiera exponer, no hubiera tomado esta responsabilidad y creo que tampoco usted, así que no empecemos una discusión por eso. Venga, dejamos media botella sin terminar y mañana será otro día.

Al salir de la casa de don Bernardino, Canul se dirigió al cuartel, necesitaba preparar con mucho cuidado la operación del día siguiente, habían repasado una y otra vez los planes y se sentía confiado. La idea era evitar a toda costa un enfrentamiento entre la tropa y la policía, y la única manera de lograrlo era rodear el cuartel con una fuerza tan obviamente superior, que por sí sola disuadiera a los mandos fieles a Urrutia de atreverse siquiera a intentar impedir la toma de posesión del nuevo comandante.

Don Bernardino le había comentado que era de temerse que los policías fueran más fieles a la venalidad en que estaban sumidos sus jefes, que a su deber. Desgraciadamente, -decía-, cuando el hombre empieza a caer en actos de abuso y corrupción, se vuelve esclavo de sus cómplices y cae en un pantano en que cada día se hunde más. Los que están en esa situación, ya no son libres y, por tanto, ya no se pueden dar el lujo de tener conciencia. Es por eso que cuando una corporación de policía se corrompe, hay que dar un golpe definitivo cambiando a todos los mandos y siempre empezando desde arriba -había concluido con determinación.

<<De veras, "sabe más el diablo por viejo que por diablo" -se dijo Canul. ¿De dónde habrá sacado don Bernardino tanta energía y las ideas tan claras que tiene para manejar este caso? Tal parece que ha tratado este tipo de problemas toda su vida y no que era un oscuro tesorero cuentachiles. Yo lo intuí -pensó con orgullo- se la pasa leyendo, es un hombre culto, bien intencionado, que ama a la gente y

conoce el alma humana. Eso es lo que necesita para gobernar, eso y tener los pantalones bien puestos>>.

La operación del día siguiente estaba planeada sobre las ideas de don Bernardino. Dar un golpe definitivo y cambiar los mandos en un día. En cualquier circunstancia resultaba arriesgada, pero mucho más con la amenaza de un inminente combate con los revolucionarios.

El nuevo gobernador quería mandar a la población y a Próspero Aranda un doble mensaje: por un lado, que habían cambiado las cosas y se empezaba a hacer justicia, castigando con la ley en la mano atropellos como el de La Campana y, por el otro, que se limpiaban los cuerpos policíacos, ya no sólo para castigar abusos, sino para prevenir que se volvieran a dar.

Todo ello evitando un enfrentamiento que, de darse, sin duda enviaría un mensaje indeseable: impotencia, debilidad y caos interno. O algo todavía más grave: complicidad y permanencia del estado de cosas que habían dado origen al movimiento revolucionario.

XVIII. En la madrugada...

conforme al plan que habían trazado cuidadosamente con don Bernardino, Canul posicionó a la tropa alrededor del cuartel de la policía, reservándose el mando directo de un batallón de fuerzas escogidas para entrar en acción si fuera necesario. Cuando verificó que estuviera todo según lo previsto, se fue a la casa de don Bernardino para escoltarlo junto con el nuevo comandante, a quien el propio gobernador quería dar posesión.

Ya lo esperaban en el pequeño despacho de la entrada, platicando amablemente con una buena taza de café en la mano.

-Pase, capitán -saludó don Bernardino-, ya conoce a Valente Garduño; es, como le platiqué, un viejo amigo desde que éramos muchachos. Mejor no acordarse cuántos años han pasado. Ahora me ha hecho el favor de aceptar la jefatura del cuerpo de policía que conoce muy bien porque sirvió ahí varios años. Está de acuerdo con nosotros en que está podrido hasta adentro y hay que limpiarlo a fondo. El capitán Canul -dijo dirigiéndose al nuevo jefe de la policía- es el comandante del ejército en el Estado y hombre de toda mi confianza, Valente.

Valente Garduño era un hombre recio, de gran bigote blanco que contrastaba con su piel morena, grueso sin llegar a la gordura, ágil todavía y de voz sonora. Un hombre al que hacerse oír, le había costado muy caro en la vida y le había enseñado a ser parco en la palabra.

-Si Bernardino le tiene esa confianza, capitán, cuente conmigo en lo que se le ofrezca. Considéreme su amigo por favor.

-Lo mismo digo -contestó Canul-, sintiendo alivio por la gran diferencia que había entre este hombre y el patán de Urrutia.

Don Bernardino había mandado llamar a los tres subcomandantes de más confianza de Nicanor Urrutia, a los que tenía esperando en la sala contigua. Cuando llegó Canul con una pequeña escolta, según lo habían previsto, les pidió a todos que se reunieran.

Los tres policías estaban sumamente nerviosos, pues la ausencia de Urrutia les parecía muy mala señal. Gente desconfiada por naturaleza, caras torvas, acostumbradas a no revelar sus sentimientos, con la mano siempre cerca de la pistola y la mirada esquiva, acostumbrada al ventajismo y al madrugete. Cuando se vieron frente al gobernador, al capitán Canul y a Valente Garduño, no necesitaron más para saber que algo grave sucedía y que ellos, cómplices incondicionales de

Urrutia, estaban en problemas. Retrocedieron hacia la puerta del fondo, pero se encontraron con las bayonetas de la escolta que había llevado Canul.

Don Bernardino, con toda calma, les presentó a Valente Garduño como el nuevo comandante de la policía y éste de inmediato les pidió las armas. Les explicó que irían al cuartel para el cambio de mandos y que lo mejor que podían hacer era colaborar, si querían salir más o menos bien librados de ésta. No tuvieron alternativa, así que se dejaron conducir por la escolta que acompañaba al gobernador, al nuevo comandante de la policía y al capitán Canul.

El cuartel de la policía era un viejo edificio de dos pisos con un gran patio central. Se encontraba al fondo de una pequeña plaza situada en uno de los barrios más viejos de la ciudad, nada lejos del palacio de gobierno y había sido cuartel del ejército antes de que éste se trasladara a mejores instalaciones, hacía más de una década. Canul había servido ahí los primeros años de su carrera y lo conocía muy bien.

Don Bernardino se había empeñado en dar posesión personalmente al nuevo comandante, confiando en que la figura del gobernador impondría respeto y evitaría cualquier malentendido, de buena o de mala fe, por parte de los policías. Sin embargo, la ausencia de Urrutia era inexplicable para ellos y ya corría el rumor de que había sido detenido. Cuando se acercaban a la puerta, uno de los tres subcomandantes se separó del grupo y corrió gritando:

-¡Traición, traición, detuvieron al jefe Urrutia!

Eso provocó que uno de los soldados de la escolta le disparara, el hombre cayó exactamente en el portón de la entrada. La guardia de la policía salió disparando y los soldados contestaron el fuego. Canul se abalanzó sobre don Bernardino y lo derribó para protegerlo de la lluvia de balas que provenía del cuartel. Se parapetaron atrás de una banca hasta que los soldados avanzaron y pudieron rescatarlos.

-Todo resultó mal -comentó don Bernardino verdaderamente contrariado. Canul paró el fuego de los soldados, sabía que tenía sitiado el cuartel y que no era conveniente desperdiciar parque. Por otro lado, estaban en medio de un barrio civil y había que tener cuidado. Con la balacera, la poca gente que había en la calle corría despavorida y los vecinos de las casas contiguas se empezaban a asomar.

Sí, efectivamente, todo había resultado mal pero la situación no se había salido de control, por lo menos no para el militar, aunque sí para el político.

-Señor gobernador -dijo Canul- váyase de aquí, esto lo podemos resolver a base de tiempo, no podrán resistir mucho el sitio que les tenemos. Yo le garantizo

que en menos de ocho días se rinden y entregan el cuartel. Voy a acordonar la zona para que no haya víctimas civiles.

-En ocho días de balacera, la ciudad y el estado serán un caos incontrolable -contestó don Bernardino-. Tenemos que hacer algo.

Valente Garduño, que consideraba al cuerpo de policía ya su responsabilidad, estaba congestionado de ira, haciendo un gran esfuerzo, terció en la plática:

-No todos los policías son bandidos como los infelices hijos de puta que los comandan ahora. Si yo pudiera entrar al cuartel, sé con quién puedo contar y les aseguro que no son pocos. ¿Por qué no me permiten negociar con ellos?

-Porque te matan antes de que te puedas acercar, Valente -sentenció don Bernardino.

-Ellos están más necesitados de negociar que nosotros, saben que están metidos en una ratonera y que les es imposible salir.

-Sí, pero quienes los comandan saben que no tienen salvación, porque sus crímenes, igual que a su jefe, los condenan sin remedio.

-Más razón entonces para no tomar el cuartel a sangre y fuego, pues muchos de ellos son inocentes y ni siquiera saben bien qué está pasando.

-Yo conozco una manera de entrar -dijo Canul- es un túnel muy estrecho que da a uno de los sótanos. Lo sellaron con una pared no muy gruesa. Existe la posibilidad de abrirle un hueco sin hacer mucho ruido. Nos podemos colar por ahí fácilmente ocho o diez hombres y abrir la puerta para tomar el cuartel.

-No, Canul, ésa es la balacera que hay que evitar a toda costa en este momento -dijo el gobernador.

-Bernardino -terció Valente Garduño- por ahí puedo entrar yo y contactar a la gente de confianza que está adentro. Como les dije, no son pocos y yo los conozco muy bien.

-Pero si topas con la gente equivocada, ahí te matan al instante, así que no puedo permitirlo.

-Mira, Bernardino, es un riesgo que debemos correr. Que me escolten cinco hombres de confianza del capitán Canul y con ellos nos defenderemos hasta lograr comunicación con la gente adecuada. Yo ya estoy viejo, soy viudo como tú y mis hijos ya no me necesitan, así que no le hago falta a nadie. En cambio, me muero de vergüenza y de coraje al ver a lo que han llevado estos desgraciados a mi querido cuerpo de policía. Ustedes también se encuentran metidos en esto y no se necesita mucho para saber que se están jugando el pellejo. Ahora me toca a mí, déjame

intentarlo, no soy ningún tarugo y tampoco tengo intención de morirme. La gente que iba a nombrar para sustituir los mandos, sabe quién soy y me apoya; todo está en que pueda hacer contacto con ellos.

Se fueron a una casa vecina que estaba deshabitada para preparar el plan con todo cuidado. Ahí, Canul dibujó un plano del cuartel de acuerdo a lo que recordaba y mandó a un grupo de zapadores para aflojar las piedras del muro con que se había clausurado el túnel al que se había referido.

-Es un túnel sellado hace mucho tiempo, que casi nadie conoce. Yo me topé con él de casualidad, cuando teníamos aquí el cuartel; da a un cuarto pequeño donde no caben más de diez hombres; a su vez da al sótano, en el que se dice, suelen tener gente detenida, por cierto, ilegalmente.

Hicieron el plan con todo detalle: mientras Valente entraba por el túnel y conectaba con su gente de adentro para tomar el control, Canul apostaría ostensiblemente una pieza de artillería frente a la puerta para obligarlos a establecer negociaciones.

-No importa lo que pidan, hay que mantener el contacto para tenerlos distraídos y darle tiempo a Valente -ordenó don Bernardino-. Hay que tratar de evitar el enfrentamiento pero si es inevitable, mejor hacerlo en un día que en una semana. Es decir, capitán, que si vamos a tener que tomar el cuartel a sangre y fuego, tiene que ser entre hoy y mañana, porque después no tendríamos ningún control de la situación. Si no hay otra opción, ¡hágalo! Pero usted me garantiza que ningún civil salga herido. Me voy a palacio para tratar de controlar la situación políticamente; eso lo podré hacer un día o dos cuando mucho. Tengo que contener lo más que se pueda la inquietud que se generará.

-Podemos decir que son ejercicios militares y que todo está bajo control -sugirió Canul.

-No, ustedes comprenden que para mañana sería insostenible. Prefiero no decir nada y tratar de contener a la prensa. Tendré que decir la verdad en uno o dos días, no hay otra posibilidad. Si nos tardamos más, aparte del pánico en la población, son capaces de venir policías del interior del estado, apoyados por las guardias blancas de los finqueros para tratar de romper el cerco. Eso sí crearía el caos y sería desastroso. En resumen, señores, esto se tiene que resolver hoy o mañana a más tardar, y espero que sin un baño de sangre ¡Esa es su misión, señores! -concluyó.

Cuando salió de la casa que habían improvisado como cuartel, un soldado le entregó su sombrero y su bastón que se habían quedado tirados junto a la banca en

que se refugiaron de la balacera, al tomarlos, don Bernardino notó que su mano temblaba involuntariamente y sintió disgusto por lo que consideró una debilidad. <<Yo, no estoy hecho para esto. Es la primera vez en mi vida que oigo el zumbido de las balas sobre mi cabeza, espero que no se me note éste temblorín. Estoy dejando a Canul y a Valente con una misión peligrosísima, no sólo para ellos, sino para la ciudad entera, así que no tengo derecho a flaquear>> se reprochaba con enojo y sin embargo, el temblor se le extendía a todo el cuerpo. Hizo un esfuerzo y con la mayor firmeza que pudo, se puso el sombrero, apretó el bastón y le pidió a la escolta que regresara con su capitán, porque él se iría solo a palacio. <<Hay momentos en que el miedo y la tensión se tienen que convertir en coraje, si me ven temblar, estamos perdidos>>. Se fue caminando con la mayor energía que pudo. <<¿Qué me pasa?>> se preguntó. <<¿A qué tengo miedo? A morirme sin volver a ver a mi hijo. A crear un caos en el gobierno y en el Estado, peor al que recibí. A fracasar. A no estar al nivel que se requiere. En fin, a todo>>.

Sin saber por qué, se sintió aliviado por haber despachado a la escolta, una vez que se vio solo, se detuvo a la sombra de un árbol para tomar aire, ahí se rehizo y cuando entró en palacio, logró subir la escalera con firmeza en las piernas y determinación en el rostro.

Canul esperó una hora para dar tiempo a que los zapadores hicieran un boquete lo suficientemente grande, para que se pudieran colar por ahí Valente y los diez hombres que lo acompañaban. No se podían mandar más, porque no cabrían en el cuarto contiguo al túnel y se trataba, antes que nada, de contactar a la gente de confianza. Convinieron que conforme pudieran avanzar estos primeros diez, se mandarían otros tantos, de manera que fueran asegurando las zonas que se pudieran del cuartel.

Mientras tanto, la tropa emplazó, ostensiblemente, un pequeño cañón al extremo de la plaza, frente al cuartel, y Canul escribió un mensaje para negociar en el que no ponía condición alguna.

Los policías se sabían perdidos, pero no estaban dispuestos a rendirse fácilmente. Aceptaron negociar a la mitad de la plaza y pusieron como condición que liberaran a Nicanor Urrutia, único comandante que reconocían, amenazaron con sacrificar cada media hora a uno de los quince detenidos que tenían en los sótanos, en caso que no regresara su comandante.

Aquello era no sólo inaceptable, sino indignante, sin embargo Canul respondió, para ganar tiempo, que lo tenía que consultar con el gobernador.

Valente Garduño logró pasar por el hueco que habían hecho los zapadores, ya no era ni tan delgado ni tan ágil como antes, pero el trabajo pesado de su pequeño rancho lo mantenía en buenas condiciones físicas. Esperó a que entraran los diez que lo acompañaban, todos iban armados con pistola y bayoneta. La consigna era no disparar por ningún motivo para no dar la alarma mientras se iban colando al interior y sólo usar las armas blancas.

<<Esta operación la debimos hacer en la noche y no a esta hora de la mañana –pensó- pero quién iba a saber la reacción del subcomandante que salió corriendo a lo pendejo, aunque ahora me parece lógica y yo debí haberla previsto>>. Con estos pensamientos se atormentaba, mientras esperó a que no hubiera el menor ruido atrás de la puerta.

Por fin la abrió; no vio a nadie en el corredor. De acuerdo con el plano de Canul, se podía salir del sótano por una estrecha escalera que estaba como a cuarenta metros. Había que avanzar para dar oportunidad a que se colaran más soldados al cuarto del hueco. El riesgo de ser descubiertos era muy alto. En cualquier circunstancia, su única ventaja era el factor sorpresa y para conservarlo había que moverse rápido.

Avanzaron tratando de no hacer ruido. En otro corredor, Valente alcanzó a ver dos calabozos con prisioneros adentro, vigilados por un cabo y un gendarme, sin duda carceleros de aquel lugar. No eran de sus conocidos y el ver que custodiaban reclusos que de acuerdo con la ley no debían de estar ahí, lo indignó. Cambió el plan y le hizo señas a los soldados para tomar el control de ese punto. Los celadores estaban descuidados y fue muy fácil sorprenderlos. Los desarmaron y exigieron las llaves de los calabozos, donde los encerraron con la advertencia que si daban la alarma, ahí morirían. Sacaron a los cautivos, todos eran campesinos que llevaban encerrados varias semanas. No había tiempo de explicaciones, pero comentaron que estaban ahí porque los finqueros los habían acusado de escaparse de sus plantaciones teniendo deudas pendientes. Era una historia muy conocida para Valente, las famosas tiendas de raya que convertían a los peones en esclavos gracias a deudas interminables.

-Los vamos a sacar a todos, pero por lo pronto quédense ahí -les pidió. Simulen que siguen prisioneros y si estos dos hablan, mátenlos ¿Puedo confiar en ustedes?

-Sí, claro –contestaron-. Nomás díganos qué hacer.

-Hay que tomar el cuartel, pero no podemos arriesgarnos a subir así nada más. Por lo pronto -les dijo dándoles una bayoneta- a estos no les permitan ni chistar.

-Pierda cuidado, si nos dan ganas de chingarlos de una vez, aunque no hablen.

-¡No! Amárrenlos a ver con qué, ya los juzgaremos cuando sea posible. Por lo pronto, encuénrenlos, necesito esos uniformes.

Habían quedado con Canul que si sacaban un trapo rojo por cualquier ventana, éste atacaría con todo, pero Valente esperaba que eso no fuera necesario. Él y un sargento se pusieron los uniformes de los policías.

A lo lejos, Valente reconoció a uno de sus antiguos compañeros. Le pidió a los soldados que lo esperaran agazapados y con toda calma, rememorando sus tiempos, cruzó el patio simulando conversar tranquilamente con el sargento vestido también de policía. Al llegar al otro extremo, le hizo la seña de que lo siguiera. Ya a buen recaudo, se identificó plenamente, explicó la situación y ordenó:

-Aquí está la lista de todos a los que iba a nombrar para sustituir los mandos actuales Tienes media hora para avisarles.

Formularon el plan de acción. No se podía tomar el control de las armas porque la mayoría las portaban los policías, con órdenes de defender el cuartel desde la azotea y las ventanas. Así que después de contactar a los demás para que tomara cada uno el mando en su sección a una señal dada, los soldados que habían logrado entrar, controlarían el parque y en su momento abrirían el gran portón de entrada. Todo debía ser hecho en minutos para evitar un enfrentamiento que se podía prolongar.

En tanto, Canul seguía con las negociaciones dando las mayores largas posibles y los que comandaban el cuartel se sentían cada vez más nerviosos, de manera que, conforme a la amenaza que habían hecho, mandaron traer a los campesinos que tenían en los calabozos para ejecutarlos.

Los mandaron traer a todos para demostrar que eran un buen número y presionar más la entrega de su jefe Urrutia. Ésa fue la señal que necesitaban Valente y su grupo. Los soldados, que se habían vestido con los harapos de los campesinos, cuando los acercaron a la puerta, custodiados por Valente y el sargento, sacaron las bayonetas y tomaron el control. Simultáneamente, se había ido sustituyendo a cada jefe de grupo que no fuera de confianza.

En realidad, los policías sabían que pelear con el ejército que los tenía sitiados era un suicidio y sólo esperaban una oportunidad para entregarse o desertar. Por eso, cuando empezaron a ver que arrestaban a sus jefes, no sólo no se opusieron, sino que sintieron alivio.

Cuando Canul vio que la puerta se abría y que sus soldados ondeaban una bandera blanca en lugar de la roja que esperaba para atacar, no lo podía creer. Habían tomado el cuartel sin desatar una balacera y lo habían hecho en menos del curso de la mañana. Metieron en los calabozos a los esbirros de Urrutia y tomaron el dominio de las armas y municiones.

Valente tenía el control de la situación y se notaba su mando con toda claridad. Canul entró, todavía incrédulo y al verlo, Valente le dijo en tono festivo:

-Lo felicito, capitán, tomó usted el cuartel sin disparar un solo tiro.

Canul estaba tan contento como desconcertado y casi no entendió la broma.

-Esto es increíble, don Valente –contestó-. Cuénteme cómo le hizo para ver si aprendo algo.

-Vea usted cómo los viejos tenemos nuestras mañas, capitán, pero debo reconocer que el factor que nos dio el triunfo, fue la sorpresa que logramos gracias a su túnel.

Se abrazaron, abrazaron a los soldados, abrazaron a los campesinos que estaban liberando.

-¡De veras que chingones! –les decía Canul lleno de entusiasmo. –Hay que avisar al gobernador, esta celebración sólo estará completa cuando don Bernardino esté con nosotros y le de posesión del mando a don Valente “con todas las de la ley”, como él dice.

XIX. La sola presencia...

de Rufina en el campamento de Próspero Aranda era motivo de inquietud. Aquella mujer menudita de andar discreto y piel morena prematuramente ajada, se había convertido en un continuo recuerdo del desprecio y las injusticias que con mucha frecuencia sufrían los indígenas. No sabía la trágica muerte de Esperanza, y precisamente por no saber de su hija, la angustia y urgencia por rescatarla eran su única obsesión. Por eso se había convertido, a pesar suyo, en un dolor para todos los que conocían su impaciencia y su cólera.

Esa noche, Rufina se acostó más triste e inquieta que nunca, entre sueños se le presentaba la escena del asesinato de su marido. Lo veía tirado en un charco de sangre sin poder ayudar a su hija y le reprochaba a gritos que se hubiera dejado matar tan fácilmente. Despertaba llorando y sintiéndose mal por soñar esa injusticia absurda con el pobre Domingo, quien siempre había sido un buen padre, pero la zozobra por su pequeña Esperanza era un tormento emperrado que la mordía sin misericordia.

Ya casi era la media noche y en la choza del estado mayor del general Aranda seguían prendidos los quinqués que alumbraban caras de cansancio e indignación de la mayoría de los quince comandantes que se encontraban ahí. No podían entender la resistencia de su general para atacar de una vez la capital del estado. No les importaba qué tan cruel pudiera ser la batalla, tenían la seguridad de que ganarían tarde o temprano, con más o menos bajas, pero acabarían tomando la ciudad y el control de toda la zona, incluyendo el río hasta su desembocadura.

Próspero Aranda y una minoría consideraban que había que esperar. Argumentaban que ya habían mandado el mensaje aceptando el diálogo y había, por tanto, la posibilidad de llegar a un acuerdo y evitar una batalla sangrienta para los dos bandos.

-La mejor batalla es la que no se da -les decía-. Podemos cambiar las cosas evitando el enfrentamiento o, por lo menos, debemos intentarlo. No somos carne de cañón, ni soy yo un general que no aprecie las vidas de su gente y los mande a morir a lo pendejo.

-Sí -replicaban- pero más gente va a morir si el gobierno recibe refuerzos.

-No se cómo los va a recibir si tenemos controlados prácticamente todos los accesos a la ciudad.

Se esgrimían argumentos de estrategia militar; sin embargo, la insistencia en atacar de inmediato era alimentada también por el resentimiento y el coraje. Se

consideraba inútil hablar con un gobierno que de acuerdo con los acontecimientos de La Campana, no era en nada distinto al anterior.

Ese era el punto que hacía dudar a Próspero Aranda. Él había confiado en la palabra de la comunidad de Tzuc y, sobre todo, en sus hermanos que eran miembros del ejército revolucionario. Ellos le habían hablado de un nuevo gobierno, ajeno a los atropellos de siempre. Por eso, cuando oyó a Rufina dar testimonio de lo acontecido en La Campana, en fecha reciente, ya durante la administración del nuevo gobernador, tuvo que concluir que nada había cambiado y que no tenía sentido negociar.

Le pesaba haber dado su palabra al aceptar el diálogo y tener que romperla. Le pesaban mucho más las vidas que se iban a sacrificar en una batalla que hubiera podido evitarse. Sin embargo, esa noche se quedó sin argumentos y tuvo que aceptar el peso de la mayoría.

-Está bien –dijo-. Creo que ustedes tienen razón. Tomaremos la ciudad a sangre y fuego.

Después de un largo silencio, agregó:

-Es muy tarde y llevamos todo el día discutiendo. Vamos a descansar un poco y mañana a primera hora nos volveremos a reunir para planear el ataque.

Se fueron a descansar, pero casi ninguno pudo dormir. Era la decisión que estaban esperando y que por fin su general había tomado. Ahora debían pensar cuál sería la mejor forma de preparar la batalla y qué estrategia proponer al día siguiente. Tendrían que analizar qué posibilidades había de ganar o perder y cuáles serían las consecuencias.

Con la decisión tomada, les empezaron a pesar como lápidas sobre los hombros las muertes que inevitablemente tendrían que sufrir. Hasta ese momento surgieron las dudas, ya no sólo por la suerte de los demás, sino por la suya propia. En la soledad de sus hamacas, una parte de sí mismos les decía que su general tenía mucha más razón de la que, en la discusión, le habían concedido. Que al cuidar la vida de sus hombres, no hacía más que ser congruente con las convicciones de todos. Pero la decisión estaba tomada y sabían que no se podría cambiar.

La selva en la noche es fría, la oscuridad es espesa. La humedad se mete en los huesos, no importa lo abrigado que se pueda estar. Todo amanece empapado, aunque no haya llovido.

Esa noche sintieron más el frío y les caló más la humedad. Esa noche muchos dientes castañearon.

Al día siguiente, Próspero Aranda se levantó temprano, casi no había podido dormir; estaba preocupado por la discusión de la noche anterior, pero también se sentía aliviado, templado con la decisión, porque haberla estado posponiendo se le había convertido en una carga de la que por fin se podría librar. Consideraba que podían ganar la batalla por la ciudad, aunque le inquietaba que el costo, en todos sentidos, sobre todo en vidas humanas, podía ser muy alto. No lo había expresado el día anterior, pero le preocupaban no sólo sus soldados, sino las vidas de la población civil. Tenía miedo de no poder controlar a su propia tropa, lo atormentaba el temor que al tomar la ciudad se entregaran al saqueo y al pillaje. Era conciente del enorme resentimiento que anidaba en el corazón de muchos indígenas, en la mayoría de los casos justificado, pero precisamente por eso más peligroso.

Recordaba cómo fue juntando un grupo de gente, a la que las injusticias y la pobreza convirtieron en parias y a quienes poco a poco él fue transformando en voluntarios para formar un ejército con orden y disciplina. Habían hecho un gran esfuerzo para que su propia cultura ancestral de respeto al ser humano y a la naturaleza, fuera también la base de su instrucción militar y política. Para que hubiera afán de justicia, pero no de venganza. Hasta ahora lo habían logrado y en la mayoría de las ocasiones se comportaban con estructura y método, como un ejército profesional, pero no tenía ninguna seguridad que el fragor de la batalla y la euforia del triunfo al conquistar la ciudad, no despertaran, empujadas por el resentimiento, las pasiones más bajas, que convirtieran la victoria en una orgía de sangre.

Iba ensimismado en esos pensamientos cuando vio venir a Rufina, quien lo saludaba tratando de sacarle una sonrisa a su tristeza. Su presencia lo estimuló. La vio a los ojos con más confianza. Al saludarla, le estrechó las manos como para decirle: "Ya vamos por tu hija, ya vamos a arrebatarnos la justicia que nos han negado. Ya no dejaremos más crímenes en la impunidad". No habló una sola palabra. Sin embargo, Rufina pareció entender y aparentemente sin razón, articuló una sola palabra:

–Gracias.

Cuando llegó a la cabaña donde se reuniría con su estado mayor, encontró a Tzuc y a sus hermanos.

–Traemos la respuesta del capitán Canul y del gobernador -le dijeron después de saludarlo.

-No tenemos ya nada de qué hablar -contestó secamente-. No podemos negociar nada con gobiernos asesinos. Ustedes me dijeron que éste era distinto, pero no hay ninguna diferencia entre el gobierno de Madariaga y el de Castillejos. Tzuc se quedó desconcertado. Era lo último que esperaba oír. Para él, como para cualquier indígena, la palabra empeñada es sagrada ¿Cómo entonces se desdecía de esa manera el general Aranda?

-No, general -replicó- no son lo mismo. Yo no sé por qué lo dice usted.

-Lo digo por la última perrada que hicieron en La Campana.

Diciendo esto, se dirigió a uno de sus lugartenientes:

-Llámame a Rufina, dejemos esto bien claro.

Rufina llegó al momento. Entraron todos en la cabaña sede del estado mayor del ejército revolucionario del sur.

-Cuéntales a estos, que dicen que las cosas han cambiado, lo que hicieron en tu pueblo, ¡diles! cómo asesinaron y arrasaron con todo para arrebatarnos la tierra. ¡Diles! Que no hay diferencia entre el gobierno anterior, asesino y vendido a los finqueros, con el de hoy que permite estos abusos.

Rufina no acertaba a decir palabra, la voz del general en ese grado de indignación lo estaba diciendo todo. Con gran esfuerzo logró balbucear.

-Mataron a mi marido. Secuestraron a mi hija. Quemaron el pueblo.

Próspero Aranda la interrumpió.

-No voy a pedir a Rufina que dé su testimonio completo porque sería ahondar una herida muy dolorosa, pero delante de ella, que tiene desgarrada el alma, les puedo decir que no confiamos en un gobierno asesino que se alía a los finqueros y que no hay diferencia entre éste y los anteriores. Por eso no vamos a dialogar, la lucha es a muerte. Díganse al gobernador y a su capitán Canul. Díganles que se vayan al carajo.

Tzuc se levantó para pedir la palabra.

-Con todo respeto, general, déjeme decirle que cuando yo salí con el mensaje del gobierno para informar a usted que se aceptaba el diálogo, el capitán Canul me comentó que el gobernador Madariaga estaba profundamente indignado por los acontecimientos de La Campana y que, sin importar que hubieran sido policías encabezados por su jefe, el tal Urrutia, se iba a hacer justicia. Todavía me pude enterar, antes de irme, que ese mismo día lo habían detenido y que estaba en la cárcel para ser juzgado.

Fue un baño de agua fría para aquel ambiente de guerra. Próspero Aranda se quedó perplejo, el resto de los presentes expresó su incredulidad.

Tzuc agregó:

-Me lo aseguró el capitán Canul y él habla con la verdad; pero si no lo creen, es posible comprobarlo.

Se volvieron a oír voces de incredulidad. Llegaron a hacerse acusaciones de traición contra Tzuc y sus hermanos, hasta que el general, que se había quedado callado un buen rato, exclamó:

-Es más fácil comprobarlo, como dice el sargento Tzuc, que entrar en batalla. Enviaremos en este momento gente de absoluta confianza que lo corrobore. Como sabemos, hay partidarios nuestros en el ejército y en la policía, así que lo podemos comprobar con toda seguridad. En tanto, ustedes -dijo dirigiéndose a Tzuc y a sus hermanos- están detenidos y les suplico no abandonar el campamento.

Los pusieron bajo la custodia de gente armada en la misma choza donde habían esperado la primera vez.

-Más vale, Lorenzo -le dijeron- que el tal capitán Canul te haya dicho la verdad. Si no, de aquí no salimos; nos van a acusar de traición.

Tzuc estaba tranquilo, tan tranquilo como inquietos estaban los demás.

-Ya verán que lo que me dijo mi capitán es verdad y el general Aranda lo confirmará muy pronto.

Tzuc no podía darse el lujo de dudar <<Si algo sale mal, aquí nos fusilan>>, pensaba. <<Sólo falta que mal informen al general y yo tendré la culpa de que a todos nos lleve el demonio. Pero no puede ser, no hay razón para que mi capitán haya mentado>>. Se repetía una y otra vez para darse fuerza y no delatar su propia angustia.

Pasaron varios días encerrados en la choza, días de zozobra, hasta que una mañana entró Rufina dirigiéndose a Tzuc.

-Es cierto lo que dijiste, ya se lo comuniqué al general Aranda, yo misma fui a La Campana a comprobarlo y me contaron que, mientras vinimos aquí para unirnos a la revolución, otro grupo fue a denunciar los crímenes ante el nuevo gobernador y a ellos sí les hicieron caso. Ya vieron que el asesino Urrutia está en la cárcel y están dando su testimonio para que se haga justicia. Pero no saben de mi hija. ¿Tú sabes algo?

-No -contestó Tzuc- de ella no sé nada. Pero te prometo, cuando regrese, indagar todo lo que pueda.

Se oyó a sí mismo decir “cuando regrese”. Sí, era cierto, podrían regresar, se habían salvado, pero sobre todo, se había salvado la posibilidad del diálogo entre los revolucionarios y el gobierno.

En eso estaban cuando llegó Próspero Aranda acompañado de tres de sus comandantes. Los invitó a sentarse y, con toda calma, preguntó las condiciones del diálogo que planteaba el capitán Canul.

Tzuc se sentía eufórico. Rufina ya los había tranquilizado. Así que, con todo detalle, expuso los lugares que se proponían; el nivel de los negociadores, y la intención de evitar un baño de sangre.

Después de escuchar con cuidado, Aranda salió con sus acompañantes, conferenciaron largo rato, al cabo del cual regresó diciendo:

-Señores, les pido disculpas por el tiempo que tuvieron que estar aquí; ustedes comprenden que no podemos correr riesgos, no sólo por Rufina sino también por otros conductos sabemos que dijeron la verdad y no sólo eso, nos enteramos que ya se destituyó a todos los mandos de la policía y a buena parte los metieron a la cárcel y les están formando proceso. Eso nos regresa la posibilidad de negociar. Eso no había pasado nunca en estas tierras y por eso ya se tomó la decisión de aceptar el diálogo. Aceptamos el punto intermedio que propone el capitán Canul, nos reuniremos en el muelle de pescadores, en la ribera del río. Nosotros estaremos ahí en diez días. Dígales usted, sargento –le dijo a Tzuc- que no haremos concentración de tropas en ese lugar y que espero que ellos hagan lo mismo. Estamos hablando de buena fe. No trataremos con nadie más que no sean el gobernador Bernardino Madariaga y el capitán Gregorio Canul. Yo, por mi parte, estaré presente con la mitad de mi estado mayor. Intentemos que hablen las palabras antes que las balas.

XX. No es fácil ser soldado raso...

de un ejército revolucionario para un coronel del ejército federal, sin embargo Tomás Olivares se adaptaba bien a la situación y su mayor esfuerzo consistía en pasar desapercibido.

Efectivamente, tal como lo había anunciado el tío Juan, se llevaba a cabo una gran concentración de tropas en Espuela que era un lugar realmente pequeño, una estación sin pueblo, pero importante desde el punto de vista ferroviario porque ahí convergían un sin número de vías, había grandes talleres de mantenimiento y muchísimos vagones distribuidos en una vasta extensión. Se encontraba en medio de una zona desértica casi desnuda de vegetación, en la que el sol escaldaba la tierra y el polvo impregnado del olor a aceite y a carbón era penetrante. La tropa se encontraba acampada sin ningún orden aparente, la mayoría dentro de los vagones o en tiendas improvisadas con todo tipo de materiales.

En uno de los talleres se hallaba instalada la comandancia de todo aquel cuerpo de ejército. Hasta ahí llegaron Tomás Olivares, el tío Juan y Chema. Era imposible entrar, ni siquiera asomarse, así que decidieron sentarse a esperar una oportunidad atisbando a prudente distancia. No había pasado mucho tiempo cuando vieron salir al general Cedillo con un grupo de militares que parecían de alto rango.

-Ahí va el teniente coronel Zertuche -le informó Chema a Olivares- es el que camina detrás de Cedillo.

-Y ahí va, junto a él, Roberto Centeno, el asesino de tu padre -dijo Olivares, mordiéndose los labios de rabia.

Efectivamente, ahí estaba Robertito, vestido con flamante uniforme militar del ejército revolucionario y ostentando el grado de mayor. Olivares no pudo dejar de notar, con disgusto, que se movía con desenvoltura y que no había perdido su capacidad inagotable de caravanear a los poderosos.

No podían hacer nada, a pesar de que les hervía la sangre. Ni siquiera les habían dado un arma y aun suponiendo que la tuvieran, sería un suicidio matarlo en ese momento. Pero ya lo habían localizado y de ahí en adelante no le perderían la huella hasta que se presentara una oportunidad. Además, Olivares quería también recuperar el dinero que pudiera quedar en manos de aquel canalla, que con tanto cinismo se había trepado ya al alto mando revolucionario.

Desde ese momento decidieron no perderlo de vista.

-Nos vamos a turnar para seguirlo a prudente distancia, porque es más fácil que nos noten a los tres que a uno solo, tú Chema, haz la primera guardia -propuso el coronel.

Así lo hicieron, habían planeado, cuando supieran dónde dormía, secuestrarlo para obligarlo a entregar el dinero y después matarlo. Esa misma tarde, repentinamente, llegó Chema corriendo hasta el sitio en que Olivares y el tío Juan dormitaban plácidamente.

-Se van hoy -informó- ya están preparando la máquina y ya se están subiendo al tren.

Al asomarse, alcanzaron a ver que el general Cedillo y su estado mayor incluyendo a Robertito, abordaban uno de los pocos vagones de pasajeros que había en esa enorme concentración.

Buscaron a su sargento para tratar de enterarse de las noticias, pero no sabía nada, no había recibido ninguna orden de abandonar Espuela.

Decidieron indagar por cuenta propia. El tío Juan sabía algo de trenes porque algún tiempo había trabajado como garrotero, así que haciéndose pasar por peón de vía, empezó a hacer plática a los ferrocarrileros que con el mayor apresuramiento posible preparaban la salida de un convoy de tres largos trenes que escoltarían al vagón del estado mayor, que iría en medio.

-Van rumbo a la capital, parece que ya cayó el gobierno provisional y habrá una gran convención de jefes revolucionarios -le comentó el jefe de vía.

Eso sí les complicaba las cosas, pues todo hacía pensar que su compañía se quedaría en Espuela.

-Podemos subirnos a uno de los trenes escolta, haciéndonos los equivocados -propuso Olivares.

-Es muy peligroso -contestó el tío Juan-. Sobre todo para usted, coronel, que luego luego se le nota en el hablar que no es de aquí.

-Pero no nos podemos quedar rezagados mientras se alejan esos trenes y se nos escapa Centeno -terció Chema- a quien ver de cerca al asesino de su padre le había reavivado la rabia y el odio que sentía por aquel hombre.

En eso, notaron que se empezaban a incorporar más trenes al convoy, se dirigieron a su compañía. Su sargento, a pesar del compadrazgo con el tío Juan, los reprendió:

-¡Carajo con ustedes tres! hace horas que los busco, hay que subir al tren que está hasta allá adelante. Tenemos orden de salir de inmediato.

-¿Hacia dónde mi sargento? -preguntó Juan.

-¡No sé! Aquí se cumplen órdenes, no se hacen preguntas -contestó de mal humor-. Por cierto, ya llegaron las armas, en el tren las vamos a distribuir.

Subieron a un vagón de carga. La orden era salir de inmediato, pero el movimiento de trenes no era sencillo y Juan dedujo que tardarían horas en irse.

-Voy a ver de qué me puedo enterar con los ferrocarrileros -les dijo-. Si me deja el tren, prométanme que no quedará impune el crimen de mi hermano.

-Claro que no, pero apúrese -contestó Olivares-. Si averigua que el tren no va a la capital, hay que bajarnos.

Los ferrocarrileros estaban muy ocupados, así que el tío Juan optó por ayudarlos para escuchar lo que decían, esperando un momento oportuno para hacer plática. Se enteró que no habían salido porque necesitaban más carbón, que llegaría de un momento a otro. Supo también que el general Cedillo los había maltratado, molesto por el retraso, porque consideraba importante llegar a tiempo a la convención con una gran fuerza de tropa para hacerse oír; dado que los revolucionarios, después de la caída del gobierno provisional, habían entrado en una lucha de intrigas y traiciones para apoderarse del mando, sabían que si la convención fracasaba, se desencadenaría una lucha fratricida peor de la que habían tenido para derrocar al gobierno federal.

El jefe de vía estaba enojado y platicaba en voz alta con el telegrafista de la estación, que aparentemente tenía mucha más información. Se hallaban sentados tomando un café cerca de una pila de carbón, que el tío Juan ayudaba a palear al carro alimentador de una de las máquinas. Trataba de trabajar lo más cerca posible de ellos para enterarse de las noticias. Cuando acabaron de subir el carbón, se acercó a saludar con la mayor naturalidad que pudo. Casi no le hicieron caso y siguieron platicando entre ellos como si nada.

-Nosotros los ferrocarrileros apoyamos el movimiento -decía el jefe de estación- pero ahora ya no se sabe qué va a pasar y qué pretende cada uno de los jefes revolucionarios. Se acusan de traidores entre sí y uno no tiene forma de saber quién tiene razón.

-Están a punto de matarse unos a otros por pura ambición y lo peor es que toda esta gente no es más que carne de cañón para sus ambiciones. Debería ver la cantidad de órdenes y contraórdenes que llegan por el telégrafo. Qué bueno que se van porque esto es un caos.

El tío Juan aprovechó para terciar:

-¿Y todos los trenes van a la capital?

-Sí -contestó el jefe de vía casi automáticamente- pero se levantó de ahí con el telegrafista para seguir platicando en privado.

-Allá hay más carbón que palear -le señaló cuando se alejaba.

-Sí, mi jefe -contestó el tío Juan, quien ya había oído suficiente. Apenas lo perdieron de vista, aventó la pala y se fue a su vagón donde lo esperaban Olivares y Chema. Les contó lo que había oído y se tranquilizaron.

-Pues vámonos a la capital -dijo Chema con determinación. En el camino habrá muchas paradas y ya se dará una oportunidad de matarlo.

-Quién sabe si este tren en el que vamos va a ir cerca del que lleva al estado mayor -replicó Olivares- pero como tú dices, ya habrá una oportunidad en el viaje o en la ciudad. Por lo pronto, hay que seguir aquí; así como vamos, vamos bien.

El tren en que viajaban resultó ser el primero del convoy. Prácticamente no iban oficiales en él, sólo tropa. El primer tren era el que corría más riesgo de ser atacado, volado con dinamita o con la sorpresa de encontrarse con la vía levantada, o con una "máquina loca" enviada a toda velocidad en sentido contrario, por eso casi no llevaba oficiales, ni municiones, simplemente se llenaba con lo que era más fácil de reponer, gente, soldadesca que no entendía con claridad el propósito de aquella misión.

Ya en el viaje, el sargento les dio sus fusiles, cosa que a la mayoría de los soldados les infundió gran entusiasmo.

El coronel Olivares comentaba en voz baja con Chema y el tío Juan.

-Este tren está repleto de tropa para que abra vía y corra todos los riesgos y estos fusiles son un modelo bastante anticuado, pero no se trata de pelear, sino de apantallar con ellos. Se trata, por lo visto, de llevar un gran número de gente armada para que el voto del general Cedillo tenga peso en la convención. En eso se desgastan los revolucionarios, en luchas internas por ambiciones personales. Da pena pensar que toda esta gente puede ser sacrificada sin ningún miramiento. Ojalá la convención tenga éxito; si no, todas estas tropas revolucionarias que está acercando cada jefe, se matarán entre sí.

En el camino a la capital no volvieron a saber nada del tren en que viajaba el estado mayor. Se suponía que los iba siguiendo, pero nadie sabía a qué distancia y en las paradas que iban haciendo nunca lo vieron. Eso los ponía nerviosos. Ninguno de los tres creía en la revolución ni tenía entusiasmo por llegar a la capital; su único deseo era la venganza y el hecho de perder de vista el tren en que viajaba Centeno les

hacía temer que sería muy difícil volverlo a localizar y tener la oportunidad de secuestrarlo como lo habían planeado.

El tren bufaba y su traqueteo los iba hipnotizando para reafirmar una sola idea: venganza. Era un viaje muy penoso en que se deterioraban a cual más las condiciones de higiene y la tolerancia de la soldadesca que parecía haber intuido cómo estaba siendo utilizada. Los vagones de carga en que viajaban unían al calor insoportable, una desagradable sensación de encierro. Peleaban por el poco aire puro que entraba por algunos huecos de las paredes y que no era suficiente para librarse de los humores del piso, que parecían pegarse al cuerpo en forma de sudor. En las paradas, que eran muy frecuentes, a pesar de la oposición del sargento, los soldados trataban de bajar del tren para estirar las piernas y hacer sus necesidades. Soldados de leva, más de uno intentaba adentrarse en la arena humeante del desierto para desertar, pero había en el techo de los vagones francotiradores que los cazaban sin misericordia.

El tío Juan convenció a su compadre, el sargento, que los dejara ayudarlo a controlar la tropa, lo cual les permitía bajar en cada parada para librarse aunque sea por un rato de la asfixia del vagón. Las paradas, aunque frecuentes, eran cortas. El convoy tenía urgencia de llegar a la ciudad de México para hacerse presente en la convención, por eso las soldaderas viajaban en los últimos trenes y no podían atender a sus juanes.

Conforme el tren avanzaba, el desierto se fue transformando, primero con más abundancia de cactus y huizaches, después con algunas cañadas verdes donde se adivinaba una corriente de agua. El entorno se transformaba conforme subían al altiplano. El campo se fue llenando de pirules y empezaron a verse tierras de cultivo, la mayoría abandonadas por culpa de la bola. La planicie cedía terreno a la cordillera, el aire fresco olía muy diferente a la arena calcinada del desierto y los cerros se poblaban de árboles y ganado. La arena y el pedregal acabaron por ceder terreno al verdor de los valles centrales, donde se alojaban pequeños caseríos, colindantes con las faldas de la cordillera sembradas de inmensos bosques de coníferas. El convoy no paró en ninguna población, pero el cambio de atmósfera y de horizonte fue un alivio que acabó haciendo casi placentero un viaje donde al peligro se sumaba las pobres raciones de agua y comida. Para Chema, alejarse de esas llanuras arenosas, estériles, salvajes, donde siempre había vivido y en las que el hombre sobrevive en una lucha sin tregua contra la escasez de todo, fue más que un alivio, una sorpresa.

Por fin, después de varios días, llegaron a las goteras de la capital. Ahí levantaron el campamento. Los tres trataban de averiguar el paradero del tren donde iba el general Cedillo con su estado mayor. Nadie lo sabía a ciencia cierta. Las órdenes eran esperar en estado de alerta las instrucciones que pudieran darse.

-No podemos quedarnos aquí sin saber nada. Habrá que largarse a la primera oportunidad – se decían.

La empresa era complicada, el campamento tenía guardias día y noche con orden de disparar a los desertores. Una noche, el sargento llamó al tío Juan y lo incorporó a una de las guardias. Era la oportunidad. Se pusieron de acuerdo. Sería fácil para Chema y el coronel escabullirse sin mayor problema y el tío Juan los seguiría más tarde.

-Espero no meter en un gran lío a mi compadre -comentó- pero es ahora o nunca.

-No creo que sea conveniente llevarnos estos fusiles -murmuró el coronel-. Además de que meteríamos en un problema todavía más grande a su compadre que nos ha tratado bien, despertaríamos suspicacias al llegar a la ciudad.

-Pero tampoco podemos andar sin armas -respondió el tío Juan.  
Chema, sin decir palabra, abrió su itacate y desenvolvió una pistola.

-¿De dónde la sacaste? -le preguntaron.

-Se la robé a un sargento borracho, que seguro todavía la anda buscando. Pensé que nos sería útil cuando nos fuéramos de aquí.

-Claro que nos es útil -dijo Olivares dándole una palmada.

Todo salió a pedir de boca, forzaron el paso y en las primeras horas de la mañana estaban entrando a la capital del país.

Ninguno de los tres había estado ahí antes ni tenían idea de su magnificencia, de la riqueza arquitectónica de sus edificios alineados en rectas calles adoquinadas vigiladas por balcones enmarcados en cantera, donde el barroco colonial combinaba con el rojo sangre del tezontle; de la profusión de iglesias, con cúpulas majestuosas, algunas cubiertas de explosivos colores en brillante mosaiquería de talavera y torres esbeltas que lucían su campanario señalando al cielo transparente y azul.

Llegaron a una anchísima avenida arbolada, plagada de monumentos históricos.

El coronel Olivares iba eufórico tratando de verlo todo, de gozar la belleza de la ciudad y de comentarla con Chema y el tío Juan, quienes sólo abrían la boca, pero no lograban articular palabra.

-Esto es magnífico –les decía lleno de entusiasmo- yo sabía que era una gran ciudad, pero nunca me pude imaginar lo que estamos viendo.

-Cómo puede haber tanta diferencia entre esta ciudad y nuestros pueblos – decía Chema hipnotizado por lo que veía conforme se adentraban en aquellas calles donde todas las construcciones que no eran iglesias le parecían palacios.

-Es que allá en el norte somos muy pocos y estamos muy pobres –trató de explicar el tío Juan lo que, para él también, era abrumador.

Sin embargo, aquella grandeza estaba sumida en el caos. Había por todos lados pequeños grupos de soldados revolucionarios que se veían y se sentían fuera de lugar. Los habitantes de la gran ciudad se habían encerrado en sus casas y los pocos que salían lo hacían con prisa y temor. Se veían montones de basura en casi cada esquina y se respiraba un olor penetrante a podredumbre y angustia. La gente de los barrios se había volcado hacia el centro, hambrienta de noticias y de pan.

Decidieron ir ellos también hacia el centro para tratar de orientarse y saber qué pasaba. Conforme avanzaban en dirección a la gran plaza mayor la tensión iba creciendo y el número de revolucionarios y desarrapados aumentaba..

Hicieron un alto. Todo era confuso en su cerebro, la capital era enorme y no sabían a dónde dirigirse, sólo querían adentrarse en la ciudad y buscar la forma de localizar a Centeno. Se sentaron a descansar a la sombra de árboles centenarios en una de las bancas de un parque bellissimo, que a pesar de estar descuidado y sucio conservaba una serena frescura que los reconfortó. Ahí, Chema recogió un periódico, era de varios días atrasado, pero para ellos tenía noticias frescas. El coronel Olivares leía con avidez.

La convención de los jefes revolucionarios se seguía reuniendo y, aunque tenían diferencias, no se habían roto las pláticas. La seguridad de los habitantes de la capital estaba en manos de las fuerzas de uno de ellos, cosa que le daba tal preponderancia sobre los demás, que ya se autonabraba “Guía de la Revolución”. Había hambre en la ciudad, así que en las pulquerías de los barrios pobres las autoridades revolucionarias habían instalado centros de abasto, donde repartían un cuartillo de maíz y un cucharón de caldo de habas.

Con todo ese caos, la ciudad no estaba destruida gracias a que el gobierno provisional se desmoronó tan rápidamente, que no presentó batalla en su defensa y la abandonó al presentarse las primeras fuerzas antagónicas.

Se enteraron que el general Cedillo era uno de los convencionistas y concluyeron que, sin duda, por ahí andaría Centeno.

Muchas de las familias adineradas de la ciudad habían huido, abandonando sus casas, que habían sido ocupadas por los jefes de las distintas facciones. El periódico lo calificaba de un despojo por parte de los caudillos de las distintas fuerzas que ocupaban la ciudad y mencionaba a los principales, señalando el nombre del legítimo dueño y la dirección de la mansión de la que se había apropiado cada uno. Ahí enlistada, entre otras muchas, señalaban la casa que ocupaba el general Cedillo en una de las colonias más distinguidas de la ciudad.

-Esto es todo lo que necesitamos saber -comentó Olivares-. Si el general está ahí, seguro que Roberto Centeno también. Vamos a instalarnos en algún lugar y a partir de mañana buscamos esta casa y mantendremos guardia frente a ella hasta encontrar a Centeno.

Se dirigieron a los barrios más viejos, atrás del centro. Poco a poco la ciudad se fue achaparrando, las calles adoquinadas cedieron terreno a callejones pedregosos con charcos malolientes y el orden se tornó en hacinamiento. Con el poco dinero que llevaban, sólo pudieron rentar un cuarto en una vecindad muy humilde. Las vecindades eran el refugio de los pobres, no consistían más que en hileras de cuartuchos, con un fogón al frente, alineados desde la calle hasta el fondo del solar. Tenían un patio en medio dónde se alojaban lavaderos y baños comunes. En cada cuarto vivía una familia y en el patio central pululaban niños jugando, vecinas chismeando y ropa tendida.

Tuvieron suerte de que la portera les rentara uno de esos cuartuchos por unos días, ya que el inquilino anterior se había ido sin pagar la renta. Adelantaron una semana y lograron acomodarse ahí. Era un lugar oscuro, con una pequeña ventila arriba de la desvencijada puerta de madera que lo separaba del patio. Por la falta de aire y el abandono, estaba sucio y pestilente. Chema no comentó nada, pero reconoció que la fea cara de la pobreza podía ser todavía peor aquí que en su tierra, dónde al menos la íntima convivencia con la naturaleza y el resplandor del horizonte, la maquillaban un poco y la hacían más llevadera.

Estaban exhaustos, sobre todo el coronel Olivares, que desde que lo baleara Robertito no había podido recuperarse totalmente. Por eso le dejaron la única cama de aquel cuartucho, Chema y el tío Juan se tendieron en unos petates abandonados en un rincón.

En unas horas despertaron. Estaban cansados, pero les carcomían el hambre y la curiosidad. Mandaron a Chema por provisiones.

-Si puedes, fórmate en una pulquería por la comida que te den y compra algo más con este poco dinero. Nosotros vamos a localizar la casa en que está Cedillo. Tenemos que conocer todos los movimientos de Centeno, porque aquí no va a ser fácil secuestrarlo.

Caminando y preguntando mucho, localizaron la casa que ocupaba el general Cedillo; no estaba demasiado lejos de la vecindad donde vivían y sintieron que por fin había llegado su oportunidad, así que se organizaron rápidamente, el viaje había sido largo, lleno de peligros e incomodidades, pero ahora sentían que todo había valido la pena. Su objetivo estaba al alcance de la mano.

Chema consiguió más provisiones de las que se podía esperar y la primera guardia la hizo el tío Juan, pretendiéndose limosnero.

El coronel Olivares seguía interesado en vengarse de Robertito y recuperar lo más que se pudiera del dinero, pero también estaba obsesionado por los acontecimientos. Ahí en la capital, en ese momento, se podían tocar la historia y el destino del país.

XXI. Aquello era una putrefacción...

Valente Garduño se tapó la boca tratando de contener la náusea. Había bajado al sótano del cuartel para verificar por sí mismo el macabro hallazgo que acababan de hacer en la revisión que había ordenado de todo el edificio. Junto a lo que habían sido los separos de las celdas de castigo, había un cuarto para interrogar a los presos, que no era otra cosa que una cámara de tortura y al fondo un cementerio clandestino, una gran fosa común donde iban a dar aquellos que tenían la desgracia de morir en manos de la bestialidad de sus verdugos. Ahí se arrojaban sus cuerpos desnudos que se cubrían con cal viva para borrar todo vestigio de su existencia y sobre todo de la injusticia y el crimen del que habían sido víctimas en manos de la policía, mezclado con esa macabra masa humana.

Yacía el cadáver de Esperanza ya irreconocible, carcomido por la cal, confundido con muchos otros despojos. Ahí estaba ella como tantos más, asesinados con la impunidad que hasta ese día se cobijaba en el contubernio de los asesinos.

Valente vio aquello con la quijada temblorosa, con los ojos anegados y con las manos crispadas. Así que el genocidio era cierto como lo suponía, pero más cierto al verlo en toda su crudeza.

Desde que el cuerpo de policía estaba a su mando, había iniciado una depuración de aquella corporación que se había ido pudriendo a medida que los grandes intereses compraban al gobierno y los pequeños a los gendarmes. Todo parecía estar arreglado para la corrupción, partiendo de los sueldos de la gendarmería, que eran tan precarios que se esperaba los completaran esquilmando a la gente. Todo estaba permitido, la única regla era evitar el escándalo y para eso bastaba con respetar a los ricos; con ellos sí, cumplir la ley y ponerla a su servicio. También los oficiales participaban de aquel botín, en primer lugar quitando un porcentaje de sus escasos haberes a todo el personal, quedándose con parte del dinero destinado a alimentos y uniformes, y finalmente exigiendo una especie de renta a cada policía, renta que no era otra cosa que un porcentaje de los sobornos que obtenían en cualquier tarea que se les asignara.

Valente Garduño había consignado no sólo a los altos mandos, sino a más de la mitad de los oficiales, pero aquellas prácticas estaban tan generalizadas que parecería que iba a terminar quedándose sin personal.

En menor medida, pero aún aquellos que había nombrado desde el primer día para sustituir a los que consideraba el enclave de la corrupción de Nicanor Urrutia, tenían

un historial que no escapaba del todo a la inercia inevitable que había ido empujando a toda la corporación.

Valente comentaba esta situación con el capitán Canul, mientras esperaban ser recibidos por don Bernardino.

-Es vergonzoso -le decía- ya tengo miedo de seguir investigando porque no hay uno que se salve y temo que no va a haber quien cierre la puerta de la cárcel si seguimos por este camino.

-No importa -contestaba Canul- meta gente nueva que, aunque no sepa nada, por lo menos tampoco estará llena de mañas.

-Es lo que pienso, pero no es fácil entrenar de la nada a tanta gente.

En eso, los invitaron a pasar al despacho del gobernador. Don Bernardino se encontraba de magnífico humor contra lo que esperaban, porque a ellos dos los problemas los mantenían agobiados.

-Pasen, señores -les indicó con una sonrisa- pasen, por favor. Los dos me pidieron acuerdo. Como creo que los asuntos de ambos están íntimamente relacionados, pensé que podríamos analizarlos entre los tres con mayores posibilidades de éxito.

Se miraron el uno al otro, los dos querían y respetaban al viejo pero sentían su actitud tan optimista fuera de lugar, como si no fuera consciente de la situación que estaban viviendo.

Don Bernardino pareció adivinar sus pensamientos porque les dijo:

-Los veo ensimismados y fúnebres ¿Es que me traen alguna mala noticia?

-No señor-, contestaron al unísono.

-Es sólo -agregó Valente- que las cosas están muy complicadas y no parece que podamos avanzar fácilmente.

-Fácilmente no, pero estamos avanzando. Corríjanme si me equivoco. En el plano político, hemos logrado mantener el diálogo con el congreso. Será porque lo aterroriza la cercanía de las fuerzas revolucionarias, pero nos ha apoyado; sobre todo ha mantenido el estado de excepción sin ningún escándalo. Todavía el gordo Rivas cree que va a regresar Severiano Castillejos y hay que mantenerlo en esa idea, a pesar de que los rumores que aseguran que está en manos de los revolucionarios cada vez se extienden más. Afortunadamente, Rivas es tan cobarde que sólo oye lo que le conviene y no hay peor sordo que el que no quiere oír.

En cuanto a la situación militar, en dos días, si Próspero Aranda cumple su palabra, empezamos a negociar con los revolucionarios ¿No es eso lo que queríamos? Por

eso pienso que estamos avanzando y que, dentro de las circunstancias, tenemos derecho a no perder la confianza.

-Sí gobernador -contestó Valente- tienes razón. Lo que sucede en mi caso, es que vengo de constatar algo que, si bien ya lo suponíamos, es muy amargo: la cantidad de crímenes que se han cometido dentro del propio cuartel de policía. Lo sabíamos por los testimonios de los gendarmes que hacían de carceleros; por eso nos pusimos a buscar. No fue difícil encontrar una fosa clandestina cubierta por una tarima de madera al fondo del sótano. Ignoro cuántos cadáveres hay ahí, aquello es un espectáculo espantoso, son osamentas y despojos humanos cubiertos con cal. Todavía, todavía tengo esas imágenes metidas aquí, perforándome el cerebro -dijo con la voz quebrada, golpeándose la cabeza.

Don Bernardino congeló la sonrisa, aventó una carpeta con la que había estado jugueteando y exclamó con voz grave:

-Vamos, quiero verlo por mí mismo. ¡Vamos ahorita!-. Y se adelantó con paso firme.

Saber algo es muy distinto a constatarlo y tocar la maldad humana de esa manera en un espectáculo dantesco de crueldad e injusticia, es muy doloroso. Aquellos tres hombres habían vivido y visto lo suficiente para que se les endureciera la piel. Canul y Valente por su trabajo y don Bernardino por su edad, pero aquello sobrepasaba todo lo imaginable. Contemplaron en silencio un largo rato lo que no hubieran querido ver en su vida y, finalmente, con el estómago revuelto y lágrimas en los ojos, se arrancaron de ahí.

Regresaron al palacio de gobierno sin decir palabra. Ya en el despacho don Bernardino preguntó a Valente:

-¿Por qué me dijiste que no había novedad si acababas de descubrir esa fosa llena de cadáveres?

-Porque, ya sabíamos la cantidad de crímenes y desapariciones que habían hecho estos desgraciados y no creí que quisieras verlo por ti mismo.

-Yo no sé por qué Canul y tú tienen la tendencia a mantenerme encerrado en esta oficina ¡No soy un anciano y no soy un imbécil! ¡Quiero ver y hacer las cosas por mí mismo! -dijo alzando la voz-. Pero tienes razón, esto ya lo sabíamos, aunque es diferente saberlo a constatarlo y poder probarlo ante los tribunales. Con este descubrimiento macabro, los crímenes de esta gentuza quedan más que comprobados. Da aviso de inmediato al procurador, hay que identificar a las víctimas y desenmascarar a los responsables, y llega hasta el fondo del asunto, no sólo con

los sicarios, sino con los autores intelectuales. Quiero instruirles causa formal para echarles el guante en cuanto estemos en posibilidad. No es creíble el estado de putrefacción en que estaba la policía, hay que acabar la investigación y sanearla de una buena vez.

-De eso te quería informar. Tengo motivos para dar de baja a más de la mitad y de esos consignar a la mayoría, pero hay dos problemas: sustituirlos por gente nueva totalmente impreparada a la que nos llevará un buen tiempo entrenar y meter en prisión a tantos que en nuestras cárceles, abarrotadas desde siempre, ya no cabrían o enviarlos a la calle donde empezarían a delinquir sin remedio, porque es lo único que saben hacer.

Don Bernardino se quedó pensativo. Se levantó de su escritorio y empezó a pasearse por el enorme despacho que había heredado de Castillejos. Iba de un lado a otro ensimismado y se detenía de repente haciendo un ademán hacia la nada. Al cabo de un buen rato, regresó al escritorio. Parecía que acababa de terminar un complicado rompecabezas. Mandó llamar al procurador del estado, comenzó a escribir algunas notas y, una vez que llegó, les expuso sus ideas:

-Vamos a aprovechar que en este momento tengo poderes extraordinarios, gracias al estado de excepción que decretó el congreso, para cambiar las cosas de una vez. Sabemos que hay en las cárceles muchos inocentes a los que se les han fabricado delitos arbitrariamente. Yo ya había pensado revisar esa situación, pero no quería atropellar al poder judicial; Sin embargo, ahora es el momento. Quiero que la procuraduría examine los expedientes de los detenidos y se prepare de inmediato el indulto, que yo firmaré, de todos los que estén condenados por delitos menores. Por menores entiendo deudas, pequeños robos, riñas donde no haya habido lesiones graves y hasta pequeños fraudes. Saldrán bajo la condición de que se enrolen en el ejército hasta el fin de su condena.

Canul se llevó la mano a la frente.

-¿Y qué vamos a hacer con ellos si no tienen entrenamiento militar y no podemos tenerles la menor confianza?

-Los pondremos a trabajar -dijo don Bernardino muy seguro de sí mismo-. Necesitamos arreglar los caminos, hacer labores de mantenimiento en todos lados, abrir nuevas brechas. Podemos hacer aguajes y pequeñas obras hidráulicas. Todo se hará bajo la dirección y vigilancia del ejército.

-¿Y con qué les pagaremos? Porque si trabajan, supongo que habrá que pagarles -preguntó Canul.

-Por supuesto -contestó el gobernador y con la mayor naturalidad, dejando caer las palabras, agregó: -Vamos a imprimir papel moneda en el estado. Eso revivirá la economía y saldremos de esta penuria en que nos encontramos. Lo haremos con responsabilidad, no imprimiremos un solo billete que no esté respaldado por la producción de algún bien. Ya lo he estado discutiendo con el secretario de finanzas.

Los interlocutores de don Bernardino se quedaron pasmados. Ellos no sabían de economía, pero les parecía que había algo irreal o ingenuo en el plan. Sin embargo, no dijeron nada porque, además de que no tenían argumentos, la situación del estado era desesperada.

-En relación con los policías que quieres dar de baja -continuó don Bernardino lleno de entusiasmo- los dividiremos así: los que tengan delitos graves irán a la cárcel, ahora sí van a caber; los que tengan delitos menores o simplemente los quieras dar de baja, serán contratados como trabajadores en este plan, muy vigilados por el ejército.

Canul y Valente se volvieron a ver asombrados. La idea sonaba bien, pero no creían que fuera posible. A falta de argumentos económicos, Canul esgrimió razones militares.

-No podemos ahorita distraer soldados para vigilar y dirigir al ejército de trabajadores que vamos a tener. Recuerde, señor gobernador, que casi estamos sitiados por las fuerzas de Próspero Aranda y que no sería difícil que muy pronto tengamos que entrar en batalla.

-Dentro de dos días empezaremos las pláticas con ellos y yo confío que de alguna forma nos podremos entender. Como le dije, Canul, en este momento nuestra mejor arma es ética; no tenemos mucha fuerza militar, tengamos por tanto fuerza moral. Usemos la contundencia de la razón y de la justicia. Si Próspero Aranda no entiende ese lenguaje, estamos perdidos, pero al menos tendremos la satisfacción de haber hecho bien las cosas en el tiempo que estuvieron bajo nuestra responsabilidad. No creo que nadie esté obligado a más, pero tampoco a menos. Nunca confiamos mucho en que nos podrían llegar las armas y municiones que supuestamente fue a comprar el coronel Olivares. Ahora sabemos que en definitiva, no contamos con ellas y mucho menos con refuerzos de ninguna especie. Sabemos que el país entero está en manos de los revolucionarios, ya no hay poderes federales, porque acaba de caer el gobierno provisional. Así que lo que aquí suceda no es más que consecuencia de esa situación. Confiemos en que nos vamos a

entender con Próspero Aranda porque los dos, por diferentes caminos, queremos el bien de la gente. Confiemos en que podremos negociar la entrega del gobierno del estado y de la ciudad sin derramar sangre, sin abusos y respetando las garantías individuales. Acuérdesse, Canul, de nuestra conversación cuando empezamos todo esto, usted me asignó una misión: evitar el baño de sangre y negociar una entrega bajo condiciones de respeto a la vida y bienes de la población. Parece que ese momento está por llegar. Será difícil, pero es lo que habíamos estado esperando, porque además no tenemos otra alternativa. Espero que no tengamos que entrar en batalla. Espero que no terminemos fusilados. Espero que la historia nos comprenda. Espero -concluyó estrechándole el brazo- que Dios nos proteja.

## XXII El puerto fluvial...

donde se encontraba el muelle de los pescadores estaba muy cerca de la ciudad, por eso al capitán Canul le extrañó sobremanera que Próspero Aranda lo aceptara como punto de reunión para llevar a cabo las pláticas con el gobierno. Su naturaleza militar se inquietaba por instinto cuando no entendía la lógica de una decisión. Habían determinado, contra su opinión, acudir a las pláticas con una pequeña escolta de soldados que acompañarían sólo hasta la puerta a los negociadores encabezados por el gobernador, don Bernardino Madariaga; el licenciado Adolfo Rivas, presidente del congreso; y el presidente del poder judicial; el secretario del interior, el procurador de justicia del gobierno del estado y él mismo como comandante de la plaza.

-No sé si Próspero Aranda aceptó venir hasta aquí y salir de la selva por torpeza o por exceso de confianza -comentaba Canul con don Bernardino cuando bajaban del carruaje, que se había detenido frente a la capitanía de puerto, donde se acondicionó el lugar para las negociaciones.

-Espero que el exceso de confianza al que usted se refiere, sea también confianza en nuestra palabra y nuestra buena fe.

-Yo también lo espero, aunque me refería a la tranquilidad que puede darle el saber que tiene gente en todo el estado y conocer nuestra imposibilidad para distinguir qué trabajador o qué campesino esconde un revolucionario.

El capitán Canul estaba nervioso, había tratado de convencer a don Bernardino que no se presentara hasta que llegara Próspero Aranda, porque ninguna de las patrullas militares que había enviado, le había reportado movimientos importantes de las fuerzas revolucionarias y temía que no llegara nadie a las negociaciones, o peor aún, que les tendieran una trampa. Esto último le angustiaba por la responsabilidad que tenía de proteger al gobernador y por la gran estimación que sentía por don Bernardino.

Su deber de militar era no confiarse y prever cualquier imprevisto o hasta una emboscada; sin embargo, su condición de indígena y la certidumbre que tenía en las promesas de sus hermanos de raza, lo hacían esperar que todo se haría conforme a la palabra empeñada.

Había expresado sus temores a don Bernardino, pero éste, con lo que Canul juzgó como un exceso de confianza, simplemente había dicho:

-Hemos estado esperando el momento de dialogar y por fin ha llegado. Vamos adelante, no está la situación para demasiadas precauciones.

Subieron a la capitanía de puerto. Cuando Canul iba a repetir sus aprensiones vieron cómo se acercaba río abajo un barco camaronero. Era "La Flecha", que enseñaba sus improvisados dientes, dos ametralladoras emplazadas a los lados y un pequeño cañón en la proa. En el puente de mando iba Librado, ahora capitán de la marina revolucionaria.

Canul sintió que se confirmaban sus temores.

-Si ese cañón dispara estamos perdidos –advirtió- ¡Vámonos, es una trampa! Pero don Bernardino no se movió, simplemente hizo un ademán de calma y le dijo:

-Váyase usted, por si acaso tiene razón, la ciudad lo necesita, defiéndala lo mejor que pueda. Yo aquí me quedo. Si no es una traición y quieren dialogar, aquí me van a encontrar. Sólo le pido que de nuestra parte no salga el primer disparo. El gordo Rivas no abrió la boca, con sus carnes tan fofas como su carácter, salió corriendo tanto como se lo permitieron sus escasas piernas. Los demás no se movieron.

Canul no sabía que hacer. Todo quería menos dejar a don Bernardino en esa situación, pero estaba recibiendo una orden de su gobernador.

-¡Vaya usted! -le gritó don Bernardino.

Canul no tuvo más remedio que obedecer. Se quitó la pistola y se la entregó.

-Sí, ya entiendo, será mejor que no me agarren vivo -dijo con toda calma fajándose la pistola a la cintura.

Canul salió. Estaba lleno de rabia y con lágrimas en los ojos. Si aquello era una traición, se derrumbaba todo en lo que él creía, todo lo que lo había sostenido en la vida, su fe en sus hermanos de raza y su honor militar. Todavía no pasaba nada, pero ya estaba dispuesto a defender la ciudad a sangre y fuego y hacerles pagar cara esa ruindad.

Sentía que se le encogía el corazón al ver la dignidad con la que el viejo se enfrentaba a, lo que él juzgaba, un martirio inútil. Aquel hombre que era su mejor amigo y a quien consideraba un segundo padre, estaba cayendo en esa trampa por su exceso de confianza, por su imperdonable incapacidad como militar.

Decidió que no se podía ir, a pesar de las órdenes del gobernador. Cuando salió, llamó a uno de los soldados de la escolta.

-Dame tu uniforme –le ordenó.

Cambió uniforme con él y lo instruyó:

-Te quedas a prudente distancia. Si hay disparos, galopas hacia la ciudad a dar la alarma.

Vestido como un soldado raso, esperó con la escolta preparada para entrar en acción a pesar de la diferencia de capacidad de fuego.

-Nada podemos contra ese cañón, pero si lo quieren agarrar vivo, aquí se mueren -les dijo a sus soldados.

Don Bernardino observó impávido cómo "La Flecha" se acercaba lentamente hasta atracar en el muelle. Desde ahí reconoció a Librado. Sabía su parentesco con Castillejos, lo que de momento lo desconcertó. Observó descender a seis indígenas armados hasta los dientes, acompañados del propio Librado, que se dirigían rumbo a la capitanía de puerto donde ellos estaban esperando. Sacó la pistola de Canul, la amartilló y empuñándola metió la mano en la bolsa del saco. Respiró profundo y se volteó hacia la puerta. El primero en entrar fue Librado. Canul, que estaba afuera, lo dejó pasar sin darse a conocer. Librado, que conocía a don Bernardino de tiempo atrás, lo saludó con respeto.

-Buenos días, don Bernardino, disculpe el retraso del que yo tengo la culpa. Aquí está el general Próspero Aranda con la mitad de su estado mayor.

-Que pasen -dijo don Bernardino con la voz cortada por la resequedad de la garganta- los estamos esperando.

En pocos segundos entraron todos. Canul seguía agazapado dejándolos pasar sin saber que hacer, dada la orden de don Bernardino: "Si no es una traición y quieren dialogar, aquí me van a encontrar".

-Pase, mi general -pidió Librado e hizo las presentaciones-. Éste es don Bernardino Madariaga, gobernador del estado.

Próspero Aranda le tendió la mano. don Bernardino soltó la pistola y tratando de limpiar el sudor de la mano en el forro de la bolsa del saco, se la extendió.

-Mucho gusto, general, espero que nos entendamos.

Canul apretaba la mandíbula por la tensión, había mandado traer un cañón ligero, con instrucciones de emplazarlo entre la maleza, pero sabía que eso iba a tardar demasiado. Esperó momentos interminables. No sabía qué hacer. Vio salir a Librado. Comprendió de pronto que el cañón de "La Flecha" dejaba de ser peligroso si Próspero Aranda y don Bernardino estaban en el mismo cuarto. Se empezó a reír de sí mismo, no había pasado nada, sus temores eran infundados; se sintió también un poco ridículo, volvió a cambiar uniforme con el soldado y entró en el cuarto de reunión.

Don Bernardino lo presentó:

-El capitán Gregorio Canul, comandante de la plaza, quien es parte de mi grupo para estas pláticas.

-Mucho gusto -dijo Próspero Aranda-. Hemos oído hablar mucho de usted y confiábamos que nos acompañaría en las negociaciones.

-Le pido una disculpa por mi retraso, general -contestó Canul- pero ya estoy aquí a la orden -añadió mirando al gobernador.

-Al capitán lo demoró un pequeño malentendido, que afortunadamente ya se aclaró ¿No es cierto capitán? -completó don Bernardino con sorna.

-Sí, sí, señor gobernador, ya está todo aclarado. Les pido una disculpa, señores -agregó sentándose a la mesa junto a don Bernardino, quien discretamente le regresó su pistola. La enfundó y dijo todavía nervioso:

-Señores, si me permiten, antes de iniciar las pláticas tengo la obligación de señalar que, en caso de que no nos entendamos y se termine el diálogo, no es aceptable el cañón que tiene emplazado el barco en el que llegaron. No podemos dialogar con esa amenaza.

-Aquí venimos de buena fe, capitán -respondió Próspero Aranda. -Nosotros no podemos saber si usted tiene emplazada artillería escondida entre la maleza. Pero si me da su palabra de honor de que no es así, yo le doy la mía de que el cañón del barco no será disparado en caso que tengamos que retirarnos. Canul dudó. Sintió que estaba echando todo a perder bajando desde el principio el nivel de las pláticas al introducir una mutua desconfianza. Sin embargo, tuvo que contestar:

-Yo no puedo darle pormenores de mi artillería, pero sí puedo, con la autorización del gobernador, darle a usted nuestra palabra que no seremos nunca los primeros en disparar y que nuestro calibre de fuego será proporcional al que recibamos. Cuento usted, por tanto, con nuestra palabra de honor.

Don Bernardino pensó que era bueno que el capitán estableciera una línea dura, porque además el susto del cañón de "La Flecha" había sido mayúsculo, pero ya era suficiente, por lo que decidió intervenir para darle otro tono a la reunión.

-Señores -intervino con suavidad- agradezco y aprecio en todo lo que vale el que hayan aceptado sentarse a dialogar con el gobierno. Sé que la decisión de venir hasta acá es un acto valiente y generoso de su parte y les doy la más amplia seguridad que la palabra que acaba de empeñar como comandante del ejército el capitán Canul, será honrada por mí como gobernador y por todos nosotros.

Para Próspero Aranda era más confiable la palabra de Canul que la de don Bernardino; sin embargo, le gustó el tono de voz que empleaba y la forma como había subido el nivel del diálogo. Se quedó pensando un momento, no podía dejarse embaucar con las palabras dulces que a veces usaban los mestizos para abusar de los indios, así que contestó con sequedad:

-Hemos venido confiados en la palabra del sargento Tzuc, que sostiene que el capitán Canul es hombre de fiar. Para nosotros la palabra de nuestros hermanos de raza vale tanto como la vida y a eso nos atenemos.

-Pudiera ser, general Aranda, que la palabra de muchos de nosotros que no tenemos el honor de ser indígenas, también valiera tanto como la vida. Pudiera ser que haya indígenas que no siempre digan la verdad y haya mestizos, como muchos de nosotros, que tengan a orgullo hablar con la verdad y honrar sus promesas. En otras palabras, general, pudiera ser que algún día nos consideremos todos iguales como ciudadanos de este país, merecedores de la misma confianza. Sin poner etiquetas de bondad o maldad, de verdad o mentira a ningún grupo, a ninguna raza, a ningún pueblo. Tenga la seguridad que yo, y perdóneme la inmodestia, soy de esa clase de hombres, que puede confiar en mi palabra; por mi parte, yo no dudo de usted, como hombres de honor que somos, ni de la verdad de su palabra.

Don Bernardino hablaba pausado, midiendo cada palabra, pero con gran convicción. Próspero Aranda midió el tamaño del interlocutor que tenía enfrente, él no hablaba con esa elocuencia y eso era una desventaja que le molestó, más contra sí mismo que contra aquel hombre de formas tan suaves y decir tan acertado. Se dijo a regañadientes que él no estaba ahí para conversar, ni sostener una polémica inútil. Pensó que él estaba ahí para exigir la rendición del ejército y la entrega de la ciudad. Sin embargo, lo empujó la convicción de los indígenas de oír siempre a los demás. Costumbre de escuchar, siempre escuchar y dar al otro el tiempo y la atención que todos merecen y que cada quien quisiera para sí. Con todo ello en la mente, repuso casi con disgusto:

-Sí, lo que usted dice puede llegar a ser verdad algún día. Pero hoy la realidad es otra. Hoy los que mienten, despojan, abusan y asesinan son los mestizos y los criollos. Hoy los ricos son los blancos y los jodidos, los pobres, los explotados, somos los indios. Hoy así sucede y hoy vamos a cambiar ese estado de cosas. ¡Por eso hicimos la revolución! ¡Por eso tuvimos que tomar las armas! ¡Por eso han muerto tantos de nosotros! ¡Porque no lo vamos a tolerar más!. Porque para

nosotros no hay derechos ni ley que nos proteja, lo único que hay es miseria y abuso.

-Sí, general -contestó don Bernardino a quien había impresionado la contundencia con la que hablaba su interlocutor- pero atropellando la ley y acabando con las instituciones, no es como van a cambiar las cosas. El gobierno actual hace lo que puede, combatiendo una inercia de corrupción que lleva décadas. Tenga la seguridad que la única forma como mejoraremos será gracias al trabajo de todos y respetando la vida y los bienes de cada uno. En lugar de gastar nuestra energía en esta guerra fratricida, gastémosla en trabajar y en producir y va a ver que pronto empezamos a progresar.

-Empezarán o más bien seguirán progresando ustedes y los finqueros y todos los explotadores, porque la ley sólo ha servido para explotar y despojar a los indios y proteger a los ladrones y a los asesinos. El gobierno no sólo no es justo, sino que es cómplice y monigote del interés de los ricos; más aún, en realidad son la misma cosa. Acabamos de juzgar a Severiano Castillejos y de comprobar su complicidad con los finqueros ladrones, con las guardias blancas y con los policías asesinos. Él mismo es dueño de plantaciones donde los peones indígenas no son otra cosa que esclavos, él fue al mismo tiempo gobernador, finquero, ladrón y asesino.

-Eso es lo que todos queremos acabar y lo invito para que lo hagamos juntos, porque nadie puede tomar la ley por su propia mano. Suponiendo que todo eso que dice usted fuera verdad, entrégueme a Castillejos para que sea juzgado conforme a derecho en los tribunales legalmente constituidos, que sean parte de un gobierno que tenga la representación legítima del pueblo, que es el único que tiene la autoridad de juzgarlo. Ustedes, aunque tengan la fuerza, no tienen la legitimidad. Si Severiano Castillejos encabezó un mal gobierno, será juzgado por sus crímenes. Ahora el gobierno lo encabezó yo y le aseguro que ni he pasado ni pasaré por alto ningún delito, sea quien sea el que lo cometa. Le juro que ahora la ley se aplicará igual para todos y el gobierno estará al servicio del pueblo. Hemos ya emprendido las primeras acciones en este sentido, empezamos por la policía, pero no pararemos ahí, iremos tan lejos como sea necesario. Si ustedes nos apoyan, podremos ir más rápido, pero sin guerras, sin atropellar la ley, sino cumpliéndola, sin destruir las instituciones, sino fortaleciéndolas.

-Nosotros le declaramos la guerra al gobierno, y concertamos varias veces el intercambio de prisioneros. Eso hace que seamos una fuerza reconocida con la que ha habido negociaciones. Así que ahora no me diga usted que con qué autoridad

hicimos un juicio a Severiano Castillejos y conste que digo juicio y no fusilamiento sin más trámite, como se merece.

-Ya veo que hicieron un juicio muy justo cuando usted, que es el que manda, lo juzgó y sentenció antes de que empezara. Mire, mejor se hubiera evitado el teatro y lo hubiera matado de una vez. En eso si son expertos, en muerte y destrucción.

-La guerra es la guerra. Nosotros no condenamos las acciones militares de Castillejos o, en todo caso, las condenamos por torpes e ineficaces –dijo con ironía– entendemos las reglas de una acción militar. No lo juzgamos por defender militarmente a su gobierno. Lo juzgamos por robarse las elecciones, por robar sistemáticamente el dinero del pueblo, por despojo, por asesinato, por eso y mucho más fue juzgado y no por mí, sino por un tribunal revolucionario. Tuvo la oportunidad de hablar y defenderse, aunque lo dude. No somos una partida de bandidos ni de locos, somos gente que se hartó de los abusos, los robos y los crímenes de ustedes.

-Ustedes no representan más que un grupo minoritario de la sociedad que no está preparado para dirigirla, porque no han participado nunca en política, que es el camino legítimo para llegar al poder.

-¿Legítimo, cuando todas las elecciones son un fraude? Sabemos gobernarnos a nosotros mismos y si no fuera por la injusticia y el despojo sistemático que ustedes nos han impuesto por siglos, no estaríamos en esta situación.

-Pero se trata de acabar con eso, para que seamos iguales.

-Para nosotros no hay diferencia entre el trato que dio a los indios el gobierno colonial, del que les han dado ustedes. ¿Hablan de igualdad? ¿Igualdad de qué? Si el gobierno no es del pueblo sino sólo de los intereses de los ricos. Nuestros niños nacen en la mugre y crecen en la ignorancia y en la desnutrición. No hay escuelas y las pocas que hay están totalmente abandonadas. Nuestro trabajo no rinde. Morimos cada día de hambre y de impotencia. Pero no nos van a acabar, nuestra cepa es profunda y hemos heredado sabiduría de nuestros padres, a pesar de que lo han intentado, no lo han logrado porque nuestra raíz cala muy hondo. Aunque corten las ramas, aunque corten el tronco, siempre vamos a regresar, porque estamos profundamente enraizados en la tierra, que es nuestra madre. Por eso no les podemos seguir permitiendo que nos la arrebaten. Antes que ustedes llegaran, nosotros ya estábamos aquí, ya estaba sembrada nuestra simiente aquí en nuestra tierra. Venimos de mucho antes que ustedes. Tenemos cultura, tenemos historia y tenemos memoria de la historia que ustedes nos han querido arrebatar, porque

quieren arrebatarnos el futuro. Nunca nos escucharon, ni siquiera nos vieron, sólo nos usaron. Por eso tuvimos que hacer guerra, porque no estamos dispuestos a seguir esperando que se nos haga justicia, porque nunca más habrá un mañana sin nosotros.

-Entonces ¿lo que pretenden es reconquistar su tierra y sacar de aquí o matar a todo el que no sea indígena?

-No, no pretendemos eso, queremos que paguen los agravios, ¡a nosotros y a la tierra! Si no, todo se acabará, queremos justicia, pero como iguales, cosa que ustedes no entienden y si no lo entienden, entonces sí a ver quién queda.

-Olvidemos, general, el ustedes y el nosotros, hagamos juntos una nueva red social, tan bien hecha que los nudos se aprieten con la presión, que nos permita pasar de las intenciones a las acciones, pero juntos, con igualdad de derechos.

-¿Habla usted de igualdad de derechos? Eso ustedes no lo pueden entender. Para ustedes no somos más que una caterva de ignorantes y desarrapados. La gran mayoría de los indios son analfabetos y muchos están desnutridos, pero eso es el resultado del despojo de sus tierras, del robo sistemático que les hacen en su trabajo. ¡Yo le garantizo que eso se acabó! Se acabó la explotación y la injusticia como el sistema de contratación por leva, que no es otra cosa que esclavitud. A cambio de un ridículo adelanto del mísero salario de seis meses, se llevan a las fincas a los peones ya endrogados para que trabajen como esclavos. Usted sabe muy bien que se usa el látigo como castigo y se les encierra en la noche como animales para evitar que se vayan. Usted sabe bien que nunca acaban de pagar su deuda gracias a los sueldos miserables, a las tiendas de raya que son un robo descarado y al alcoholismo que ustedes mismos promueven. Por eso luchamos, por eso no vamos a ceder en nada. Esto tiene que cambiar. Cómo se atreven a hablar de los mismos derechos para todos, si fomentan o por lo menos solapan esta servidumbre, que no está lejos de la esclavitud.

Don Bernardino se quedó estupefacto, se sentía cubierto por un manto abrumador de denuncias, no supo qué responder. No podía negar la veracidad de lo que afirmaba Próspero Aranda, pero le costaba trabajo asimilar una verdad que, aunque conocida, nunca le había sido expresada con tanta fuerza, tan cruda y directamente. De momento no contestó, se hizo un largo silencio. El presidente del poder judicial pretendió tomar la palabra, pero don Bernardino lo contuvo y afirmó con gravedad:

-Tiene usted razón, general, lo que ha estado pasando es intolerable. Tiene usted razón, toda la razón.

Al decirlo se sorprendió de su propia voz. Cómo era posible que le diera la razón de esa manera tan contundente al general Aranda a las primeras de cambio. Sin embargo, no se arrepintió de haberlo hecho. Por su mente pasaron los crímenes de La Campana, los despojos humanos que había visto en el cuartel de policía, los múltiples testimonios que tenía de la explotación, de los crímenes y los robos. Todo eso pasó por su mente, eso y la miseria irredenta en que vivían los indígenas eternamente explotados casi hasta la esclavitud. Por eso y porque no se había propuesto hacer otra cosa que lo que le dictaran la verdad y la razón, no se arrepintió de haber expresado con tanta naturalidad: "Tiene usted razón, general, toda la razón".

Próspero Aranda, en cambio, pareció engallarse con su propio discurso. Hacía mucho tiempo que no hablaba más que con sus compañeros, hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de intercambiar ideas con alguien que le mereciera respeto y que no pensara igual que él. Era obvio que don Bernardino era un buen hombre, bien intencionado y era obvio también, al menos para él, que estaba defendiendo una posición equivocada; sin embargo, era una persona conocedora de la situación, inteligente e ilustrada, que valía la pena escuchar. Quería oír sus razones y quería expresar las suyas. Necesitaba también desahogarse, decir su verdad y reclamar, restregar en alguien del bando contrario sus motivos, sus quejas, su indignación, pero tenía que ser alguien con la suficiente inteligencia y sensibilidad para concederle autoridad moral, con cualquier otro no valdría la pena. Con gente como Severiano Castillejos o los finqueros o los guardias blancas no tenía caso intentar comunicarse, las palabras no sonaban, no significaban nada para ellos, no se podía decir nada a ese tipo de gente porque ni entendían, ni querían entender. Próspero Aranda sabía que el único sonido que percibían era el de los fusiles, el de la metralla, el de la violencia; sólo eso entendían porque ese era su único lenguaje. No obstante, escuchar que don Bernardino le concedía la razón lo desconcertó e hizo reaccionar en él al hombre práctico, con sentido innato de la oportunidad, con instinto de cazador. Recordó a qué había venido, recordó que ese gobernador representaba todo lo que él rechazaba, aclaró su mente para fijar su objetivo y expresó con frialdad:

-El mensaje que recibimos de ustedes, transmitido por el sargento Tzuc, decía que no querían la guerra, que no querían muertes ni abusos, que querían hablar. Bien señores, aquí estamos para hablar. Tampoco nosotros queremos una batalla sangrienta donde la población civil sacaría la peor parte. Por eso estamos aquí, para

ver en qué términos nos entregan el gobierno, la ciudad y sus efectivos militares. Ustedes saben bien que el gobierno federal ya no existe y que las fuerzas revolucionarias controlan casi todo el país. También saben que nuestras fuerzas los tienen prácticamente sitiados y que podemos tomar la ciudad en el momento en que nos decidamos, de forma que sobre esas bases yo estoy a sus órdenes.

-No tan rápido, general -atajó don Bernardino, al que un ultimátum tan tajante no dejó de molestarle-. Nosotros no estamos vencidos, tenemos con qué defendernos y no somos gente a la que asuste cumplir con su deber hasta las últimas consecuencias. Mi propuesta no es entregarle el gobierno y destruir las instituciones, lo que sería una barbaridad y un retroceso. Mi propuesta es que formemos un gobierno juntos, que hagamos una amalgama con lo mejor de los dos, que no destruyan ustedes todo para después empezar a construirlo otra vez, sino que cambiemos aquello que deba cambiarse, pero aprovechando las instituciones que ha costado mucho construir y que si bien se pueden destruir de un golpe, no se pueden reconstruir sin una gran inversión de tiempo y esfuerzo.

Buscando ser claro y salvar lo más que pudiera para todos, don Bernardino continuó:

-Un gobierno provisional, que se comprometa a convocar a todas las fuerzas del estado para formular una nueva constitución, una ley suprema que nos rija salvaguardando los intereses legítimos de todos, en que consagremos los derechos del pueblo, de los trabajadores, de los campesinos, de los grupos indígenas, pero también de los empresarios y de los propietarios de la tierra. Y cuando digo propietarios, hablo también de los finqueros, a quienes habrá que controlar en cuanto a la forma en que trabajan la tierra, estableciendo los derechos de los trabajadores rurales. También habrá que dictar una reforma agraria que limite la extensión de sus propiedades para repartir el resto. Hablo de respetar la propiedad de la tierra de los indígenas en lo individual y en comunidad, consagrando de una vez por todas el usufructo de las tierras comunales. Una constitución que respete las costumbres y la organización social de cada pueblo y que garantice para todos el derecho al trabajo sin la explotación actual, a la educación, a la salud, a la libertad, sin distinciones de raza, religión o condición social.

-Que ley ni que nada, las leyes de ustedes no son más que un parapeto para justificar la explotación. ¿Quién va a hacer cumplir esa ley, como debe ser, suponiendo que lográramos hacerla?

-Necesitamos un gobierno provisional que, en tanto se realiza la nueva constitución, se comprometa a salvaguardar las garantías individuales y sociales y no permita abusos, que haga justicia, desde hoy, hasta sus últimas consecuencias. Eso lo podemos hacer juntos y juntos lo podemos lograr mucho mejor y más rápido que separados. Piénselo, general, piénselo en función del bien del pueblo, este pueblo que ha sufrido tantas injusticias y ha padecido tantas carencias, este pueblo que se merece un mejor destino que la guerra, este pueblo que puede construir tanto, si somos capaces de conciliar nuestras ideas para buscar su bien.

Próspero Aranda se movía en su silla con desesperación, estaba acostumbrado a dialogar y para él, como para todo indígena, dialogar era escuchar. Pero las palabras de don Bernardino le estaban provocando tal inquietud, que casi no podía permanecer sentado. Le producían inquietud, malestar y hasta disgusto, pero le interesaban. Había algo en ese hombre que hacía que sus palabras siempre sonaran sinceras. Lo dejó terminar y, controlándose, preguntó:

-¿Y quién encabezaría ese gobierno utópico que usted describe?

-Yo no, general.

-Y entonces, ¿quién?

-Usted.

XXIII. Tulijá es una laguna del color del cielo...

alimentada por mil afluentes que la ayudan a formar el caudal del gran río. Algunos llegan con tranquilidad, funden sus aguas silenciosamente, sin lucha, con la serenidad de que a veces sólo es capaz la naturaleza. Otros lo hacen combatiendo, gritando, haciéndose notar con el estruendo de una cascada, obligando a la laguna a cederles un lugar especial, a formar una poza sólo para la caída de sus aguas. La laguna los recibe a todos con generosidad, agradecida de su aportación.

El concierto de la selva, enriquecido por el estruendo de la cascada, apenas permitió oír el grito alegre de Zazil, que sin el menor recato se había subido desnuda a una gran piedra de la orilla para avistar a su hombre.

-¡Coronel! ¡Coronel Canul! No se meta en la cascada que se va a ahogar.

El capitán Tzuc se encontraba en la orilla acompañado de Mucuy, su compañera de toda la vida, la madre de sus dos hijos, ambos reían burlándose de la pretendida preocupación de Zazil y del gusto que les producía nadar juntos y estar en compañía de sus mejores amigos.

Zazil no se aguantó, desde lo alto de la piedra donde estaba, como si quisiera competir con las aves que cruzaban la poza, dibujándose por un instante contra el azul del cielo, se lanzó para clavarse en el cristal que reflejaba el esplendor de la selva. Nadó con fuerza hacia la cascada, a contracorriente, para alcanzar a Canul. No le preocupaba la fuerza de la cascada, porque sabía que Canul la conocía muy bien y era, como ella, un buen nadador. Era simplemente el juego de salvarlo, de tener el pretexto de llegar junto a él y pegar su cuerpo al suyo. Era el gusto por la vida, el gozo de su compañía después de interminables temporadas de ausencia, era el canto a la naturaleza de aquella joven pareja que se quería y se disfrutaba tanto. Lo alcanzó y juntos salieron nadando al otro lado de la poza, sus cuerpos palpitaban de fatiga y excitación y sus manos cayeron en un abrazo tan natural como intenso. Se internaron en el follaje, lejos de la vista de sus amigos y se amaron con fervor, con fogosidad, para cobrarle a la vida esos largos períodos de ausencia. Cuando regresaron, Mucuy ya estaba asando unos pescados y tenía todo dispuesto para comer. Envueltos en albeantes paños de algodón, los cuatro amigos compartieron la comida con la alegría y el hambre sabrosa del ejercicio y el bienestar.

-¿No estabas oyendo que gritaba que te ibas a ahogar, muchacho? -decía Zazil bromeando con Canul.

-Es que todavía no me acostumbro y cuando me llaman coronel, pienso que le hablan a otro.

-Lo mismo me pasa a mí -dijo Tzuc-. Eso de capitán no me acaba de cuadrar.

-Lo que no les cuadra es ser oficiales del ejército revolucionario y no del ejército federal como han sido siempre -terció Mucuy.

-No -protestó Canul- por supuesto que estamos contentos en el ejército revolucionario, si bien han sido tantos cambios y tanto trabajo, que al menos yo tengo que declarar que no he podido asimilar completamente la nueva situación. Vivimos tiempos de cambio y son cambios que queríamos, pero no son fáciles de entender y no todo está correcto. Yo no tengo nada contra el general Aranda, pero como jefe de gobierno, prefería a don Bernardino.

Zazil le acarició el pelo con cariño cuando opinó:

-El general Aranda es el mejor jefe de gobierno que podemos tener, sobre todo nosotros los indígenas. Lo que pasa es que el cariño por don Bernardino no te deja apreciarlo en todo lo que vale. Por otro lado, don Bernardino y tú mismo están siempre participando en el alto mando. Prueba de eso es que las medidas que había tomado don Bernardino para dar trabajo a tanta gente sacada de las cárceles, para limpiar las calles y hacer caminos y aguajes, han seguido. Eso ha revivido la ciudad porque ahora los comercios y el mercado hierven de gente. Yo no entiendo de esas cosas, pero el dinero que imprimió el gobierno revolucionario ya está siendo aceptado y mucha gente tiene trabajo.

-Claro que no tanto como las monedas de plata -aclaró Mucuy.

-Claro, pero el pueblo ya lo usa, con él compra, vende y puede vivir. Todas esas son ideas de don Bernardino, que mucha gente calificó de locuras y ya ven, Próspero Aranda las aceptó y están funcionando. Eso prueba que es un hombre que sabe escuchar también a quienes hasta hace poco fueron sus enemigos.

-Yo no me quejo del general Aranda, me quejo de algunos de sus asistentes, de algunos de sus coroneles que tienen un enfermizo afán de revancha.

-Es que es necesario hacer justicia -terció Tzuc- y hacerla pronto y a fondo, cada día se conocen más abusos y más crímenes contra los indígenas; por eso se cumplió la sentencia de muerte de Severiano Castillejos. Aunque don Bernardino sugería un nuevo juicio, el general Aranda no estuvo de acuerdo, porque nadie iba a desconocer la sentencia de un tribunal revolucionario.

-La intención de don Bernardino era que nadie tuviera dudas de la legitimidad del tribunal, ni de la justicia de la sentencia. Nosotros sabemos que Castillejos era

culpable, pero no piensan así los ricos, ni los ladinos que trabajan para ellos. Si queremos vivir y producir en paz, tenemos que lograr la conformidad de todos, no nomás de los indígenas.

-Eso es cierto, pero de aquí en adelante -contestó Tzuc-. Por ahora lo urgente, lo que necesitamos es justicia. Muchos han sido los crímenes, muchas deben ser las sentencias. Si no, el pueblo no creería en una revolución que no cambiara nada ni ajustara cuentas.

Las dos mujeres veían discutir a sus hombres con una mezcla de admiración y temor, ambas intuían el peligro, ambas sabían que estaban en medio de un remolino que no podían controlar ni sabían a dónde los llevaría.

Zazil comentó:

-Ahora los ladinos andan defendiendo a Severiano Castillejos, que porque murió como un valiente enfrente del pelotón de fusilamiento. Que porque ni siquiera se le cayó la ceniza del tabaco que tenía en la boca, ni dejó que le vendaran los ojos. Como si eso borrara los crímenes de tanto tiempo.

-Hay que reconocer que Castillejos era todo menos cobarde. Qué diferencia con el que era el jefe de la policía, el tal Nicanor Urrutia que lo tuvieron que amarrar a un poste porque no se podía tener en pie y gritaba y chillaba como puerco. Ese infeliz es el que mató a la hija de Rufina, ese tiene tantos crímenes que ni fusilándolo mil veces los pagaría. Rufina pidió darle el tiro de gracia y lo maldijo al tiempo que le vaciaba la pistola. Es lo menos que se merecía.

-Sí, pero eso también lo usan los enemigos de la revolución para tacharnos de salvajes. Don Bernardino se lo ha dicho mil veces al general Aranda: "Hay que hacerle un juicio justo en el tribunal que corresponda, a cada uno de los detenidos, porque no todos son iguales". Aunque en eso no le hace caso. Por ello está cada vez más lejos del gobierno, dedicado sólo a redactar el proyecto de constitución.

-Que nos tachen de lo que quieran, pero no vamos a dejar de hacer justicia, que se apuren con los juicios de los finqueros y se cumplan las sentencias de los subjefes de la policía, los achichincles de Urrutia, tan criminales como él.

-Sí, pero no todos los finqueros son lo mismo, algunos han sido considerados y hasta generosos con sus peones- comentó Mucuy-. Tenemos un compadre que toda su vida ha trabajado en una plantación, el quiere y respeta a su patrón y ahora hasta lo anda defendiendo.

-¡Qué le defiende!, si todos son acaparadores y hambreadores del pueblo. En todas las fincas hay el mismo sistema de trabajo que explota a los peones, lo que pasa es que tu compadre no conoce otra cosa.

-Va a estar muy difícil la situación cuando se juzgue a los finqueros por igual. Hay unos peores que otros, como el viejo asesino y prepotente de don Emilio ¿Ya saben que se encontró en su plantación un cementerio clandestino con decenas de cadáveres?

-A él sí, ojalá lo fusilen pronto -dijo Canul- ojalá termine esta ola de ajusticiamientos. Son justos, si quieren hasta necesarios, pero están creando una herida muy profunda y dividiendo más a nuestra sociedad. No se trata de indios contra mestizos y criollos, no se trata de revivir la guerra de castas. Se trata de hacer justicia y dar oportunidad a todos de vivir y trabajar en paz.

-Justicia es lo que estamos haciendo, justicia primero.

A Tzuc le era difícil entender las razones de Canul, su visión era un poco más corta, más parcial. Ahí entre las dos parejas de amigos, también se daba el drama de la contradicción en que a veces se enredan los hombres de bien, al percibir una situación desde ángulos y distancias diferentes. Porque desde su punto de vista, no había manera que Tzuc, como muchos otros, entendiera la necesidad de juntar voluntades y hacer que todos los grupos sociales legitimaran al nuevo gobierno. No lograrlo era volver a soltar las pasiones, volver a atentar contra el destino y volver a condenarse a la división, a la venganza y a la destrucción.

Canul ya no quiso seguir discutiendo. Eran demasiado placenteros el lugar y la compañía. Sólo agregó como advertencia:

-El gobierno revolucionario de la capital nos está invitando a la convención de jefes revolucionarios, el general Aranda ya aceptó. Realmente no sabemos bien qué pasa, pero nos están exigiendo que paremos los juicios de los finqueros, que dejemos de imprimir papel moneda y que regresemos las tierras que hemos repartido.

Eso ninguno de los otros tres lo sabía y sin pensarlo, sin darse tiempo para reponerse de la sorpresa, preguntaron al unísono:

-¿Por qué?

-No lo sé, no lo entiendo. Parece que en el alto mando del ejército nacional revolucionario se han infiltrado intereses bastardos, sobre todo de los grandes terratenientes de todo el país, aliados naturales de los de aquí. Es por eso que el general Aranda debe apresurar el juicio de don Emilio y de los otros diecisiete

finqueros que tenían acaparadas las tierras del estado. A ese viejo desgraciado seguro lo condenarán a muerte después que encontraron junto al casco de su hacienda una fosa común con ajusticiados a la usanza colonial del "garrote vil". Existen muchos testimonios que aseguran que dictaba sentencias de muerte, que él mismo usaba el látigo, que exigía el vergonzoso derecho de pernada y que asesinó con su propia mano por lo menos a cinco peones que atraparon cuando trataban de escapar de su plantación.

Cayó la tarde, la luz cambió, las sombras se alargaron y empezaron los mosquitos a reclamar la vida. Se fueron de ahí con un ánimo muy diferente al que habían llegado, habían tratado de robarle un día a la guerra, de olvidarse por un momento de la revolución, pero no lo habían logrado, no era posible. Cuando se toma una carga así, cuando se embarca uno en cambios tan profundos, no es posible soltarse ni por un momento, se pega al sino de cada quien y hay que llevarla hasta sus últimas consecuencias. Ése es el precio por cambiar el destino de la gente, es un precio caro, sublime, doloroso, y hay que pagarlo.

XXIV. Cuando llegaron a su casa...

Canul y Zazil se encontraron con el teniente Adán Ruiz, que los estaba esperando. Él, al igual que Canul, había pasado del ejército regular al revolucionario. Había logrado conservar su rango por recomendación de Librado, con quien hizo una gran amistad desde aquella travesía por mar, en que habían terminado por entregar a Severiano Castillejos al ejército revolucionario.

-Capitán Canul, perdón coronel, lo estaba esperando. Me envía el capitán de "La Flecha", don Librado y tengo algo muy delicado que informarle.

Zazil buscó con angustia los ojos de Canul y pudo observar, como si el tiempo se prolongara, cómo le fue cambiando la expresión, de la mirada que se afinó, la nariz que se perfiló y los labios que se apretaron a las mandíbulas. Alcanzó a ver cómo el rostro de Canul, tan alegre, tan paciente, tan suave con ella, cambiaba para vestir también el uniforme militar.

Zazil, sin saber qué pasaba, presintió peligro. Así que pensando que Tzuc no vivía lejos, preguntó:

-¿Quieres que vaya a buscar a Lorenzo?

El teniente intervino:

-Disculpe, mi coronel, pero ahorita es peligroso andar por aquí. Yo tengo una escolta de confianza; si quiere mando a uno de mis soldados por el capitán Tzuc.

-Permítame un momento, teniente -dijo Canul y se metió en la casa con Zazil. Se cambiaron rápidamente de ropa. Canul tomó su pistola y le dio una a Zazil, que sabía usarla tan bien como él.

-No te preocupes, esto es pura precaución y yo también tengo aquí atrás una escolta. Déjame ver qué sucede.

Salió a hablar con Ruiz. Se sentía molesto por esa invasión a su intimidad, al círculo sagrado que tenía con Zazil, de modo que con voz cortante ordenó:

-¡Dígame, teniente!

-Coronel, se está gestando un golpe contrarrevolucionario. Yo, como usted sabe, era escolta del gobernador Castillejos y era conocido por su círculo de amistades. Seguramente por eso se han acercado a mí, para proponerme que me una a ellos en el movimiento contrarrevolucionario que están urdiendo. Se han acercado a algunos de los oficiales del ejército revolucionario que, como usted y yo, sirvieron antes en el ejército federal. Tengo razones para sospechar que mi superior también está en la jugada, así que hablé con el capitán Librado. Me contó que a él,

siendo primo de Castillejos, también lo invitaron. Tienen el plan de evitar el juicio de los finqueros. Mañana se levantará en armas una parte del ejército revolucionario, apoyado por algunos integrantes de los guardias blancas que se habían internado en la selva. El capitán Librado les hizo creer que estaba resentido por el fusilamiento de su primo y le soltaron todo el plan. Afortunadamente, logró hacer contacto conmigo y me pidió que antes que a nadie, se lo informara a usted, no sin hacerle ver que esto estallará mañana. Es necesario avisar de inmediato al general Aranda. Librado no lo puede hacer sin que lo noten los conspiradores, por lo que ahora todo depende de nosotros.

Había que moverse muy rápido. Desde luego, prevenir a Próspero Aranda lo antes posible y, simultáneamente, ganar tiempo. Canul calculó la posibilidad de que hubieran seguido al teniente. En ese momento no podían correr el riesgo de caer en una trampa porque, efectivamente, todo dependía de ellos.

Llamó a su escolta y mandó por Tzuc. Lo puso al corriente de la situación y le entregó la lista de los conspiradores que, de acuerdo con Librado y el teniente Ruiz, estaban a punto de levantarse. No eran más de una docena y, por tanto, sería fácil controlar la situación.

-Debemos tenerlos bajo control desde este momento -le ordenó-. Hay que hacer contacto con los oficiales indígenas que tengamos la seguridad que son leales al general Aranda. La misión es tener una escolta preparada en cada lugar donde estén para detenerlos cuando llegue la orden y hay que hacer contacto con sus subalternos para que los desconozcan en el momento preciso. Aquí el peligro es que por falta de información, la tropa bajo su mando los apoye. A ti, Lorenzo, no te tienen vigilado y te puedes mover con más libertad. Contacta a tus hermanos, sin duda ellos te podrán ayudar.

Tzuc no necesitó oír dos veces las instrucciones.

-No te preocupes, mi coronel. Yo te garantizo que en menos de dos horas tenemos controlada la situación.

-No los detengan hasta que el general Aranda lo ordene, nada más ténganlos localizados. Yo me voy en este momento al palacio de gobierno para informar al general Aranda, ahí me alcanzan para ver qué ordena.

Tzuc simplemente se cuadró.

-A la orden -dijo y agregó: -te dejo la escolta, yo prefiero moverme solo.

-Sí, déjame la escolta, pero que te acompañen dos de tu confianza a prudente distancia. Espero que no sea necesario, pero dales la orden de que cualquier cosa que suceda, me vean en palacio.

Dicho esto, se dirigió al teniente Ruiz:

-Necesito que me acompañe a informar de todo esto al general Aranda, es importante que oiga directamente el testimonio de lo que me acaba de decir. El problema es que a usted sí lo tienen localizado y hay la posibilidad de que lo hayan seguido.

-No, coronel, me cuidé bien de que no me siguieran.

-De todas formas, más vale ser precavidos. Le vamos a pedir a alguno de la escolta, de su misma talla, que se ponga su uniforme de teniente y usted se va a vestir de peón con unas ropas que yo le voy a prestar. De esta forma, cada quien llegará a palacio por diferente camino y nos encontraremos con el cabo de guardia en la entrada.

Así lo hicieron. Canul se manejaba con gran frialdad, estaba entrenado para eso y funcionaba con la eficiencia de una máquina. Sin embargo, todo cambiaba cuando pensaba en Zazil, no entraba en su esquema que algo la pudiese lastimar. Muchas veces le había dicho: "Lo que me pase a mí no me importa, es mi trabajo, porque soy soldado, pero no podría soportar que te sucediera algo a ti".

Al oír eso, Zazil sonreía con cariño y agradecimiento, complacida de saberse querida y le replicaba: "Qué no entiendes que lo peor que me puede suceder a mí, es que a ti te pase algo malo".

Era ahí donde Canul tenía su punto débil, era ahí donde se atolondraba y podía no ser ni frío ni eficiente.

-Te dejo la escolta para que te proteja -le dijo después de contarle apresuradamente la situación.

-No me dejes nada, yo me muevo mejor sola. Vete con tus soldados y cumple tu deber, la revolución está en peligro. Una mujer indígena como yo, caminando por el campo, a nadie le llama la atención. Cuando puedas, búscame en casa de mis padres, es donde estaré más segura; ahí te esperaré. Cuídate -le pidió con ternura. Se despidieron con un beso. Canul quiso replicar, pero ella no le dio tiempo y se escabulló por la parte de atrás.

Los padres de Zazil vivían en una casita río arriba en la espesura, junto al mismo río que bordeaba su casa. Había que caminar por lo menos dos horas por la estrecha vereda que se extendía por la orilla. Estaba pardeando, amenazaba lluvia y la noche

se vendría encima rápidamente. Se apuró tanto, que corría en las pequeñas planicies que se lo permitían. Zazil sabía que de noche en la selva no ve uno ni sus propias manos, imposible no perderse. Confiaba en seguir el borde del río, pero sería muy fácil perder el paso y caer. Por otro lado, los animales de la jungla, reclaman su territorio y hasta para los indios se vuelven hostiles. Empezó a sentir angustia por ella y mucho más por su marido. Hacía unas horas hubiera pensado que nada podía interrumpir su felicidad, el disfrute que tenían uno del otro y ahora caminando y tropezando, tratando de arrebatarse segundos a la luz del día, pensaba en Canul que otra vez estaría enfrentándose al peligro.

<<¡Cuídalo Santa Cruz!>> imploraba para conjurar el peligro de él, antes que el suyo propio. <<Así como se me está viniendo a mí la noche encima, se le está viniendo a él, la maldad de los verdugos de siempre, que nunca han dejado que los indios acaben de ver la luz>>.

Con esos pensamientos corría y tropezaba, en una congoja creciente.

Ya era de noche cuando oyó el ladrido de los perros de la casa de sus padres, ladridos que reconocía desde su niñez, la recibían los hijos de "Alux", su perra consentida, aquellos cachorritos que ella había visto nacer y que, ahora adultos, parecían recordarla y cantar su llegada con sus ladridos alegres y sonoros. Los acarició con cariño, agradecida de su protección y de que con aquel canto desordenado le espantaran la angustia. En la oscuridad, lo único que se distinguía era el cuadro de luz de la pequeña ventana del frente de la casa, iluminada por el amarillento ardor de un quinqué. Eso y la escolta de los perros le permitieron llegar al umbral donde le gritó a su madre, quien la reconoció de inmediato y se apresuró a abrirle la puerta. Le bastó oír el tono de su voz para saber que llegaba a esa hora reclamando de ella, una vieja, protección y cariño y eso le dio en cuanto entró a la casa.

Los padres de Zazil no eran ancianos, pero la vida de la selva les había comido las carnes prematuramente. Nunca habían salido de aquel paraje y tampoco habían aprendido el castellano. No los quiso preocupar demasiado, les contó brevemente la situación, sabiendo que les era difícil entender que su marido anduviera metido en esos problemas. Ellos se dieron cuenta de su afán por abreviar y no contarles nada que les preocupara, respetuosamente la acogieron con cariño y sólo preguntaron:

-¿Hay algo que podamos hacer por ti o por Gregorio?

-No, gracias -respondió Zazil, aliviada con su amparo.

-Pidámosle a la Santa Cruz que lo proteja -dijo la madre- ella lo puede todo. Mañana, si quieres, la vamos a visitar.

-Sí -contestó Zazil- ¿Usted nos acompaña, papá?

-Sí, hija, no creas que no entiendo que la lucha en la que está metido tu marido es también por nosotros, por todos los indios pobres, aislados e ignorantes como yo. Si tuviera fuerzas me hubiera unido al jefe Aranda, pero ya no las tengo y no quiero dejar sola a tu madre.

Se acostaron los tres a dormir, Zazil en su cama de niña, tan angosta que apenas podía revolverse y que sus padres habían querido conservar en su lugar de siempre. Pensaba en su niñez, en los tiempos de su despertar a la vida, en sus fantasías juveniles. Qué sencillo le parecía todo en ese entonces, qué claro, qué alegre. Nunca hubiera podido imaginar que aquel joven que siempre la pretendió y que pasaba horas esperándola al otro lado del río, que en la noche imitaba al cenizote y al tucán para recordarle que ahí estaba cerca de su ventana, que aquel joven que la enamoró a la buena, iba a llegar a comandante del ejército y a coronel de las fuerzas revolucionarias. Qué orgullo sí, pero qué angustia. Qué bueno por todos los demás, porque era un hombre cabal, pero qué difícil para ella, para ellos dos como pareja, qué nostalgia de la vida sencilla de su niñez. Empezó a llorar en silencio, no sabía si lloraba de tristeza, de orgullo o de angustia. Lloraba sola, silenciosamente. No quería ser débil, quería tener fuerza para poder estar alerta, siempre alerta para ayudar a Canul, a su querido Canul que tanto le había dado. Como ella decía, con él la vida es siempre mucho de bueno y mucho de malo, pero se vive con fuerza, con las riendas de la vida en la mano. Sin embargo, esa noche, sentía que alguien le había arrebatado la rienda de su propia vida, tenía mucho miedo y no podía dejar de llorar, porque el dolor seguía, mezclado con orgullo y satisfacción, pero seguía.

Al día siguiente despertó muy temprano, antes que despuntara el alba. Se quedó en la cama, haciendo un esfuerzo por embonar las piezas de todo lo que estaba pasando. De pronto se incorporó, salió de la casa buscando la ayuda del aire fresco. Cuando amaneció, prefirió dirigirse sola a la capilla de la Santa Cruz, que era un pequeño cobertizo de palma internado en la selva. Ahí estaba, desde que ella era pequeña, aquella gran cruz desnuda, "La Cruz Parlante", hecha de un enorme caobo sacado de la orilla de un cenote, que en la guerra de castas, hacía más de seis décadas, decían que hablaba y guiaba a los *tatich*, caudillos de los ejércitos de los indios *cruzob*. Esa cruz que habían traído de muy lejos y que desde entonces era resguardada por sus padres y antes que ellos por sus antepasados. Medio

escondida en la selva para que no la quemaran los curas ladinos y la pudieran seguir venerando los indios, porque muchos de ellos pensaban que, cuando fuera preciso, volvería a hablar y a guiar su liberación. Ahí, hincada, pequeña, frente a la gran Cruz Parlante, entre lágrimas, se regañó: <<¿Cómo puedo ser tan ciega, tan egoísta y tener tanto miedo?>>

Eso que añoraba de la casa de sus padres, la vida sencilla y placentera, eso era precisamente lo que los finqueros, los guardias blancas y toda la sarta de ladrones y asesinos les arrebataban a los indios. Eso precisamente era lo que estaban defendiendo los revolucionarios, esa era la razón por la que Canul había entregado la plaza y se había unido al ejército de Próspero Aranda.

Pensó que no quería otra vida. Que lo único que quería era estar al lado de él defendiendo la misma causa.

<<Gregorio Canul y yo logramos hacernos uno, logramos decirnos con verdad: “Tus deseos son mis deseos. Tu placer es mi placer. Tu felicidad la mía. Tu casa será mi casa. Tus luchas serán las mías y tu Dios será mi Dios”. Nos juramos ayudarnos a cumplir nuestros afanes y acompañarnos en su búsqueda. Ayúdame, Santa Cruz, porque todo esto yo lo prometí desde el fondo de mi alma>>.

Se secó las lágrimas y se incorporó lista, incondicionalmente lista para apoyarlo como pudiera en esta lucha que, como bien había dicho su padre, era la de todos.

Regresó tranquila a la casa a esperar. Pasaba las horas embelesada viendo correr el agua por los rápidos del río. El correr del agua era como la vida, imposible de parar y fascinante.

A los tres días, por fin ladraron los perros. Salió corriendo a recibir a Canul, que subía al final de la cañada.

-¿Vienes solo? –preguntó después de lanzarse a sus brazos.

-Sí, el problema ya se arregló –contestó para tranquilizarla y gozar un momento de su calor, pero ella lo notó todavía tenso.

-Cuéntame -le dijo tomándole las manos, -cuéntamelo todo.

Se sentaron a la orilla del río para hablar en privado y Canul se desahogó:

-La revuelta estaba preparada con lujo de detalle y de malicia, tal como lo dijo el teniente Ruiz, de haber tenido éxito nos hubieran fusilado a todos. Afortunadamente lo supimos a tiempo y se lo pudimos informar al general Aranda. Es un hombre de decisiones fuertes. Mandó llamar al primo de Castillejos, a Librado, el capitán de “La Flecha”, el barco con el que controlamos el río. Con su testimonio y el de Ruiz, dio la orden de detener a los conspiradores. Los teníamos localizados y

Tzuc los detuvo en menos de dos horas. Bajaron una buena parte de guardias blancas y se dio una pequeña batalla. Yo la comandé y te puedo decir que casi los acabamos; desgraciadamente algunos lograron huir otra vez a la selva. Detuvieron también a los finqueros, todos estaban involucrados y los van a juzgar igual que a los militares levantados, en corte marcial.

-Entonces, todo salió bien ¡Gracias, Santa Cruz! -dijo abrazándolo-. Pero no te veo contento ¿Es que pasó algo más?

-Vengo de una reunión del general Aranda con su estado mayor. Ahí somos todos militares, salvo don Bernardino y tres ancianos jefes de las comunidades de Balankan, Jonuta y Candelaria. La propuesta de varios comandantes era fusilar a los conspiradores de inmediato, sin juicio ni nada, sólo con los testimonios recibidos. Varios nos opusimos y apoyamos la opción de juzgar en corte marcial sólo a los militares, y a los civiles en un tribunal civil. Eso no fue aceptado. Ya hemos platicado del resentimiento que hay en muchos de los comandantes y cómo abrigan un afán de venganza que no es nada sano. Propusieron que también a los finqueros los juzgue una corte marcial, un tribunal revolucionario militar, como el que condenó al gobernador Castillejos. Don Bernardino se opuso, sus argumentos fueron muy lógicos: "Los finqueros no son militares; por tanto, no los puede juzgar un tribunal militar. No ganamos nada con atropellar la ley y, en cambio, sí vamos a dividir a la sociedad, a infundir temor y a ser calificados como arbitrarios y asesinos". Su posición fue muy clara y muy firme. Le contestaron que esto es una revolución, que la antigua ley ya no existe, que mientras no se haga otra constitución y leyes que de veras defiendan los derechos del pueblo y sobre todo de los pobres, la única ley es la ley marcial. No hubo forma de que valoraran sus argumentos. En realidad, sólo lo apoyamos hasta el final el capitán Librado y yo. Cuando la discusión se estaba volviendo demasiado agresiva, el general Aranda la detuvo y pidió que votáramos. Por supuesto, perdimos. Ya ahora deben estar los tribunales revolucionarios dictando sentencias. Don Bernardino le pidió al general Aranda que lo dejara de considerar parte de su estado mayor. Dijo que le entregaría en pocos días el proyecto de Constitución, que en eso contara con él, pero que en todo lo demás no, que se retiraba a la vida privada. Eso fue considerado como una traición por muchos, pero el general Aranda los paró en seco y aceptó la posición de don Bernardino. El viejo dio las gracias y se retiró solo. Yo, de todas formas, le mantengo una escolta en su casa.

-Entonces ya sé cómo te sientes y lo lamento de veras -dijo Zazil al mismo tiempo que lo acariciaba con ternura. -¿Y ahora qué vas a hacer?

-Me siento muy mal, muy triste, no sólo por don Bernardino por quien, aunque no lo creas, no puedo sentir lástima, porque el viejo es muy fuerte y sabe muy bien lo que hace. Me siento triste por la revolución, porque se están desatando los rencores y la ambición, porque si perdemos el control puede haber un desastre. ¿Me preguntas qué voy a hacer? Nada en contra de las decisiones del general Aranda y su estado mayor. No voy a abandonar la revolución, no ahora. Pero estoy muy preocupado. Mañana salimos a la capital del país, a la convención de jefes revolucionarios, el general Aranda y tres coroneles, yo entre ellos. Don Bernardino ya no va y eso es una gran pérdida. Además, vamos con un cuerpo de tropa muy reducido, sólo los que quepan en "La Flecha", navegaremos al puerto principal y de ahí tomaremos un tren a la capital. Mientras, aquí se queda al mando el resto del estado mayor, espero que no pase nada. Te pido que te quedes aquí con tus padres, aquí nadie te buscará y la verdad, puede pasar cualquier cosa.

Zazil lo abrazó llorando.

-Prométeme que regresarás por mí -le decía entre sollozos- y perdóname por ser una mujer tan débil.

Canul ya no le pudo contestar, un nudo en la garganta le ahogó las palabras y sólo pudo abrazarla, acunarla como a una niña. Después de un rato, sintiendo que la hería profundamente, agregó:

-Me tengo que ir.

-Sí -contestó ella más tranquila-. Sólo te pido que me prometas que regresarás, pero frente a la Santa Cruz.

Se dirigieron a la capilla, se hincaron con respeto, se besaron con ternura, se amaron con pasión y se prometieron volverse a ver.

-Lo prometo -dijo Canul- porque yo sé que la fuerza de nuestro amor, que nació y creció al pie de esta cruz, nos tiene que volver a unir.

Cuando Canul bajó la pendiente, lo hizo a grandes zancadas, decidido a afrontar su destino. Sentía más que nunca el vacío que le dejaba Zazil cada vez que se separaban. Tenía la inquebrantable decisión de cumplir con su deber, tenía un negro presentimiento y también iba llorando.

XXV Desde que llegó a la convención...

Próspero Aranda estaba contrariado; no le gustaba el tono de las grandes declaraciones revolucionarias, junto a resoluciones tan manipuladas y confusas, que terminaban mediatizando todos los acuerdos. Tampoco le gustaba que el general Saturnino Rendón se autoproclamara "guía de la revolución" y recibiera el reconocimiento prematuro y oportunista de muchos de los jefes revolucionarios ahí congregados. Por ello, cuando Rendón empezó a hacer acusaciones y a dictar órdenes al ejército revolucionario del sureste, se levantó indignado, con un golpe en la mesa arrebató la palabra y señalando al general Rendón desde su asiento, le gritó:

-¡Está usted equivocado, general! No le acepto, ni a usted ni a nadie, que descalifique a la revolución del sur y mucho menos que nos trate de criminales. Todas las ejecuciones que hemos realizado han sido precedidas de un juicio justo y todos los sentenciados eran ladrones y asesinos del pueblo.

El salón se cimbró. Hubo gritos de apoyo y reprobación, hasta que el general Rendón se levantó y, con un ademán de calma, dijo con voz pausada:

-General Aranda, estamos reunidos aquí para sacar al país del caos en que lo han sumido la guerra y las decisiones arbitrarias de algunos jefes revolucionarios que, sin atender a mando alguno, ni respetar ninguna institución, están atropellando los derechos, las propiedades y hasta la vida de los ciudadanos de este país. Es por eso que esta convención, le reitera la orden de detener los juicios militares para sentenciar a civiles y de regresar las tierras a sus legítimos dueños hasta que tengamos leyes que regulen la reforma agraria que hará la revolución.

-Eso es lo que estamos haciendo -dijo Aranda- regresar la tierra a sus legítimos dueños, quienes la aman como a una madre, la cuidan y la trabajan. A quienes los finqueros han despojado de su propiedad, heredada desde siempre, para después explotarlos y esclavizarlos. A esos esclavistas, ladrones y asesinos son los que estamos fusilando. Para nosotros eso es la revolución, eso es hacer justicia y lo vamos a seguir haciendo.

El general Rendón, el ya autoritario "Guía de la Revolución", no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo era posible que este jefecito del sureste le hablara en esa forma en plena convención? ¿Qué había pasado? Si sus ayudantes le habían asegurado el previo apoyo a sus decisiones de todos los jefes revolucionarios. Pidió un receso y llamó a su estado mayor. Entre ellos estaba Roberto Centeno, el civil al

que había encumbrado a mayor y que le había asegurado que tenía el consenso del ejército revolucionario del sureste.

-¿Qué pasó, Centeno? –le preguntó con voz áspera.

El mayor Roberto Centeno, aquel Robertito no ha mucho tiempo pequeño burócrata, empezó a titubear.

-Señor general Rendón -respondió con voz temblorosa- es que la delegación del sureste llegó apenas ayer y no he podido hablar con ellos, yo nunca hubiera esperado esta reacción, pero le aseguro...

Rendón lo interrumpió disgustado.

-¡No asegure más! Usted ya me aseguró que hablaría con ellos, que los conocía bien y que eran gente de su confianza. Mire nomás que confianza puedo tener en este jefecito ensoberbecido, que se siente redentor del pueblo y sólo lo está sumiendo en el caos. Ahora nuestro trabajo es libertar al país de sus libertadores, que como éste pueden acabar con él.

Robertito le había mentado al general Rendón, exagerando como siempre, le aseguró que conocía a todos los jefes de la revolución del sureste y que eran fácilmente controlables por él, pero ahora no tuvo más remedio que confesar.

-Mire usted, mi general- dijo, mientras que le corría un hilo de sudor frío por los costados- a Aranda no lo conozco porque no es más que un indio levantado, pero conozco bien al coronel Gregorio Canul, es un militar de carrera. Con él nos podemos entender y yo le garantizo que no tendremos problemas.

-Eso espero, mayor -dijo Rendón-. Vamos a suspender la sesión hasta mañana. Véalo hoy en la noche, ofrézcale que lo pondremos a él en lugar de Aranda, con quien no se puede tratar. Convénzalo de que nos entregue a Aranda para detenerlo, de tal forma que mañana informemos que está enfermo, pero que el coronel Canul ocupará su lugar, como representante y jefe del ejército del sureste. Hágalo de inmediato. Avisen que la convención se suspende hasta mañana –ordenó-. Usted, Centeno, me garantiza otra actitud de los delegados del sureste en la próxima sesión. Quiero hablar yo personalmente con ese coronel Canul lo más pronto posible.

El mayor Roberto Centeno se cuadró, haciendo al mismo tiempo una caravana, cosa de la que se mofaban los militares y que al general Rendón lo encolerizaba.

-¡Lárguese de aquí y cumpla su misión! -finalizó con disgusto-. Confío en usted.

No era un voto de confianza, era una amenaza y así lo percibió Robertito. Salió corriendo de ahí, con la idea de alcanzar al coronel Canul, con quien debía hablar esa misma noche.

El aviso de que la convención seguiría hasta el día siguiente disgustó al general Aranda.

-No veo por qué dilatar las cosas –dijo a su gente- pero aquí estaremos mañana igual que hoy, porque, no voy a aceptar órdenes de ese mentado “guía de la revolución” ¿Guía de qué? De los ricos será, no de nosotros, o apoco hicimos la revolución para seguir igual. No se ha muerto tanta gente para que, a la hora buena, no le hagamos justicia.

Cuando iban saliendo, el mayor Roberto Centeno se acercó al coronel Gregorio Canul.

-Coronel ¿no se acuerda de mí?

-Francamente no -respondió Canul, que todavía iba tenso por la sesión que acababa de terminar.

-Soy Roberto Centeno, soy su paisano. Lo conocí a usted cuando era capitán y yo era ayudante del tesorero del estado, don Bernardino Madariaga. Ahora soy miembro del estado mayor de mi general Saturnino Rendón, quien me dio el encargo de hablar con usted.

Canul recordó todo en un instante. Ese era el eterno ayudante de don Bernardino en la tesorería del estado y el que lo había traicionado prestándose a la maniobra del gobernador Castillejos para robarse el dinero del estado.

<<Ya decía yo que la revolución era una miel para atraer estas alimañas>> pensó. <<¿Cómo es posible que este tipejo sea miembro del estado mayor de Rendón?>>.

Reprimió el impulso de apretarle el cuello ahí mismo y, haciendo un esfuerzo por controlarse, contestó:

-Sí, ya me acordé de usted; lo que pasa es que no lo reconocí con uniforme militar. Usted trabajaba en la tesorería del estado ¿Cómo es que ahora es militar y miembro del estado mayor del general Rendón?

-Es una larga historia que luego le contaré, mi coronel -dijo Robertito con voz melosa, contento de sentir que entraba en confianza-. Por ahora sólo le diré que estoy con los ideales de la revolución tanto como usted, que era oficial del ejército federal y ahora es coronel del ejército revolucionario.

A Canul le molestó el parangón, pero no lo podía negar, ni valía la pena hacer ninguna aclaración con un tipo de esa calaña.

-¿Dice usted que el general Rendón, a quien no tengo el gusto de conocer personalmente, le dio un encargo para mí?

-Sí coronel. Yo le he hablado mucho y permítame que le diga que muy bien de usted, lo identifica perfectamente y lo tiene en alta estima. Tengo un encargo de él, pero no se lo puedo decir aquí. Si le parece, nos podemos encontrar más tarde en el Café Colón, pero le pido que venga solo. Si está de acuerdo nos vemos a las diez de la noche.

A Canul le desagradaba aquel hombre, pero no era para tomar a la ligera un encargo del "Guía de la Revolución" y menos después de la fricción que habían tenido en la convención. Por ello, simplemente respondió:

-Ahí estaré.

Apuró el paso para alcanzar al general Aranda que se había adelantado un buen trecho. Cuando lo alcanzó, le comentó con un susurro:

-General, necesito hablar a solas con usted antes de las diez de la noche.

-Búsqueme en el hotel hoy en la tarde -accedió el general, intrigado.

Canul se calmó, aflojó el paso. No le hubiera gustado comentarle al general Aranda la plática con Robertito delante de los otros miembros de su estado mayor. La cita para hablar con él a solas e informarle sobre el incidente con el mayor Roberto Centeno y la oportunidad de pedir instrucciones, lo tranquilizó.

Salió a la calle y empezó a caminar ensimismado con estas reflexiones, cuando oyó una voz conocida que lo llamaba con discreción:

-¡Capitán! ¡Capitán Gregorio Canul!

Se volvió incrédulo. Sí, ahí estaba, vestido casi con harapos, su antiguo jefe el coronel Tomás Olivares. Era como si el pasado lo estuviese persiguiendo. Primero Roberto Centeno y ahora nada menos que su antiguo comandante, a quien debía buena parte de su carrera militar.

-Coronel Olivares, mi coronel, qué sorpresa verlo ¿Qué hace usted aquí?

-Ando siguiendo por medio país al hijo de puta más grande que ha parido la naturaleza. A Roberto Centeno, con quien estabas platicando hace un momento.

Canul estaba de acuerdo, pero lo desconcertó el comentario.

-Venga, coronel, tenemos que hablar, explíquese usted.

-No puedo perder de vista a Centeno, pero si quieres, dime dónde te hospedas y yo te busco después.

-Déjeme decirle que Centeno y yo tenemos una cita a las diez en el Café Colón. Ahí lo podrá usted localizar otra vez, pero ahora cuénteme qué le pasa ¿Por qué no regresó con las armas y los refuerzos que esperábamos para defender la ciudad?

Olivares lo pensó un instante. Conocía bien a Canul y lo apreciaba, pero ahora habían cambiado tantas cosas, que ya no se sabía quién era quién. Sin embargo, además de que no tenía muchas opciones, se dejó llevar por el aprecio y la confianza que siempre le tuvo.

-Es una larga historia, vamos al cuartucho donde estoy viviendo. Ahí podemos hablar largo y con tranquilidad.

Canul despidió a su escolta y se fueron caminando como dos buenos amigos.

Olivares le contó la traición de Robertito, cómo le había robado el dinero y lo había tratado de asesinar dejándolo por muerto a la mitad del desierto. Cómo se había unido a las fuerzas del general Cedillo hasta llegar a la capital y cómo pensaba recuperar algo del dinero para cumplir su misión de comprar las armas, no sin antes cumplir su juramento de matar a Roberto Centeno.

-Ya no hay ejército federal a quien pueda usted llevar nada, coronel -replicó Canul, todavía sin salir del asombro por lo que acababa de escuchar. Ahora le tocaba a él poner a Olivares al tanto de la situación.

Le relató la traición de Castillejos, el encumbramiento de don Bernardino Madariaga a gobernador interino, las acciones de gobierno que habían llevado a cabo, en una situación extremadamente difícil, durante su breve período y finalmente la fusión, de los que él calificaba como los hombres de bien del estado, en un solo gobierno revolucionario. Terminó diciendo:

-Únase a nosotros, coronel. Usted es un hombre de honor y nos hacen falta militares de carrera en los que pueda confiar el general Aranda.

-No, Canul, no puedo hacer eso. No sin antes recuperar el dinero del que soy responsable; no sin vengarme de Centeno, no sólo por lo que me hizo a mí, sino por el asesinato del carretero, padre del muchacho, ahora huérfano, que me salvo la vida y al que considero un gran amigo.

-Como le conté, Severiano Castillejos está muerto ¿A quién va usted a rendir cuentas?

-Yo no soy ningún santo. Te confieso que una parte del dinero se iba a depositar en cuentas privadas de Castillejos y nuestras, se suponía que para usarlo cuando se presentara la ocasión en beneficio del pueblo, lo cual quería decir que lo

usaríamos para el regreso de Castillejos. Reconozco que estuve de acuerdo, ahora me avergüenzo, aunque la mayor parte se iba a usar para comprar armas. Entiendo que ya no tiene caso, pero hay muchas necesidades que se pueden aliviar y es dinero que pertenece al pueblo y a su gobierno; si ahora es el revolucionario de Próspero Aranda, pues hay que dárselo a él. Estoy seguro que lo necesita y lo usará en beneficio de la gente. Yo no puedo unirme a nada antes de recuperar el dinero. Con el robo, Centeno también me quitó el honor de cumplir una misión militar; por eso lo voy a secuestrar antes de matarlo, para sacárselo a como de lugar.

-Ese Centeno es un canalla -contestó Canul- por mí haga lo que quiera, pero tenga cuidado: ahora es miembro del estado mayor del general Rendón y anda con escolta.

-Sí, lo he estado siguiendo estos últimos días y no he encontrado todavía una oportunidad, pero se tiene que dar, todo es cuestión de paciencia.

Habían pasado varias horas platicando, los dos estaban ahítos de noticias. Guardaron un largo silencio para asimilar la vorágine de acontecimientos que se habían revelado uno al otro. Por fin, propuso Canul:

-Coronel, como le dije, ese Roberto Centeno es un canalla y un traidor. Traicionó a don Bernardino Madariaga cuando era su jefe, después traicionó al gobernador Castillejos y a usted robándole el dinero de las armas y, para colmo, no sólo es traidor y ladrón, sino también asesino. Sin embargo, ha logrado, seguramente a base de engaños, hacerse de la confianza del general Rendón. Eso lo hace más peligroso. Creo que liberar al "Guía de la Revolución" de un alacrán como ése, es hacerle un favor. Yo tengo que hablar con él porque dice que me tiene un encargo del propio general Rendón. Después de eso y dependiendo de lo que me diga, se lo entrego. Ya veré cómo, pero se lo traigo aquí a esta vecindad hoy en la noche y ya usted sabrá qué hace con él. Ojalá podamos recuperar algo del dinero que se robó. Efectivamente, como usted dijo, le hace mucha falta al gobierno revolucionario del sureste.

Salieron del miserable cuartucho de paredes ahumadas y salitrosas. Canul se alegró de respirar el aire fresco que lo librara del ambiente apestoso de aquel lugar. Eso lo hizo caer en la cuenta de que seguramente Olivares estaba quebrado. Sin decir nada sacó unos billetes y se los dio diciendo un poco en broma:

-Coronel, me imagino que extraña sus haberes. Déjeme hacerle un préstamo para sus gastos inmediatos.

Olivares trató de rechazarlos, pero Canul se los metió en la bolsa de la camisa, insistiendo:

-Permítame, es un préstamo. Yo le debo a usted mucho y soy su amigo.

Olivares ya no se resistió, sólo dio las gracias y reiteró:

-Sí, Canul, eso sí, eres un gran amigo.

Al salir de la vecindad, lo esperaban Chema y el tío Juan. Olivares los presentó:

-Ellos son el hijo y el hermano del carretero al que asesinó Centeno.

Y señaló a Canul diciendo:

-Un amigo de toda mi confianza.

Canul los saludó y concluyó mirando con intención a Olivares:

-Aquí nos vemos en la noche.

Apresuró el paso. Había quedado en reunirse con el general Aranda esa misma tarde y ya iniciaba el ocaso. El general lo recibió de inmediato, no estaba de buen humor y Canul sintió un ambiente de tensión.

-¿Qué opina usted, Canul, de la sesión de hoy en la mañana? -le preguntó a bocajarro.

-No me gustó nada, mi general -respondió Canul-. Creo que el general Saturnino Rendón manipula la convención a su antojo. Se ha rodeado de mala gente y está respondiendo a intereses ajenos a la revolución. Uno de esos, el tal Roberto Centeno, un oportunista sin escrúpulos, paisano nuestro, es miembro de su estado mayor. Precisamente, le quiero informar que me pidió entrevistarse conmigo hoy en la noche porque tiene, según él, un encargo del general Rendón, pero me pidió que fuera solo.

Aranda se incorporó. Preguntó a Canul si tenía idea de en qué podía consistir el encargo.

-No, mi general -contestó Canul- pero seguramente tiene que ver con el roce que se dio en la mañana. Espero que sea un mensaje de buena voluntad, pero tratándose del tal Centeno no puedo esperar nada bueno.

Canul le contó al general Aranda con lujo de detalles lo que sabía de Robertito, sus traiciones, su forma de ser y, por último, cómo había llegado al robo y al asesinato para despojar al coronel Olivares del dinero con el que iban a comprar armas. Le comentó que había la lejana posibilidad de recuperar algo, si es que esa noche lograba llevarlo al cuartucho de Olivares, donde lo someterían a un interrogatorio.

Para todo aquello pidió autorización, con la promesa de buscarlo esa misma noche y ponerlo al corriente de todo.

El general Aranda hubiera desconfiado de cualquiera, pero no de un hermano de raza. Ya había tratado a Canul y sabía el temple de hombre que era, había tenido oportunidad de comprobarlo en el último intento de contrarrevolución que habían planeado los finqueros con las guardias blancas y que Canul y Tzuc habían sofocado en unas cuantas horas. Así que, sin pensarlo mucho, le dio la autorización de entrevistarse con Centeno y si lo consideraba conveniente, llevárselo a Olivares para tratar de recuperar algo del dinero.

-Lo dejo a su criterio, coronel, pero le pido que hoy mismo en la noche, no importa la hora que sea, me informe de todo.

-¡A sus órdenes, mi general! -se despidió Canul agradecido por la confianza.

El café Colón era uno de esos elegantes restaurantes afrancesados de la capital a los que Canul no estaba acostumbrado. Cuando llegó, de mala gana le dio su nombre al *maitre* que lo recibió, quien con un tono de amabilidad estudiada le indicó la mesa reservada todas las noches para el mayor Roberto Centeno.

Se encontraba observando la elegancia estereotipada del lugar y la amabilidad comercial de los meseros cuando llegó Robertito.

-Coronel Canul, discúlpeme por llegar después de usted, pero apenas van a dar las diez -dijo Robertito a modo de saludo sentándose a la mesa-. ¿Me permite ordenar la cena y una botella de champaña para celebrar nuestro encuentro?

-No se moleste, mayor -contestó Canul con desprecio-. Si quiere, ordene para usted, yo no tomo champaña. Tomaré un tequila y un plato sencillo.

Robertito entendió que ése no era el camino y cambió la orden.

-Tráigame dos tequilas y dos platos de carne con papas- ordenó al mesero, que lo miró con extrañeza, ya que era conocido por su gusto refinado.

Cuando se retiró el mesero, Canul sin más preámbulos preguntó:

-¿Cuál es el encargo que el general Rendón le dio para mí?

-Veo que le gusta ir al grano, coronel -dijo Robertito para darse tiempo-. La cuestión es muy sencilla, se trata de quitar a Próspero Aranda del mando del ejército revolucionario del sureste y dárselo a usted.

Canul sintió tal indignación que se le agolpó la sangre en la cabeza. Para poder controlarse tomó la copa de tequila y la apuró de un golpe, después miró a Robertito, quien notó el impacto de sus palabras, pero lo atribuyó a la ambición y a la sorpresa.

<<Ya di el golpe de audacia>> pensó. <<Ya se visualizó como general del ejército, ya lo tengo>>.

Qué lejos estaba de adivinar los verdaderos sentimientos de Canul, porque para Roberto Centeno todos los hombres eran iguales, oportunistas sin escrúpulos, como él..

-¿Y a qué se debe esa propuesta? –preguntó Canul controlándose, con la intención de sacar la mayor información que pudiera.

-A que Aranda es un indio cerrero, incapaz de dialogar y de entender razones. Ya ve cómo increpó al general Rendón en plena convención, en lugar de entender lo que le conviene. Es un radical, sin ninguna preparación y el “Guía de la Revolución” no está dispuesto a tolerar ese tipo de actitudes.

-Pero yo también soy indio -contestó Canul con ironía.

-Sí, pero qué diferencia. Usted es un militar de carrera del ejército regular metido, igual que yo, en estos trotes porque así nos han llevado las circunstancias. Usted es un hombre razonable con el que el general Rendón sin duda se entenderá de inmediato.

-¿Y por qué califican al general Aranda de radical?

-Vea usted lo que está haciendo, coronel. Tal como se le señaló en la mañana, no está bien que fusile a la gente decente de esa manera y mucho menos que reparta la tierra entre los indios así como lo está haciendo, a lo loco. Imagínese a donde iría a dar el país si eso se hiciera en todas partes. No, no podemos entregar el control a la chusma ¡Es intolerable! Por eso Aranda debe desaparecer para que tome el mando una persona como usted, con otra formación y otra forma de pensar. Canul se dio cuenta del peligro de la situación. Aunque ellos habían traído alguna fuerza, no tenían la menor posibilidad de enfrentarse con éxito a la que podía enviar Rendón para detener al general Aranda. Debía engañar a Centeno para no caer en la ratonera que les estaban poniendo. Aparentó aceptar la propuesta y preguntó:

-¿Y cuándo puedo entrevistarme con el general Saturnino Rendón?

-Hoy mismo, coronel, tan pronto nos entregue a Aranda. Hay que detenerlo sin escándalo, y por supuesto, sin enfrentamiento de tropas, porque aunque la fuerza que trajeron ustedes es muy reducida, sería lamentable una balacera.

-Sí, estoy de acuerdo, sería lamentable -contestó lentamente Canul, tratando de pensar lo más rápido posible, la mejor forma de manejar la situación-. Mire, mayor –propuso con una complicitad seductora- ahorita tenemos la oportunidad de detenerlo, porque el muy cobarde está escondido en el cuartucho de una vecindad

de los barrios bajos con un pariente de él. No quiso quedarse en el hotel precisamente por el enfrentamiento que tuvo en la mañana con mi general Rendón. Si vamos ahorita usted y yo, lo agarramos descuidado y lo detenemos.

-Pero no lo podemos hacer nosotros solos -replicó Robertito.

-¿Por qué no? -insistió Canul-. Él está solo porque no quiere que nadie sepa dónde se esconde y yo traigo una pequeña escolta.

-Yo también, así que juntas ya nos dan más tranquilidad.

-No, mayor, si ve acercarse gente desconocida se nos puede escapar. Vamos nomás con la mía, que son soldados que conoce bien, pero que me son leales sólo a mí.

Robertito sudaba, estaba realmente excitado por la posibilidad de tener un doble éxito: detener a Aranda él solo sin ninguna dificultad y al mismo tiempo, arreglar las diferencias con el ejército revolucionario del sureste, al haber ganado a Canul para su causa. Eso representaba ostentarse como lo último que era, un hombre valiente y decidido. Esa idea lo enamoró, pensó que después de su hazaña lo empezarían a respetar no sólo por hábil, sino también por valeroso. Cumpliría con lujo la misión que le había ordenado el general Rendón. El "Guía de la Revolución" se lo agradecería y sin duda eso le valdría un ascenso que quizá le permitiría aspirar, cuando las instituciones se hubiesen restablecido, a ser gobernador de su estado.

Por otro lado, tenía miedo y percibía que se ponía en manos de Canul. Sin embargo, como pensaba que a Canul lo movía la misma ambición que a él, decidió arriesgarse. Le tendió la mano lleno de emoción y le dijo:

-Coronel Canul, ésta es una misión que nos encomienda mi general Saturnino Rendón quien, como "Guía de la Revolución", si la cumplimos con acierto, estoy seguro nos la sabrá agradecer.

Canul le dio la mano con la máxima convicción que pudo, sin dejar que se reflejara en su rostro ninguna señal del profundo desprecio que sentía por Roberto Centeno.

Cuando entraron en el cuartucho de la vecindad, seguidos de los cuatro soldados que formaban la escolta de Canul, Robertito, aunque traía empuñada su pistola y lucía su impecable uniforme militar, se orinó de miedo al encontrarse con el coronel Tomás Olivares y sentir la pistola de Canul en sus costillas.

-¡Suelte la pistola o aquí se muere! -le dijo casi innecesariamente, porque Robertito ya había perdido el control y estaba a punto de desmayarse. Olivares, Chema y el tío Juan se le fueron encima.

-¡Asesino desgraciado! -exclamó Chema-. Pero a todo mundo le llega su hora. Robertito no podía ni tenerse en pie, no entendía qué había pasado. Él había matado a Olivares ¿Cómo podía estar ahí enfrente de él? ¿Cómo podía haber resucitado? Pero, sobre todo ¿Cómo podía haberlo traicionado el coronel Gregorio Canul cuando le había ofrecido ser jefe del ejército revolucionario del sureste? Canul lo levantó de la chaqueta y lo arrojó a lo profundo del cuartucho.

-Ahí le dejo a esta escoria, mi coronel -le dijo a Olivares-. Lo único que le pido es que no salga vivo de aquí porque, como siempre, estaba preparando otra traición y la vida de mi general Aranda corre peligro.

-Te lo garantizo, Canul. Aquí nos encargaremos de él, pero cuéntame a qué traición te refieres.

-No tengo tiempo, sólo le diré que me propuso el mando del ejército del sureste a cambio de que entregara a mi general Aranda. Por eso pienso que es muy justo que en lugar de eso, yo se lo entregue a usted.

-Gracias, coronel Canul, te deseo suerte, no sólo a ti, sino a la revolución a la que te has unido. Defiéndela y cuida a tu general Aranda. Si logro recuperar el dinero, cuenta con que se los haré llegar.

Se despidieron con un abrazo y Canul se dirigió lo más rápido que pudo al hotel donde se alojaba Próspero Aranda. Vio el reloj, todavía no daban las doce. Aranda no se había acostado y lo recibió de inmediato.

-Pase, coronel Canul, lo estaba esperando.

-Mi general, se prepara una traición, hay órdenes de Saturnino Rendón para detenerlo y, seguramente, asesinarlo. Hablé con el mayor Roberto Centeno. Como le dije, nada bueno puede venir de ese desgraciado. Me propuso el mando de la revolución del sureste a cambio de que lo entregara. Afortunadamente, lo pude engañar y se lo entregué al coronel Olivares, que se comprometió a ultimarlos esta misma noche. Pero mañana notarán su ausencia y no doy un centavo por su vida ni por la mía. Es más, no creo que ninguno de nosotros saliéramos vivos de la capital. Contó a Aranda con lujo de detalles la conversación con Robertito y cómo lo había podido llevar al cuartucho de Olivares.

Próspero Aranda llamó al resto de sus acompañantes. Convinieron en la necesidad de salir cuanto antes de la ciudad. Lo harían por cualquier medio y en grupos de tres o cuatro para no ser notados.

Decidieron que el general Aranda, Canul y los otros dos coroneles se fueran en automóvil al puerto principal para embarcarse lo más pronto posible.

-Si salimos de inmediato, en unas diez horas estaremos allá. Espero que hasta entonces no noten la ausencia de Centeno -comentó Canul.

-Es un buen plan -dijo Aranda- pero no contamos con automóvil en que trasladarnos.

-Sí, mi general, disponemos de uno.

-¿Cuál?

-El de Roberto Centeno que tengo ahí afuera.

## XXVI. Tener al asesino de su padre...

Ahí, indefenso frente a él, después de haberlo perseguido durante tanto tiempo, hizo que Chema perdiera el control. Fue al rincón donde estaba Robertito en calzones, amarrado con su propia ropa temblando de miedo y lo pateó sin misericordia.

-¡Asesino, maldito asesino! -le gritaba-. Por qué matar así a un hombre bueno, que lo único que había hecho era servirlos?.

El coronel Olivares corrió a detenerlo. Algo le estaba pesando en el ánimo, después de tanto tiempo, de tan largo viaje, de tanto esfuerzo por vengarse, le parecía que todo era una atrocidad. Se sentía mal, confuso y disgustado del compromiso que había adquirido con el coronel Canul, con Chema, con el tío Juan, consigo mismo. Lo hacía sentirse mal que toda su vida girara alrededor del deseo de matar a un hombre, despreciable sí, pero en este momento indefenso, incapaz de nada y paralizado por el miedo. Detuvo a Chema, arrancándolo de ahí de un jalón.

-Déjelo, coronel -intervino el tío Juan-. Deje que pisotee a este alacrán, déjelo que venga a su padre. A eso venimos, en eso hemos estado todo este tiempo.

Olivares sabía que ambos tenían razón. Pero le molestaba estar protagonizando todo aquello. Sin embargo, ni podía ni quería realmente detenerlo. Era como apurar un trago amargo, necesario pero repugnante.

-Sí, está bien, pero no somos de esa ralea. No veo la necesidad de golpearlo de esa manera.

-Pero yo sí -protestó Chema -yo sí. Yo me tengo que sacar este veneno del alma, yo tengo que cumplir el juramento que hice en la tumba de mi padre. Y usted también lo hizo, coronel -añadió con rencor-. Ahora cumplamos.

Habían estado interrogando a Robertito por casi tres horas. Se enteraron que buena parte del dinero que no había entregado a la revolución, lo había gastado en francachelas y frivolidades. Que se había dado la gran vida buscando halagar a sus compañeros, que era cliente asiduo de restaurantes y burdeles donde invitaba a quien quería adular. Ahí mismo, cuando lo desnudaron, descubrieron un cinturón con un buen fajo de billetes, además de la cartera absurdamente abultada para una noche. Se enteraron que en la administración del hotel tenía guardado más dinero.

Sin embargo, la parte que había logrado guardar para sí no era casi nada, pues había tenido que entregar la gran mayoría al teniente coronel Zertuche. Con ella habían comprado armas para la campaña hacia la capital, lo que le había valido no sólo salvar el pellejo, sino ser considerado como un hombre de tal confianza del

general Cedillo, que lo puso a cargo del manejo y control del abastecimiento. De ahí logró colarse al grupo selecto que rodeaba al “Guía de la Revolución”, el general Saturnino Rendón, así consiguió su nombramiento de mayor y fue encargado también de la administración del dinero, puesto en el que había estado robando pequeñas cantidades cada vez que encontraba una oportunidad.

Todo eso habían sabido en ese tiempo, contado por el mismo Robertito, a quien el miedo aflojó la lengua. Había terminado diciendo:

-Coronel Olivares, amigo Tomás, he ganado mucho dinero, tengo lo suficiente para volverlos ricos a los tres. No me maten. Sé que he cometido errores, pero fueron las circunstancias. Déjenme compensarles por el daño que les he hecho.

Cuando dijo esto, fue el momento en que Chema lo volvió a golpear. ¿Cómo podía creer que era posible compensar con dinero la muerte de su padre? ¿Cómo calificar de error un asesinato a sangre fría?

Olivares volvió a poner calma.

-Vamos a analizar la situación -propuso- y obligó a Chema por la fuerza a salir del cuartucho.

Cuando cerró la puerta le dijo al tío Juan:

-Estamos agregando un crimen a otro. A este infeliz hay que matarlo, ya no sólo por nosotros, sino porque el dejarlo vivo es arriesgar al coronel Canul y al general Próspero Aranda. Por otro lado, efectivamente Chema y yo juramos matarlo, pero en esta situación, a sangre fría, me es muy difícil y para colmo estamos envenenando el alma de ese muchacho.

-Si usted quiere, yo lo mato, coronel -ofreció el tío Juan sacando con calma una punta de metal oxidado.

-Da lo mismo quién lo haga de nosotros dos, de cualquier forma seremos igual de responsables; pero por lo mismo, libremos a Chema de esto. Que no cargue por el resto de sus días un asesinato en su conciencia.

-No va a asesinar a un cualquiera, ni por cualquier razón, va a matar al asesino de su padre. Así como él quiere vengar a su padre, yo quiero vengar a mi hermano. Usted no tiene ya tanto rencor porque no se lo alimenta la sangre, como a nosotros. Pero tiene razón, mejor que Chema no participe en esto y si a usted tanto le pesa, salga también del cuarto.

-No importa si estoy afuera o adentro, sé que soy responsable y lo asumo.

-En ese caso... -dijo el tío Juan volteándose hacia Robertito- en ese caso, más vale acabar de una vez.

Robertito, se convulsionó al verlo venir, trato de soltarse y alcanzó a gritar. -¡No! ¡No! ¡Por piedad!- No pudo decir mas, fue un golpe certero exactamente en el corazón. La muerte fue instantánea. La sangre manó un instante. Roberto Centeno cayó muerto y la carga de una vida arrancada a sangre fría, manchó para siempre la conciencia de Olivares. Era militar, había estado en batalla, pero nunca había matado a un ser indefenso.

Le dolió el alma, se le revolvió el estómago, le pesó más la vida. Se quedó inmóvil sin poder articular palabra, sin poder pensar. Se fue de la escena y se contempló a sí mismo con desprecio, con lástima. Fue como si se quebrara en dos partes y una de ellas se volviera, a partir de entonces y para toda la vida, su más severo fiscal. Vio, con lo que le pareció una lentitud inexplicable, al tío Juan levantarse y abrirle la puerta a Chema.

-Aquí está muerto el asesino de tu padre -le dijo con aparente calma.

-¿Por qué no dejaron que yo lo matara? Yo era el que tenía más derecho.

-Nadie tiene derecho a matar -intervino Olivares-. Y tú en esto no tuviste que ver, tú ya lo encontraste muerto, fuimos tu tío y yo y lo hicimos por cumplir un juramento y por necesidad.

-Pero yo también había jurado.

-Sí y cumpliste tu juramento, pero no eres un asesino. Nos tenemos que ir de aquí lo más pronto posible -apuró el tío Juan, al mismo tiempo que empezaba a recoger la ropa de Robertito.

-Si nos llevamos todo esto, les será más difícil identificarlo y eso nos dará ventaja.

Recogió todo rápidamente, tapó el cuerpo sin vida con un costal, dividió en partes iguales el dinero que le habían quitado a Robertito y le tendió una parte a Olivares.

-Tome, coronel, con esto podrá alejarse de aquí más rápidamente. Nosotros nos vamos pa'l norte, a nuestra casa allá en el desierto. ¿A dónde irá usted? Si quiere, véngase con nosotros.

Olivares no contestó, se estaba dando cuenta de que ahora tenía que huir como cualquier asesino.

Ante su silencio, Chema le movió el hombro.

-Coronel, venga con nosotros. Allá en el norte podrá rehacer su vida.

La voz de Chema lo hizo reaccionar.

-No, no, Chema, no puedo. Gracias, amigos, pero yo me voy solo. Tengo mucho qué pensar y no seré para ustedes un buen compañero de viaje, ni es bueno

que nos vean juntos. Váyanse al norte a su bello desierto, dale mi cariño a tu madre y a la buena mujer que me devolvió a la vida. Prométeme, como yo les prometí a ellas, que olvidarás el odio, que recordarás a tu padre, no por haberlo vengado sino por lo que te dio en vida. Que me recordarás a mí como un buen amigo y que serás un hombre de bien.

Se dieron un largo abrazo.

-Pero... ¿a dónde irá usted? –preguntó Chema.

-Al sur, yo soy del sur. Soy del territorio maya, que es muy grande y abarca varios países, no sólo parte del nuestro. En cualquiera de ellos estaré bien y ahí trataré de volverme a reinventar, porque lo que soy ahora no me tiene satisfecho.

-No entiendo, coronel -dijo Chema con tristeza.

-Ya entenderás, muchacho. No hagamos de ésta una despedida fatal, nadie sabe si nos volveremos a ver, ya ves las vueltas que da la vida. En cuanto me instale en algún lugar, les escribiré y nos haremos saber de nuestras vidas. Nunca nos olvidaremos.

-“Las veredas quitarán, pero la querencia cuándo” -terció el tío Juan.

Se despidieron los tres con cariño y con amargura, no nada más por separarse, sino porque el asesinato les había manchado el alma.

El tren avanzaba con lentitud y paraba continuamente. Olivares sentía una necesidad imperiosa de avanzar, de alejarse de la capital, no sólo porque estaba huyendo del crimen que había cometido, sino porque pensaba que cuando se tiene una amargura en el alma, es bueno echarse a andar y abandonar, aunque sea con tristeza, aquello que ahora le está vedado, que ya no le es propio por mucho que lo haya sido anteriormente. No se puede dejar el peso de la vida en ningún sitio, sin embargo irse a otro lugar siempre implica una esperanza. Cambiar de escenario, ver otro horizonte, estar en otro mundo, convivir con gente de ideas y maneras diferentes, dan la oportunidad de repensar la vida. Eso hacía el coronel, repasaba con desagrado, casi con angustia, la persecución de Robertito, la acechanza de varios días y por fin la cacería. Lamentaba todo lo que había hecho y, sin embargo, tenía la seguridad de volverlo a hacer si se presentara la misma situación. Eso lo obsesionaba y no lo dejaba perdonarse.

Por fin el tren pareció encarrerar su marcha, el ruido de las ruedas en las vías tomó un ritmo parejo que empezó a aliviar un poco la tensión de Olivares. En el traquetear

de ese tren le pareció que iba cambiando su destino, que junto a cada kilómetro de vía se iba quedando la vida que le hubiera tocado vivir como militar del ejército de su patria. Dejaba una vida para la que se había preparado desde siempre, para enfrentar un destino distinto, que no sólo era incierto, sino que, sin duda, no era el suyo.

Muy avanzada la noche, despertó con dolor de cuello y de alma. El tren se había detenido y algunos pasajeros habían bajado al andén de una pequeña estación en medio de la nada. Bajó también para estirar las piernas y caminó hacia la máquina para averiguar por qué estaban parados. Se informó que estaban cediendo el paso a un tren militar que tenía preferencia; la espera sería larga, al menos de dos horas. Eso lo inquietó, se imaginó que ese tren al que dejaban pasar, se detendría para que la tropa revisara el suyo. Pensó que ya lo estarían buscando, dado que era un asesino fugitivo. Se trató de tranquilizar. Era imposible que supieran tan pronto quién había matado a Robertito y mucho menos que se pudieran imaginar, en el caso que hubieran agarrado a Chema y al tío Juan, que él huía en este tren. Pensar en sus dos amigos y cómplices detenidos, lo llenó de pesar, pero aun eso era muy improbable. Volvió a hacer un esfuerzo para tranquilizarse pero la culpa lo perseguía. Se alejó un buen trecho de la pequeña estación, para atisbar desde lejos, protegido por la sombra de la noche.

Al internarse en el campo lo atrajo la bóveda celeste. Ahí, en el horizonte, buscó su constelación favorita, la Cruz del Sur, exactamente opuesta a la Osa Mayor que se distinguía en el otro horizonte. Ahí estaba él, frente a la infinitud del universo y ahí estaba su amada Cruz del Sur llamándolo, señalándole el camino. Miró hacia arriba, buscando a Orión, el guerrero inclinado sobre su espada, recordó cuando su padre le enseñó a ver el firmamento y le dijo que Orión era como él, que sería militar y por tanto un gallardo guerrero. Al lado de Orión estaban las Pléyades como le enseñó su padre, los Siete Cabritos como les decía su madre, o la Cascabel Enrollada *Ah Tzab* como le enseñó su nana, que desmentía la mitología griega de las constelaciones y les daba los nombres, las formas y la mitología de los mayas. Atrás de *Ah Tzab* están los cuatrocientos muchachos sacrificados por el gigante *Sipakna* que subieron al cielo y se convirtieron en estrellas como narra el *Popol Vuh* y él se preguntaba si algún día lograría verlos.

Buscó a Sirio en el Can Mayor y recordó que era *Ch'uhum* el Pájaro Carpintero Imperial. Que la cabeza de Orión era *Chaktulix* la Roja Libélula. Qué belleza el universo y qué belleza la sencillez con que los hombres de todos los tiempos y

lugares le asignaban nombres, formas e historias. Qué pretenciosa ingenuidad y qué armonía. Qué bueno que ya estaba lejos de la ciudad, qué consuelo volver a sentir la naturaleza. Pensó que finalmente Dios no lo había abandonado, aunque para perdonarlo le exigía que primero él se perdonara a sí mismo.

El tren militar pasó sin detenerse y Olivares se tranquilizó. Burlándose de su miedo, regresó a su vagón con el alma reconfortada por la visión de las estrellas, viejas amigas desde su niñez. Se arrellano en su asiento para tratar de dormir pero lo asaltaron las vivencias de aquel interminable viaje, desde que salió de su tierra con una misión que no pudo cumplir. Estaba exhausto y el cansancio lo vencía, pero su mente no lo dejaba en paz, le presentaba, a pesar suyo, la cara de terror de Robertito, cuando el tío Juan le atravesó el corazón. Si conciliaba el sueño, se sumía en una angustia que le despertaba sudando frío, hacía esfuerzos inútiles para mantenerse despierto, porque lo perseguía una pesadilla aterradora, en que Robertito después de balacearlo, lo dejaba en aquel agujero del desierto, donde, sin poder moverse escuchaba una y otra vez, lejana pero firme, la voz de la yerbera que le había devuelto la vida. Tenía grabada en la memoria la frase con que se despidió de él, su última prescripción, que lo había marcado para siempre: "No permita que su alma se envenene como tenía envenenado el cuerpo. Las personas que nacen dos veces, como usted, tienen la oportunidad de renacer sabiendo. Pero si no logra perdonar, usted mismo se destruirá".

No, no había logrado perdonar y eso había sellado su destino.

XXVII. En el corredor de su vieja casona...

reprochándose el descuido de su casa y de las flores de su jardín, don Bernardino se balanceaba en su envejecida mecedora de mimbre, embargado por la melancolía.

Trataba en vano de sobreponerse. Yacía sobre su regazo el pliego en que se proponía contestar la última carta de su hijo Manuel, que con mucho retraso había llegado desde Alemania, hacia ya más de dos meses. Tenía tanto que decirle y tanto que preguntarle, pero se le agolpaban las ideas de tal forma que no acertaba a redactar la primera frase. Le era difícil concentrarse en nada que no estuviera envuelto en los últimos episodios que había vivido, que sólo le producían indignación y tristeza y no quería transferirle esos sentimientos a su hijo. La carta que le enviaría, si llegaba a sus manos, debía ser de ánimo y de cariño. Nada que le transmitiera preocupación alguna, que lo empujara a regresar.

En el insomnio de la madrugada, para recuperar el sueño, reclamó la compañía de una vieja compañera. Le pidió una idea que lo sacara de sus obsesivas cavilaciones, de sus miedos, de sus desdichas, de su cólera y de esa horrible sensación de impotencia.

Sor Juana, generosa, le había obsequiado unas cuantas líneas, que ya no quiso sacarse de la cabeza:

Si de suerte mejoras  
 las lágrimas te valgan.  
 Salgan, salgan,  
 todas las que atesoras.  
 Aneguen tus pesares  
 los ríos, los arroyos y los mares.

En su carta, Manuel comentaba la guerra europea. Al fin se había prendido la mecha en los Balcanes y su querida Alemania, madre de la música que más amaba, se había envuelto en esa hoguera. Le anunciaba su decisión de regresar no obstante las cartas que había recibido de él, en que le decía que no se preocupara por la revolución de su país, que no interrumpiera su vocación por el piano y por el arte, que se alejara de la guerra y se fuera a cualquier lugar que no estuviese envuelto en el caos. Le decía que las guerras las provoca una sola cosa, la ambición de alguien

por lo que tiene otro. En ese arrebato cae la humanidad en una eterna agresión, disfrazada de ideas heroicas, patrióticas y mentirosas.

-Aléjate de eso -le rogaba-. Tiene que haber en el mundo un lugar seguro donde todavía prive la razón. Yo estoy bien dentro de las circunstancias.

Qué gran mentira, no estaba bien; en su tierra nada estaba bien. Pero ¿qué podía hacer un muchacho concertista en este caos? Nada más que frustrar su carrera y su amor por el arte y por la vida.

Se proponía escribirle a pesar de no tener destino a dónde enviar la carta, porque Manuel había dejado la casa de huéspedes de Berlín para dirigirse a Francia o a España o a cualquier lugar donde pudiera tomar un barco que cruzara el Atlántico y lo regresara a las costas de su patria. Se notaba en su carta, no tanta preocupación por la guerra que lo estaba envolviendo, sino por la situación de su pueblo, de su casa y de su querido padre.

<<Pobre de mi hijo -pensó-, si tiene éxito en escapar de la guerra y logra tomar un barco que lo traiga a salvo a este país, ¿con qué se va a encontrar? Con otra guerra en un mundo distinto, pero igual. Con la misma violencia, con la misma injusticia, con los mismos tiranos, con el dolor de sus víctimas, con la misma barbarie>>.

Eso lo regresó a su melancolía, volvió a hacer a un lado el pliego en que se proponía escribir, pensando que carecía de sentido iniciar una carta sin destino.

Dejó caer los brazos a los lados y lo invadió un sueño profundo, producto no de la tranquilidad, sino del cansancio, de las muchas noches de mal dormir. Un sueño angustioso en que oía el retumbar de los cañones con que el ejército enviado por el general Saturnino Rendón, el "Guía de la Revolución", había bombardeado su ciudad. Aquellos cañonazos le retumbaban en el cerebro con tal fuerza que le dolían. Despertó lleno de angustia, los tronidos no cesaban.

<<¡No puede ser!>>, se dijo sobresaltado, hasta que cayó en la cuenta de que alguien golpeaba la aldaba del portón con gran fuerza.

Valdemar, su fiel servidor de toda la vida, estaba frente a él esperando instrucciones. Hacía tiempo que temía vinieran a apresarle. No sabía de qué lo acusarían, pero no le era difícil imaginar una lista interminable de cargos que podrían instrumentar fácilmente a quien había protagonizado buena parte de los acontecimientos de la revolución del sureste, ahora tan satanizada.

Los golpes seguían. Se fue a su recámara, sacó su pistola del buró, se puso un saco y regresó al comedor.

-Abre -le pidió a Valdemar con la mayor calma que pudo. Estaba decidido a no dejarse agarrar vivo. Estaba dispuesto a todo, a todo, menos a lo que vio. Ahí por su puerta, con una pequeña maleta y una barba desconocida, entraba Manuel. Cayó en la mecedora con los brazos extendidos repitiendo su nombre entre sollozos:

-Manuel, Manuel, hijo, hijo mío.

Manuel corrió hacia su padre y se arrodilló para estrecharlo. En ese momento volvió a cantar Sor Juana:

Si de suerte mejoras  
 las lágrimas te valgan,  
 Salgan, salgan,  
 todas las que atesoras.

Fue un abrazo largo, duro, dulce y entrañable. Se abrazaron así porque ninguno de los dos podía hablar, hasta que las lágrimas atesoradas por tanto tiempo pudieron valerles.

Su hijo, que se había marchado adolescente, casi niño, regresaba siendo un joven adulto. De frente amplia y ojos vivaces y penetrantes que lo abarcaban todo, para fijarse después, como taladros, en el objeto de su atención. Barba cerrada sobre la piel morena y, sin embargo, era el mismo niño que hacia ocho años él había subido al barco que lo llevaría a encontrarse con su destino y con el arte, con la música que era su pasión, la obsesión de su vida.

-Cuenta -le dijo-, cuenta cómo has podido regresar, cuenta por qué has vuelto, si yo te escribí que no lo hicieras, que te fueras a otra parte. Hace un rato, no sé si dormido o despierto, imaginaba tu barco perseguido por submarinos de alguna flota enemiga.

Manuel estaba tan emocionado como su papá y las palabras le salían con dificultad. Contó brevemente su odisea, omitiendo sus razones o, más bien, su única razón para regresar, estar al lado de su padre, quien, intuía, se encontraba en una situación de grave peligro.

-Puedo decirte -declaró con orgullo- que ya soy concertista, que amo más que nunca la música, ahora que la puedo interpretar como se debe. Que en Alemania aprendí no sólo el piano, sino a conocer un mundo más amplio, si bien lo más importante y formativo para mí, fueron tus cartas, en ellas me enteré de lo que estabas haciendo aquí, pero en fracciones porque sin duda muchas se perdieron.

-No lo hice yo sólo, fuimos muchos y cada uno merece un reconocimiento especial.

-Esta bien, papá, pero ahora cuéntame tú, todo lo que pasó aquí. La historia de mi regreso es parecida a la de cualquier estudiante que, en estos tiempos difíciles, quiere volver a su casa. Corrí con suerte, el "Marqués de Comillas" barco español en que pude venir, no tuvo ningún incidente. Pero aquí sí que han pasado cosas y tú has estado, por lo poco que sé, en el centro del huracán.

Disputaron el privilegio de saber primero el uno del otro, hasta que don Bernardino cedió a la presión de su hijo y con alegría en la boca y tristeza en la mirada, empezó a contar la historia de la revolución del sureste, en la que él, sin haberlo buscado, había representado un papel central. Las palabras empezaron a fluir con facilidad. Había tanto qué contar y eran tan vívidos los recuerdos, que en un instante se fue la tarde sin que ninguno de los dos lo notara, hasta que Valdemar les llevó un poco de vino con pan y queso, que era la colación de don Bernardino en sus noches de soledad.

Para complacer a su padre, Manuel se comió un arroz con mariscos que Valdemar se apresuró a preparar para él. -Aquí falta todo, pero mariscos siempre nos dará el río- le dijo a manera de disculpa. Manuel lo disfrutó como hacía mucho tiempo no tenía oportunidad y se instaló en su recámara de siempre.

<<Es la misma, pero la veo distinta -pensó-. Aquí todo ha cambiado, igual que he cambiado yo>>.

No quería detenerse en esos pensamientos, no quería ni siquiera darse el tiempo de analizar sus sensaciones, quería ávidamente acabar de enterarse de los acontecimientos que habían transformado radicalmente el perfil de su tierra, y de los que su padre era uno de los protagonistas fundamentales. Regresaron al corredor y don Bernardino retomó el hilo de su relato.

Contó cuando lo metieron en la cárcel y cómo sólo ahí había entendido que, por más de quince años de su vida, sirvió a un gobierno injusto y ladrón, encabezado por Severiano Castillejos.

-Eso no lo puedo justificar y me avergüenza, pero al menos en la oscuridad de mi celda logré enfrentarme conmigo mismo. El peligro me sacudió la cobardía y me dio el valor de aceptar que fui un tonto, un acomodaticio y, en esa medida, cómplice de esos bandidos. Pensé que hasta ahí había llegado y me juré que en el tiempo que me quedara de vida, que en aquellas circunstancias parecía muy poco, trataría de estar a la altura de mis convicciones, de mis valores, de mis amores y buscaría la

verdad a cualquier costo para no volverme a traicionar. Juré que de ahí en adelante me guiaría el amor y no el miedo y así podría elegir ser la mejor versión de mí mismo. Eso me cambió, me dio la claridad y la fuerza que nunca había tenido. Por tanto cuando llegaron a pedirme que avalara, firmando las raterías de Castillejos, me negué y me hubiera negado mil veces sin importar las consecuencias, porque encerrado en mi celda realicé cuán débil había sido y decidí dejar de serlo.

Le contó la forma en que se había aliado con Canul para dar un golpe de estado y evitar que el gobierno cayera en manos de la pandilla de Castillejos y cómo había terminado aceptando ser gobernador del Estado.

Relató cómo, en toda la república, se desmoronó el antiguo régimen en unos cuantos meses hasta que los revolucionarios lograron el control del país. Defendió las razones del movimiento de la revolución del sureste y contó los pormenores de la alianza que habían hecho, llenos de esperanza, con Próspero Aranda.

-Le entregamos el gobierno del Estado y nos integramos al gobierno revolucionario, confiados en que haríamos juntos una nueva constitución que propiciara la igualdad de oportunidades y velara por los derechos de los marginados, sobre todo de los indígenas eternamente explotados. Todo iba bien, hasta que la gente que rodeaba a Próspero Aranda, tratando de hacer justicia, dio rienda suelta al revanchismo y a la sed de venganza y lo convenció de que permitiera el fusilamiento de civiles; eso provocó nuestro distanciamiento. Tuve que romper con él, tuve que hacerme a un lado -comentó con tristeza.

Hay momentos en que la vorágine de los resentimientos y la violencia se imponen a la razón. Ése es el peligro de las revoluciones. No es que no lo entienda, pero no pude ser cómplice de esos fusilamientos. Por muy grandes que hayan sido los crímenes de los hacendados, merecían un juicio justo y no un juicio sumario militar como se les hizo. No era necesario, se podía haber hecho justicia sin atropellar la ley.

Hasta aquí el relato había sido ágil y vivaz, lleno de anécdotas y hasta de bromas e ironías, pero cuando recordó su separación del movimiento revolucionario, su voz se apagó. Había abrigado tantas esperanzas. Había tanta fuerza y tanta razón en la lucha de los revolucionarios, que todavía le dolía recordar su alejamiento.

Narró con pesar, apegado al relato que le había hecho Canul, la convención de jefes revolucionarios, donde el general Saturnino Rendón se había apropiado del poder, autonombrándose "Guía de la Revolución"; a partir de ahí se había dado el rompimiento entre los generales convencionistas y los caudillos del sureste, quienes

después de disputar con ellos, habían sido traicionados por Roberto Centeno y el propio general Rendón, que trataron de comprar a Canul y eliminar a Próspero Aranda. Afortunadamente reaccionaron con rapidez, gracias a lo cual habían logrado salir vivos de la capital del país, pero ya como proscritos.

-Sabían que los perseguirían tarde o temprano, y efectivamente, meses después mandaron a un ejército perfectamente armado a someterlos, sin embargo decidieron enfrentarlo para parlamentar desde una situación de fuerza, pero ni siquiera les dieron la oportunidad. Se trataba de aplastar a esos "indios radicales" a cualquier costo. Cuando se acercó el ejército enviado para doblegarlos, se aprestaron a la batalla. Reforzaron las defensas de la ciudad, aprovecharon todos los pertrechos que construimos con el capitán Canul, cuando yo era gobernador y él era mi comandante de la plaza. Todos esos pertrechos contruidos para defendernos de los revolucionarios de Próspero Aranda, ahora, irónicamente, él y sus fuerzas los usarían para defenderse del asedio del ejército "revolucionario" enviado por Saturnino Rendón para sojuzgar a la revolución del sureste, calificada ya por buena parte de la prensa nacional como una gavilla de bandidos. Era una fuerza muy superior al ejército del general Aranda, con armamento moderno, así que efectivamente, como estaba previsto, impusieron su superioridad militar, no su valor, ni su razón. El ejército convencionista avanzó por la costa. Se acercaron por mar y por tierra desde el puerto principal, al que fueron trasportados en trenes militares, traían muy buen equipo, cañones y ametralladoras de reciente fabricación proporcionados a Rendón, por el país vecino con quien ya había pactado su reconocimiento. Próspero Aranda envió a dos de sus coroneles, con tropa escogida, para que escondidos en la selva entorpecieran su avance. Se prepararon muy bien con un camuflaje que conocían mejor que nadie, eran indígenas que desde el principio habían sido soldados de su ejército, perfectamente entrenados en la guerra de guerrillas y que ahora defendían la revolución del sureste, con más convicción que nunca. Durante un buen tiempo, hicieron la táctica de emboscar a las tropas convencionistas, ya que nadie como ellos podía integrarse a la selva, de forma que sus enemigos no supieran de dónde les llovían balas de repente. Su estrategia de picar y volar, les funcionó muchas veces, lograron hacer muchas bajas con esas pequeñas victorias, hasta que llegó el punto en que a ellos mismos les pusieron una emboscada y se vieron rodeados por un ejército numeroso, se hicieron fuertes en una colina y pelearon metro a metro. Nunca se rindieron, esa era la consigna, ese era el juramento de todo el ejército del sureste: "Vender caras sus vidas hasta el

final", y ellos fueron los primeros que pusieron la muestra. Eran campesinos que siguieron a Aranda desde el principio de la revuelta, eran como sus hermanos. Cuentan que ya mal heridos, algunos moribundos, seguían disparando hasta que los mataron a todos.

Eso paró el avance de convencionistas, que al contar sus bajas se dieron cuenta de la determinación de los del sureste. Por eso se detuvieron y pidieron refuerzos.

Por el río tampoco podían avanzar porque, gracias a "La Flecha", Prospero Aranda mantenía el control. Le disparaban desde las orillas, pero su capitán Librado, había corrido con suerte y no lo habían alcanzado. Había convertido su camaronero en un barco de guerra, le adaptó un blindaje de planchas de acero y con dos ametralladoras y un pequeño cañón, patrullaba el río con éxito. Entre las patrullas de la selva y él, mantuvieron a raya al ejército de Rendón por más de un mes, hasta que apareció en el río un crucero, con bandera de nuestro país, pero al que todavía se le veía mal borrada la bandera del país vecino. Fue un regalo que le hicieron a Rendón a cambio de unos vergonzosos tratados que firmó en la capital semanas antes. Contra eso no pudo nada nuestro barquito, sorprendieron a Librado en un recodo, "La Flecha" disparó su metralla y su cañón, y aunque dio en el blanco no hizo mucho daño, en cambio fue hundido por dos cañonazos, contra los que su improvisado blindaje fue nada. Explotó con el parque que traía y se hundió sin remedio, nadie se salvó, si querían hacer prisionero a su capitán y capturar el barco, no lo lograron, al segundo cañonazo, según contaron algunas patrullas que desde la orilla vieron el combate, pereció con su barco y su tripulación, también ellos murieron peleando hasta el final.

Posteriormente lograron poner cerco a la ciudad, nos llegaban sin embargo noticias que afuera, en el interior de la selva se estaba librando una escaramuza tras otra, peleaban indígenas mal armados con machetes y escopetas viejas, contra gavillas de guardias blancas que ahora, envalentonados, se habían reagrupado. Los indígenas se trataban de acercar a la ciudad con la intención de liberarla y eran combatidos por patrullas de guardias blancas; los que lograban llegar hasta las líneas de los sitiadores eran barridos por las ametralladoras del ejército atacante. Fueron muertes inútiles, producto de la desesperación, pero ya se había roto la comunicación con el comando y no se pudieron evitar. Los defensores de la ciudad no podían auxiliarlos y veían con impotencia la masacre de estos pequeños grupos, que al acercarse con la intención de ayudar, eran batidos sin remedio.

Varias veces trataron de romper el cerco, aunque fue imposible, la superioridad de armamento se imponía y el control del río era vital.

Fue entonces cuando después de hablar con Canul y conocer en detalle nuestra situación, acudí a entrevistarme con Próspero Aranda. Hubiera querido hablar a solas con él, pero insistió en recibirme con su estado mayor.

-Tenemos que rendirnos, mi general- le dije-, estamos sitiados sin remedio. No hemos podido, ni podremos romper el cerco, cada vez hay menos comida y las municiones no tardan en empezar a escasear. Siguen cañoneando la ciudad sin misericordia, asesinando a gente inocente y nuestras baterías no tienen el alcance necesario. ¡Esto va a ser una masacre!

-Tiene razón -me contestó, con una frialdad que me sorprendió, porque yo estaba, como casi todos, al borde de las lágrimas.

-Tiene razón -repitió con coraje-. Hemos mandado mensajeros y no los dejan ni acercarse, los ametrallan a pesar de las banderas blancas. Es obvio que hay órdenes de exterminarnos. No hay forma de parlamentar.

-Si usted quiere, yo voy -me ofrecí-, es probable que conmigo sí quieran hablar.

-¿Usted lo dice por lo catrín? Porque no lo van a reconocer, igual que a los demás, no lo van a dejar ni acercarse. No, ya mandamos a varios muy bien vestiditos y los ametrallaron desde lejos. No, no puede usted ir. No se lo permito. No lo voy a mandar a la muerte. Pero ya que vino, le voy a decir lo que vamos a hacer y usted nos va a ayudar:

Vamos a dividir la ciudad en dos zonas, espero bien delimitadas. En una sólo habrá civiles y en la otra vamos a concentrar a todas nuestras fuerzas. Ahí vamos a pelear hasta el final, hasta el último hombre si es necesario. La idea es concentrar la lucha en una zona definida de la ciudad, para dar oportunidad a la gente de huir y salvarse. Si les queda a estos desgraciados un mínimo de conciencia, cuando vean que no hay un solo soldado en esa zona y que nadie les presenta resistencia, esperemos que paren el bombardeo en ese sector y no sigan atentando contra el pueblo desarmado. Para eso lo necesito, usted es querido y respetado, usted va a controlar esa parte de la ciudad, que no se puede quedar sin alguien que la dirija; además usted es civil, no pertenece a nuestro ejército, que es contra quien están luchando.

Nosotros vamos a dejar el palacio de gobierno y esta parte de la ciudad y nos vamos a hacer fuertes en el cuartel de policía. Ahí daremos la última batalla, en tanto, si hay

oportunidad, que salgan los que puedan y los que no, que se estén en paz, no pueden hacer nada y cualquier sacrificio es inútil. Lo que quieren es acabar con el ejército revolucionario del sureste, está bien, vamos a ver a cómo nos toca, vamos a vender cara nuestra vida.

No había mucho qué pensar, ni había tiempo. No sabía si el plan era bueno o malo, no había otro y además era un intento desesperado por salvar a los civiles.

Como autómatas, sin saber a lo que me estaba comprometiendo, dije que sí. Sin embargo, me era imposible admitir que se fueran a encerrar al cuartel de policía hasta que los exterminaran, por eso a pesar de que Aranda ya había dado por terminada nuestra conversación, agregué:

-Usted sabe, general, el viejo dicho militar: "ciudad sitiada, ciudad tomada", pues me temo que mucho más el cuartel de policía, donde usted se piensa acuartelar, qué caso tiene resistir ahí hasta el final, mejor intentemos la rendición, una vez más.

-Tenemos una esperanza –me contesto, como en secreto- el capitán Lorenzo Tzuc logró salir con una patrulla de hombres escogidos, todos son indios muy arraigados en sus comunidades. Sus órdenes son reorganizarse para conformar un ejército que avance sobre la ciudad. Ellos saben dónde tenemos armas escondidas en lo profundo de la selva y sabrán cómo conformar un ataque que nos permita romper el cerco y regresar a la selva, ahí recomenzaremos la lucha. Esta es la única salida y no será la primera vez que doblemos nuestra suerte.

Se quedó un momento pensativo, se diría que tratando de adivinar el futuro, y cambió de tema bruscamente:

-Tendrá usted a sus órdenes al jefe de la policía con diez elementos, que deberán estar desarmados para que no sean pretexto para la masacre que me temo quieren hacer. Supongo que cuento con usted –agregó más en tono de afirmación que de pregunta-, porque eso es todo lo que puedo ofrecerle.

-Claro que cuenta conmigo y que Dios nos ayude-. Hubiera querido decir más, pero se me cerró la garganta, sólo le pude dar un abrazo, así me despedí de él y de cada uno de los coroneles de su estado mayor. Canul me acompañó a la salida, platicamos un largo rato de la terrible situación en que estábamos y de las posibilidades de Tzuc, en quien él tenía toda la confianza. Al final, tomándome del brazo, agregó:

-Si hay la oportunidad, lo iré a buscar a su casa, quiero darle una carta para Zazil, a ver si se la puede hacer llegar, por favor. Dígale que siempre la llevo en mi corazón, igual que a usted- y me estrechó con fuerza.

Cuando salí de ahí, la respiración se me cortaba por la angustia. Traté, como ellos, de aferrarme a la idea del ejército que levantaría Tzuc, única esperanza que nos sostenía, pero por más que lo intentaba no se me podía borrar el amargo sabor de un mal presentimiento.

XXVIII. Se llevó a cabo el plan...

, esa misma noche, tomaron las posiciones que habían dicho. En la mañana oímos el avance de las tropas convencionistas, hacia las posiciones abandonadas por los nuestros, entraron primero con miedo, pero después avanzaban sin ninguna precaución, celebrando de antemano la victoria. Tomaron la plaza central y sintieron que la ciudad era suya, hasta que empezamos a oír el estruendo del combate que se libraba en el lado sur de la ciudad, ahí se peleaba encarnizadamente.

La voz de don Bernardino se quebró. Era tan triste toda su historia, tan reciente y tan dolorosa, que al mismo tiempo que se la quería contar a Manuel con todos sus detalles, parecía no poder soportar su recuerdo.

-No sigas, papá, -lo interrumpió Manuel- vamos a descansar y mañana me terminas de contar.

-No, hijo, déjame seguir -le dijo tomando un poco de vino para calmarse-. Esto me duele pero lo necesito, necesito contártelo para contármelo a mí mismo y enfrentarlo, necesito ordenar mis ideas. Déjame seguir, sólo dame un minuto.

Se levantó al baño para tranquilizarse, mientras orinaba se reprochaba su debilidad, la confusión de sus ideas, no sólo para contar su historia, si no por algo más profundo que ya no lo abandonaría nunca, el pecado de estar vivo. Se lavó las manos y la cara con vigor, como si quisiera lavar sus recuerdos, se rehizo lo mejor que pudo y finalmente regresó a la sala donde lo esperaba Manuel. Tomó el relato donde lo había dejado, le contó con tristeza pero con voz firme, cómo decidió, con el objeto de cumplir la encomienda que había aceptado de Próspero Aranda, instalarse en el palacio de gobierno, con Valente y dos de sus hombres, a los otros ocho los mandaron a diferentes puntos de la ciudad para que les reportaran la situación, con miras a sacar la mayor cantidad de gente si se confirmaban sus peores recelos.

La gente estaba refugiada en sus casas, se escuchaba un cañoneo incesante, eso hacía que algunos salieran para ver qué pasaba o lo que era peor, que otros cuyas casas habían sido alcanzadas por algún cañonazo, salieran despavoridos sin rumbo fijo, con alta posibilidad de ser cazados por los soldados atacantes, que en ese momento ya entraban por todas partes.

Decidieron establecer un refugio ahí mismo, pensando que el palacio de gobierno, era un edificio que seguramente querrían respetar, si no oponía resistencia.

Por instrucciones de don Bernardino, los policías, el propio Valente y algunos voluntarios, empezaron a llevar a la gente que no tenía donde refugiarse. Él mismo,

con algunas mujeres que se ofrecieron a ayudarlo, las recibían e instalaban con el mayor orden posible, habían juntado algunas provisiones y agua potable, pero eso era todo, obviamente insuficiente.

En eso estaba cuando le avisaron que en el hospital no había medicamentos ni material de curación, con que atender a los heridos y que el director, ante esa situación, habían decidido cerrarlo. Sin pensarlo dos veces dejó a Valente encargado del refugio de palacio y se fue para allá. Juntó a los médicos y a las enfermeras y les dijo:

-El hospital no se puede cerrar, no importa que no tengamos medicinas, ustedes tienen algo más importante que darle a la gente que es atención y esperanza, precisamente porque ahorita nos falta todo, eso es lo más importante

La reacción fue inmediata, se empeñaron en que el hospital siguiera funcionando, aunque casi no tenían nada con que curar a los heridos, los médicos y las enfermeras improvisaban vendas con jirones de sábanas, suturaron heridas con hilo de cocer y así de alguna forma lograron dar atención.

Fueron dos días de pesadilla. Todo era un caos y no había forma de comunicarse con los convencionistas. Sin embargo, el plan de Próspero Aranda empezaba a funcionar, puesto que cada vez más el fuego se concentraba alrededor del cuartel de policía donde se habían ido a atrincherar.

Era necesario enviar mensajes para hacer contacto con el comandante de aquel ejército que los atacaba sin razón, ni misericordia. Le habían dicho que era un tal general Álvarez, pero no había forma de hablar con él. Hasta que la mañana del tercer día, estaba en el refugio del palacio de gobierno, cuando se presentó un coronel, que traía detenido a Valente y a dos de sus policías. Él había insistido en que usaran su uniforme para que la gente les hiciera caso, con la esperanza que también pudieran servir de puente para hacer contacto con la comandancia de los atacantes, pero en ese momento se dio cuenta de su error, porque para este coronel, un policía y un soldado eran lo mismo, no importa que estuvieran armados o no y tenía la intención de fusilarlos como parte de la tropa enemiga. Los traían a punta de bayoneta con los peores modos. Haciendo ostentación de prepotencia, gritó apenas entrando:

-¿Quién es el tal Bernardino Madariaga?

Como se encontraba en el corredor del piso superior, podía ver con claridad la escena, desde ahí contestó:

-¡Yo soy! -y agregó-, a sus órdenes-, buscando bajar la tensión y la prepotencia de aquel oficial que no le daba ninguna buena espina.

El coronel, al escucharlo, como con un resorte, subió corriendo la escalera y en instantes lo tenía frente a él, barriéndolo con la mirada. Era un hombre de baja estatura, vestido con botas y uniforme militar, se diría que había nacido con esa vestimenta. Tenía una mirada fiera y desconfiada, apretaba la mandíbula con fuerza y sus ademanes eran cortos y agresivos. Al acercarse desenfundó su pistola y cuando llegó junto a él, espetó:

-Dese usted preso.

-Sí, coronel, soy su prisionero, toda la ciudad está en sus manos, aquí nadie tiene armas, lo único que hay es gente necesitada de todo, pero más que nada, de humanidad y respeto.

No contestó, le hizo una seña para que lo siguiera, pero don Bernardino no se movió.

-¡Acompáñeme!- le gritó.

-Si sabe mi nombre y me vino a buscar- le dijo sin moverse ni un centímetro, buscando desesperadamente establecer comunicación-, entonces sabe que yo era el gobernador del Estado, elegido por el congreso antes del movimiento revolucionario y en ese carácter exijo entrevistarme con el general Álvarez y exijo respeto para mi y para esta gente, empezando por los policías que trae usted detenidos, que lo único que han hecho es, sin armas, tratar de ayudar a evitar el caos.

La cara del coronelito se puso más rígida que nunca y empezó a hacer un movimiento involuntario con el bigote.

-No puede usted exigir nada, aquí no hay tregua, siguen los combates, o viene conmigo o hago que lo arrastren.

Viendo la imposibilidad de establecer ningún diálogo, decidió que era más prudente plegarse y sólo preguntó:

-¿A dónde vamos?

-A la comandancia. No es que usted exija ver al general Álvarez, es que él mandó por usted.

-Vamos- contestó, sin agregar nada más porque se dio cuenta de que era tan obcecado, que podía hacer una discusión por una estupidez como esa, sin importar las circunstancias que se daban en medio de la vorágine en la que estaban metidos. Cuando bajaron la escalera, el coronel con la pistola desenfundada, agregó:

-El general Álvarez, debe poner aquí su cuartel y usted ya lo llenó de gente, hay que sacarla de inmediato.

-Como usted ordene -replico don Bernardino-, pero necesito unos minutos para hablar con ellos y para ordenar al comandante de la policía, don Valente y sus gendarmes, que los conduzcan a otro lado.

-Sí, a donde sea, pero fuera de aquí.

-¿Le parece bien la escuela que está aquí a unas cuantas cuadras?

-Sí- contestó con impaciencia.

-Sólo necesito su palabra de honor como militar, que serán respetados y habrá alguna atención para ellos, ya que son civiles, víctimas de esta absurda batalla.

-¡Se respetará a los que lo merezcan!- contestó con grosería.

-¿Cuál es su nombre, coronel?- preguntó don Bernardino, buscando, por cualquier medio, irlo comprometiendo lo más posible.

-Teniente coronel Ariel Frontana-, respondió mecánicamente.

-Gracias- contestó y le tendió la mano diciendo su nombre con la mayor solemnidad que pudo. No la tomó, se dio la vuelta haciendo un ademán para que lo siguiera. En vez de ello, don Bernardino, mañosamente, se dirigió a Valente, al que tenían detenido a pocos metros.

-Por órdenes del teniente coronel Frontana, lleve usted a toda esta gente a la escuela "Independencia", donde se podrán refugiar y los seguiremos tratando de ayudar. Usted me responde que se haga rápido y con orden.

Valente entendió la intención y sin voltear a ver a sus guardias, se puso en marcha, dando a gritos la orden de trasladarse a la escuela. Don Bernardino hizo lo propio, subió unos cuantos escalones de la escalinata monumental y se dirigió a la gente:

-El teniente coronel Frontana ordena que nos traslademos a la escuela "Independencia". Él garantiza la seguridad de todos y seguramente el auxilio necesario conforme se vaya pudiendo.

Se dio un momento de incertidumbre, empezaron a moverse despacio, con desconfianza, el teniente coronel parecía querer agregar algo, entonces mientras dudaba, con la mayor seguridad que pudo, le gritó para no darle tiempo de recapacitar:

-¡Cuando usted quiera, mi teniente coronel!

-Vámonos- contestó Frontana mecánicamente, sin embargo, antes de salir, le dio instrucciones a un sargento para que con su patrulla vigilara el movimiento y no

perdiera de vista a Valente, a quien sin justificación alguna le había tomado especial antipatía.

Caminaron hasta el convento de san Francisco, donde estaba acuartelado el general Álvarez, al llegar sin decir nada encerraron a don Bernardino en una celda monacal, era un cuarto estrecho con una pequeña ventana en medio de dos salientes de la pared que, a manera de bancos, junto con un catre y una pequeña cruz de madera que colgaba sobre la cabecera de la cama, componían todo el mobiliario.

Esa austeridad franciscana lo hizo pensar: <<Esto es todo lo que un monje necesita para vivir, esto y su capacidad de comunicarse y sentir a Dios, y en verdad ni yo, ni nadie, necesita más. Qué daría porque así fuera mi vida, la tranquilidad de una pequeña celda para estar conmigo mismo en paz y tratar de hablar con Dios. No se qué me depara el destino, lo mismo me pueden dejar encerrado indefinidamente, que hacerme un juicio sumario y fusilarme hoy mismo. Sin embargo, más que pensar en eso, me debo concentrar en la misión que acepté de Próspero Aranda, él atrae el fuego en el cuartel de policía y yo defiendo a la población civil -este pensamiento lo animó- ¡Qué vida monacal, ni qué tranquilidad, ni qué arrebatos místicos! eso no es nada, comparado con la posibilidad de ayudar en algo a la gente que, sin deberla ni temerla, ven amenazada su vida.>> Con sólo ese pensamiento en la cabeza, empezó a golpear la puerta lo más fuerte que pudo, con la intención de forzar, en la medida de lo posible, que lo condujeran en presencia del tal general Álvarez. No supo si por los golpes o porque así lo tenían planeado, pero al poco rato apareció el mismo teniente coronel Frontana, al verlo le reclamó airado:

-Usted me dijo que venía a entrevistarme con el general Álvarez y lo único que ha sucedido es que llevo horas encerrado en esta celda.

-El general tiene otras cosas que hacer, además de hablar con usted- dijo con sorna- pero ahora lo va a recibir.

Lo condujeron a lo que podría ser el refectorio del convento, habilitado como oficina de Álvarez, quien sentado en una orilla de la enorme mesa que servía a los monjes para comer, hizo ademán de que avanzaran.

Era un hombre corpulento, a quien el uniforme militar parecía incomodarle, tenía la camisa desabrochada, sudaba copiosamente y no podía encontrar postura. Se le quedó mirando un largo rato, con una expresión mezcla de desprecio y desconfianza, hasta que preguntó, con incredulidad:

-¿Es usted Bernardino Madariaga?

-Sí- contestó, no le dio tiempo de decir más, muy satisfecho de si mismo empezó una larga perorata:

-La ciudad ya está en mis manos y no nomás la ciudad, todo el Estado por fin está controlado por los verdaderos revolucionarios y no por esos indios bandoleros con los que, según me dicen, usted se alió. No sé por qué se sigue ostentando como gobernador del Estado, pero déjeme decirle que la única autoridad soy yo.

Don Bernardino comprendió el terreno peligroso que estaba pisando, ahora resultaba que sus culpas no eran lo que había hecho en los tiempos del gobernador Castillejos, ni lo que había hecho como gobernador interino, sino su alianza con los revolucionarios del sureste, calificados por estos revolucionarios convencionistas de indios bandoleros. Tenía por tanto que tomar distancia de Próspero Aranda, si quería servir de algo a la gente de la ciudad.

El general siguió hablando largo rato, repetía constantemente que el general Saturnino Rendón, el "Guía de la Revolución" le había encomendado personalmente esta delicada misión, con instrucciones precisas de poner orden y tomar a sangre y fuego el control de toda la región. Se quejó del tiempo que lo habían hecho perder las gavillas arandistas escondidas en la selva, que no daban pelea sino que atacaban y huían como cobardes. Se quejó de que había tenido que traer un verdadero barco de guerra, para acabar con el barquito pirata que controlaba el río y que les había también hecho muchas bajas.

Haciendo acopio de paciencia, don Bernardino lo dejó hablar, no sabía si estaba alardeando o justificándose, en realidad su larga explicación era una mezcla de ambas cosas y no alcanzaba a comprender por qué la hacía con él. Cuando terminó, más sudoroso y acalorado que antes, le dio una orden:

-Vaya usted al cuartel de policía donde queda el último reducto de estos bandidos y ordéneles que se rindan, no tienen salida y de cualquier manera, los vamos a matar como perros.

En ese momento le fue más claro que nunca que no se iba a respetar la vida de ningún militar y que la rendición incondicional que pedía el general, terminaría en pasar a todos por las armas, así que no quiso prestarse a aquella jugarreta a pesar de que consideraba casi imposible que Tzuc, como era la esperanza de Aranda, pudiera levantar un ejército y atacar la ciudad para romper el cerco. Por eso contestó tratando de medir sus palabras:

-General Álvarez, yo no tengo ninguna autoridad para darle órdenes a Próspero Aranda. El hacerse fuerte en el cuartel de policía y desde ahí dar la batalla es

decisión de él, en la que yo no tengo nada que ver. Pero mande usted alguien a parlamentar la rendición.

-No se trata de parlamentar nada -contestó tajante-, se trata de que se rindan sin condiciones, de todas formas ya están perdidos.

Esto confirmaba los temores de don Bernardino, así que se deslindó lo más que pudo, haciéndole ver que él, si bien había tratado de colaborar al principio, estaba desde hacia tiempo, totalmente separado del gobierno de Próspero Aranda.

-Mi único propósito- le dijo- es rendirle la ciudad, que como usted bien dice ya está en sus manos y pedir garantías, respeto y auxilio para sus habitantes. Nadie en este sector está armado, no presenta ningún tipo de resistencia. Eso lo hace a usted responsable, a partir de ahora, de la seguridad del pueblo y si yo le puedo ayudar en algo para este propósito, estoy a sus órdenes. Yo no soy militar, fui gobernador hasta que la revolución del sureste tomó el poder, ahora no soy nadie, ni pretendo disputar su autoridad, soy simplemente un civil a quien la gente reconoce y por tanto puedo serle útil para restaurar el orden y buscar que las cosas vuelvan a la normalidad para que puedan volver a trabajar y vivir en paz.

Don Bernardino seguía insistiendo en este punto, pensando que no podía fallar en su compromiso de proteger a los moradores de la ciudad, pero se estrellaba con la insensibilidad y prepotencia del general Álvarez, quien se negaba a escucharle y a aceptar ninguna ayuda; lo único que quería era aprovechar, la mucha o poca influencia que pudiera tener, para imponer la rendición a los acuartelados. Don Bernardino en cambio, buscaba por todos los medios, responsabilizarlo de la población, aprovechando que él mismo declaraba que estaba en sus manos.

-¿Cómo quiere que atendamos a los civiles, si todavía estamos peleando en la zona que rodea al cuartel de policía?- le preguntó con desesperación.

-Por eso, general, usted dedique su esfuerzo a ese combate, en eso yo no me meto, pero déjeme a mi organizar y atender, en la medida de lo posible, a la gente. Lo haré bajo sus órdenes y sin ningún propósito militar. Podemos firmar un documento de entrega de la ciudad, en el nos comprometeríamos a no presentar resistencia en toda esta zona y usted se responsabilizaría de la población.

-Lárguese de aquí- le contestó, francamente impaciente-. No necesito su ayuda en ningún sentido, usted no es nadie, ¿lo oyó bien? ¡Nadie! Nosotros ya estamos tomando el control y para eso no necesito su permiso, ni mucho menos firmar ningún papel. ¿Cómo quiere entregarme la ciudad, si hasta aquí se oye el combate que estamos librando?

Cuando, ya en el colmo de la insistencia, intentó seguir sobre ese punto, el general que ya no lo escuchaba, lo interrumpió dando un golpe en la mesa:

-¡Esta conversación terminó! No tengo nada que hablar con usted, si como dice, es un civil que no tiene nada que ver con la resistencia de los levantados, cosa que ya averiguaremos en su momento. Por lo pronto le prohíbo abandonar la ciudad y si puede ayudar en algo a la gente, hágalo por su cuenta.

En eso cayó una granada muy cerca de ellos, don Bernardino pensó en la artillería de Canul, que solía ser muy certera, tratando de sacar al general de su refugio para atraerlo al combate del cuartel. Pensó lo inútil que ese sacrificio parecía estar resultando, sin embargo a consecuencia del estruendo todo mundo se movilizó, el general con su estado mayor para irse a instalar en el palacio de gobierno al que, por estar un poco más lejos del cuartel de policía, consideraban mas seguro y él simplemente corrió fuera del convento con rumbo a la escuela "Independencia" con la intención de huir de ahí y encontrarse con Valente para conocer el estado en que se hallaban los refugiados que habían sido cambiados para allá.

En el camino se dio cuenta que no era tan inútil la lucha de los arandistas, porque se estaban dando órdenes de estrechar el cerco, ya únicamente sobre el sector que rodeaba el cuartel de policía. Este avance de las tropas atacantes liberaba el resto de la ciudad, donde sólo dejaban una pequeña guarnición. Ahora sería cosa de encauzar a la población para que atendiera sus propias necesidades y de rezar para que el capitán Tzuc lograra formar el ejército liberador que esperaban Aranda y Canul y del que, según creyó percibir, el general Álvarez no tenía la menor sospecha.

La ciudad había soportado un largo asedio, con el cañoneo constante de baterías que, aunque muy mal manejadas, al caer en cualquier parte hacían un gran daño en el vecindario. Había falta de víveres y empezaba a generalizarse el hambre y a cundir una epidemia, lo único que, con gran esfuerzo don Bernardino y Valente habían logrado distribuir, era agua y pequeñas raciones de maíz y frijol, no había más y aun eso no alcanzaba.

Valente y sus policías ponían su mejor empeño, porque era necesario que la gente se dispersara y regresara a sus casas o los que tuvieran forma se fueran al interior del Estado. Había que normalizar la vida para que volvieran a trabajar y atendieran sus propias necesidades, el problema era que el dinero que se había emitido en los regímenes de don Bernardino y de Aranda, lo que en su momento había sido su gran idea, ya no valía nada, eso complicaba todo y dificultaba encausar la vida

cotidiana. Para él fue terrible el reclamo que le hiciera más de uno, insinuando que aquello había sido un fraude. Ahora la única forma de comercio era el trueque, porque nadie aceptaba esos billetes. A pesar de ello logró que se abriera el mercado, con la intención de que poco a poco se fueran normalizando las cosas, pero el hambre, la desconfianza y el miedo eran ahora sus peores enemigos, el desamparo era general y su impotencia era peor.

Cuando lograron que la gente regresara a su casa y se acabaron los víveres que tenían, Valente sin decir nada se fue al cuartel de abasto de las tropas invasoras para exigir comida para la población, ahí se encontró al teniente coronel Frontana, ebrio de soberbia y de alcohol, quien en ese estado lo insultó y trató de humillarlo.

-¿Cómo quiere que le dé los víveres de la tropa para alimentar a la chusma?-le preguntó con sorna, haciendo un ademán de desprecio-, antes al contrario, vamos a hacer más expropiaciones porque nos hacen falta muchas cosas y usted nos va a ayudar.

-Usted no puede hacer eso y mucho menos con mi ayuda –contestó Valente, sintiendo que la sangre le hervía en las venas-. La gente tiene hambre y los culpables son ustedes. Al menos déjelos en paz y si no les va a dar, no les quite. Que caiga sobre su conciencia, si es que la tiene, el hambre de tanta gente.

-¡Cómo se atreve usted a hablarme, a mí, en esa forma, gendarmencito de cuarta!- le contestó el teniente coronel, fuera de sí. Ese hombre tan inseguro, se había quedado con un mal sabor, por el trato que don Bernardino le había dado en el palacio de gobierno, donde sintió que ni él, ni Valente le habían demostrado el menor respeto.

-¡Yo le hablo como se me da la gana y como usted se merece, pedazo de imbécil!-, no crea que aquí le tenemos miedo.

Valente temblaba de rabia, ante la arbitrariedad de Frontanes, de manera que viendo la inutilidad de su gestión, sin decir una palabra más, dio la espalda para alejarse de ahí.

-¡A mí no me dejas hablando solo, hijo de tu perra madre!- le gritó Frontanes al mismo tiempo que sacó su pistola y le disparó un tiro en la cabeza. Lo hizo porque esperaba, como tropa invasora, que todo el mundo se humillara ante él, porque sabía que si no lo conseguía en esas circunstancias no lo conseguiría nunca, porque era un pobre hombre víctima de su mediocridad y de sus complejos. Porque no había vengado, lo suficiente, las bajas que habían tenido. Lo hizo para saciar un afán sádico de humillación, que un hombre como Valente nunca le iba a satisfacer.

Fue una muerte absurda y estúpida, como todas, pero para don Bernardino, fue un golpe terrible que presagiaba la prolongación de la tragedia. Su amigo de toda la vida, aquel hombre bueno y enérgico, asesinado por un cretino borracho con sed de sangre.

-¿Te acuerdas de Valente?- le preguntó a Manuel con tristeza-, lo conociste desde chico.

-Sí, papá, me acuerdo muy bien de él, era un hombre en toda la extensión de la palabra y era una magnífica persona.

-Fue un excelente jefe de la policía y eso que cuando le encargué la corporación, estaba totalmente podrida. Cómo sería de bueno, que Próspero Aranda lo ratificó cuando yo dejé de ser gobernador. No puede ser que un hombre como él, haya muerto en una forma tan injusta y estéril.

Cuando don Bernardino supo la muerte de Valente, se encerró en su casa, no era posible hacer más y ni siquiera ya lo deseaba. Lo lógico era huir, pero no quería, no lo iba a hacer, quería conocer de cerca el desenlace de las cosas y afrontarlas como vinieran. Por eso la llegada de Manuel, aunque lo reconfortaba enormemente le venía a cambiar su esquema, se quedó pensativo un rato y agregó:

-Todo lo que pasó fue terrible, nada fue lógico ni justo-. Diciendo esto se levantó de su mecedora-. Mañana seguimos, por hoy ya no puedo.

-Si, papá, como quieras, sólo dime que pasó con el ejército que iba a levantar Tzuc.- contestó Manuel, que entendía el estado de ánimo y el cansancio de su padre, pero que, al mismo tiempo, le urgía saber más, porque presentía que estaban en un peligro eminente.

-Al día siguiente, tocaron a mi puerta- siguió contando don Bernardino-, era una india que decía vender una gallina y se empeñaba en verme. Cuando la tuve frente a mí me dio dos cartas de Canul, una para mí y otra para Zazil, me las dio y salió corriendo sin decir nada, no tuve la oportunidad de preguntarle mil cosas que hubiera querido, pero me acordé de lo que me dijo Canul el día que nos despedimos: "Si puedo, le haré llegar una carta para Zazil, désela cuando todo haya terminado". La idea me estremeció, en la carta dirigida a mí, se despedía con todo el cariño que nos llegamos a tener y me daba la mala noticia de que Tzuc y su gente estaban cercados, porque había avanzado un ejército del Estado vecino, enviado también por Saturnino Rendón. El "Guía de la Revolución" no quería correr riesgos sabiendo lo aguerridos que eran los Arandistas del sureste. La carta de Canul era por demás elocuente:"No creo que haya forma de que se unan nuestras dos fuerzas

-declaraba-, así que ésta parece ser la batalla final, en la que daremos testimonio de nuestra razón, hasta el último hombre de ser necesario." No se hacía ilusiones vanas. Era el mismo Canul de siempre, realista y frío en lo militar y cálido, lleno de amor con los suyos, en lo humano. Con esas cartas nos daba su último adiós.

Tzuc había logrado levantar un pequeño ejército que, si hubiera llegado a la ciudad, podía haber roto el cerco, pero de alguna manera se enteraron y mandaron tropas por el sur que lo sitiaron. Se dio una batalla desigual en la que fueron derrotados, era un grupo de campesinos sin entrenamiento, bisoños en el arte de la guerra, así que pronto sucumbieron a pesar de los esfuerzos de Tzuc. Con las armas ya rendidas, fueron tomados prisioneros y fusilados en masa. Fue un asesinato de una crueldad inusitada para poner un escarmiento. Después de eso fue más claro que nunca, por qué los del sureste luchaban hasta el final. Enfrentaban una guerra de exterminio, donde no había cuartel, ni respeto a ninguna ley militar o humana. Lo sabían muy bien los indios, que siempre sufrieron abusos y que siempre que se habían levantado contra ellos, desde tiempos coloniales, fueron reprimidos así. Ahora cuatrocientos años después, no había diferencia.

XXIX. Totalmente agotados...

se fueron a descansar, las emociones del día habían sido demasiado para ambos; para Manuel, regresar a su casa al lado de su padre, reencontrarse con él, abrazarlo, sentir su cariño, después de tan larga ausencia y de un viaje difícil y peligroso, era el cumplimiento de un propósito largamente acariciado; no obstante el ansia por conocer en detalle todo lo que había pasado y evaluar la situación en que se encontraba ahora, que por lo que podía darse cuenta, era de un peligro eminente, no le dejaba disfrutar el reencuentro y en cambio le producía una ansiedad que no lo dejaba dormir. Era consciente de que tenía que respetar además de lo avanzado de la hora, la fatiga y el dolor que le había producido a don Bernardino el contar su historia y afrontarla, por primera vez, en toda su triste dimensión. Como no habían terminado, la curiosidad lo obsesionaba y no le permitió, a pesar del cansancio, reposar más de un par de horas. Agobiado por la preocupación y el calor, salió a los corredores de la casa buscando aire fresco, ahí en su vieja mecedora encontró a don Bernardino.

-Papá, qué haces aquí -le dijo con cariño-, es importante que trates de dormir para que descanses.

-Ya dormí lo que acostumbro y, al igual que tú, por más cansado que esté, no logro conciliar el sueño. Siéntate aquí, a disfrutar de este cielo que es un privilegio. Se quedaron en silencio, envueltos por la belleza que les transmitía en el alma, la placidez de aquella noche, en que se podía ver a la luna pintando de azul y plata las hojas del jardín.

-Estar aquí es un alivio, es un tesoro que nadie nos puede arrebatar- dijo don Bernardino, con melancolía.

Manuel se sentó al lado de su padre, efectivamente el ambiente era bellísimo, mágico, profundo y sobre todo sereno. Corría una acariciante brisa muy agradable y el sonar del follaje enmarcaba el canto de los insectos de la noche. Sin más preámbulo don Bernardino, continuó su historia:

-La batalla en el cuartel de policía fue terrible. Era una vieja construcción colonial que había sido inicialmente convento y después cuartel del ejército federal, en esa época lo reforzaron hasta convertirlo en un verdadero fuerte, inexpugnable para su tiempo y aun para el nuestro con el armamento de que disponíamos aquí, aunque no lo fue para las baterías del ejército convencionista. Después de varios días de cargas de infantería en que trataron de tomar el cuartel, con la idea de hacer prisioneros a Próspero Aranda, a Canul y al resto del estado mayor, se dieron

cuenta de que eran intentos inútiles que les infligían pérdidas cuantiosas; cada carga les costaba cientos de bajas y se multiplicaba el número de muertos y heridos de una campaña que habían concebido como un paseo.

Los arandistas se veían inexpugnables, tenían disciplina y una determinación de la que ya habían hecho gala. Por eso el general Álvarez decidió bombardear el cuartel sin misericordia, el cañoneo, que por mucho tiempo había atacado a toda la ciudad, se concentro sólo en ese punto. El barco de guerra que estaba en el río, inició el bombardeo, tenía obuses de una potencia que aquí no conocíamos y los muros del cuartel empezaron a derrumbarse sin remedio matando infinidad de sus defensores, parte por la potencia de la explosión y parte aplastados por el derrumbe de los muros que resguardaban.

Las baterías de Canul hacían daño a los que mantenían el cerco al cuartel, aunque no lo suficiente para diezmarlos, sin embargo contra las baterías de largo alcance y sobre todo contra las del barco, que eran las que los estaban despedazando, no podían nada. Así, sin defensa, los fueron acabando cruel y sistemáticamente.

Con la mitad del cuartel derrumbado, Álvarez mandó el asalto final, sin medir las pérdidas que tendría, con tal de capturar vivo a Próspero Aranda. Ahí se dio una lucha despiadada, con la ferocidad del combate cuerpo a cuerpo. Ahí pelearon los del sureste en minoría, saltando cadáveres de sus compañeros, combatiendo a bayoneta calada, a machetazos, a cuchilladas, a como diera lugar. Ahí volvieron a mostrar su determinación y ahí los acabaron a todos. Ahí fue donde se encontraron los cadáveres de Aranda y de Canul, ambos con varios impactos de bala, defendiéndose hasta el final pistola en mano. Sabían la suerte de Tzuc y por tanto que no tendrían los refuerzos necesarios para romper el cerco, así que la determinación de no dejarse agarrar vivos y la consigna que habían dado de pelear hasta el último hombre, los hizo luchar hasta morir ¡Nadie hubiera esperado menos de ellos!

Álvarez había dado orden de hacerlos prisioneros, se los quería llevar al general Saturnino Rendón, como trofeo de guerra para que fueran procesados y sin duda fusilados en la capital, nada más que ellos nunca dejaron de disparar, porque en su mente no estaba contemplada la rendición. Así que no hubo manera de que los pudieran capturar vivos, cumplieron en sí mismos la consigna que les decían con frecuencia a sus soldados: "Los valientes, merecen morir peleando." Sí, ellos así lo merecían, yo los puedo ver luchando hasta el final, los puedo ver muriendo, pero no los puedo ver rendidos, prisioneros, enjuiciados y humillados por sus enemigos.

Esta es la historia de esa batalla, con la que trataron de arrancar de raíz nuestra revolución, pero hay ideas que nunca mueren, que no pueden morir y menos cuando son selladas con la sangre de quienes las defienden.

Todos sufrimos pero todos teníamos una razón, un ideal y cuando eso sucede el sufrimiento se hace poco y se lleva con orgullo. Yo ahora que te cuento esta amarga historia y repaso estos tristes acontecimientos, te juro que me duele más contarlos que haberlos vivido.

En eso calló, como si se le hubieran ido las ideas. Se dio cuenta de que nunca se había distanciado realmente de los revolucionarios del sureste, se dio cuenta cuánto le dolía el triste desenlace, porque seguía siendo uno de ellos y ahora le pesaba estar vivo.

-Murieron peleando -repitió-. Nunca se rindieron. El general Aranda y su estado mayor murieron peleando junto a sus soldados. Gregorio Canul, me lo dijo el último día que lo vi y luego lo escribió en la carta que me envió antes de la batalla final. En ella describía su situación con toda crudeza y se despedía sin amargura. ¡Era para mí como un hijo!

Ya no pudo seguir, se le cortó la respiración, después de un instante murmuró con voz entrecortada:

-Me hizo prometer que buscaría a Zazil para darle la carta, me hizo prometer que la cuidaría y que no la dejaría salir de la casa de sus padres, donde está refugiada, hasta que todo hubiera pasado. Me hizo prometer que contaría nuestra historia y que la sembraríamos en la mente de los que quedaran. "Ésta es la batalla final -me dijo, en esa ocasión, con una tranquilidad absoluta-, de ésta sí no salimos. Si las cosas con esos revolucionarios del norte no van a cambiar para los indios, entonces para nosotros no son revolucionarios, son iguales que los hacendados. Ya les están devolviendo las tierras a sus hijos, que son iguales o peores que ellos, ya están formando una nueva generación de acaparadores, ya se formó un ejército con los guardias blancas que quedaron, al que llaman de "Justicia y Pacificación". Son los mismos ladrones y asesinos del antiguo régimen. Por eso vamos a pelear. Nosotros lo haremos con las armas, usted hágalo con la palabra, para que nuestros hijos sepan por qué dimos la vida. Si me lo promete sabré que no morimos en balde, que quedará nuestro testimonio, que alguien recogerá nuestra semilla". La batalla fue terrible porque no pudieron doblegarlos. Yo todavía oigo el tableteo de las ametralladoras, el tronar de los cañones, pero sobre todo las palabras de Canul:

“Vamos a morir con las armas en la mano, defendiendo nuestro derecho y nuestra razón”.

El dolor volvió a sellar sus labios. Era terrible vivir para contar una historia como ésa. Volvió a sentir pena de estar vivo. No debía ser ese su destino. Él sabía que era tanto o más responsable que cualquiera de los muertos, que Aranda mismo. Entonces ¿por qué no se había ido con sus hermanos? Sus emociones lo traicionaban: ¿Cómo no iba a estar contento de volver a ver a su hijo? ¿Cómo no iba a cumplir la promesa que le hiciera a Canul de combatir con la pluma, de dar testimonio de su lucha y de su verdad? ¿Cómo podía ser que, al mismo tiempo, quisiera haber muerto en la batalla?

Manuel no podía captar cabalmente esta contradicción de emociones, pero sí entendió con claridad el enorme peligro que corría su padre quedándose en la ciudad.

-Tenemos que salir de aquí -le dijo-, tenemos que irnos de la ciudad y del país lo más pronto posible.

-No -contestó don Bernardino-, no me puedo ir sin ver a Zazil, tengo una carta para ella.

-Papá -intervino Manuel con cariño-, ahora entiendo que me hayas recibido pistola en mano. Tú entiendes muy bien el peligro que corres. Es un milagro que no hayan venido a aprehenderte, es un milagro que estés vivo.

-No es un milagro, es una desgracia lo que pasó aquí, es terrible que los mártires estén muertos. Es terrible que haya tanto dolor y que yo tenga que dar testimonio de todo esto. Llevar esta carta para Zazil es como ir a clavarle un puñal en el pecho a esa muchacha, pero tengo que hacerlo. La batalla terminó hace dos semanas, pero la tragedia no, apenas hay comida para la población y todavía tenemos el olor de muerte. Dicen que ya se desató una epidemia de disentería y que ahora ya no son las balas lo que sigue matando a la gente. Yo no he logrado ayudar en nada, al general Álvarez todo le importa menos auxiliar a la población y yo no tengo elementos para socorrer a nadie.

-Más razón para irse papá. Manda la carta con Valdemar y vámonos tú y yo, de inmediato.

-No, ésta es una carta que tengo que entregar yo mismo. Tengo que ver a Zazil por mucho que me duela la noticia que voy a llevarle.

-Está bien, si así lo quieres, mientras yo prepararé lo necesario para el viaje.

Así lo hicieron, no había mucho que empacar porque además de la frugalidad de don Bernardino, un fugitivo viaja ligero.

El total de sus ahorros, no eran más de cincuenta monedas de oro con las que tendrían que subsistir hasta rehacer su vida en otro lado. Se las dio a Manuel.

-Toma, encárgate de todo.

En el fondo pensó:

<<Si a mí me pasa algo, que al menos él tenga este dinero>>.

No podían pensar quedarse en el país porque no tardaría el nombre de don Bernardino Madariaga en figurar en la lista de los proscritos. Así que Manuel sugirió tomar un tren o un barco hacia Centroamérica.

La llegada de Manuel y el desahogo de contar su historia, sacó a don Bernardino de la melancolía que lo había paralizado.

-Tienes razón –contestó, por fin-, en cuanto amanezca, yo iré con Valdemar a ver a Zazil, mientras tú averiguas la manera de irnos de aquí. Por ahora, durmamos unas horas que buena falta nos están haciendo.

Se volvieron a abrazar con el cariño y la serenidad que, aun dentro de esas terribles circunstancias, les daban tenerse el uno al otro.

XXX. Sin poder esperar el amanecer,...

don Bernardino se levantó antes del alba y salió, acompañado de Valdemar, para llevar a Zazil la carta de Canul y la trágica noticia de su muerte. No podía haber encomienda más penosa, pero la tenía que cumplir aunque con ello le infligiera el peor dolor de su vida. Para don Bernardino, Zazil era la hija que siempre deseó, en ella volcaba toda la ternura que, sabía bien, sólo las mujeres pueden entender y recibía un cariño filial, respetuoso, dulce y delicado.

Con las primeras luces de la mañana, salió de su casa. La ciudad presentaba un aspecto sombrío, se veían por todos lados casas medio derrumbadas por los impactos de la artillería, con grandes bocas desdentadas en un grito interminable vomitando montones de basura y escombros. Gente que dormía a la intemperie o que empezaba la mañana deambulando sin más propósito que sobrevivir un día más.

Don Bernardino, para sus años, era ágil y fuerte, "un flaco correoso" decían sus amigos, y pudo apretar el paso para dejar atrás la ciudad y encaminarse a la selva.

Mientras avanzaba, trataba de encontrar palabras, razones, consuelo, pero lo único que se le venía a la cabeza, era lo injusta que podía ser la vida y lo difícil que le sería afrontar los ojos de Zazil. <<No habrá dolor como el suyo, no habrá consuelo, ni explicación que yo pueda darle>>. Con estos pensamientos avanzaba con prisa, se decía que con coraje, tenía miedo de cumplir su triste misión y eso lo hacía apurarse para afrontarla de una vez.

Antes de mediodía llegó a la orilla del río que, según la explicación de Canul, bordeaba el paraje que estaba buscando. Ahora tenía, simplemente, que seguir la vertiente río arriba para llegar a la casa de los padres de Zazil.

Se sentó en la ribera para tomar un descanso y comer unos chicozapotes que Valdemar cortó del árbol que les daba sombra. El contacto con la naturaleza le infundió ánimo:

<<Qué pródiga es la vida y qué forma tan estúpida tenemos los hombres de echárnosla a perder; pero, como el agua de este río, nada la detiene y nuestra lucha por entenderla, tampoco>>. Con ese pensamiento se levantó, resignado, a completar su camino.

Por fin llegó a la casita que le había descrito Canul. Los perros ladraron y salieron a recibirlo los padres de Zazil. Pidió a Valdemar que lo esperara a prudente distancia y se presentó con ellos en maya, idioma que había hablado toda su vida. No lo conocían personalmente, pero Canul y Zazil les habían hablado muchas veces de él.

-Pase, señor gobernador –lo invitaron.

-Yo ya no soy gobernador, soy simplemente un amigo de su hija y de su yerno. Traigo una carta para Zazil. La última carta que escribió Gregorio Canul antes de morir –añadió con tristeza.

-Sí -le dijeron-, Zazil ya sabe que murió Gregorio. Él le había pedido que no saliera de aquí hasta que regresara, sin embargo, cuando supo que la batalla estaba perdida, no pudo resistir y se fue a buscarlo. Lo encontró sí, pero lo encontró muerto. Tuvo que enterrarlo ahí en la ciudad, aunque hubiera querido traerlo para acá. Después regresó con nosotros. Hemos tratado de consolarla, está tan herido su corazón, que casi no habla con nadie, pasa el día sola, apartada de todo, en la ermita de la Cruz Parlante.

Le indicaron por dónde llegar y se ofrecieron a acompañarlo.

-Prefiero ir solo, si ustedes están de acuerdo- les propuso, sabiendo lo que le esperaba.

Al llegar, se quedó un largo rato parado en el umbral. Ahí estaba la figura menudita de Zazil, sentada en el suelo al pie de la enorme cruz, sabiendo que a su sombra tendrían que esperar, para siempre, todas las cosas que le quedaron por vivir junto a Canul.

Qué hermosa era la escena que la luz imparcial y benéfica del sol reflejaba a través de las pequeñas ventanas de la ermita. <<Qué belleza momentánea -pensó don Bernardino-. Qué tranquilidad mentirosa, porque el alma de esa muchacha tiene que estar destrozada>>.

Se acercó sigilosamente, con la sensación de estar profanando la intimidad espiritual de Zazil. Ella, como si lo hubiera estado esperando, se volvió al sentir su presencia y le regaló una triste sonrisa.

-Querida Zazil, hija ¿Cómo estás? Cómo siento todo esto.

Se sentó junto a ella y la estrechó junto a su pecho. Ella se dejó ir, se acunó en sus brazos y se volvió un mar de lágrimas.

Se acordó de sí mismo, de su propia tristeza, de cómo había atesorado las lágrimas hasta que la llegada de Manuel le había desatado, por fin, la capacidad de llorar, de atreverse a enfrentar el dolor. Se acordó de Sor Juana:

...Las lágrimas te valgan.

Salgan, salgan,

todas las que atesoras.

-Llora, hija mía, llora. Tenemos muchas razones para llorar. Tú sabes que para mí, tu Canul era como un hijo.

-Logré que no lo enterraran en la fosa común -habló ella, con los ojos anegados de dolor, cuando pudo calmarse un poco-. Logré enterrarlo en el camposanto. No lo pude traer aquí, aquí, al pie de nuestra cruz, para decirle que llevo ya al hijo que tanto deseábamos. No se lo pude decir.

-Él lo sabe, querida, no sé cómo, pero sé que lo sabe y que está y estará siempre con nosotros-. También, don Bernardino dejó caer las lágrimas, tampoco él encontraba consuelo.

-Le voy a enseñar lo que fue su padre, le voy a contar lo que pasó aquí, lo que fue nuestra lucha. Le voy a contar quiénes fueron los amigos y los enemigos de su pueblo. Le voy a decir que tiene un abuelo espiritual, que es usted.

-Sí, querida, claro que lo harás, todos lo haremos. Él dio testimonio de su verdad peleando hasta el final. Nosotros lo haremos con la palabra. Él dio testimonio con su muerte, tú y tu hijo lo darán con su vida.

-Así será. Nuestra lucha no ha terminado, algún día continuará. Algún día nos volveremos a levantar y llevaremos la cruz a su lugar. Yo, en tanto, me quedaré aquí, cuidándola, cuidando de esta ermita y de estos recuerdos.

-Antes del final, cuando ya presentía lo que iba a pasar, me dio esta carta para ti -dijo entregándosela. Zazil la tomó con reverencia y se separó unos pasos para hacer con Canul su último acto de intimidad.

La leyó y releyó por un largo rato. Al terminar, la estrechó junto a su vientre, cayó de rodillas y se dobló sobre sí misma hasta pegar la frente a la tierra. Don Bernardino la abrazó y ella le mostró la carta. Al leerla, le pareció que en la pequeña ermita resonaba la palabra de Canul, como "La Voz del Jaguar":

*"...Quisimos que pusieran atención a nuestra boca, quisimos tener voz para ser escuchados. Quisimos ser forjadores y dueños de nuestra historia. Quisimos dejar de estar condenados a la vergüenza y a la marginación por el color de nuestra piel, por la lengua que hablamos, por el vestido que nos cubre, por nuestra forma de vivir y de convivir, por nuestra forma de trabajar y de entender la vida, por nuestra música y nuestra danza que expresan nuestras alegrías y nuestras tristezas, por ser nosotros mismos.*

*¿Por qué siempre nos han despojado y lo quieren seguir haciendo?*

*Pensamos que la revolución cambiaría todo. Logramos quitar a los tiranos de aquí, pero no logramos vencer a los que vinieron de lejos a sustituirlos.*

*Tienen armamento nuevo contra el que nosotros no podemos vencer. Tienen un lenguaje de mentira y falsedad y se dicen revolucionarios. No lo son, son los mismos de siempre con diferente cara, pero con los mismos intereses.*

*Por eso no nos vamos a unir a ellos, por eso los vamos a desenmascarar peleando hasta el final.*

*Si don Bernardino te hace llegar esta carta, es que todo ha terminado, todo, menos la justicia de nuestra causa.*

*Cuídate, mi amor. Eres lo único que me duele de morir peleando. Pero yo sé que tú en mi lugar harías lo mismo. Yo sé que así quedo unido a ti por una eternidad. Te juré ante la gran cruz que volvería por ti. Lo haré, lo haré en el mundo en el que todos vamos al final.*

*Cuídate mucho. Vete lejos, pero cuenta nuestra historia, no permitas que se olvide. Tiene que servir para ayudar a otros a lograr la justicia que ahora no pudimos conseguir. Cuando hables de nosotros, di que fuimos hombres que preferimos morir luchando que claudicar, que defendimos nuestra gente y nuestro mundo y que lo hicimos hasta la muerte. Rehaz tu vida, lucha por ser feliz y ten la seguridad que hagas lo que hagas, vayas donde vayas, yo siempre estaré contigo”.*

De regreso a su casa, don Bernardino, para su sorpresa, iba más tranquilo; el haber estado con Zazil y sentir, dentro de su tristeza, la fortaleza y convicción de esa muchacha, el saber la fuerza con la que se proponía educar a su hijo y dar fe y cuenta de la lucha de la revolución del sureste, el conocer la carta de Canul y el testimonio que daba en ella sellado con su propia vida, le habían transmitido una serenidad que a él mismo le sorprendía. Por supuesto que seguía triste, triste e indignado, pero él había entrado en la ermita de la Cruz Parlante sin fe y sin esperanza, convencido de que todo había terminado para ellos, y había salido con la misma pesadumbre, hasta con más si fuera posible, pero contagiado por la fe de Zazil, por el sacrificio de Canul y de todos los que habían muerto defendiendo su mundo y su verdad. Salió convencido de lo importante que era dar testimonio de lo que había pasado y de que él no había muerto porque esa era su misión. Sentía que si era capaz de transmitir la verdad de esa historia para que se grabara en la memoria

de su pueblo, lograría que aquellos que habían muerto en la lucha, vivieran en el corazón de sus hermanos y en el alma de sus hijos; así, tendría derecho, él también, a escuchar algún día, la voz de la cruz parlante.

Manuel lo esperaba ya con las maletas hechas; era un equipaje ligero en el que había metido sólo lo indispensable.

-¡Qué bueno que ya regresaste, papá! -exclamó al verlo-. Aquí corren rumores terribles, tenemos que irnos de inmediato. Se supone que ya hay una lista de proscritos donde aparece tu nombre.

Don Bernardino, al oír que el peligro en que estaba lo iba alcanzando, no sintió ya nada por él mismo, ningún miedo, ninguna ansiedad. Ya no podía agregar más tensión a sus nervios, ya no podía sumar más penas a su corazón, sin embargo ver el rostro angustiado de Manuel lo hizo reaccionar.

-Sí -le dijo- hay que salir de aquí.

-La estación de tren está muy vigilada y seguro que hay puestos de revisión en cada parada del camino. La única forma es por barco. Ya me apalabré con el dueño de una barcaza de las que transportan mercancías, nos puede llevar por el río a Tres Brazos, y de ahí seguiremos navegando hasta la frontera, desde donde buscaremos la mejor forma de internarnos en Centroamérica.

-Estoy de acuerdo -comentó don Bernardino-, ya veremos en qué parte nos podremos instalar, pero sin salir de la nación maya. Así las fronteras servirán para defendernos, pero no para desarraigarnos.

-Hay que salir de inmediato -apresuraba Manuel-. Valdemar se quedará cuidando la casa, si tú estás de acuerdo.

<<La casa>>, -pensó don Bernardino con nostalgia. Su casa de siempre, que había heredado de sus padres, en la que pensaba morir y heredarla a su hijo-. <<Mi casa y mi vida se quedan aquí>>.

-Vamos -respondió con amargura-. Está bien lo que arreglaste. Sólo quiero revisar qué papeles llevarnos; hay algunos, muy pocos, que no quiero dejar.

Metió en un cartapacio el único retrato que tenía de Delfina, su esposa. Sobre el cartón amarillento se reflejaba, con una seriedad forzada la imagen de una joven madre sosteniendo en brazos a Manuel, un chiquito casi recién nacido. Volvió a decirle, como alguna otra vez: "Qué bueno que no tienes que vivir todo esto, querida" y lo besó. Metió también algunas cartas muy preciadas para él, de su hijo,

de Canul y de algunos muy queridos amigos. Guardó los pocos documentos de propiedad de la casa que ahora estaba abandonando y de identidad personal. El cartapacio no se llenó.

<<Son pocos -se dijo- como poca es nuestra vida. Nada nos pertenece, nada es para siempre, nada más que los recuerdos que atesoramos en el corazón y que, como todos los tesoros, también pesan>>.

Llegaron al muelle y subieron a la barcaza que había rentado Manuel. “La Reina del Petén” casi no tenía carga que transportar en esos tiempos, por lo que hubo que pagarle bien al patrón para salir de inmediato, cosa que al ver las dos monedas de oro prometidas, hizo encantado.

Avanzaron con lentitud persistente. Pronto lograron alejarse de la ciudad y del peligro.

El viaje fue largo. Don Bernardino, a pesar de los muchos contratiempos, iba impávido, dejándose llevar. No podía desprenderse de cierto sentimiento de culpa por no haber terminado como sus compañeros y no le gustaba salir corriendo. En el fondo tenía la sensación de que hubiera sido más digno no huir y enfrentar lo que viniera.

-Yo no he cometido ningún crimen que me puedan reprochar -le insistía a Manuel.

-No es lo que hayas hecho, es lo que te pueden imputar con o sin razón.

-Es cierto -decía-, pero quizá hubiera sido mejor enfrentarlos, hablar en mi defensa y así dar yo también testimonio, con mi vida si fuera necesario.

-No hay defensa que valga con esta gente. Están tratando de ver a quién le embarran sus propios crímenes. Además, tú tienes el compromiso de dar testimonio con la palabra, no con la vida. Tienes que escribir todo esto para que no se quede en el olvido. Para que no lo deformen o lo calumnien, como ya lo empezó a hacer la prensa pagada y servil al poder.

Manuel quería darle una razón para seguir adelante. Aunque era muy joven, sabía muy bien lo importante que era en ese momento, para su padre, tener un motivo para vivir.

-Sí, hijo, tienes razón, lo que pasa es que no he podido digerir lo ocurrido. Todavía no puedo aceptarlo, todavía me duele tanto que no me deja pensar con claridad y tengo sentimientos encontrados. Pero es cierto, alguien debe escribir esto para que se sepa la verdad y no haya sido todo en balde.

El río divide los países, pero la verdad es que somos la misma nación. Sin embargo, estamos apegados a nuestra casa, a nuestro pueblo y a la gente con la que crecimos. Es por eso que irse siempre será triste, siempre será doloroso dejar lo nuestro, lo conocido, lo amado ¿A cambio de qué? En el caso de los jóvenes, por un nuevo horizonte por descubrir, por una nueva vida por forjar; en el caso de los viejos, por nada, por conservar una vida que quizá ya no les interese o ya no puedan reconstruir.

Ésa era la sensación interna de don Bernardino, que sentía más la muerte de sus compañeros que su propia vida y sólo lo animaba la posibilidad de escribir su testimonio.

<<Alguien debe honrar la memoria de los mártires. Alguien debe guardar el amor de los amigos. Conservar su recuerdo es honrarlos. Contar su historia es no dejarlos morir, es hacerlos vivir en nuestra memoria, es dejarlos sembrar para que germine su semilla, es permitirles participar del futuro. Es desenterrarlos para levantar una tormenta>>.

Entonces repetía una y otra vez como si estuviera con ellos:

<<Tenemos mucho que hablar, tenemos mucho que hacer, tenemos que cambiar todo, tenemos que parar esta injusticia>>.

Muy de mañana, cuando el sol todavía estaba frío, don Bernardino despertó por la plática animada, salpicada con risas del patrón de la barca con Manuel. “La Reina del Petén” parecía más potente y surcaba el río con facilidad.

-Pronto llegaremos a un fondeadero donde podrán desembarcar. Ahí encontrarán caballos o una carreta que los transporte tierra adentro -explicaba el patrón a Manuel, que parecía encantado de oírlo.

Siguieron el viaje en un carro de mulas que lograron alquilar, internándose por una brecha difícil y sinuosa hasta llegar a un pequeño poblado, en el que lograron subirse a un destartado camión de pasaje. Habían llegado a un hermoso país que, después de la selva y vestido todavía de verde, era una amalgama de lagos y volcanes.

Luego de mucho avanzar llegaron a un sugestivo valle lleno de magia, en el que se asentaba, contra el destino, una antigua ciudad castigada desde siempre por los terremotos y todavía parcialmente en ruinas. Había grandes construcciones coloniales semidestruidas. Iglesias con bóvedas quebradas, con cúpulas agrietadas que dejaban ver el azul del cielo y capiteles de enormes columnas de cantera tallada, tiradas por el suelo. Los habitantes de ese lugar habían aprendido la lección

y sus construcciones ahora eran menos ostentosas, más pequeñas, pero todavía hermosas. El lugar los conquistó y decidieron quedarse. Residía ahí todavía parte de una rancia aristocracia decadente que se aferraba a su cuna.

Manuel no sabía hacer otra cosa que tocar el piano y en ese lugar las familias que quedaban tenían uno en su sala y les interesaba que alguien de la nueva generación aprendiera a tocarlo; eso le permitiría tener un ingreso, aunque fuera modesto y esperar, viendo escribir a don Bernardino, a que se tranquilizaran las cosas en su país. El clima era benigno y la gente muy educada. Convivían con una mayoría indígena de hablar suave y formas exquisitas. Gente buena, humilde y muy pobre, pero con la misma riqueza cultural de los indígenas de su tierra. También hablaban el maya y don Bernardino se fascinaba de hablarlo con ellos.

Alquilaron una casita en medio de un huerto y se dispusieron a rehacer su vida.

Casi todas las mañanas, don Bernardino, se sentaba en un sombreado rincón del huerto aldaño a su casa, siempre acompañado de un café y de sus cuadernos de notas, donde ordenaba sus recuerdos y escribía lo que debía ser la *"Historia de la revolución del sureste"*, como por fin había bautizado su libro.

<<En la nación maya hay excelente café, pero sin duda el de aquí es de los mejores>>, -se dijo bebiendo un pequeño trago con delicia.

Buena parte del tiempo escribía y otra buena parte se la pasaba con la mirada perdida en el horizonte, donde se resaltaba contra el cielo la silueta del volcán que surgía desafiante de entre el verdor del lomerío. Recordaba su vida, degustándola a pequeños sorbos, igual que su café. Añoraba los paisajes de su tierra, atesoraba sus recuerdos, única forma de hacer llevadero el exilio; llevadero, si, pero triste, porque tristes habían sido los acontecimientos que lo llevaron a donde se encontraba. Rememoraba el pasado y especulaba el futuro de su patria, preocupado por su gente que, a pesar de haber hecho un gran esfuerzo en defensa de sus derechos, veía destruidas sus esperanzas, porque la revolución había cambiado el nombre de los amos pero no su naturaleza. <<La tierra tan pródiga, en nuestra nación, huele a tierra mancillada. No se trabaja en armonía, se siente cómo germina el odio y eso no trae nada bueno>>, reflexionaba con tristeza.

Sólo, o en compañía de Manuel, el viejo solía dar largos paseos por el campo en las inmediaciones del volcán o del lago. Le gustaban mucho los pueblitos, los paisajes y

la naturaleza de esos lugares, que ponderaba constantemente y de los que se había enamorado.

Aquel día, había amanecido especialmente nostálgico, escribir la historia de su tierra, el empeño de su gente y la lucha que habían llevado a cabo sus amigos y el mismo, era un deber que, si bien llevaba con gran pasión, no dejaba de serle muy doloroso, era por eso que Manuel solía animarlo para que no dejaran de hacer su acostumbrada excursión. Después de un recorrido por el campo, que les pareció más bello que nunca, se dirigieron al mercado. Don Bernardino había desarrollado la costumbre de visitarlo con frecuencia, casi todos los sábados que eran los días de plaza y se llenaba de comerciantes de los pueblos cercanos. No podía resistir la explosión de vida multicolor que se formaba en sus estrechos callejones, la combinación de los trajes bordados a mano con hilos de los colores más brillantes y la exhibición de toda clase de frutas, verduras, semillas y flores que se intercambiaban. Disfrutaba la amalgama de olores y colores, pero sobre todo los rostros y las actividades de la gente.

Aquello era de una belleza fascinante, porque los indígenas que llegaban de pueblos aledaños tenían, cada uno, diferente vestimenta y diferentes productos.

Don Bernardino solía recorrer el enorme mercado cada semana, saludando mucho y comprando poco. Ahí se sentía como en su casa, en esa gran plaza, donde convergían el trabajo y el arte de cada uno de los pueblos aledaños, recobraba poco a poco el gusto por la vida.

-Es notable –comentaba con Manuel- la creatividad de esta gente, la belleza que pueden lograr con cualquier material que se les ponga en las manos, no sólo los telares, el barro, la madera, la palma, la hojalata, las hojas de maíz, con cualquier cosa hacen una obra de arte. Tienen una vocación por lo bello, tienen un amor a la naturaleza, que no comparten otros pueblos y que, desgraciadamente, no conocemos los criollos, cuya inmensa mayoría no sabría apreciar la belleza de este lugar. ¿Cuándo nos sentiremos, con todo orgullo, mestizos, sucesores de nuestros padres, con lo mejor de su herencia española e india, con la riquísima mezcla de pueblos y culturas que somos? No nos ha sido posible amarnos porque hemos navegado en la ignorancia, en la intolerancia y en el resentimiento. La realidad es que no nos conocemos entre nosotros y lo desconocido genera miedo y el miedo genera odio. Por eso sentimos más nuestra orfandad que nuestro linaje.

El ruido del mercado lo distrajo de sus comentarios. Siguieron deambulando por sus callejuelas, viéndolo todo, preguntando el nombre, en español y en maya, de lo que

no conocían. Estaban inclinados sobre un tenderete de especias y yerbas variadísimas, cuando les llegaron simultáneamente el tañido de una campana y un agradable olor a copal. No tuvieron duda que se trataba de una procesión como las muchas que se hacían casi cotidianamente hacia el templo que, sobre una pequeña colina a la que se ascendía por una amplia escalera, se asentaba al fondo del mercado.

El comercio interrumpió su febril actividad para dar paso a la procesión. Subieron la escalinata para no perder detalle.

Se movía entre la gente y los puestos un grupo compacto de mujeres cubiertas con tapados hasta la cabeza, portando velas y flores. Al frente iba un cura rezando una letanía ininteligible y varios penitentes cargando pesadas cruces desnudas. Todo presidido por un cristo de pasta de caña, una imagen agonizante y sin embargo hermosa, que reflejaba un dolor infinito. Los cristos de este lugar son crueles, los más sufrientes nunca vistos, con llagas en carne viva, que se abren para que asome el hueso, con costra sobre costra bajo una corona de espinas, con sangre eternamente escurriendo, con los ojos iluminados hacia el cielo y el rostro agonizante.

-Cristos que sufren y entienden el sufrimiento –comentó Manuel-, cristos que logran así el perdón de Dios y tratan de enseñar a perdonar.

-Sí, pero no lo logran, sólo logran la resignación, no el perdón –repuso don Bernardino-, sólo logran la atracción al sacrificio, al dolor y a la muerte. Quizá por eso, en lugar de perdonar, hacemos constante remembranza de las afrentas que nos hemos hecho unos a otros. No hemos entendido que el perdón redime y que por eso a los primeros que tenemos que perdonar es a nosotros mismos. Perdonarnos por no aceptarnos como somos, por haber degradado nuestra imagen, por no tener orgullo de nuestra cultura y de nuestra raza.

Cuando pasó la procesión, cuando la vieron adentrarse en la iglesia, quedó a la vista el azul del cielo, la voluptuosidad de las nubes, la gallardía de las montañas, el vuelo de los pájaros, el mercado. Llamó su atención el llanto de un bebé, la risa de los niños, el esfuerzo de la gente, la alegría de los jóvenes, la trascendencia de la vida cotidiana. Por un largo rato, se quedaron callados, compartían sus sentimientos sin necesidad de decir palabra. Finalmente don Bernardino, rompió el silencio con una mezcla de tristeza y esperanza:

-Todo es bello y generoso, pero nos lo hemos estropeado. Hemos olvidado que todos somos uno, que el bien de los demás es el propio; hemos atesorado diferencias como si fueran agravios; hemos cerrado nuestra mente.

En ese momento cambió el tiempo, un viento frío empezó a soplar con fuerza y las nubes, todavía lejanas, obscurecieron su color. Don Bernardino estrechó las manos de su hijo con fuerza, lo miró a los ojos por un largo rato, hasta que, aunque a Manuel le podía haber parecido que gritaba, le dijo sin levantar la voz:

-¡Tenemos que aprender a usar la mágica fuerza del perdón para regresar el tiempo! Sólo así ganaremos el privilegio de conocernos, de amarnos y de heredar la tierra.

## EPÍLOGO

Por haber aspirado de cerca, putrefacto, el olor de la muerte,  
con más vida que nunca, vuelvo donde empecé.

Cerré, infranqueables, todas las puertas.  
Confundí, laberínticos, todos los caminos.  
Cargo, pesadas, las lápidas de mis muertos.  
Veo, indignado, la injusticia a mis hermanos.  
Sueño, idílicas, sus ilusiones.  
Vivo, apasionado, sus amores.  
Comparto, risueño, sus alegrías.  
Sangro, angustiado, con sus heridas.  
Contemplo, triste, nuestro ocaso.  
Espero, impaciente, nuestro amanecer.

Busco, con la mágica fuerza del perdón, reencontrar el tiempo.

Dios, si esto es más que un juego,  
si es más que un instante,  
no te entiendo.